



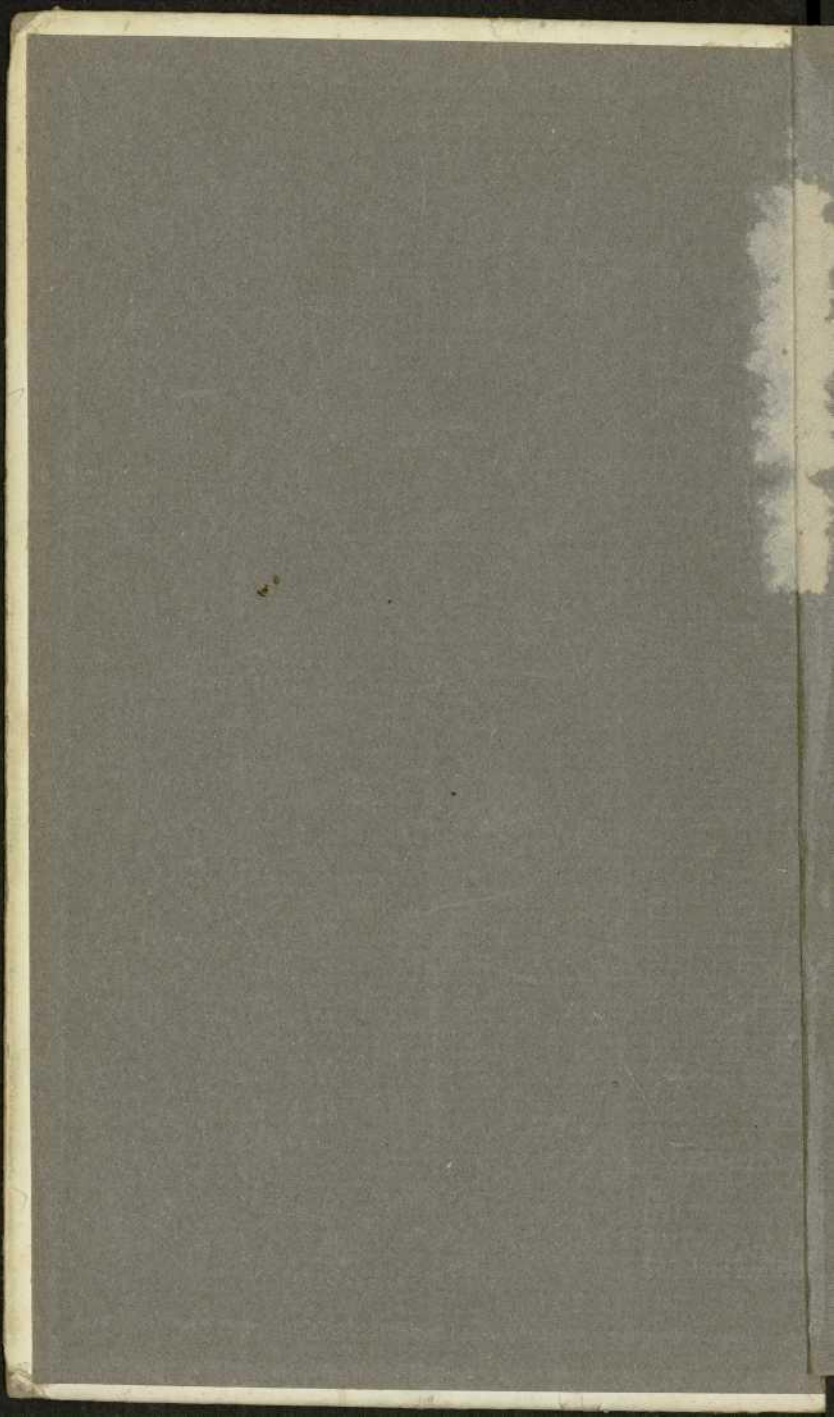
PASO a PASO

P. Alberto Risco

COLECCION

SELECTA

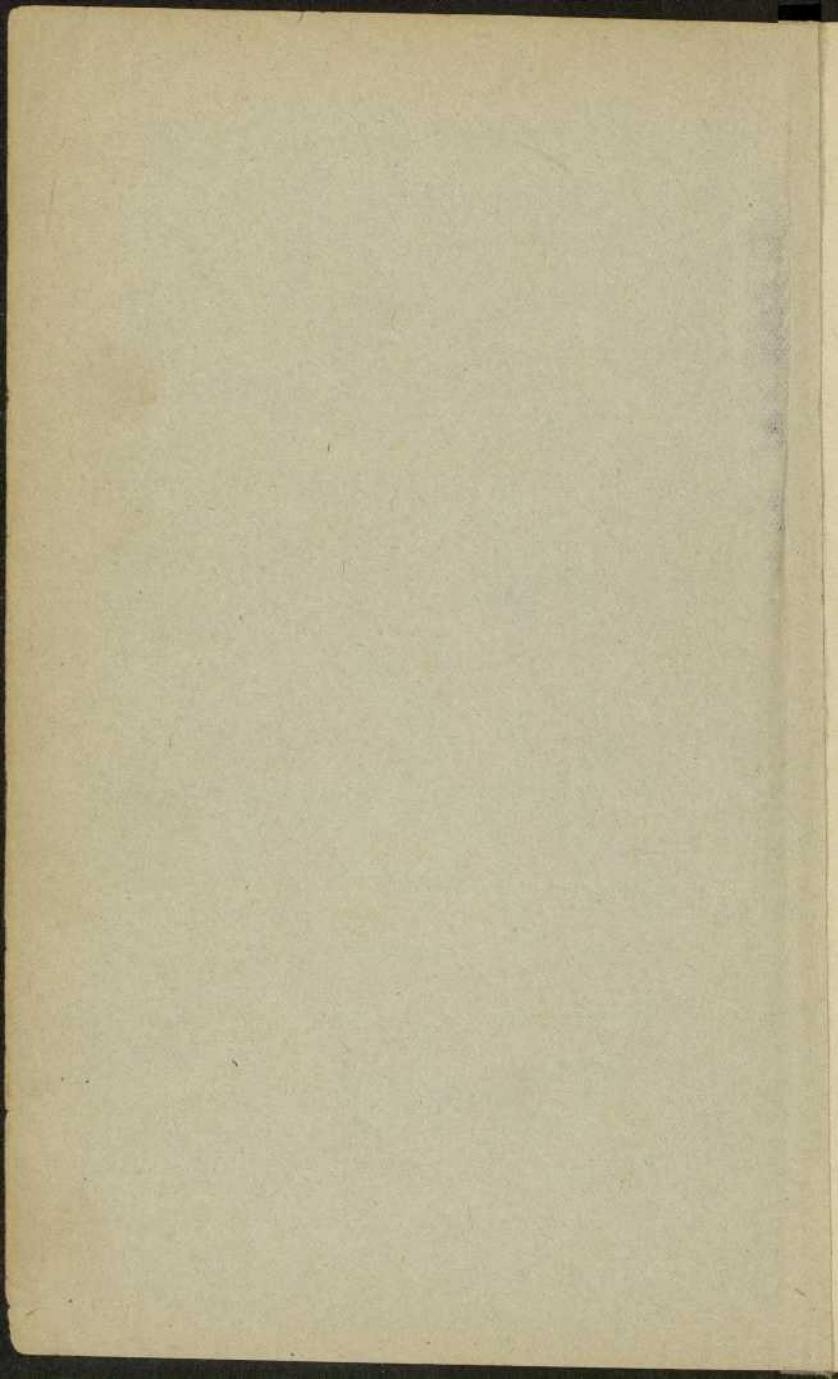
2



B. Pública de Burgos

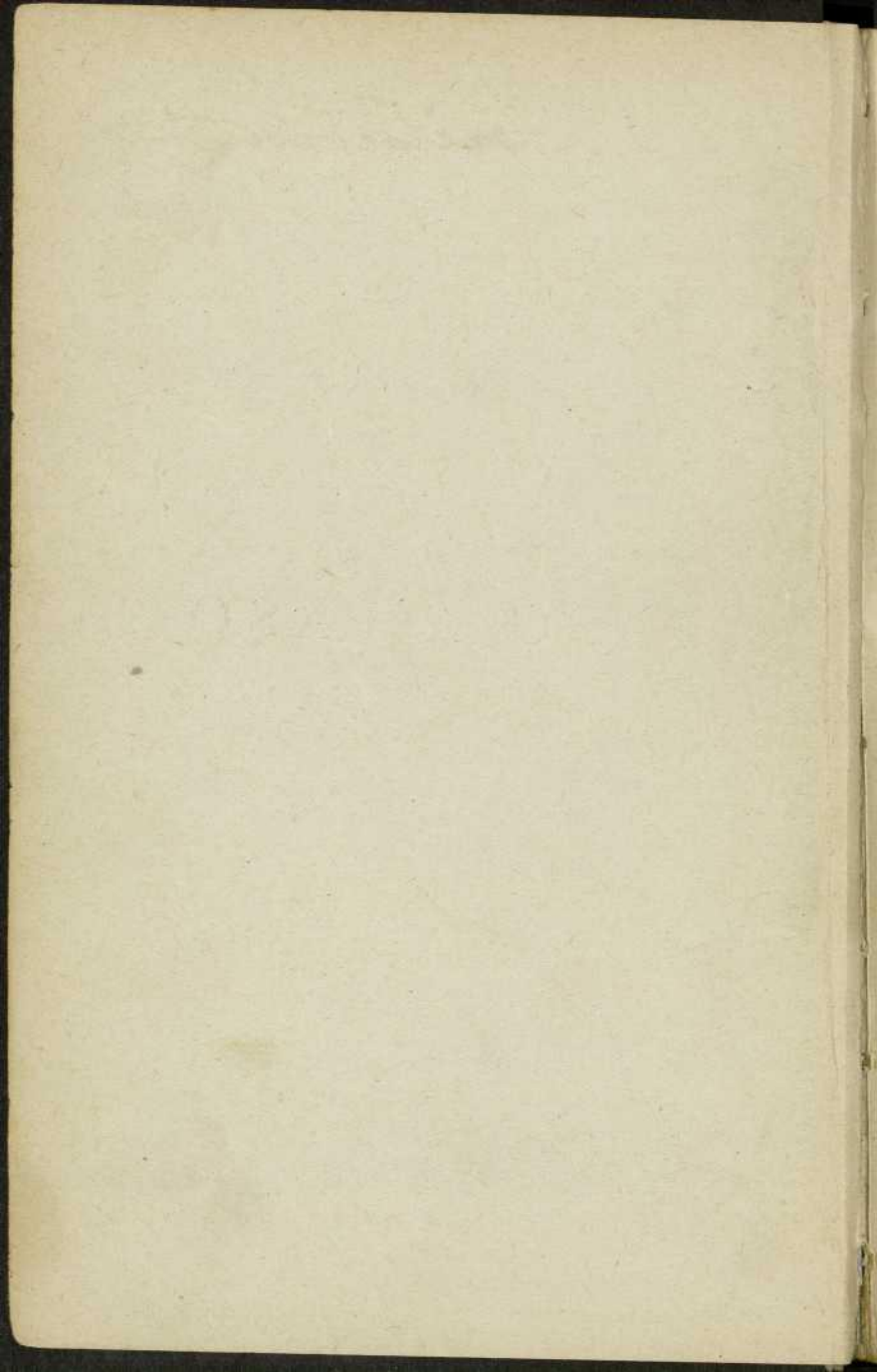


71312428 18612



José Cevidanes

PASO A PASO



LECTURAS RECREATIVAS

PASO A PASO

NOVELA

POR EL

P. ALBERTO RISCO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
SAN BERNARDO, 7

1926

B.P. BURGOS

N.B.

N.T. 90.4552

C.B. 7131242X

18613

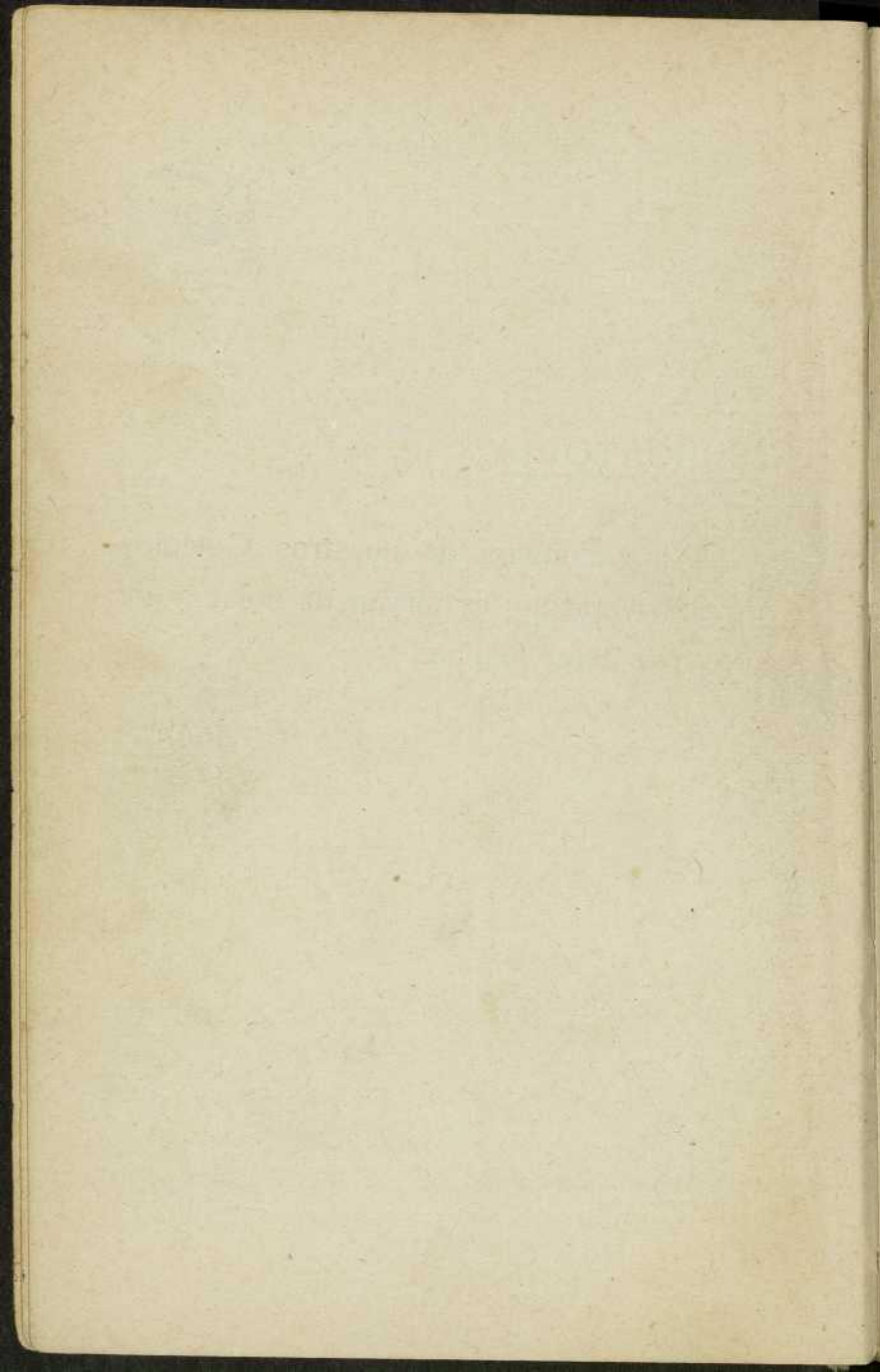
CON LICENCIA ECLESIASTICA

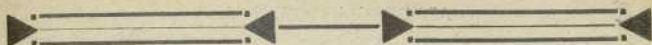


DEDICATORIA

A los alumnos de nuestros Colegios
desea vivamente les sirvan de solaz y de
provecho estas páginas.

El Autor





PRIMERA PARTE

PREMISAS

I

De vacaciones.

Y baste esto para decir lo contento que iría, dado ya su examen de tercer año, con nota de sobresaliente en todas sus asignaturas.

Figuraos un alma inocente todavía en un cuerpo de trece años; una imaginación ardiente vagando por un cielo azul, bordado con festones de color de rosa, que encendía con su fuego la aurora de una vida que comenzaba a alborear; palpitaciones de alegría al acordarse de que estaban por delante tres meses sin libros, sin carpetas, sin régimen feudal; allá en lontananza, una casita fresca y una alameda más fresca aún, donde correr y divertirse sin miedo de escuchar la fatídica

campanilla que le llamase al estudio; en el corral de la casa una jaquita parda recién comprada para él, y sólo para él, que ya piafaba de impaciencia por sostener en sus espaldas la diminuta figura de su amo... En una palabra: que Antonio caminaba hacia su cortijo como vuelan en primavera las golondrinas hacia el nido que dejaron pendiente del ruinoso alero al comenzar los primeros fríos del invierno.

Antonio dejó el tren en la estación de Marmolejo.

Allí le esperaba el tío Marianito, el aperador de su cortijo, con la jaquita parda que su tío le había comprado en la feria de Córdoba, y que aquel verano iba a ser la compañera de alegrías y descanso para el niño, que ya varias veces soñara con ella en los últimos días de colegio.

El tío Marianito se montó en su recia mula valenciana, y amo y criado dejaron la estación, tomaron el camino polvoriento que sube hacia una loma, entre melonares y rastros, y los dos se encaminaron al cortijo de las Pajuelas, donde una madre cariñosa estaba a la sazón sentada a la vera de la fuentecita que hay en el camino, atisbando con ansiedad para ver si aparecía la caravana por uno de los repechos que bajan al cortijo.

El tío Mariano, cuando comenzaron a subir la loma, sacó su vieja petaca de cuero, lió un cigarro como una morcilla, y no sin haber echado por delante el "con permiso", encendió su cigarro con la yesca y el pederal de que siempre iba provisto.

—¿Está en el cortijo mi tío Eduardo?—preguntó el niño, ávido de enterarse, aun antes de llegar, de todo lo que en él ocurriera.

—Allí está—respondió lacónicamente el aperador.

—¿Y mi prima Soledad?

—Allí está también.

—¿Y está Juanito, el hijo de la Melona?

—A ése no le ha de conocer el señorito.

—¿Por qué?

—¡Si viese los mofletes que se ha echado!

—¡Y dicen que quiere estudiar para cura!

—Parece que le tira la inclinación al altar. Como siempre ha sido monaguillo, se le ha pegado algo de la iglesia.

—Yo le quiero mucho.

—Él es el honrado con el aprecio de usted.

—¿Y Soledad?

—Soledad, mejorando lo presente, está hecha una real moza. Hace una semana que llegó del colegio, y ahora está bordando unos primores... ¡Benditas sean sus manos!

Pasaron unos minutos de silencio.

El sol había echado por delante algunas llamaradas de aurora, haciendo enrojecer de gozo los jirones de blancas nubes que se cernían, a guisa de dosel, sobre las cúpulas del santuario, en donde reina entre aquellos peñascos la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Cabeza; después asomó con cierto recato su rubia frente por una de las ondulaciones de la sierra, y convencido de que todo estaba en su sitio y no había que temer peligro alguno, se lanzó por el espacio con su cuadriga de ígneos corceles, camino arriba, para ganar a las doce la empinada cuesta del cénit.

Unos grupos, como los que formara al moverse alguna finísima gasa de seda, una especie de vaho ardoroso comenzó a desprenderse de aquellos areniscos barbechos, cual si debajo de ellos existiese un horno

subterráneo recién encendido. Poco a poco las gotas de aljófara, prendidas en las puntas de las cañas del rastrojo, o que temblaban de frío en las anchas hojas de los melonares, se fueron evaporando y consumiendo, alzándose hasta el cielo en forma de vapor de agua, como si fuera la oración matinal de la tierra pidiendo la lluvia, porque ya comenzaba a asfixiarse con los prolongados calores del estío.

El viejo aperador se quitó el sombrero, se puso sobre la cabeza su enorme pañolón de yerbas, volvió a encasquetarse el sombrero, y siguió fumando impertérrito, siempre unos cuantos pasos detrás de su amo.

—Conque ¿está allí mi tío Eduardo?—volvió a preguntar el niño, a quien el camino se le hacía eterno.

—Sí, señor, allí está revolviendo todo el cortijo.

—¿Por qué...?

—Porque... señorito, ¿usted conocía ya a su tío...?

—¡Mucho! Como que me ha visitado ya muchas veces en el colegio. ¿Por qué lo dices?

—Porque don Eduardo no es como su mamá. Su mamá es una santa.

—¿Y don Eduardo?

—Su tío no es como su mamá.

—¿Es malo?

—¡ Hombre! ; Tanto así como...! Mire, señorito Antonio, ahora comienza el terreno de su propiedad.

Aquella salida tan en seco no dejó de sorprender al niño; pero le halagaba tanto el saber que aquella tierra que comenzaba a pisar era suya, que aun con gusto vió mudar la conversación.

—¿Y es muy grande *mi heredad*?—preguntó con cierto orgullo.

—Es de lo mejor que yo he trabajado. ¿Ve usted una

línea blanca en lo alto de aquel cerro que va por los olivares? Pues allá va la margen divisoria. De esa línea hasta allá abajo, en donde se ve la carretera de Jaén, todo eso es de ustedes, y pueden creerme que tienen lo mejor que Dios ha echado al mundo.

Al niño le parecía todo aquello un sueño de hadas. Se creía rey; y el orgullo, pasión propia de corazones grandes y altivos, pero que es preciso encauzar, le hacía parecer el terreno aún más grande y fecundo de lo que en realidad era.

En esto doblaron un repecho, y el cortijo de las Pajuelas apareció a sus ojos con toda la encantadora hermosura que encerraba en su seno.

Lo formaba una casa vieja y sin enlucir, llena de ventanas y desigualdades por todos lados. Frondosos álamos daban sombra a la entrada y a gran parte de la casa, y un fresco regato, bajando de las vecinas lomas entre zarzas y juncales, llegaba cerca de la casa, quedaba como asustado al verla, y de pronto, dando una vuelta caprichosa, torcía a mano derecha y se apartaba refunfuñando, hasta perderse en la alameda de chopos, sombría y llena de vegetación.

Los dos inmensos corrales del cortijo estaban a la sazón vacíos, porque las parejas de mulas y las yuntas de bueyes habían salido a pastar en los vecinos cerros, y allá cerca del cortijo, sobre una lomita, se reconcentraba la vida de aquella alquería en la era, empedrada de chinarrros de todos colores, donde a la sazón se estaba trillando, en medio de los cantares clásicos y de la clásica algazara, sin la cual, ni se puede trillar ni se pueden sufrir los rayos incandescentes de un sol de justicia, que se deja caer a plomo sobre la tierra.

El corazón de Antonio dió un latido fuerte de placer al penetrar por sus ojos hasta el fondo del alma toda la sublime armonía del panorama, y mucho más cuando en seguida divisó el grupo de las tres personas que le esperaban en la mitad del camino.

Su madre, con traje negro y un pañuelo blanco con cenefa negra tendido sobre el peinado para guarecerse del sol, le miraba con ojos cargados de pasión maternal; su tío, con traje de campo y con botas de montar de cuero amarillento, estaba de pie al lado de su madre, con las manos metidas en los bolsillos de la blusilla de dril color de ceniza, y Soledad, con traje también negro, sosteniendo con los dedos de ambas manos las puntas de su delantal, que se había echado sobre la cabeza, se destacó del grupo al ver a su primo, y salió a su encuentro a todo correr.

Antonio también picó espuelas a su jaquita, llegó hasta su madre, se lanzó de la silla y cayó en medio de aquellos brazos amorosos, que le estrecharon, convulsivos y fuertes, contra un corazón, que sólo latía a impulsos del cariño hacia su hijo.

Luego abrazó a su tío, a su prima, y...

—¡Toma, mamá!—exclamó con la voz ahogada por el orgullo y la emoción—; toma mis premios de fin de curso.

Soledad se apoderó inmediatamente de ellos.

—¿Ves?—decía Antonio, señalando a cada uno.— Este de cinta blanca es el premio de Excelencia. No se da más que a uno de todo el colegio, y para ganarlo es preciso sacar todo el año *uno limpio* en conducta y en aprovechamiento. La medalla es de oro, que la había regalado el capitán general del Departamento para el que se la mereciese. Cuando me la puso él mismo en

el pecho, me dijo que le diera de su parte a usted la enhorabuena. Este otro premio de cinta azul con medalla dorada, es el primer premio de Matemáticas. Otro niño que se llama Jacinto Vázquez se lo quiso llevar, pero yo estuve la noche anterior estudiando un problema muy difícil, y ¡tras! pusieron ese problema para oposición de premios.

—Oye—le dijo entonces Soledad, mostrándole una medalla plateada con cinta roja—, ¿y éste de qué es?

—Ese es el segundo premio de Geografía. No me importa que sea el segundo, porque como yo voy a ser ingeniero, me dijo el Padre Martínez que el que me importaba sacar era el de Matemáticas.

La madre, que todo lo miraba, todo lo oía con esa satisfacción propia de las madres, a quienes cada triunfo escolar de sus hijos les parece un acontecimiento político (y a veces tienen muchísima razón), se echó a reír de la salida, y por toda respuesta volvió a estrechar contra su seno al candoroso Antofñito.

¡Horas felices que todos hemos gozado tantas veces, en que se confunden los sueños de los viejos con los sueños de los niños, sin saberse cuál de los dos sea más sonrosado ni más fantástico; en que, si el hijo se cree un sabio, la madre lo juzga un portento de sabiduría; en que se juntan las primeras alboradas de un sol que amanece, con los últimos destellos de un sol que se derrumba! ¡Más allá... más allá de esas horas... al primero le esperaban las nubes del dolor; al segundo, la noche apacible de las tumbas; al primero amenazan las borrascas de la vida, al segundo le sonrían las brisas de la eternidad!

Así bajaron los cuatro por el camino, llegaron a la destartada pero cómoda casa, y la voz de que el se-

ñorito había llegado, cayó como una bomba en la era, con sus esperanzas de fiestas y de descanso.

El niño se quitó sus botitas de montar, se sentó rendido, más de emoción que de fatiga, en un sofá viejo y desteñido, y poco a poco, uno tras otro, iban entrando en la salita aquellos hombrachones del campo, tostados por los rayos solares, sucios con el polvo de la era, y quitándose el pañuelo que traían amarrado en la frente, se colocaban con aire respetuoso en el fondo de la salita, después de saludar al diminuto amo con frases semejantes:

—¡Salud, señorito!

—¡Que Dios se lo conserve, doña Luisa!

—Pa servirle muchos años, don Antonio!

Y don Antonio se bañaba en agua de rosas viéndose se blanco de tan respetuosas cortesías.

Pero tal vez más que el hijo disfrutaba la madre cuando al entrar aquellas macizas y redondas gañanas les oía decir, mirando al futuro amo del cortijo:

—¡Doña Luisa! ¡Si Dios le ha dado por hijo una rosa de Alejandría!

—¡Vaya, mi ama! ¡Si esto vale más que el cortijo y que el mundo entero!

Y no faltó una vieja sin dientes, pero con tino para saber lo que era inocencia, que le estrechó con inmenso cariño contra su seno, le dió uno de esos besos de grueso calibre y se retiró al sitio en donde estaban los otros criados, gruñendo, mientras se secaban una lágrima nacida del fondo mismo de su alma:

—¡Lucero de la mañana! ¡Si parece que ha *resucitao* tu mismo padre, que en gloria esté!

—Vamos, tío Marianito—dijo, por fin, doña Luisa, que temía reventar de gozo con las satisfacciones de

aquel día—, dígale a la gente de la era que descanse hoy. ¿No es cierto, hijito mío?

—Señá Luisa—repuso un gañán, limpiándose con la manga un torrente de sudor que le bajaba por la frente, mientras enseñaba por la abierta camisa otro no menos abundante, que le bajaba por el tostado pecho—, hoy habrá de lo bueno, porque tiene usted un hijo que a la reina de las Españas no le da envidia porque no lo ha visto.

—Bien, tío Marianito; que les bajen una jarra del de Montoro.

—Señora—repuso el gañán—, ¿y no ha de ser del de Montilla?

—Calla, melón—le dijo otro mozo dándole un codazo—. ¡Cómo si no fuera lo mejor todo lo que salga de la voluntad del ama!

—Mire, tío Marianito—respondió Antonio decidiendo la cuestión—, que saquen de las dos clases.

—¡Que viva el señorito don Antonio!

—¡Por muchos años!

Un viejo de entre los criados, más atrevido tal vez con las muestras de confianza que su amo les daba, se aproximó a las medallas que estaban sobre un veladorcito, y uno tras otro se fueron todos acercando y rodeando al amo, que las fué mostrando también una por una.

—¿Véis?—repuso el viejo—. Apuesto a que todas esas monedas se las ha ganado el señorito Antonio en el colegio.

Nuevas oleadas de orgullo, en que se hundía el niño, bañado de gozo al irles explicando todo lo que había tenido que estudiar para ganarse cada una de aquellas monedas, y al ir soltando, como quien no quiere la

cosa, todos los términos técnicos de cada asignatura premiada, con sus: A, raíz cuadrada de B, menos C; los archipiélagos y *divortium aquarum*, mientras los hombres escuchaban con un palmo de boca abierta, y de cuando en cuando alguno daba un codazo a su vecino, diciéndole por lo bajo:

—¡Eso es *cencia!*

—¡¡Chico!! ¡Cualquiá le engaña al señorito cuando sea más grande!

Y con esto llegaron las jarras de Montilla, y comenzaron las rondas y la animación, tan franca como respetuosa, de la gente del campo, concluyendo todo con el indispensable bailoteo de serranas y de seguidillas.

Así pasó el niño toda aquella tarde, traído de acá para allá, montando primero en su jaquita, después en los rastrillos de la era, recorriendo las lomas, las alamedas, los corrales, los barbechos... ¡todo! ¡todo!

Y cuando la noche tendió sus dominios sobre aquellos campos, Antonio, después de rezar en voz alta sus oraciones; después de haber pronunciado en voz baja unas palabras ante una imagen de la Virgen de la Cabeza que había en el altar del aposento, se quedó dormido, con ese sueño tranquilo que da la inocencia y que hace a veces soñar en que se va volando por los aires, porque el Angel de la Guarda, que está de pie a la cabecera de la cama, agita sus alas blancas sobre él, arrullándole con las frescas y castísimas auras que se respiran en la gloria.

* * *

Al día siguiente el tío de Antonio comenzó a asomar las orejas.

Don Eduardo Carvajal, hermano de doña Luisa y tío de Antonio, que tan triste papel ha de juzgar en el decurso de esta historia, era uno de esos hombres sin carrera, pero con hacienda; vicioso hasta los huesos, sin más religión que su carne, sin más Dios que su vientre, sin más ideales que la satisfacción de sus apetitos y deseos.

Había estudiado en el Instituto de Cabra hasta aprobar trampeando el tercer año de bachillerato, aprobado el cual, y viendo su padre que más provecho sacaría del hijo haciéndole cuidar de la hacienda que viéndole con la borla de doctor, le sacó de los estudios, le dió un caballo y le mandó a recorrer los cortijos y tomarle el pulso al arado.

Solo, joven, sin educación moral ni religiosa, pero dotado de un carácter regalón y lascivo, llegó a cifrar todo el porvenir de su vida en cambiar potros, andar de feria en feria a guisa de gitano del Albaicín, y en dejar por todas partes rasgos groseros de su lascivia, de su pasión por la ruleta y de su excesivo cariño por el Cazalla, por el Valdepeñas y por el amontillado.

Era, pues, uno de esos tipos nauseabundos que sólo saben dar a la sociedad un número positivo en el censo de la población, un número negativo en el censo de las carreras profesionales y una calamidad más para la pobre España, tan fecunda en calamidades de esta laya desde que se ha lanzado viento en popa por los mares del liberalismo.

Quiso la mala suerte de doña Luisa que en aquellas circunstancias en que su hijito venía a pasar las vacaciones en el cortijo, se hallase presente tan *honrado ejemplar*, porque no sabía dónde matar el tiempo mientras llegaba la famosa feria de Sevilla.

Y ya que se han dado estas pinceladas para marcar la figura de don Eduardo, algunos datos también acerca de Soledad, no estarán demás en el comienzo de la novela.

Soledad tenía once años, y estaba a la sazón descansando de las tareas escolares, emprendidas durante el curso anterior en el colegio que tienen en Cádiz las Esclavas del Sagrado Corazón.

Única heredera de la pingüe fortuna que le dejó al morir su madre, hermana del esposo de doña Luisa, vivía bajo la dulce tutela de su tía, que la amaba como si fuese hija propia.

La adversidad había ido grabando en aquel tierno corazón de niña una madura prudencia de mujer. Huérfana de padre y madre ya en los primeros albores de su vida, Soledad había reconcentrado todo el cariño de su alma en doña Luisa, a quien amaba como a madre, y a su primo Antonio, a quien quería como a hermano, y con quien la aristocrática doña Luisa pensaba unir, junto con la suerte, la pingüe fortuna de su sobrina.

Con aquella prudencia, con aquella sagacidad de serpiente, que por instinto casi sabía donde estaba el mal para evitarlo, unía Soledad un candor, una sencillez de paloma, envidiable hasta para los mismos lirios y jacintos silvestres que bordean las riberas del riachuelo en donde bebía su vida y su frescura el cortijo de las Pajuelas.

Con estos antecedentes ya será fácil sorprender a Antonio al siguiente día, cuando, despertando a los primeros gorjeos de la alondra mañanera, como la llama el malogrado poeta salmantino, y viendo ya despierta y gorjeando también de alegría a Soledad, a la alondra de esos campos que custodia el ángel del can-

dor, la convidara a recorrer el ribazo y a buscar flores para el altar que doña Luisa había formado cerca de su aposento, a falta de oratorio.

Los campos que cercaban la hacienda eran estrechos para el vuelo de aquellos dos pájaros, que los recorrieron en menos tiempo de lo que se dice, amenizando el vuelo con estos coloquios, que tal vez a muchos parezcan exageradas y ridículas candideces.

—¡Oye, Antonio! ¿Y qué vamos a hacer con estas flores?

—Vamos con ellas a adornar el altar, y luego voy a decir misa cantada.

Soledad soltó el trapo a reír.

—¿Y tú te crees que yo no sé decir misa?—le replicó Antonio con ofendida gravedad. Y luego añadió:

—Voy a decirle a mamá que me haga una casulla.

—Pero... ¿y dónde vas a rezar las oraciones?

—Por ahora las diré en el "Manual del Colegial" mientras mamá me compra un libro en latín, en donde estén el *Dominus vobiscum* y el *Prefacio*.

—Pero ¿tú vas a ser sacerdote?

El rostro de Antonio se tiñó de grana, roja como los gladiolos que acá y allá asomaban sus frentes cerca del camino.

—¡Vamos, primo!—le dijo con mimoso acento Soledad—. Si me dices lo que vas a ser, yo te diré también lo que les he dicho a las madres.

—Es que mi padre espiritual me ha dicho que no se lo diga a nadie.

—¡Pero es que yo me callaré lo mismo que una muerta!

—¿Y no se lo dirás a nadie?

—¡A nadie!

—¿Ni a mi tío?

—No.

—¿Ni a mi mamá?

—Tampoco se lo diré a doña Luisa.

—¿Me das palabra?

—Palabra de prima.

—Pues, mira, yo voy a ser jesuíta.

—¿Y cómo le dijiste ayer a tita Luisa que querías ser ingeniero?

—Porque no quiero que se entere por ahora mi mamá.

—Y tú, ¿qué vas a ser?

—Yo voy a ser hermanita de la Caridad. Pero no se lo digas a nadie.

—Es que para eso tienes que ser muy buena.

—Por eso quiero que digas misa todos los días, para oirla; porque aquí en el cortijo no se puede oír nunca.

—Bueno. Yo mandaré comprar hostias en Andújar.

—Vamos a adornar ya el altar, que tu mamá se habrá levantado.

Y aquellos ángeles se volvieron riendo a la casa con ánimo de parodiar el Santo Sacrificio, no para ofender a Dios, sino para hacer sonreír de júbilo a los mismos ángeles del Paraíso.

Mas he aquí que cuando llegaron al cortijo, don Eduardo esperaba ya a su sobrino con la jaquita ensillada y lista a galopar.

—Antonio, ¿quieres venir conmigo a Andújar?—le dijo don Eduardo.

Antonio miró a su prima, miró al ramo de flores que tenía en su mano, y se quedó perplejo.

Su prima miró al niño, miró a las flores y bajó la cabeza con señales de disgusto.

—¡Anda! Deja esos yerbajos y vente conmigo al pueblo, que nos vamos a divertir en grande.

Las flores que Antonio tenía en sus manos cayeron al suelo.

—¿Para qué llevas eso?—replicó don Eduardo con aspereza.

El niño miró con el rabito del ojo a su prima, y se sonrió.

—¡Cállate!—le dijo Soledad, que se había puesto roja como una amapola.

Y luego, cambiando de tono, prosiguió con naturalidad:

—Anda, vete con tito Eduardo, y que no se te olvide comprar aquello que me dijiste.

Triunfó entonces en el niño el deseo de ver la ciudad, y sin decir una palabra saltó sobre la jaquita y gritó a don Eduardo:

—¡Vamos, tío!

Soledad los vió partir, recogió las flores, y sin murmurar una palabra se fué a ponerlas en dos vasitos ante las plantas de la Virgen.

Aquel día se tuvo que quedar también sin misa.

Ahora vamos a dejar que Antonio galope en su jaca, y mientras los dos toman el camino que entre mil vericuetos conduce hasta la antigua ciudad, cuyo barro serenó el agua de la jarra que Moratín ofreció al pedante don Hermeguncio, nosotros retrocederemos un buen trecho en el espacio hasta llegar al colegio que los Jesuitas tienen en Málaga, y un buen trecho también en los dominios del tiempo, que nos presente a Antoñito meses antes de concluir aquel curso, de cuyos trabajos comienza a descansar tan justamente en el cortijo.

II

Menudencias.

A unos cien pasos del mar y a cuatro kilómetros de la hermosa ciudad de Málaga, se alzan, entre jardines de plantas tropicales, los severos pero alegres muros de un colegio dirigido por los Padres Jesuítas.

El colegio de San Estanislao de Kostka, o del Palo, como vulgarmente se le llama, por el nombre del pueblecito a cuya entrada se asienta, no se alza con la imponente majestad del que poseen los mismos Jesuítas en Deusto, ni con la gallarda esbeltez con que eleva hasta las nubes las finísimas agujas de sus torres el de Chamartín de la Rosa, ni con la severa curiosidad catalana con que se asoma a sus pretilos, recubiertos de yedra, el de Sarriá, de Barcelona, para abismarse en la contemplación de aquel emporio de ciudades comerciales; pero tiene un no sé qué de poético, de tranquilo, de sencillo, que sus antiguos moradores, colegiales y maestros, lo recuerdan al cabo de muchos años con la misma simpatía con que lo gozaron al vivir bajo sus muros tutelares.

La capilla está de continuo embalsamada, más aún que por las magnolias que blanquean en su altar, por otro perfume que despiden las almas castas y amantes de la Virgen y de su virtud predilecta; aquellos estudios están impregnados en actos de laboriosidad y de vencimientos de pereza; en aquellas clases resuenan sin cesar los gritos de lucha en la palestra literaria, donde se bate el cobre entre los dos partidos, *cartaginés* y *romano*; por aquellos dormitorios agitan sin cesar sus blancas alas centenares de ángeles de la guarda que

velan junto al inspector y procuran cerrar al sueño cuanto antes los ojos de los colegiales para que no manchen sus almas los espíritus del pecado.

Aquí se formaba el corazón y la inteligencia de Antonio, el hijo de los marqueses de Haro.

Siendo aún muy pequeño obtuvo en la cuarta división el cargo de jefe de filas, o sea el encargado de guiar las dos hileras con que van las divisiones a los distintos actos del colegio. Al año siguiente subió a la dignidad de edil, que es el encargado de la llave de estudio, y que da y lleva las órdenes del Padre inspector; finalmente, en este tercer año, que es el que acaba de terminar, fué aclamado, no obstante su corta edad, como príncipe del colegio y prefecto de la Congregación de San Estanislao.

Antonio se había amoldado a la disciplina del colegio con esa ductibilidad con que a los pocos días se ajustan los que no son tan rebeldes y difíciles de carácter que para ellos no hay disciplina ni régimen posible.

Antonio seguía las distribuciones del colegio con la mayor naturalidad del mundo. Su risa, franca como las auras de una mañana de Abril, amenizaba los recreos y paseos de los alumnos. Sus palabras sin hiel y sin amargura, disipaban todas las contiendas, y cuando se enteraba de que algún niño iba mal, de que hablaba cosas inconvenientes, de que se había disgustado con otro de sus compañeros, allí estaba Antonio, como ángel de paz, dirigiendo a buen camino la conversación o haciendo que los dos contrincantes se perdonaran.

Uno de estos colegiales, que abundan, por fortuna, es el descanso del inspector. Por eso el Padre no se extrañaba viéndole a veces mezclado con los del true-

no, y cuando le veía acercarse al grupo exclamaba para sus adentros:

—Algo habrá husmeado el galgo cuando se acerca a los gazapos.

Antonio nunca decía nada al Padre de lo que escuchaba a sus compañeros, a no ser que en la conversación se atravesase algo contra la honestidad o la disciplina del colegio, y por eso sus discípulos le estimaban de corazón.

Esto no quita que a veces le costase muy serios disgustos semejantes obras de misericordia, como sucedió la tarde de cierto día de campo, célebre y de imprecaderos recuerdos para el príncipe del colegio del Palo, por la cola que pudo haber tenido.

Los colegiales saben muy bien lo que es un día de campo, y cómo se espera y cómo se goza, expandiendo el espíritu, cortando la monotonía de la vida estudiantil, de suyo penosa y difícil para el carácter del niño, inclinado a tener tantos días de campo como días tiene el año.

Habíanse despertado los alumnos al son de una improvisada charanga, y después del desayuno las divisiones todas fueron saliendo del colegio para cercar por asalto y por hambre el cerro de San Antón, en cuya cumbre, y en los jardines de una hermosa quinta de recreo, se hizo levantar el sitio al hambre, que había tomado por asalto a su vez el estómago de los sitiadores.

Después de la comida, en donde no faltaron ni el clásico arroz ni la clásica tortilla, refrescada con legítimo Málaga, tocaron a la desbandada, y la división segunda, a que Antonio pertenecía, optó por bajar a la playa para hacer la digestión.

Al llegar a la orilla sonó el aviso de "Fuera ternas",

y aquella disciplinada turba dispersóse al momento por la arena.

Cada cual se buscó su amiguito, se formaron los indispensables corrillos, y a poco se habían deslindado todos los campos, y el Padre Gómez, que así se llamaba el inspector, rodeado de unos cuantos, sin dar a entender siquiera que miraba, iba siguiendo los juegos de cada grupo y adivinando casi las conversaciones que sostenían la idea que en sus juegos dominaba, hasta los últimos ápices de lo que en el corazón de cada uno de sus cuarenta inspeccionados pasaba.

¡Cosa rara! Antonio, al deshacerse las ternas, se separó inmediatamente del Padre, y ¡cosa más rara todavía! se unió al grupo de los mayores, a la partida de la porra, al corro de los badulaques, capitaneados por Arpacho, lo cual no era ya tan del gusto del Padre.

Arpacho era de lo peorcito de la división; un gañán de campo metido entre niños de alta sociedad, sin formas, sin modales, sin educación, y lo peor de todo, sin ganas ninguna de adquirirla.

Había presentado, por decirlo así, su tarjeta la primera tarde de curso que salió a paseo, cuando, al atravesar una huerta de melocotoneros, donde ya el fruto, comenzando a madurar, bordaba de granate y de jaldre la verde espesura de los árboles, exclamó con un aplomo y una resolución propias del que entiende en la materia:

—Oye, tú, Rodríguez; ¡ogaño los malacotones están pa catallos!

No hay que añadir que el famoso Arpacho fué bautiado desde entonces entre sus compañeros con el pomposo mote de *Malacatón*.

El Malacatón era siempre la cola de las clases, pero

en cambio era el anfitrión más decidido en el refectorio, engordando visiblemente por días; el que llevaba la voz cantante en el juego, donde no dejaba de prestar grandes servicios al Padre inspector para disolver los corrillos cuando había alguna sospecha de que en ellos se tratasen cosas inconvenientes.

—Arpacho—le decía el Padre en voz baja—, dile a aquellos que se separen y jueguen con todos.

Nuestro Malacatón se acercaba al corrillo, que o no esperaba a más, o recibía el siguiente cariñoso aviso:

—Ea, muchachos, o se ponéis a jugar o sus lleváis una guantá.

Arpacho no tenía mal corazón; oía las reflexiones de los Padres con respeto y aun con cierto temor, y por eso se le soportaba en el colegio. El único peligro era el abandono moral de aquella pobre alma, que huía del confesonario como del tribunal de la Inquisición, y el temor de que de pronto se enzarzase en una conversación peligrosa con la misma candidez con que sostenía una perorata sobre el modo de sembrar el maíz, sobre la manera de curar los caballos o sobre las fanegas de cebada que ogaño se habían vendido en su cortijo.

Por este peligro, el alma del inspector, aunque no temiese gran cosa por Antonio, estaba en un hilo, cuando al deshacerse las ternas notó el afán con que el niño se unía al corrillo de Arpacho, y la animación que en el corrillo reinaba, y cómo se iban separando para esquivar las miradas del Padre detrás del famoso Peñón que los colegiales llaman de la Gaviota.

En efecto, a poco el grupo se ocultó detrás del peñasco, y el Padre, dejando que pasasen algunos minutos, para no llamar la atención, levantóse pausadamente y se dirigió al lugar del peligro.

Ya era tarde.

Un grito lanzado por Arpacho le hizo al inspector correr hacia el peñasco, y al llegar divisó al Malacatón que forcejeaba por salir del mar, hinchando los enormes mofletes para despedir el agua que se le entraba por la boca.

¿Qué había pasado? Nada entre dos platos.

Sospechando Antonio que su compañero de colegio trataba de zurrarle la badana a otro colegial, por las duras palabras que al ir en ternas se habían dirigido, púsose entre ellos a fin de evitar uno de esos conflictos tan frecuentes entre niños, como escasos de consecuencias.

—Vete de aquí, sopleta—dijo Arpacho al príncipe—, temiendo que los pudiese delatar.

Antonio procuró apaciguarlos, pero en vano.

Viendo Arpacho la obstinada tenacidad de aquel testigo, que como una sombra los seguía hasta el sitio destinado para el desafío, montó en cólera y le hirió con una palabra injuriosa a su honor, y lo peor de todo, al de su madre.

Antonio se cegó, y sin darse cuenta de lo que hacía, se arrojó sobre su fornido adversario, y del primer empujón lo lanzó en el mar. En esto llegaba el Padre.

—Tú no me puedes a mí—rugía el gañán desde el agua, mientras Antonio le esperaba a pie firme para seguir, sin duda, la contienda.

—A sabio me ganarás, pero lo que es a bruto, no—rugía el Arpacho saliendo a poco del remajo, mientras varios le detenían para que no triturase entre sus garras al pobre Príncipe.

El inspector tomó en seguida una resolución definitiva; tocó a ternas, les hizo pasear en grande por los cerros de San Antón, y al llegar a casa, rendidos todos

de fatiga, sudada la rabia, cayeron por la noche en la cama como piedra en pozo, sin acordarse ya del percance sucedido en el peñón de la Gaviota.

Sólo un niño, al apagar el Padre las luces del dormitorio, no se había acostado aún.

Era Antonio.

El Padre espiritual del colegio, el bondadoso Padre Martínez, enterado por el inspector de lo ocurrido, y midiendo la honda impresión que debió causar el lance en el Príncipe del colegio, se acercó muy despacio a la camarilla de Antonio, quien a la sazón, sentado en el banquillo que tenía al pie de la cama, devoraba en silencio la rabia y la amargura de su espíritu.

—¿Qué te pasa?—le preguntó en voz baja el Padre espiritual.

El niño se levantó con respeto, sin decir palabra, y siguió llorando.

—¿Por qué lloras?

—Porque han ultrajado a mi madre, y yo tengo que vengarme de ese Malacatón.

—¡Vaya, vaya! Acuéstate y mañana hablaremos.

—No me acuesto hasta probarle a ese...

—Esas son tonterías de niños. Ya verás cómo mañana se arregla todo.

—¡Mañana!—gimió el niño con angustia—. ¡Mañana me quitarán la dignidad por causa de ese animalote!

—Si sigues así, claro está que tendremos que hacerle; pero si te acuestas y le perdonas, todo pasará.

—Eso de perdonarle...—rugió Antonio—, eso jamás. ¡Lo que es cuando salgamos del colegio!...

—Mira, mira la estatua que tienes en la cabecera de la cama. A ver, ¿Qué te dice la Virgen? ¿Qué te dice esa estatua?

—Que es un regalo de mi madre, a quien ha ultrajado Arpacho.

—Bien. Y como tu mamá te regaló esa estatua para que imitases a la Virgen, la vas a imitar perdonando a tu enemigo. ¿Qué dices?

El niño bajó la cabeza, y calló.

El Padre espiritual, aprovechando aquel momento de calma, abrió lentamente la camarilla, y sin penetrar en ella entró el brazo y bajó la imagen de la repisa.

—Bésala, Antonio—le dijo con cierto imperio, mezclado de cariño.

El niño besó los pies de la estatua.

Entonces el Padre mojó en la pila del agua bendita el dedo pulgar, hizo la señal de la cruz sobre la frente del niño, y le dijo con tono aún más persuasivo.

—Ponte de rodillas, que voy a echarte la bendición. Obedeció Antonio, y se santiguó con respeto.

—Ea—añadió el buen Padre—, ahora a la cama y a dormir.

El Padre Martínez cerró con cuidado la camarilla, se alejó de allí, y a poco el corazón del Príncipe del colegio, sosegada la tormenta con las ráfagas suaves de la piedad, latía con calma, mientras se oía allá a lo lejos el mar que se agitaba intranquilo, como debe agitarse el corazón del que sufre sin que pueda encontrar sosiego y lenitivo en el bálsamo que vierte la fe sobre los que lloran y padecen.

El temor de perder la dignidad de príncipe y aun la de prefecto de la Congregación, ese pundonor natural que bien pueden aprovechar los buenos educadores para dirigir las tiernas almas de los niños por los senderos del deber y de la virtud, contuvo los ímpetus de Antonio, que no volvió a decir ni una palabra provo-

cativa al Malacatón; pero el ánimo de venganza, el mal espíritu, no podía salir de su pecho.

Antonio no parecía uno de esos espíritus melosos que varían de opinión a cada paso; daba, por el contrario, muestras de tener un carácter fuerte y enérgico, lo cual no dejaba de agradar al Padre Martínez, a quien no gustaban los ánimos apocados e irresolutos.

Así llegó el tiempo de los Ejercicios, ese santo tiempo en que aun los más rebeldes rinden su corazón a los influjos suaves de la gracia y conciben pensamientos nobles y generosos, pensamientos que a muchos, después de largos años, les hace avergonzarse de su cobardía, cuando en los momentos de lucidez y de sana razón recuerdan desde el charco de los vicios las santas inspiraciones del cielo, los deseos de ser buenos y leales al grito de su conciencia, a los propósitos de no dejarse llevar de las corrientes de sus pasiones y de no apostatar cobardemente de lo que una vez abrazaron por honesto y por bueno.

Era el segundo día de los Ejercicios, y los daba un santo religioso conocedor del corazón humano, que iba poniendo el dedo en la llaga, que iba poco a poco apretando los tornillos a las pasiones hasta hacerlas saltar aun en los más rebeldes y obstinados.

Después de la meditación de la muerte, de esa sabia lección a la que es imposible cerrar los ojos porque se nos entra por ellos aunque los queramos tapar a cal y canto, el Padre espiritual, que estaba entonces de rodillas en su reclinatorio pidiendo a Dios por la conversión de los colegiales encomendados a su dirección, oyó unos golpecitos en la puerta de su cuarto.

Levantóse del reclinatorio, abrió la puerta, y Anto-

nio, con los ojos llorosos, con la voz entrecortada, penetró en el aposento.

—Entra, hijo mío—repuso el Padre Martínez, cerrando tras sí—. ¿Qué te pasa?

—Que no puedo parar, Padre—contestó el niño llorando—. Yo no quería perdonar a Arpacho, pero esta noche las palabras del Padre que da los Ejercicios, esas palabras que tal vez ni él mismo ha reparado al decir-las, han herido mi corazón y lo han llenado de temor.

—¿Y qué palabras han sido, que así te han impresionado?

—Ha dicho que a la hora de la muerte no hallará perdón de Dios en su tribunal aquel que durante la vida no haya perdonado a sus enemigos.

—Ya ves lo que es la gracia de Dios, hijo mío—le dijo el Padre sonriendo—. Son las mismas que yo te he dicho tantas veces, pero hoy...

—Hoy las he oído de otro modo.

—Eso me prueba una vez más que la palabra exterior del hombre, si Dios al mismo tiempo no habla dentro del alma, no tiene eficacia para mover el corazón. ¿Y qué piensas hacer?

—Padre, no podría dormir esta noche sin haber hecho antes las paces con mi compañero.

—Bien hecho. ¿Quieres que le llame?

—Sí, padre, quiero ser yo quien le pida perdón. Llámelo... pero...—y Antonio se quedó pensativo.

—¿Qué! ¿Dudas?

—No, Padre Martínez, no dudo. Es que antes quiero hacer otra cosa que la Santísima Virgen viene pidiéndome desde que comenzaron los Ejercicios, y ya por fin he resuelto darle gusto a mi bondadosa patrona.

Y sin esperar la respuesta del Padre, hincóse de rodillas en el reclinatorio, sobre el cual había una estampa muy devota de María Inmaculada, desdobló un papel, y con voz firme, nacida de lo íntimo del corazón, leyó delante del Padre espiritual, que le contemplaba atónito y perplejo, sin saber que el niño intentaría, la siguiente protesta, que subió al cielo como el grito, como el juramento de un alma grande, en las manos de los ángeles y de los cortesanos del cielo, hasta las plantas de la Virgen:

"Purísima Reina de los cielos. Yo Antonio de Haro, prefecto de la Sagrada Congregación, juro a tus plantas ligarme con voto de castidad, y hago también promesa de trabajar para ser admitido en la Compañía de tu hijo Jesús, dejando en tus manos el proporcionarme los medios para llevar a cabo mi resolución.

"Si algún día soy infiel a este juramento, tiende sobre mí tu manto, abre los ojos de mi alma para que yo vea mi cobardía y dame gracia abundante para que, conociendo mi error, vuelva por la senda del bien y de la virtud hasta poder cumplir esta mi promesa irrevocable.

"Firmada por tu inspiración bendita, y con sangre de mis venas, en el Colegio de San Estanislao, cinco de diciembre de mil...

"ANTONIO DE HARO,
Esclavo de María Inmaculada."

El Padre Martínez, al concluir el colegial su lectura, recogió el papel, lo besó y le dijo al niño, mirándole a la cara de hito en hito:

—¿Y tú tendrás la suficiente energía para llevar a cabo semejante juramento?

—Padre—respondió Antonio con firmeza—, si no me sintiera con ella no lo hubiera hecho y firmado con mi propia sangre.

—¿Y no te volverás atrás nunca?

—¡Jamás!

—¿Y si llegas a quebrantarlo y olvidarte de él?

—Entonces...

El niño quedó un momento pensativo. Después respondió con entereza:

—Entonces, arrójeme ese papel a la cara y llámeme cobarde y traidor.

El Padre clavó el papelito con un alfiler a las plantas de la Virgen, murmurando con tono de satisfacción indecible:

—Muy bien, hijo mío, sin duda que la Virgen estará muy satisfecha de ti; pero vamos por partes. En cuanto al voto que sin consultar a nadie acabas de hacer, comienzo desde luego por desligarte de su cumplimiento, pues un juramento como ese no puede ni debe hacerse por voluntad propia, ni consentirlo un Padre espiritual, como no vea un verdadero impulso de la gracia, que a veces suele confundirse con una fuerte pero pasajera llamarada de fervor. Sin embargo, aunque el voto en nada te obligue, sigue haciendo esfuerzos para cumplirlo y... Dios dirá.

—Padre, es que yo he sentido esos impulsos especiales de la gracia.

—El corazón, hijo mío, engaña mucho. El mérito lo tienes todo entero delante de Dios; la obligación del voto no la juzgo prudente.

—Pero mi vocación...

—¡Oh! La vocación no es fruto que madure en tres días. Ahora comienza a abrir la flor, abrigala con la

piedad y la frecuencia de sacramentos, que si es cosa de Dios ya dará fruto, y si es fervor pasajero, como pasa en la mayoría de los niños, habrás ganado siempre los actos de virtud que te hizo practicar. Eso sí, Antonio—dijo el Padre poniéndose muy serio—, este papel firmado con tu sangre lo guardaré como testimonio de lo que has creído y amado cuando eras inocente y bueno. Dios quiera que nunca varíes de opinión y tenga que ponerte delante de los ojos... pero, no, hijo mío, no será, no será.

Y acercándose a la puerta, mandó llamar a Arpacho.

A poco entraba el fornido muchacho con cara de espantado, y Antonio no le dejó volver de su espanto, porque se arrojó a sus pies pidiéndole mil perdones por la falta cometida en el peñón de la Gaviota.

La escena concluyó como suelen concluir estos arranques, en que un alma generosa, tal vez la más ofendida, se resuelve a ser la primera en solicitar el perdón, y en que la otra, corrida de haberse dejado ganar en generosidad, pretende redimir la falta con muestras de mayor y más acendrado cariño.

Ambos se abrazaron con mutuas palabras de amistad, y el Padre Martínez los dejó algún rato sin proferir palabra. Luego, como hombre tan acostumbrado y tan diestro en aprovecharse de todas las circunstancias para hacer bien a los colegiales, no quiso dejar que se pasase aquélla de hacer bien al Malacatón, que según le dijeron al Padre, había dado palabra de no confesarse aquel año.

Por eso cuando vió que los dos se habían desahogado lo suficiente con palabras de mutua concordia, dijo al Príncipe, empujándole con suavidad hacia la puerta:

—Conque, Antonio, vete a la capilla, que Arpacho se va a confesar conmigo ahora mismo.

En efecto: al cabo de un rato salía el Malacatón camino de la capilla limpiándose los ojos, dispuesto a portarse bastante bien en lo restante del año; y al entrar en la capilla aún estaba allí Antonio, medio envuelto en las sombras que luchaban por vencer los tenues resplandores que salían de la lámpara del Santísimo. La presencia del Prefecto se dejaba sólo sentir por alguna que otra frase que el exceso de fervor en el corazón hacía subir a los labios en forma de jaculatoria o de encendida saeta.

Todas esas son candideces, menudencias de los colegios dirigidos por Jesuítas (1).

Mientras tanto, los jóvenes de mundo, los hombrecitos de pelo en pecho y de callos en el corazón, esos que son la esperanza de las naciones y de la sociedad, estarían bebiendo a más y mejor en los casinos y centros de recreo, excepto alguno que estaría jugando el chaleco y la honra en la ruleta, y excepto otros que estarían dejando a pedazos su vida y su salud en las cloacas donde se educan hoy la mayor parte de los jóvenes que no están recogidos en buenos y cristianos internados.

(1) Mucho se habla de los Ejercicios espirituales que se les obliga a hacer, poco después de haber entrado, a los niños en el colegio, y suelen durar tres o cuatro días. Si vieran los *habladores* el inmenso fruto que de ellos sacan las almas de los que vienen de vacaciones algunas veces pidiendo a voces una confesión, y el fruto que redunda aun en su parte física, por razones que callo, y el fruto que les proporciona para la ciencia, sosegando y equilibrando su espíritu, tal vez no hablarían tanto, a no ser que hablen condenando a *priori* cuanto hagan los Jesuítas.

Aprended, madres y padres que esto leéis, tal vez con cierta sonrisa, aprended la antítesis y sacad la consecuencia.

Conque éste era Antonio de Haro en el segundo año de colegio, ésta su alma, estos sus deseos, ésta la delicadeza de su conciencia, cuando montando en su jaquita parda, acompañado de su tito Eduardo y dejando, tal vez por irreflexión de niño, a su prima, sus flores y su misa, tomó el tortuoso camino que conduce desde el cortijo de las Pajuelas hasta la ciudad, cuyo barro serenó el agua de la jarra con que ofreció sabroso refrigerio el tan célebre Moratín, al no menos celeberrimo y pedante gorrón D. Hermeguncio.

III

Más menudas todavía.

- ¿Conque no has estado nunca en Andújar?
—Nunca, tío Eduardo. ¿Es bonito el pueblo?
—Ya verás tú si es bonito. Tiene una alameda sobre el río que es una preciosidad. ¡Y ahora que hay abierto un teatro en la alameda!...
—¿Y hay muchas iglesias?
—Muchas, muchas. Está la de... la de...
—Me alegro, porque así podré oír misa y comulgar los domingos. Ya me había dicho mi prima que aquí ro podría oír misa los domingos.

—Sí, hombre, ¿por qué no? Y comulgar las veces que quieras cada día.

—No, tito; es que al día no se puede comulgar más que una vez.

—Bien, pero estando de vacaciones no rigen esas leyes.

—Y tú, ¿por qué no comulgas conmigo?

—Es que... padezco del estómago y no puedo estar mucho tiempo en ayunas.

—Entonces comulgaremos muy tempranito.

—Ya veremos a ver. Y dime, ¿tú no conoces a la familia de Rebolledo?

—Nunca la he visto. ¿Quién es esa familia?

—Son muy amigas de tu mamá y algo parientas de nosotros. ¿Quieres que les hagamos una visita?

—¿Es buena gente?

—Mucho. Todas son de la cofradía del Corazón de Jesús.

—Porque mi Padre espiritual me ha prohibido visitar ninguna persona que no sea muy cristiana.

—¿Y quién es tu Padre espiritual para meterse en esas cosas? Dile que se meta en su sotana y que te deje hacer en vacaciones lo que quieras.

—No, tío; eso me lo dice por mi bien.

—¡Vaya con el Padrecito! Las vacaciones son para divertirse.

—Sí, pero sin ofender a Dios.

—¡Hum!—murmuró el *animalote* de D. Eduardo—
¡Vaya un fraile que nos están criando los Jesuítas!

Antonio parece que no debió de oír estas últimas palabras, como ni D. Eduardo habrá oído el requiebro que yo le acabo de echar, que es la única frase que se me ha ocurrido.

A poco D. Eduardo volvió a la carga.

—¿De modo que estas vacaciones las vas a pasar entre comuniones y novenas?

—Pienso decirle a mamá que me compre un misal y que me haga una casulla azul para decir misa de la Virgen.

El tío soltó el trapo con una risa sarcástica, diabólica, y mirando fijamente a la cara a su sobrino, le preguntó:

—Antonio, ¿pero tú vas a ser jesuita?

Esta pregunta cayó como una bomba, por lo inesperada, en el ánimo de Antonio, y su rostro volvió a ponerse como los gladiolos que acá y allá asomaban sus rojas frentes por los linderos del camino, pero se guardó muy bien de sincerarse con su tío, como lo había hecho con su inocente prima, y sólo respondió con marcadas señales de turbación.

—No... Yo pienso ser... ingeniero.

—¡Vaya un ingeniero, comulgando cada domingo!

—Pero... ¿es que para ser ingeniero es preciso no comulgar?—respondió el niño con angelical candidez.

—No, hombre, no digo yo tanto; pero quiero que en estas vacaciones te diviertas y aprendas a presentarte en sociedad, y a no comprometernos con esas salidas de monja escrupulosa, que ya no se usan en el mundo.

El niño se quedó callado, y D. Eduardo se calló también, hasta los pocos minutos que siguió de nuevo su batería.

—¿Ves?—le dijo señalando hacia la derecha del camino, ¿ves aquel cortijo tan bonito que asoma un poco más allá de la vía? Mañana vamos a ir a él, que han de tener allí un baile,

—No, tío; yo no voy al baile, porque mi Padre espiritual...

—¡Y dale bola con el Padre espiritual! Oye, ¿llevas uno en el bolsillo? Porque quiero verle la cara.

—No llevo al Padre, pero llevo en los bolsillos sus consejos. ¿Quieres leerlos?

—No los necesito. Ya te enseñaré yo a caminar por el mundo sin las andaderas de los Jesuítas. Mañana vendrás conmigo al baile y pasado mañana al teatro.

—Creo que no lo conseguirás, tito Eduardo.

—Ya lo veremos. ¿Te crees tú, y se cree ese Padre espiritual, que yo he de llevarte a ningún sitio a que no convenga ir? Donde yo te lleve, ve sin peligro, porque no te comerá ningún coco.

—Es que tampoco lo consentiría mi mamá—respondió el niño algún tanto contrariado.

—Bobo. ¿Y qué necesidad tiene tu mamá de saber adónde yo quiera llevarte?

—Sí, pero mi Padre...

—Pues, señor; esto es insufrible—se dijo para sus adentros el buen D. Eduardo, que comenzaba a tener un Padre espiritual montado en las narices—. Es preciso espabilar a este aguanieves.

Y el ladino tío fué bandeando la conversación, hasta que entraron en el pueblo y llegaron a una casita azul, situada en la calle que sube hasta el colegio donde los Padres Paúles se sacrifican por la educación de los del pueblo.

—¡Alto aquí!—gritó con alegre voz D. Eduardo, echando pie a tierra y bajando después a su sobrino, a tiempo que tres señoritas salieron a recibirles, dando también gritos de franca y sincera alegría.

Eran las de Rebolledo, una de las familias más en-
cospetadas de Andújar.

Las demostraciones de confianza y de cariño para
con Antonio en aquella casa fueron indefinibles.

—¡Cómo no hemos de conocer a doña Luisa!—de-
cían a coro las tres, y sobre las tres la madre—. ¡Si
precisamente le debemos visita! ¿Y cómo está tu ma-
má? ¿Cuándo has llegado del colegio? ¡Vaya con
Antoñito!... ¿Y qué notas has sacado, hijito mío?...
¡Pues no faltaba más!... Y si hubiese otra nota más
honrosa hubiese sido para el hijo de los marqueses de
Haro... ¡Pero cómo se parece a su papá!...

Antonio estaba encantado de tanta lisonja, de tan-
ta franqueza, de tanta... zalamería.

Poco a poco observó que se había quedado solo en
la salita con la señora madre y con Pilar, la más pe-
queñita de las tres simpáticas andujareñas, porque las
otras dos, juntamente con su tío, habían desaparecido
como por ensalmo.

La mamá y la pequeñita Pilar se encargaron de se-
guir halagando con lisonjas los oídos del Príncipe del
colegio del Palo; le llevaron a pasear al jardín, pren-
diéndole de la solapa de la chaqueta un clavel reven-
tón que perfumaba el ambiente con su castísimo aro-
ma, pero no tan casto como el que por entonces des-
pedía el alma del inocente niño; le mostraron después
el estanque con patitos y con peces de colores; des-
pués le subieron para que viese el altarcito con la ima-
gen de la Virgen milagrosa de la Cabeza, de la cual
eran todas ellas cofrades y devotísimas, y aparecien-
do al cabo de una hora su tío, que había ido entre tan-
to a saludar a un amigo enfermo, se despidieron por
fin de la cristianísima familia de Rebolledo, montaron

en sus caballos y, cargados de flores, de confites de feria y de empalagosos saludos de despedida, regresaron al cortijo de las Pajuelas.

Total: ¡Otra menudencia! ¿Qué de malo había en esto? ¡Que a mamá no le gustaba el que fuese a esta casa! ¿Y por qué? ¡Que el Padre espiritual no hubiese aprobado la visita! ¿Y quién era el Padre espiritual para aconsejar interioridades a la familia? Que se ocupase en sus rezos, y que no se metiese en donde nadie le llamaba.

Al fin y al cabo, aquello no podía ser más menudencia de lo que era. Lo único que Antonio traía a casa como resultado de aquella visita, era una idea vaga, confusa, etérea, de ciertas fisonomías agradables, de unos cumplidos melosos, de una atracción extraña que no le disgustaba, de una sensación desconocida que abría un horizonte nuevo a sus ideas, a sus ensueños, a sus aspiraciones. Y todo esto lo hubiese sentido cualquier niño, aun de los que no se educan con los Jesuitas.

Y así se acostó aquella noche, después de rezar sus oraciones y de renovar su promesa con verdadera sinceridad, y el ángel de la Guarda, no sé si tan satisfecho como Antonio, le cerró los párpados, hizo la señal de la cruz sobre su blanca y tersísima frente, y se sentó a la cabecera de la cama para velar el sueño del niño.

—Oye, Eduardo—le dijo doña Luisa a su hermano una vez que estuvieron solos—, ¿sabes que no me gusta el que llesves a Antoñito al pueblo de Andújar, y mucho menos el que lo llesves a casa de las de Rebollo?

—¿Y qué peligro encuentras en ello?—respondió con frialdad D. Eduardo, encogiéndose de hombros.

—No lo sé; pero el niño es todavía muy inocente y esa familia es tan callejera que nada bueno aprenderá de ella.

—¡Bah! ¡Escrúpulos de beata!

—Como quieras; pero ya sabes que no me gusta que le lleves allá. Como ellas me deben una crecida suma, han de atraer al niño para tener contenta a la madre, mientras la cuenta se queda por pagar.

—Bien. ¿Y qué? ¿Crees que las de Rebolledo no han de pagar lo que deben?

—Creo que no. Eso por una parte; pero además no está bien el que entre Antonio contigo en una casa en donde sólo viven cuatro mujeres, y mujeres que... ¡vamos!, ya sabes la fama que tienen.

—Calumnias podridas. En las ciudades y pueblos pequeños, nadie vive sin un mochuelo de esos acuestas. Mira, Luisa—añadió con acento sentencioso y grave, como si se tratara de una cosa de gran importancia—, mira que a ese niño es preciso distraerlo. He visto que los Jesuítas le están metiendo en la cabeza muchas sandeces, y tiempo llegará en que quieras remediarlas y no puedas.

—Pues casualmente lo he puesto en el colegio del Palo contra tu voluntad, porque quiero que salga un hombre cristiano. ¿Te enteras?

—Ya lo sé; pero de que salga un hombre cristiano y con escrúpulos en la mollera, a que te abandone el mejor día y se nos vaya con los Jesuítas, va mucho.

—No, no. Eso sí que no. Eso, imposible. Pierde cuidado, que jamás consentiré yo en que un hijo único, tan cariñoso...

—¡Hola! ¿Conque no lo consentirás? Pues de eso casualmente se trata. Le he preguntado esta misma tarde si quería ser Jesuíta, y se ha puesto más rojo que un pimiento de la Rioja y se ha callado lo mismo que un muerto. Conque ve atando cabos.

Doña Luisa bajó la cabeza con aire pensativo y no respondió.

Entonces el astuto D. Eduardo, que leyó muy bien lo que pasaba en el corazón de su hermana, siguió remachando el clavo con energía.

—Es preciso quitarle esa idea de la cabeza. ¿Lo sabes? Es necesario divertirlo mucho estas vacaciones, y si es preciso, hacer que no vuelva al colegio.

—Sí... pero... Divertirlo sin que se me pierda mi hijito... ¡Es tan bueno... tan inocente!... ¡Me han dicho los Padres tantas cosas de su candor!...

Comenzaba a capitular.

—¡Claro! ¿Y qué van a decir los Padres sino halagar su sensualidad y fomentar su fanatismo para atraparle, y con él las riquezas de doña Luisa?

—No, si ya te digo que yo no he de consentir eso; pero es preciso que tengas cuidado con los sitios donde lo llevas, porque...

—¿Y tú crees, Luisa, que yo tengo empeño en pervertir a tu Antonio? Anda y cómetelo con tomates, si quieres, que tuyo es.

—No, si ya te digo que no quiero decirte tanto; sólo te aviso que tengas mucho cuidado con su inocencia.

Había capitulado del todo.

—Bien, bien—respondió con aire triunfal D. Eduardo—. Déjalo por mi cuenta, que no soy ningún hereje de los de la Inquisición.

Y dejando a la madre perpleja con la noticia de la vocación de su hijo, salió de la salita, se fué a su cuarto y se metió tranquilo en su cama, satisfecho del consejo dado, como si tratase de hacer un bien a la humanidad entera.

Doña Luisa se retiró también a su oratorio a pedir a Dios que guardase la inocencia de su hijo, y después de haber rezado su interminable sarta de Padrenuestros, se metió en la cama, diciendo:

—No, pues lo que es si esos buenos Padres quieren quitarme a mi hijo, tendré que seguir el consejo de Eduardo y sacarlo cuanto antes del colegio.

¡Como si fuesen los Jesuitas los que quisiesen y no fuese Dios el que lo había predestinado!

* * *

¡Cosa rara! Al día siguiente Antonio no pensó en decir misa, ni aun quiso acceder a los ruegos de Soledad, que le invitaba a buscar flores, y que tuvo que ir sola a traer los lirios y jacintos silvestres para adornar el altarcito de la Virgen.

Antonio se levantó temprano, por la costumbre adquirida en el colegio; fué a dar los buenos días a su madre, y después de depositar en su frente un beso más puro que el que daba la aurora a las flores, que comenzaban también a despertarse con el frío de la mañanita, corrió a saludar a su tío, que sentado en la cama en mangas de camiseta y con el poco pelo de su cabeza encrespado, se fumaba el primer cigarrillo de la mañana.

—¡Hola, buena pieza! Parece que madrugamos.

—Sí, tito. ¡Como en el colegio nos levantamos temprano!

—¿Y has rezado ya muchos credos?

—Todo lo que solemos rezar en el colegio.

—Así me gusta, que eso no quita las ganas de comer. ¿Y dónde quieres que vayamos hoy?

—Donde tú me quieras llevar.

—Iremos al cortijo de D. Ramón, a darle felices días por su santo.

—¿Al cortijo del baile?—exclamó con cierta pena.

—Sí, hombre; no te apures, que nadie te ha de comer.

—Allí, no.

—Pero ¿por qué?

—Porque...—y el niño no se atrevió a dar la causa.

—¡Ah! ¡Ya caigo!—le interrumpió su tío soltando la burlona carcajada—. Te lo prohíbe tu Padre espiritual, ¿no es eso? Pues no te apures, iremos a la estación.

—Allí, sí, que quiero ver si pasa algún amigo mío del colegio.

—Pues al avío. Manda ensillar la jaquita en lo que yo me visto y tomo el desayuno.

El niño salió corriendo como una alondra a dar las órdenes, y al cruzar el patio de entrada se encontró con Soledad, que volvía del campo con el delantal lleno de flores silvestres.

—¡Primo, primo, mira cuántas flores he cogido! ¿Vamos a decir misa?

—Déjame ahora de misas—le respondió con tono desabrido Antonio.

—¿Adónde te vas?—le dijo su prima con tristeza, que se revelaba en su carita compungida.

—Me voy a la estación.

—Pero... ¿no quedamos en celebrar hoy de la Inmaculada?

Soledad no se podía dar razón de cómo un hombre mudase tan pronto de ideas.

—Cuando vuelva.

—Bueno, te esperaré. ¡Mira, mira las vinajeras que he hecho!

Y la inocente niña le mostraba dos canutos de caña que había cortado en la alameda.

Antonio apenas si se fijó en ella; tenía el pensamiento absorto en la ida a la estación.

—Pero, oye, Antonio. Una duda se me ha ocurrido. ¿Y la campanilla? ¿Cómo vas a decir la misa sin campanilla?

El niño bajó la cabeza y la movió con cierto aire de contrariedad. Era un asunto muy delicado.

De pronto Soledad dió un salto, agarró una copa del aparador, la hizo sonar con el rabito de un jacinto, y el sonido finísimo del cristal de Venecia se mezcló con los arpegios de una franca y angelical sonrisa que brotó de los labios de aquel ángel.

El conflicto estaba ya conjurado.

—¡Ah! Oye—replicó en seguida—, que no se te olvide comprar las hostias, que ayer te volviste sin ellas.

—Es verdad. Como me llegue al pueblo, les pediré unas cuantas a los Padres Paúles.

Soledad se quedó un momento indecisa. Después se acercó a su primo casi con lágrimas en los ojos, y le dijo en tono medio zalamero, medio compungido:

—Oye, Antonio, ¿y por qué te vas con D. Eduardo?

—Es que hoy me va a llevar a la estación; pero ya mañana... Mañana no saldré de casa.

—¡Oh, si hubiese cumplido su palabra!

Pero aquel gavilán astuto le perseguía de muerte.

Y lo llevó a la estación, riéndose por el camino de las extravagancias del Padre espiritual, y vieron pasar el tren, hablando Antoñito con uno de sus compañeros de colegio que pasaba a su finca, y después que partió el tren lo llevó a la cantina para hacerle beber un vaso de vino que el niño tomó con marcadas muestras de repugnancia y sólo por obedecer a su tío, y cuando el espíritu malo pero alegre que anida en el fondo del licor se le subió a la cabeza, fingió don Eduardo que quería llevarle a casa por otro camino, hasta que, sin reparar en ello, sin darse cuenta, se encontraron en el mismísimo cortijo de D. Ramón.

El bailoteo bullía entonces, como bulle la espuma en una copa de Champagne.

Allí había mucha gente; muchos señoritos y señoritas, la *creme* de Andújar. Y ¡cosa rara!, allí estaban también las niñas de Rebolledo con su señora madre.

¡Oh, y con cuánto cariño fué recibido el hijo de doña Luisa!

Antonio, mareado con el calor y con el vaso de vino, teñida la cara de color rojo, que aumentaba la hermosura de su rostro, veía pasar por delante de su vista fantasmas bailando, saltando, danzando, pero... ¡qué fantasmas tan agradables!

La *soirée* para festejar el onomástico del dueño de la casa, se había improvisado en una de las glorietas del jardín que daba entrada al rico chalet.

Muchas jóvenes, cambiando el estropajo por el va-

poroso traje blanco, y sentadas en bancos pintados de verde, esperaban ansiosas el que aquellos gomosos, que habían cambiado la azada por los guantes, las prefirieran para dar brincos al son de la murga desafinada y monótona que había venido a amenizar la cursi, la extravagante pantomima de reunión de sociedad.

Entre tanto, los licores, las pastas, los caramelos pasaban a la continua; porque, ¡eso sí!, D. Ramón no era hombre de abolengo, pero a rumbo y a rico no le ganaba ni el mismo rey de las Españas.

Don Eduardo se desprendió bien pronto del fastidioso estorbo de su sobrino y se lanzó a la juerga, como pudiera lanzarse un ave de rapiña a la carne podrida, mientras aquella palomita, sola, extraviada, no tuvo más remedio que acogerse a las faldas de la bondadosa señora de Rebolledo, que entre mimos y caricias le fué exhibiendo entre un grupo de señoras desengañadas, que formaban rancho aparte en un cenador cubierto de madreselvas y jazmines.

—Aquí tienen ustedes al Príncipe del colegio de los Jesuitas, que ha llevado sobresaliente en todas sus asignaturas.

—¿Es éste el hijo de doña Luisa?—repuso una señora de color de palimpsesto y peluca rubia, mirándole de arriba abajo a través de una lentecita con armadura de oro.

—El mismo—decía la de Rebolledo, acariciando las doradas sortijas que caían sobre la frente de Antoñito.

—¡Qué guapito!—añadía otra venerable matrona de color lila, mientras le atraía hacia sí para acariciarle.—. Tiene la misma cara que su papá D. Antonio.

—Oye, ¿no sabes bailar, Antoñito?—le descargó a quemarropa la señora de Rebolledo.

El niño se puso más rojo que cuando le preguntaron si iba a ser Jesuíta. Una ola de fuego le subió a la frente, y le pareció como si le hubiesen preguntado: ¿Sabes pecar?

—No. ¿Tan chiquito, cómo va a saber eso?—dijo saliendo a su defensa la de los lentes de oro, espantada también de la pregunta.

—Pues es preciso que vaya aprendiendo, que de todo es preciso saber en el mundo. Anda, saca a mi Pilarcita. ¿Ves? Mira con qué ojos te está mirando.

Antonio sintió que se mareaba. La promesa ofrecida a la Virgen se alzó entonces en su conciencia como un grito de combate. Notó que no estaba en su elemento, que aquel sitio era peligroso, pero no se atrevía a salir de él porque le gustaba aquel peligro, porque aquella reunión, por peligrosa que fuera, y tal vez por ser peligrosa, tenía en sí cierto encanto desconocido.

—No, señora; ¡pero si no sé bailar!—respondió el niño con acento balbuciente.

—Alguna vez tiene que ser la primera. No importa nada que no sepas, porque mi Pilarcita te llevará.

Y sin más esperar respuesta la llamó.

—¡Pilar! ¡Pilar! Ven acá.

La niña se acercó, volando más bien que corriendo.

—Anda, baila un poquito con Antonio, que quiere aprender.

Pilar se acercó a Antonio en ademán de tomar en serio la broma.

En el alma de Antonio se alzó una protesta general de potencias y sentidos, y fué tan brusca, tan salvaje la acometida, que eso mismo le salvó por entonces.

Se separó enojado del grupo de arpias, corrió a buscar a su tío y le dijo casi llorando:

—Tío, tito Eduardo; yo me voy, yo me voy a casa.

—¿Pero qué te pasa, pedazo de tonto?

—Que me voy con mi mamá.

Acababa en aquellos momentos la murga de destrozarse una mazurka, y los bailarines, destrozados también, se volvían a sus asientos para tomar un poco de resuello y volver con más calor a la danza.

—Tío, por Dios te lo suplico—murmuraba el niño temblando de miedo y con los ojos espantados como si se le propusiera cometer el primer crimen—; vámonos, mira que mamá se va a disgustar mucho conmigo.

Y la sombra de doña Luisa disgustada se interpuso como ángel tutelar de la inocencia de Antonio, que pudo arrastrar a su tío fuera del salón, no sin antes oír que se excusaba delante de la concurrencia con estas salvedades:

—Le van a dispensar. ¡Como se está educando con los Jesuítas!

Aquella noche se acostó Antonio con la cabeza mareada. ¡Tal vez el excesivo calor! Pero es el caso que al acostarse, después de haber rezado con pèreza las oraciones de la noche, el Angel de la Guarda le costó mucho cerrar aquellos ojos, y al tocar con su mano invisible la frente del niño para hacer sobre ella la señal de la cruz, le pareció que aquella frente no estaba tan tersa, que aquella frente ardía con un fuego extraño. ¡Tal vez el excesivo calor!

Y el niño se durmió por fin, pero con un sueño agitado, intranquilo, lleno de fantasmas que danzaban a su alrededor, de murgas que rascaban endemoniados instrumentos, de Pilares que le provocaban a bailar al son de aquella infernal algarabía, de locos y desatinados disparates que él no acertaba a comprender.

¡Aquel sueño no era ya el sueño tranquilo de la inocencia!

—¡Por Dios, Eduardo!—le increpó doña Luisa a su hermano—. No vuelvo a consentir que lleves a mi Antonio a ningún baile. Desde mañana no le dejo salir del cortijo.

—Y harás una solemne tontería. ¿Crees que tu hijo se está educando para fraile?

—Es que no necesita, que no debe ir tan pequeñito a esas partes. ¡Eso es una atrocidad!

—Sí. Y por cierto, ¡valiente papel ha hecho! Todo el mundo ha visto que la familia de los Haros no sabe presentarse en una sociedad.

—Pero...

La soberbia dió un salto en el corazón de doña Luisa. Su familia era siempre la que servía como modelo de finura y de educación en la aristocracia cordobesa y aun madrileña. Aquello era una injuria.

—Pero el pero no madura—gritó fuera de sí el hermano—. La familia de los Haros ha sido siempre bien educada, y tu hijo ha aparecido delante de la aristocracia de la ciudad como un cazurro del campo, como un mal educado, y eso no lo puedo yo permitir. ¿Te enteras, Luisa? No lo permitiré jamás, siquiera sea por el decoro de nuestra familia.

—No, es que... eso de aparecer como mal educado... pero...

—Te he dicho que lo dejes por mi cuenta, que no soy ningún hereje y sé muy bien a los sitios donde le llevo.

Con esto, doña Luisa, persuadida de que lo único que su hermano pretendía era enseñar a su Antoñito las fórmulas sociales que tal vez no aprendió en el co-

legio de los Jesuítas, se fué muy tranquila a rezar su rosario, que no dejaba por nada del mundo, y a pedir en él a la Virgen Santísima que conservase siempre inmaculada la pureza de aquel ángel que le había dado por hijo.

Y aunque ella, al saber lo del baile, se había disgustado de un modo tan excesivo, al fin y al cabo lo que había pasado aquella tarde, bien pensado y meditado, no pasaba de ser una *menudencia*.

¡Qué razón tenía su profesor al decirle que era *algún tanto* escrupulosa!

IV

Ya no son tan menudas.

—¡Mamá, mamá—gritaba Antonio al día siguiente muy de mañanita—, ahí están las de Rebolledo!

—¡Cómo! ¿Por aquí esa gente?

—Sí, mamita, ahí están. Han bajado del coche y ya se acercan a casa.

—¿Ves? Todas estas son cosas de Eduardo. Le he dicho que no quiero amistad con esa familia, y... ¡nada!, que ha de meterlas en casa que quieras que no.

—Ya llegan. ¿Les digo que no estás en casa?

—Déjalo; saldré a recibirlas. ¿Qué le vamos a hacer? La etiqueta...

.....

—¡Hola! ¡Tanto bueno por casa!

—¿Verdad que no nos esperaba usted, doña Luisa?

—Claro que no. ¡Y tan tempranito! ¡Qué dicha más grande la mía en verlas por aquí!

—Ya hace mucho tiempo que pensábamos hacerle una visita; pero ya ve, ¡tantas ocupaciones, tantas!...

—Pero pasen ustedes, pasen a la salita. ¡Qué bien! ¡Quién se lo iba a figurar!

Y las cuatro Rebolledo, llevadas en triunfo, recibidas en palmas, dados mutuamente los besos de ordenanza, entraron en la sala, se sentaron con toda pulcritud en el viejo sofá, mientras la dueña de la casa ocupaba una butaca, y comenzó la más animada y franca de las conversaciones.

—¡Vaya con doña Luisa! ¡Está usted de mejor semblante que en Córdoba!

—Sí, hija mía; a mí el aire del campo me da la vida. Desde que murió mi Antonio...

—¡Ay, sí! ¡Pobrecito! ¡Tan bueno como era!

—¡Tan inteligente!

—¡Tan honrado!

—¡Tan!...

—Muchas gracias. Dios se lo pague. Créanme, eso es lo único que me consuela.

—¡Y una muerte tan accidentada que tuvo!

—¡Es verdad! Eso es lo único que me apena. Sin embargo, tuvimos en casa la satisfacción de no haberle dado en su corta enfermedad el menor disgusto. Figúrese usted, doña Restituta, hasta qué extremo llegó nuestra prudencia, que cuando llamamos al Padre Ramírez y vino a confesarle, ya no tenía conocimiento. Así que ni con la confesión tuvo que asustarse. Eso sí, recibió la Extremaunción, la bendición papal... todos, todos los últimos Sacramentos, porque era tan

bueno, tan piadoso... Y aunque no se confesaba hacía ya quince años, era porque...

—¡Ca! ¿Qué necesidad tenía de confesarse el que llevaba una vida tan arregladita?...

—¡Créanme que era un modelo de virtud!

Y doña Luisa se limpiaba con su pañuelo blanco con cenefas negras dos lagrimones de consuelo que bajaban por su cara.

La conversación mudó en seguida de rumbo. Ya habían calentado el horno y se podían cocer perfectamente los bollos.

—¿Y qué nos dice usted de Antoñito? ¿Dónde está? —preguntó doña Restituta entrando en materia.

—No lo sé; quizá estará jugando con su prima. ¡Antonio! ¡Antoñito!

Antonio apareció en seguida junto con Soledad.

—¿Qué estabas haciendo que no venías a saludar a la visita?—le preguntó doña Luisa, entre severa y orgullosa, al ver aquella carita que parecía de un ángel y era, sin embargo, su hijo.

El niño, con todo el candor de un alumno de Jesuitas, le respondió:

—Mamá, estaba diciendo misa.

Una carcajada medio de burlas, medio de lástima, escapóse de los labios de las visitantes, mientras cierto temblorcito de vergüenza vino a recorrer los labios de la madre, cuyo rostro se coloreó de carmín.

¡Como si aquella salida ingenua y franca no yaliese un tesoro, por retratar de cuerpo entero el candor de aquella purísima conciencia!

—Bueno, bueno; saluda a las señoras.

El niño las saludó con finura, en tanto que don Eduardo entraba también en la salita, saludaba uno por

uno a los cuatro espantajos y se sentaba poltronamente en otra butaca, encaramando una pierna sobre otra.

—¿Y a qué se debe el que nos honren con su presencia tan aristocráticas damas?—dijo con cierto retintín el maldito tío, mientras sacaba su pitillera para encender el octavo cigarrillo de la mañana.

—Veníamos a convidar a Antoñito y a Soledad para la función del teatro que se va a representar esta noche.

Y mientras esto decía con el mayor aplomo doña Restituta, paseó la vista por la madre y por el hijo, escudriñando la impresión que hubiesen podido causar sus palabras.

—¡Yo no voy al teatro!—chilló Soledad haciendo un mohín de disgusto—. Me lo ha prohibido la Madre María de Belén.

—Yo tampoco—le coreó Antonio—. ¡Mi Padre espiritual!...

—Ya salieron las monjas y los frailes—interrumpió D. Eduardo—. Vosotros haréis lo que se os mande.

—¡Pero si la función de esta noche es muy honesta!—mascó Marinita, la mayor de las de Rebolledo.

—Sin embargo—replicó con aire turbado doña Luisa—. ¡Si ellos tienen la prohibición!...

Don Eduardo se levantó como un tigre.

—Eso es. ¡Conque tu casa la van a gobernar un Padre Jesuíta y una Madre María de Belén! ¡Vaya unos administradores! Y entre tanto, la gente de Andújar diciendo que tu hijo es un zafio, que es un frailecito en miniatura. ¡Vamos a ver, doña Restituta!—añadió volviéndose nervioso hacia la interpelada—. Hable con franqueza: ¿Qué dijeron ustedes cuando salimos ayer de casa de D. Ramón?

—Yo hice lo posible por disculpar la inocentada de

Antoñito. ¡Como la gente dice que está estudiando para *Jesuíta!*

Esto era dar en el clavo. Los golpes no podían ir más seguros.

—Mire, doña Luisa—replicó Marina con marcada coquetería—; a decir verdad, Antonio jugó ayer un papel bastante ridículo. Tanto, que yo le oí a una señorita de Córdoba decir en voz baja: ¡Jesús, qué niño más!... Vamos, que le puso un epíteto muy grosero.

—¿Ves, Luisa, ves?—decía D. Eduardo en tono de cariñosa reconvención, mientras quitaba la ceniza a su cigarrillo con la larga y puntiaguda uña de su dedo meñique.

Doña Luisa no veía nada. O, por mejor decir, veía visiones. En cuanto se le comenzaba a argüir se desconcertaba en seguida hasta acabar por convencerse.

—Por eso precisamente—volvió a insistir Marina—, por eso precisamente queremos que le vean esta noche en el teatro y que se convenzan de que no hay tales carneros.

—Pero, hijas mías—balbuceaba la pobre señora, acosada por el nutrido tiroteo—, ¡si ellos, al fin y al cabo no han de divertirse en el teatro!...

—No, tita—gritó Soledad con aire resuelto—. Yo he dicho que no iré al teatro y no iré, y repito que no he de ir.

Antonio, con la cabeza baja, nada respondía.

—Escuche usted, doña Luisa—respondió entonces Restituta, la segunda de las tres hermanas en edad, saber y gobierno, pero tal vez la más astuta del triunvirato—, aquí hay un punto que es preciso aclarar. Si la función fuese mala, nosotras tampoco nos atreveríamos a ir.

—¡Claro!—respondieron a coro las otras tres.

—Pero casualmente mi confesor—prosiguió Restituta—, que es el Padre Cosme, de los Paúles, y que es un santito, me deja asistir a las funciones buenas con tal que no vaya a las malas y escandalosas.

Esto, que era una solemne calumnia contra el Padre Cosme, era también un anzuelo de lo más fino que pudo fabricar Satanás en la herrería del infierno. Y esto por dos razones: Primera, porque esta distinción entre buenas y malas es difícilísima de deslindar, aun para los ojos más avizores, que sólo podrían clasificar las comedias de hoy entre malas y más malas aún. La segunda, porque nuestra carne está inclinada al mal desde su juventud, y la primera función representada delante de un niño, por buena que ella sea, es la llave que abre la puerta a las demás, por malas y escandalosas que sean. Esta advertencia pasó por alto a los alcances de doña Luisa, como pasa a los de todas las madres y tías y abuelas del mundo, así que quedó encandilada con tan poderosa razón, sobre todo al oír a las otras que le aturdían los oídos gritando casi ofendidas de que la dama las pudiera creer capaces de asistir a una función que no tuviera la honestidad de un pagnérico de la Inmaculada.

—¡Claro! Si la función fuera mala, ¿cree usted que las de Rebolledo iban a asomar siquiera por las puertas del teatro?

Y doña Luisa callaba, medio convencida por esta razón, o por mejor decir, convencida del todo. Por otra parte, aquella sombra de la *palurdez* de su hijo, aquella otra no menos negra de que no sabía presentarse en sociedad, la de más allá de que tal vez los Padres quisiesen atraerlo a sí y separarlo del mundo para

llevárselo consigo, todas estas sombras se esparcían por su alma, ennegreciendo el horizonte de su razón, no dejando ver las cosas más que a través de un prisma, de un color, el ultraviolado, que tan cerca se halla del *lila*.

Por fin vió un resquicio, que le pareció suficientemente ancho para escabullirse y salir del atolladero.

—Sí, pero... ¿y dónde vas a pasar la noche?

Volvía a capitular, como cuando hablaba con su hermano. ¡Como si aquel inconveniente no estuviese ya previsto y zanjado por la astucia de los enemigos capitales de su hijo!

—Mire—le interrumpió con aplomo la Restituta—, casualmente cerca de casa vive una señora anciana de toda confianza. ¡Como que se hospedan en su casa hasta los sacerdotes que tienen que hacer noche en Andújar! Allí dormiré Antoñito como en su casa. ¡Si viera! ¡Es una señora tan buena, tan cariñosa!...

—Y mira, Antoñito—añadió Marina con devotísimo acento—, mañana, que es domingo, vendrás a misa con nosotras a la iglesia de los Paúles.

¡Y qué devoto se pone a veces el maligno enemigo!

—¡Ea, concertado! ¡Todo hecho!—gritaba en son de triunfo D. Eduardo, paseándose por la sala con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. ¿Cabremos todos en el coche que las ha traído a ustedes?

—Yo no voy—gimió Soledad agarrándose a las faldas de su tía como a lugar de refugio.

—Tanto mejor. Un asiento más—contestó don Eduardo, a quien nada importaba la perdición de la niña.

—Y tú, Antonio, ¿qué dices?—le preguntó Pilarcita, acercándose mimosamente al niño.

—Yo haré lo que me mande mi mamá—le contestó el niño indeciso, pero casi resuelto.

Claro está que aquel acto de obediencia era una pantomima, porque por un lado no es lícito hacer por obediencia a una madre lo que reprueba claramente la conciencia, y por otra, ya se veía que aquella fortaleza estaba vencida por asalto. Pero al fin y al cabo la función *no podía ser más honesta*, y su Padre espiritual solamente le podía prohibir, lo mismo que el Padre Cosme, las malas, y como además con dormir en Andújar tenía asegurada la comunión y la misa del domingo, ¿qué más podía apetecer?

—No, hijo—le respondió la madre—, yo dejo todo en manos de estas señoritas.

—No, no, doña Luisa; nosotras dejamos todo en manos de don Eduardo—contestaron ellas.

—¡Magnífico!—repuso el perverso truhán—. Yo respondo de todo, y al coche.

¿Qué temerían aquellas cristianísimas señoras, cuando cada cual parecía declinar su responsabilidad en la conciencia de su vecina? Porque si el llevar a Antonio al teatro no era malo, ¿por qué echar a otra la culpa? Y si era malo, ¿por qué consentir en que fuera?

Antonio se dirigió, pegado a la falda de su mamá, hacia la puerta, y Soledad, que se quedó sola en la salita, le vió partir, le miró con desprecio, y dando media vuelta para volver a entrar en su habitación, dijo moviendo la cabeza:

—¡Yo creía que los niños de los Jesuítas eran más valientes!

Pocos minutos después el enorme y viejo carromato que había traído a la familia de Rebolledo, volvía sobre sus ejes y chillaban sus viejos goznes con el peso de dos personas más, o mejor dicho, de dos malas conciencias, que pesaban sobre tan inseguro maderaje.

Don Eduardo acallaba los gritos de la suya, si gritos puede dar una conciencia encallecida en la crápula y el vicio. La de Antonio sí gritaba. Desde el principio comprendió que los consejos del Padre espiritual, los cuales llevaba en el bolsillo de la americana escritos detrás de una estampa de la Virgen, le daban golpecitos en el corazón, haciéndole latir con inusitada violencia.

Más de una vez intentó ponerse enfermo con el vaivén del carromato para librarse del vaivén de su conciencia, que peligraba; le parecía percibir la voz clara y distinta del Angel de la Guarda, que le decía:

—¿A dónde vas, insensato?

Pero Antonio callaba; adormecía el ruido de estas voces con las zalamerías que le prodigaban aquellas *euménides*, y entretando el coche, a todo correr de sus cuatro jamelgos, que sentían de continuo el finísimo escozor de la tralla, envuelto en una nube de grueso polvo que se veían obligados a mascar los caminantes, volvía y revolvía las sinuosidades del camino, subía y bajaba a impulso de los baches y hondonadas, y así atravesó los rieles del tren de Madrid; pasó como una loca escapada del manicomio por delante del cortijo de don Ramón, y dejando a un lado la boca del túnel, por donde a la sazón penetraba majestuosamente una sierpe de hierro echando humo por sus fauces, se precipitó sobre el puente de piedra que sobre el Guadalquivir se tiende, penetró en la alameda, y al fin se vino a parar de pronto delante de una casa ya conocida, de aquella casita azul que hay conforme se sube al colegio de los Paúles, de la pequeña pero linda morada de la familia de Rebolledo.

La suculenta comida que allí se ofreció a los huéspedes, el añejo Montilla que vino a refrescar el al-

muerzo, el paseito que por el pueblo se dió para hacer bien la digestión de lo comido y bebido y todo lo demás que se añadió durante el paseo, concluyeron por raer del alma del niño hasta los últimos vestigios de sus molestos escrúpulos.

Solamente molestaba todo su ser cierta fiebre de impaciencia, esperando intranquilo que llegase la noche con ese lánguido bienestar, con esa dulce amargura con que se esperan las horas de las diversiones.

Apenas si pudieron distraer su impaciencia los paseos, las visitas, el recorrer la alameda, el montar en los cochecitos del *Tío vivo*, el llenar los bolsillos de almen dras garrapiñadas y cacahuets de Valencia; en fin, que el relojito de oro, regalo de su madre por el feliz éxito de los exámenes, andaba más despacio que las mulas que los gitanos habían traído de Granada para ver si de algún modo pasaban en la feria de Andújar.

Al fin las agujitas del reloj señalaron las ocho de la noche.

La cena fué bastante frugal en la parte sólida, aunque no tanto en la líquida, y todos los de la casita, incluso Antonio, con la alegría pintada en sus ojos centelleantes, con la expectación retratada en sus innumerables preguntas, llegaron a la alameda y se dirigieron al teatro.

Aquí no se trataba de un teatro formal y serio, sino de uno de esos circos de feria, tal vez peores, que van transportándose de ciudad en ciudad, dejando en cada una un poquito de fango con sus obscenas representaciones y con los rasgos característicos de la vida desgarrada y licenciosa de su personal.

Un gran toldo de lona sucísima y mohosa, remendado acá y allá con parches más nuevos y menos su-

cios, cubría una gran extensión de alameda y recibía el nombre de *teatro*.

Por dentro, una gradería de tablonces colocados sobre caballetes formaban el gallinero o paraíso, donde la pillería más baja y soez pateaba, gritaba, profería miles y miles de blasfemias pidiendo que comenzase la función.

En la planta baja, algunos centenares de sillas desvencijadas, subidas en los boletos a la categoría de *butacas*, esperaban a la *cremme* del pueblo, que había tenido el rumbo de correrse con dos reales para presenciar la fiesta.

Por la parte de afuera, y en la misma puerta de entrada, una bailarina de algo pasada edad y con cara de chorizo añejo, fué la primera que se presentó a los abiertos ojos de Antonio, que no se fijó en ella ni en su traje veraniego por mirar más despacio a un payaso enharinado hasta los pelos, que atraía la atención de la gente desde la plataforma donde se expendían los billetes, contando chascarrillos y haciendo ridículas contorsiones.

Por fin, después de mil apreturas, empujando a todo el que se le ponía por delante, entraron en el recinto del circo y ocuparon cada cual su *butaca*.

Tocó tres veces la campana, comenzó la murga a desentonar ferozmente, y una pareja de payasos ejecutaron una pantomima divertidísima, encantadora.

El rabito de escrúpulo que Antonio pudiera tener acabó por disiparse del todo. Aquello era lindo, era gracioso y sobre todo honestísimo.

Vamos a ver, se decía, ¿por qué mi Padre espiritual me habrá prohibido venir al teatro? Si estuviera aquí a buen seguro que se reiría también a mandíbula batiente.

¡Vaya! Estaba visto. ¡Como los Jesuítas no han visto nunca un teatro!...

Después apareció una niña vestida de bailarina, para andar por el alambre flojo; al verla, un escalofrío extraño, desconocido, recorrió los huesos de Antonio, que cerró instintivamente los ojos, pero para volverlos a abrir en seguida, porque ¡era tan habilidosa la niña! ¡Qué saltos y qué piruetas tan ágiles daba encima del alambre!

Así pasaron varios números, y Antonio se divertía hasta la saciedad, y así llegó el número principal de la fiesta.

Era un drama en dos actos, donde una pasión desconocida para Antonio, se desarrollaba con todo el ardor, con toda la voluptuosidad, con toda la vehemencia con que se desarrolla esa clase de pasiones.

Poco a poco aquella mujer afligida, engañada, pálida y llorosa, fué excitando un cariño raro pero vivísimo en la delicada susceptibilidad del temperamento de Antonio, el cual iba siguiendo todos los lances del drama con el mismo intenso interés, con la misma pena y agonia con que lo hubiera seguido si el drama hubiera sido una pura realidad.

Un peso enorme de melancolía y de tristeza agobiaba su espíritu, y cada vez que aquella sombra, agitándose triste en el escenario ponía sobre él sus ojos, una ola de sangre y fuego se agolpaba a su cara y le hacía bajar los ojos al suelo.

Y al final del segundo acto, cuando la protagonista, después de tantas penas, de tantos engaños, caía envenenada sobre un sillón, víctima de una pócima que en el paroxismo de su despecho se había preparado, Antonio apenas si pudo soportar la emoción, y su cara

lívida, el sudor frío que corría por sus miembros, declaraban bien a las claras la impresión honda que aquella escena había dejado en su alma.

Después se siguieron otros juegos muy divertidos de payasos que se aporreaban, de perritos que bailaban, de caballitos que corrían; pero ya Antonio no pudo fijar en ellos su atención. La imagen de la suicida absorbía por completo sus potencias, sus sentidos, todo su ser.

Al salir del teatro estaba pálido, serio, tembloroso.

En vano la familia de Rebolledo procuró distraerlo; en vano D. Eduardo le quiso llevar otra vez a los cochecitos del *Tío vivo*, que giraban con una rapidez casi tan vertiginosa como las imágenes en el alma del niño. Todo en vano. El niño tenía sueño, pero mucho sueño, y tuvieron que volverse todos.

Aquella señora tan amable de la casa de huéspedes que hospedaba a los sacerdotes cuando tenían que hacer noche en Andújar, le preparó al hijo de doña Luisa un mullidito lecho, y Antonio apagó la vela, desnudóse casi sin saber lo que hacía y se acostó en la cama, por supuesto sin haber rezado ni una de sus oraciones, y por más supuesto aún, sin renovar el voto a la Virgen santísima.

¿Sería que extrañaba la cama? ¿Sería el exceso de cansancio? ¿Sería que los dulces excesivos que había comido cargaban demasiado su estómago? Es el caso que el Príncipe del colegio del Palo, el Prefecto de la Congregación de San Estanislao, no podía conciliar el sueño en manera alguna.

Revolvía en la cama como si estuviese sembrada de ortigas; profería de cuando en cuando palabras incoherentes; se destapaba el pecho como si fuesen las

sábanas dos ascuas de fuego; cubriase después como presa de un frío glacial, hasta que al fin se levantó de la cama, tomó del bolsillo su rosario, se hincó de rodillas y comenzó a rezar besando la crucecita con delirantes besos, con nerviosas muestras de cariño.

¿Qué le había pasado al Príncipe del Colegio del Palo, al Prefecto de la Congregación de San Estanislao?

El Angel de su Guarda lo podrá contar.

Tocaba la frente de Antonio con sus manos invisibles, y aquella frente ardía con el fuego de altísima fiebre; le hacía fresco con sus alitas de color de cielo, y entonces el niño, al sentir el aura de pureza que despedían aquellas alas, se tranquilizaba un poco, hasta que aquella otra figura pálida, desmayada y moribunda, tornaba a surgir en su imaginación.

Pero al fin y al cabo el Angel bueno oró tanto, tanto intercedió la Virgen en favor de su prefecto, que fué suyo por entonces el triunfo, puesto que el niño luchaba de su parte también.

Y en una de aquellas batallas, de aquellos ataques del enemigo, vió el abismo tan cerca, tan insondable la sima del primer pecado, que Antonio, espantado de sí mismo, dió un salto de la cama, se abrazó al rosario de la Virgen como al ánclora de su salvación, renovó su promesa, y el Angel de la Guarda le dió un beso en la frente y le abrigó con sus alas de color de cielo para que no tuviese frío. Antonio, por esta vez, salió triunfante, quedaba limpia y pura su alma.

Entretanto, el causante de tantas zozobras, el gavilán sin entrañas, el tito Eduardo, dormía en la habitación contigua el sueño de los bienaventurados, roncando en *si bemol* lo mismo que un bendito.

V

Horas de tregua.

El alegre voltear de la campana llamaba al día siguiente hacia la iglesia a los piadosos habitantes de Andújar, que comenzaron a entrar uno tras otro en la devota capilla de los Padres Paúles.

Allí estaban ya, entre otras, las tan consabidas niñas de Rebolledo, encendiendo a Dios una vela cuando se había consumido la que encendieron al diablo la noche precedente.

A poco entró también D. Eduardo acompañado de su sobrino; pero no aquel Antonio de colores de fresa, de bucles de oro, compuestos con tanta gracia por las manos primorosas de su madre, sino el Antonio insomne, pálido, con ojos espantadizos, que se fijaban en todos los concurrentes como si temiese que al pasar le dijeran: ¡Mira que anoche no te portaste bien!

Y el pobre niño, después de lo pasado, no podía obrar de un modo más prudente que haciendo lo que pensaba hacer; buscar un confesor, contarle lo ocurrido, reconciliarse con Dios y prometerle no volver a sentarse más en las butacas de un teatro.

El Padre Cosme, el de los consejos de Restitutita, fué el designado por la Providencia para guiar hacia el buen camino aquella oveja que comenzaba a descarriarse.

El niño comenzó por el fin, por lo único que a él le parecía pecado, o donde él encontraba peligro, narrándole lo ocurrido la noche anterior; pero poco a poco se pudo dar cuenta el prudente Padre Cosme: primero, de la inocencia blanca aún y purísima del confesado, y en segundo lugar, del peligro inminente que corría aquella azucena en manos tan criminales.

Por eso le alentó a no tener miedo, vertió con sus palabras dentro de aquella alma el bálsamo de la devoción, pidióle permiso para hablar a su madre con todo secreto y le mandó que se acercase a comulgar.

Antonio se puso al cuello la medalla de la Congregación, sin respetos humanos, juntó sus manecitas, como lo hacía en el colegio, y recibió el pan de los fuertes, el que da aliento y aceros para luchar en las batallas de la vida.

Su tío, que le miraba de hito en hito, notó también que se le enternecía el corazón, que vagos recuerdos de pasados años, sombras de trajes blancos y almas de azucena, de velas con cintas de seda y ramos de azahar, se agolpaban a su memoria, y hasta creyó oír el chasquido de aquel beso que una madre, muerta ya hacía muchos años, depositaba un día en su frente, por donde no se cruzaban entonces más ideas que de honradez y de piedad; pero aquello fué un relámpago, fué un vahído. Don Eduardo se pasó la mano por la cara, miró a su sitio, que no era por cierto el sagrario de la iglesia, y toda aquella turba de recuerdos se perdieron confundidos con los vapores del incienso, que entonces subían ocultando en parte las columnas del altar.

¿Sentirían algo las de Rebolledo? Es el caso que todos los que en la iglesia estaban se fijaron en el niño con cierta atracción de simpatías, que la familia de los

Haro ganó con aquel hecho reputación de cristiana, sin perderla de cortés ni de bien educada, y que al salir de la iglesia, al sentarse los seis a la mesa para tomar el desayuno, todos miraban a Antonio con un respeto extraño, observando su semblante pálido, sus ojos llorosos, sin que nadie se atreviese a decirle: ¡Qué cosas te enseñan los Jesuítas!

Es que la virtud, cuando es resuelta, se impone, y cuando se coloca frente a frente del vicio, que es fuerte de grado y cobarde por fuerza, huye o se amilana.

* * *

Pero ¿y qué hacía entretanto la bienaventurada doña Luisa?

Doña Luisa, que esperaba impaciente la vuelta de su hijo, después de haber rezado mucho por su inocencia, vió por fin elevarse hasta el cielo la inmensa polvareda que levantaba el carromato, y entonces se tocó al peinado su pañuelo blanco con cenefas negras, y salió risueña y tranquila a dar un abrazo a su Antonio, que bajó alegre como una alondra, desde que tenía a Jesús en su pecho, y se arrojó al cuello materno, donde no había peligros, ni tempestades, ni pantomimas de circo.

—¿Te has divertido mucho, ángel mío?—le preguntó la madre.

La carita de su ángel palideció un poco, y por única respuesta volvió a hundirse en el seno maternal.

—¡Vamos! ¿No te decía yo que estarías más contento en el cortijo?

—Sí, mamita, ya no me separaré de tu lado.

Una lágrima iba a caer de sus ojuelos azules y contar a su madre de un golpe todo lo ocurrido aquella infausta noche, cuando Soledad, alegre siempre, siempre juguetona, apareció en la puerta con las vinajeras de caña en la mano.

—Antonio, Antonio—gritó—. Mira, ya está todo preparado. Y luego añadió: —¡A que no has comprado las hostias en Andújar!

¡Crimen imperdonable! ¡Lastimoso olvido! ¡La campanilla la podían improvisar, pero las hostias!... ¡Aquellas que ya otra vez habían agüado las fiestas!...

—Pues mira—gruñó la niña con acento de *Quos ego!*—como otra vez vayas al pueblo y no las traigas, no vuelvo a ayudarte la misa. Anda, corta una rebanada de pan, pero que sea del blanco. ¿Te enteras?

Y Soledad se metió de nuevo en el oratorio, medio indignada con el descuido lamentable de su primo.

¡Para comprar hostias había estado aquella noche!

Antonio borró de su fantasía todas las imágenes peligrosas a vista del alba hecha con una blusa de Soledad, un cíngulo formado con el prendedor de una cortina, una casulla azul que había sustituido a lindísimo traje de seda y hasta un bonete de papel teñido con carbón.

Muy pronto el niño ni se acordaba de teatros, ni de payasos, ni de Andújar. El garbo con que entonaba el Prefacio, la serenidad con que se volvía para decir el *Dominus vobiscum* y la más seria persuasión con que su acólita, contra todas las rúbricas de la Iglesia, ayudaba aquella misa de rito griego, que prescribe el uso del pan con levadura, todo ello embelesaba, distraía a la pobre madre, que en estos pasatiempos de su hijo

estaba embebida, cuando le anunciaron la visita de un sacerdote que la quería hablar.

La elegante señora se compuso bien su rico peinador, arreglóse un poco su tocado y salió al recibidor.

Era la visita del buen Padre Cosme, el Rector de la Residencia que los Padres Paúles tienen en Andújar, y que a propósito de hacerle algunas preguntas sobre el reglamento del colegio para poner de interno a Luisito Peralta, hijo de una viuda de Andújar muy rica y confesada suya, traía el secreto propósito de cantarle bien fuerte la cartilla a la ilustre viuda del marqués de Haro.

Después de las etiquetas de costumbre, que en España, tratándose de sacerdotes, se reducen a mostrarle muchísimo respeto, el Padre Cosme entró poco a poco en materia.

—Sí, ya me enteré de que anoche estuvo en el circo...

—¡Como me dijeron que se trataba de una función tan honesta!...

—¡Señora! ¡Honesta la función de anoche! ¡Por lo visto la gente de hoy no entiende el sentido de la palabra honestidad!

—Pero ¿no le permitió usted mismo a la familia de Rebolledo el que asistiera!

—¿Yo?—exclamó con asombro el buen religioso—. Yo, jamás. Ni esas señoras se confiesan conmigo fuera de la Cuaresma, cuando lo hacen, ni me han pedido el consejo, ni si me lo piden les hubiera permitido semejante disparate.

—¡Pero ha visto usted qué gente esa!—lloriqueaba la buena señora, escandalizada de la mentira.

—No, doña Luisa. Tratándose de la honestidad e

inocencia de su hijo no debe usted fiarse ni de su misma sombra; pero mucho menos de una familia cuya reputación y fama no esté más limpia y más serena que el mismo cielo de nuestra tierra. Esa virtud es una joya sagrada que Dios encomienda al cuidado de las madres y de los ángeles, y nada más que a ellos, porque sólo los ángeles y las madres pueden comprender bastantemente el tesoro que se les confía.

—¡Me han engañado, Padre mío, me han engañado!—gemía la buena señora.

Doña Luisa le objetó, sin embargo, lo de siempre: el miedo que sentía de que su hijo la dejase tan sola, tan delicada, sin otro amparo ni sostén que aquel arbusto lozano que con el tiempo estaba destinado a servirle de apoyo, de sombra, de consuelo.

—Si Dios le llama al estado religioso, claro está que sólo en ese estado será feliz—le respondió el santo sacerdote—. Dios señala a cada joven el camino por donde ha de llevarlo a su salvación. Si ese camino se pierde se perderá el cielo también. Y si el Señor ha señalado a su hijo la senda de la religión, porque ve que el mundo no se merece semejante tesoro, porque en el verjel de la Compañía de Jesús puede santificarse a sí propio y pedir por la santificación de su madre, no debe ser nunca su madre quien le aparte de esa senda. Sin embargo, créame, señora, a eso de la vocación de los jóvenes no hay que hacerle tanto caso, porque la mayoría de esos fervores quedan en agua de borrajas. Dios quiera, no obstante, que con su hijo no suceda esto.

La conversación duró largo rato, y la señora quedó agradecida al Padre Cosme hasta lo indecible.

Llevóle por toda la finca, enseñóle toda la casa, hizo

que en su presencia declamasen Antonio y Soledad los versos que habían aprendido para la distribución de premios, y haciendo propósitos los más sinceros de vigilar en adelante con más cuidado a su hijo y no apartarle ni un instante de la casa, despidió al Padre Cosme, poniendo a su disposición la bonita jardinera tirada por dos jaquitas enanas, que volvieron a conducir al Padre hasta la residencia de Andújar.

Las vacaciones de Antonio variaron entonces de rumbo.

Luisito Peralta vino con su mamá a visitar al Príncipe del colegio del Palo, y pronto simpatizaron aquellos tres niños inocentes hasta no poderse apartar el uno del otro.

Luisito era un niño paliducho, débil de complexión, pero firme y tenaz en sus ideas.

Pronto Antonio, con este instinto que se impone, notó la superioridad del temple de alma que adornaba a su amigo, y tanto él como Soledad seguían como satélites las más ligeras indicaciones de Luisito en los juegos, en los paseos, en todo.

Cuando iban a la ciudad de Andújar para pasar un día con Luis, éste era el primero en separar a su amigo de la casita azul, y Antonio jamás pensaba ni en proponerle acercarse a ella.

Aquella amistad benéfica fué un oasis en las luchas que el espíritu del mal sostenía con Antonio para derribarle en el vicio. Pero aquel oasis, por desgracia, o más bien por debilidad de su carácter, y más aún por debilidad del carácter de doña Luisa, fué muy corto; apenas duró cuatro semanas.

La paloma estaba ya herida del halcón. La antes invencible fortaleza tenía ya abierto un portillo por

donde le atacaba sin cesar el enemigo; la nave hacía agua, y era casi imposible el que más tarde o más temprano no diera a través.

Las imágenes de aquella maldita noche estaban ya grabadas de tal modo en su imaginación, que a cada paso las veía moverse, hablar, morir, dejando en su alma un dejo de amargura y sobre todo cierto extraño deseo de aclarar ideas confusas, aquel algo misterioso que veía a través de velos opacos, que el corazón del niño ya no necesitaba sino encontrar una mano sacrílega que los recorriera.

Don Eduardo fué el designado por el espíritu de las tinieblas para dar ese paso, y la ocasión la dieron los toros de Sevilla.

El tío de Antonio no contaba con dinero ni aun para pagar el tren *botijo* que a media tarde salía de Córdoba conduciendo a los miles y miles de aficionados taurinos.

Si conseguía inclinar la voluntad de su sobrino, todo estaba salvado.

Con el dinero que le diese su madre irían a Sevilla, se divertirían en grande, verían la corrida, consiguiendo además el espabilar a aquel inocentón que le iba ya cargando con tanta pamema, con tanto enjaularlo, con tanto tenerlo metido entre las paredes del cortijo.

Comenzó, pues, su plan de campaña con el sobrino, y cuando ya le tenía medio convencido, ofreciéndole tanta facilidad para visitar jesuítas y conventos, cargó de recio con el ánimo débil, dúctil y maleable de su hermana, a quien también, al fin y al cabo, pudo convencer con tal que le hiciera tres promesas:

Primera, no llevarlo a ningún sitio peligroso. Segunda, no dejarlo solo ni un momento. Tercera y últi-

ma, volverse a Córdoba y luego al cortijo, la misma tarde de la corrida.

Doña Luisa acabó por convencerse, además, de que le era necesario aquel paseito tan corto y en tan buenas manos a su Antoñito, porque, al fin y al cabo, se decía meditando las razones aducidas por su hermano, eso de tenerlo aquí encerrado en este hoyo, puede serle hasta perjudicial a su salud, y es preciso que mude un poco de aires. Por otro lado, en el tren, y yendo con Eduardo, no tiene peligro; un día en Sevilla, tampoco es para perderse, y luego los toros... ¡Ah! ¡Son a veces tan exigentes esos Padres Jesuítas en prohibir aun las diversiones más inocentes y candorosas!...

VI

¡Por fin...!

¿Qué tendrá Antoñito, desde que volvió de Sevilla, que ya no quiere jugar con Luis? ¿Y qué tendrá Antoñito, que no hay medio de llevarlo al Padre Cosme?

¿Que qué tiene, madre infeliz? Que se ha dejado a la paloma con tanta confianza en manos del gavilán, que al fin y al cabo le hincó las garras en mitad del corazón.

¡Cuántas caídas como ésta tienen su raíz en el descuido de las madres, de unas madres tan cristianas, tan devotas como imprudentes!

Oiga un momento, mi señora doña Luisa, y verá lo que tenía su Antoñito.

El calor que hacía en el tren botijo era inaguantable. Hacía más calor que *la mar*.

Encerrad a más de doscientas personas en uno de esos cajones de hierro, sin más respiraderos que unas estrechas ventanillas; haced que sobre esa caja, que se arrastra con lentitud, se deje caer a plomo uno de esos soles sevillanos o cordobeses, que los dos son a cual mejores, en el rigor de la canícula, atravesando rastros y pedregales, donde se queman hasta las chicharras que cantan prendidas a la hoja abarquillada de un olivo o al amarillento tallo de una solitaria retama, y podréis daros cuenta de lo caro que cuesta a los aficionados las dos horas de *honestá expansión* viendo destripar animalitos o mandar al otro barrio a un honrado padre de familia.

Y cuenta que yo no pongo las corridas de toros entre las diversiones de suyo peligrosas para la honestidad.

No es éste sitio de disertar sobre esas diversiones, que nada malo obraron en el ánimo de Antonio, porque cuando la vió estaba ya en el fango y no tenía nada que perder; pero sí es el sitio a propósito para decir algo contra la mala lectura, contra la asquerosa novelucha, que dió el golpe de gracia sobre aquella inocencia moribunda.

No tiene en cada uno de los anillos de su cola tanto veneno el alacrán, como veneno encierra en cada uno de sus capítulos una de esas novelas, que se dejan olvidadas en los aparadores al alcance de los niños, que se prestan como prendas de amistad y confianza después de haber ponderado sus bellezas litera-

rias, que se devoran en silencio entre las cuatro paredes de una alcoba hasta darles remate, sin más testigos que Dios, que lo consiente, el ángel de la guarda, que lo llora, y el espíritu negro de los réprobos, que sopla en la imaginación con todas sus fuerzas para que prenda y crezca y tome gigantescas proporciones la llama del pecado que la lectura de la novela va encendiendo.

Un hombre viejo, conocedor del espíritu humano, decía con verdadero dolor:

—De las almas que mueren a la gracia en los mismos albores de la niñez, el noventa y nueve por ciento mueren marchitas y asfixiadas con el veneno inoculado por una mala lectura.

No sé si fué Zola o fué Dumas quien, hallando a una hija suya de pocos años e inocente aún, con el candor de un ángel, leyendo una novela de su padre, arrebatósela éste de sus manos como hubiese sacudido una víbora que le subiera por el rostro.

—Pero, ¡cómo!—dicen que le dijo la niña—. ¿Y no eres tú, papá, quien ha escrito este libro?

Y dicen también que le dijo su padre:

—Sí, hija mía, pero no lo he escrito *para ti*.

Lo contrario de esto, que supone en el impío novelista una maldad refinada y satánica, deben responder todos los padres de familia al arrancar el infame papelucho de las manos de sus hijos.

—No leas eso, prenda del alma, porque está precisamente escrito *para ti*.

Dice la gente honrada que el novelista impío es como un verdugo internacional a quien la humanidad de hoy, homicida por cálculo y por consecuencia de ideas, arroja un puñado de plata a fin de que vaya sin discre-

ción por esos mundos inutilizando cerebros útiles a la patria, esterilizando energías útiles al progreso, envenenando conciencias por el solo crimen de haberle comprado la novela.

Dicen también que los dos pechos de esa arpía que abortó de sus entrañas la revolución francesa, de ese *aborto moral viviente* que llamamos por sarcasmo la *libertad de imprenta*, son: el uno, la novela pornográfica, y el otro, la filosofía racionalista.

Uno de esos pechos da la leche suave y deliciosa que gangrena el alma y le hace perder el pudor y la vergüenza; el otro destila un absurdísimo brebaje que ataca el entendimiento, extravía la razón y acaba por matar la fe.

Pero de los dos venenos con que esta maldita Tisífone está formando a los hijos suyos de la actual ralea, por una parte a los que llenan las clínicas de los hospitales y los garitos y los teatros y demás charcas de la sociedad vagabunda, y de otra, los que asaltan las cátedras, los periódicos de perro chico y aun los salones y butacas del Congreso, no sé, repito qué clase de veneno sea ni más cubierto, ni más mortífero, ni más dañino para la sociedad.

Es el caso, pues, que tito Eduardo, sea con calculada malicia, sea para matar el calor antes de que el calor le mate a él, compró en una de las estaciones cierta novelucha con un cromito en la portada de esas que por una peseta cincuenta céntimos son capaces de hacer más daño en el alma, que haría en el cuerpo la cantidad de estricnina que se pudiera comprar con los mismos seis reales.

Don Eduardo la ojeó un poco luego que el tren se puso en marcha, y después la dejó como abandonada

en el asiento para ponerse a charlar a más y mejor con el vecino de enfrente.

El espíritu de la impureza, sentado sobre la cubierta de aquel libro, hacía señas al niño, que unas se le iban y otras se le venían, para, siquiera sea con el rabillo del ojo, pasar un vistazo sobre su contenido.

Y el tren, mientras tanto, después de haber atravesado viñedos, huertas y naranjales, paróse en una estación ya próxima a Sevilla, en donde para tomar agua le fué preciso detener su marcha por espacio de media hora.

Entonces D. Eduardo bajó al andén para tomar algún refresco, y dejó a Antonio dueño del campo.

Una lucha a muerte comenzó dentro de la conciencia de Antonio. Poco a poco las manos se le iban hacia el libro; pero al punto las retiraba, como el niño que, intentando agarrar un ascua de fuego, se viese de pronto molestado por el ardor que despedía.

Pensó en bajar con su tío y distraerse un rato; pero ya no tenía fuerza de voluntad para apartarse de aquella sirena que le invitaba con su dulce canto, con deseo de sepultarlo después en medio de un océano de remordimientos. La promesa hecha ante los pies de la Virgen era un grito imponente que le hería la conciencia más que el estruendo de las olas en día de tormenta hieren y aplanan el ánimo de los navegantes.

Por fin, capitulando con su conciencia, lo tomó en sus manos, pero con intención de leer un solo punto, el *prólogo*. ¡Lo más venenoso de todo!

Al principio, cada renglón le parecía un martirio. Dos o tres veces cerró el libro, pero... para volverle a tomar de nuevo y leerlo con una mirada rápida y como distraída, que iba pasando por cima de las letras como

pasa una tromba de polvo por los sembrados de una vega, con rapidez vertiginosa, pero sin dejar tras de sí más que ruinas y desolaciones.

Después se enfangó, más bien que se enfrascó, en su lectura, y encogiéndose a veces de hombros, como quien dice: "juego ya el todo por el todo", siguió devorando páginas y más páginas, muchas de ellas entendiéndolas por instinto, otras adivinando su sentido, como el principiante que lee una obra en un idioma extraño, y algunas sin entender ni una de sus asquerosas alusiones, pero sabiendo siempre que la alusión era mala, y como suele pasar en semejantes casos, hallando tal vez más malicia aún de las que tenían las mismas palabras.

El tren lanzó de pronto un agrio silbido; la campana dió el tercer toque, y una voz ronca dejóse oír con el clásico grito de "¡Señores viajeros, al tren!"

Antonio, arrellanado en su asiento, junto a la ventanilla, con un ojo leía y con otro atisbaba la venida de su tío, para que no le encontrase leyendo; pero don Eduardo, que acaso adivinaba lo ocurrido, esperó hasta lo último y subió al vagón por la opuesta portezuela, no sin haber antes observado con diabólico placer el afán con que su futuro discípulo devoraba el primer libro práctico que le había dejado en sus manos.

Antonio, al ver a su tío ya dentro del vagón y que le había cogido *infraganti*, se puso rojo como una cereza, dejó el libro violentamente sobre el asiento y comenzó a mirar por la ventanilla para ocultar a su tío el temblorcillo nervioso que recorría todo su sér.

¡Buen zorro estaba el tío para no cogerlas al vuelo!

Por eso dejó que Antonio se serenase con el fresquito que ya la tarde moribunda iba dejando caer sobre el

abrasado ambiente del campo. Hizo como que no veía el libro, medio oculto en el asiento de Antonio, y reanudó su conversación con el vecino de enfrente, a quien había despertado el pícaro silbato de la locomotora.

Al niño se le hacían siglos los minutos por llegar a la estación de Sevilla y reanudar la interrumpida lectura, porque, como él mismo se decía:—¡Perdido por ciento...!

Con los ojos hinchados del calor y de la fiebre, con todo el antebrazo sobre la ventanilla y la barba sobre el antebrazo, iba siguiendo las vueltas que las cumbres del horizonte daban en sentido opuesto a la marcha del tren, destacándose pardas y oscuras sobre un cielo anaranjado y teñido por los últimos resplandores del crepúsculo vespertino.

Las quintas de recreo, los cortijos, la dehesa de Tablada, iban apareciendo como oscuros fantasmas ante su vista, para pasar rápidamente por delante de sus ojos y perderse después en los vastos dominios de la ilusión. El Guadaira y luego el majestuoso Guadalquivir, donde entonces la luna se estaba mirando llena y tranquila, cruzaron por delante de la ventanilla como dos cintas de fina plata que formasen la orla de la alfombra riquísima donde se adormece la Sultana del Bétis, que levantaba sobre las nubes su esbelta Giralda por entre las huertas y naranjales que la rodean.

En seguida la noche tendió su manto oscuro y fresquísimo, tachonado en la parte superior por un sin fin de brillantes estrellas, que parpadeaban mirando sin cansarse aquel pedacito de cielo que se llama Sevilla, y cortado en la parte de sus pliegues por las lucecitas que alumbraban la felicidad y la dicha que Dios ha derramado por los cortijos andaluces.

Una especie de frío intenso y extraño invadió entonces los huesos de Antonio, que tuvo que recurrir a su abrigo, al par que otro frío intensísimo y helado se apoderó de todos los senos de su espíritu, que no tuvo, sin embargo, con qué abrigarse, porque el abrigo de la devoción y la piedad, que preservan al alma de la intemperie, lo había dejado algunas estaciones más atrás.

Cierta necesidad de llorar, de consolarse con alguien, le abatía hasta la desesperación, y sin embargo, ya no encontraba quien le trajese la alegría perdida del espíritu; sólo las imágenes excitadas por aquella lectura vagaban por delante de su vista como vagan los fantasmas por delante de nuestra imaginación sobrecitada en las horas de horribles pesadillas.

Así llegaron, por fin, a la estación de Sevilla.

Al llegar a la casa de huéspedes, una casa que hay en la calle del Conde de Barajas, cerca de la de Jesús del gran Poder, el niño sentía una especie de modorra y de pesadez indescriptibles.

Quedóse sin cenar; se metió en la alcoba destinada en la fonducha para los dos, y mientras el tío conversaba de sobremesa con los demás huéspedes en el clásico patio que las casas sevillanas poseen, Antonio se sentó en una silla, y a la luz de una vela, que puso sobre la mesa de noche, se entregó de nuevo a la lectura, como el hidrópico se arroja al agua que sabe ha de causarle la muerte.

Y casi la había concluído del todo, cuando don Eduardo, aburrido, deseando una conversación más interesante que distrajese el calor tan bochornoso que se tendía materialmente sobre la tierra, llegó de puntillas a la alcoba y encontró a su sobrinito ensimismado todavía en la lectura.

Don Eduardo abrió de pronto la puerta, sin dar tiempo al niño a que ocultase el cuerpo del delito, y haciéndole una caricia en las mejillas, le dijo con marcada sorna y en medio de una sonora carcajada:

—¿Qué entiendes tú de esas cosas, Jesuíta en miniatura?

En seguida se sentó en la cama, sacó su pitillera, encendió un cigarrillo y comenzaron entre tío y sobrino los más íntimos, los más confidenciales coloquios, que se prolongaron casi hasta el despuntar de la siguiente mañana.

Entre tanto, ¡qué ajena estaba de todo D.^a Luisa, que en aquellos mismos momentos encomendaba a Dios la inocencia de su hijito, de su hijito, a quien ella misma había puesto en la boca del precipicio, de su hijito querido y adorado, a quien ella misma había puesto en las garras sangrientas del gavilán!

* * *

Al día siguiente era domingo.

El alegre voltear de unas campanas llamando a los fieles para la misa, despertó a Antoñito de su cortísimo y agitado sueño, y ¡qué casualidad! ¡aquellas campanas eran las de la iglesia que tienen los Jesuítas en Sevilla!

Este reclamo, que en otra ocasión hubiera hecho dar un brinco de la cama al Príncipe del colegio del Palo, en aquélla le hizo dar una vuelta al otro lado y seguir durmiendo, o más bien divagando en imaginaciones que el día antes jamás las hubiese permitido. Cuando el sol, entrando por un resquicio de la ventana, le vino a besar la frente y a darle los buenos días, entró también a

despertarle su tío, que ya se había levantado mucho tiempo antes.

—Antoñito, parece que se te han pegado las sábanas esta mañana—le dijo con maliciosa sonrisa.

El niño se comenzó a vestir con pereza, con una soñarrera como si llevase dos días sin dormir; abrió la ventana, y una bocanada de aire fresquísimo y puro, como lo era su alma de pura y fresca el día precedente, se coló de rondón en la alcoba, impregnándolo todo en el aroma de jazmines y de magnolias con que él se había impregnado al besar las frentes de unas flores que habitaban en el jardín de la Alameda.

Aquel aire lleno de esencia de purezas, refrescó su fantasía, trayendo en sus alas y dejándolos caer en el alma del niño muchos pensamientos de no muy lejanas castidades, de ideas de arrepentimiento y de mudanzas de vida, y las brisas del perdón y del llanto a las plantas de la Reina de las misericordias acariciaron su espíritu amodorrado, y abatido con la fuerza del golpe que acababa de dar desde una altura tan inmensa.

En aquellos instantes volvieron a voltear las campanas llamando a los fieles perezosos que hubieran perdido la misa anterior, y entonces Antonio concibió un proyecto, que no era su tío quien lo sugería, sino el Angel de la Guarda, que, animado también con la frescura de aquellas brisas de la mañana que bajaban del paraíso a consolarle, limpióse las lágrimas, levantó a Dios su espíritu, y pasándose la mano por la frente para alisarse los dorados cabellos y para sacudir la pesadilla que había tenido aquella noche, se dijo con un acento de amargura que daba pena aun a los mismos compañeros suyos de bienaventuranza:

—Ya que no puedo ser ángel custodio de un Luis Gonzaga, séamoslo, por lo menos, de un Agustín.

El proyecto que el ángel inspiró al Príncipe del colegio era de escaparse de las garras de su tío, entrar en aquella iglesia que le llamaba con sus acentos dulces y armoniosos, comulgar como el domingo anterior y hacerles después una visita a los Padres de la Compañía que estaban en la residencia de Jesús del gran Poder.

Pensando en ello estaba aunque de mala gana y sólo por satisfacer a la imperiosa voz de su conciencia, que le hostigaba con sus gritos, cuando la puerta de su cuarto abrióse de nuevo, y de nuevo apareció don Eduardo con el sombrero puesto, que venía por su sobrino para llevarlo a pasear la ciudad.

—Ea, muchacho, vente conmigo por las calles, que vas a ver cosas bonitas.

Antonio no dijo ni una palabra de protesta; era un autómatas. Se caló el sombrero, se puso el relojito de oro y salió con su tío; doblando en seguida la calle de las Palmas, bajando hacia la plaza del Duque y torciendo después a mano izquierda, llegaron a la plazoleta de la Campana.

Un incidente imprevisto hubiera dado al traste con todos los planes del tío si no tuviera ya tan sugestionado el ánimo de su sobrino, quien no pensaba resistirle en nada.

Por la calle de Tetuán desembocó de pronto, cruzándose con ellos, el Padre inspector que había tenido a su cargo en el colegio la vigilancia donde estaba Antonio, el Padre Gómez en persona.

El niño, al verle, se inmutó, y el primer ímpetu fué el de huir y esconderse a las miradas del Padre, que

sin duda no le hubiese visto por lo precipitado y abstraído que iba. Mas el sentimiento del cariño y de la gratitud a sus profesores, vivo aún en el ánimo de Antonio, venció en seguida, y separándose de su tío corrió hasta el Padre Gómez para besarle la mano.

—¡Hola, señor Príncipe!—le dijo el bondadoso Padre recibiendo el saludo del niño—. ¿Cómo es eso que estás por Sevilla?

—Vengo con mi tío, que trae unos asuntos de mamá.

—¿Y has saludado ya a los Padres de la residencia?

—Todavía no; pero hoy pienso visitarlos.

—¿A qué no sabes quién está aquí?

—¿El Padre espiritual?

—El mismo en cuerpo y alma, ¡Qué contento se va a poner cuando sepa que estás en Sevilla!

—Dígale que tengo que verle y decirle una cosa.

Al oír el niño el nombre del Padre espiritual se había puesto como una manzana, cosa que no dejó de notar el Padre Gómez, pero que se guardó muy bien de darse por entendido, tanto más cuanto que en aquel momento D. Eduardo, cansado de esperar al sobrino, se acercó para terciar en la conversación y darle pronto y feliz suceso.

El astuto D. Eduardo saludó al Padre tan fresco y tan campechano como si le hubiera tratado toda su vida, porque en cuestiones de alternar con todo el mundo no le ganaba ni el más refinado en perfiles de etiqueta.

—Mi reverendo Padre—dijo estrechando y besando con efusión la mano del Jesuíta—, tengo el placer de ponerme a sus órdenes. ¿Conque es usted uno de los educadores de mi sobrino? ¡Oh, los Jesuítas! ¡Ustedes son la vanguardia del catolicismo! ¡Ustedes son los

bienhechores de la sociedad, los maestros por excelencia de la juventud, los...!

—No tanto, caballero, no tanto—decía el buen religioso, abrumado bajo el peso de tantos elogios, que tal vez creía tan sinceros como innmerecidos tratándose de su pobre persona.

—Sí, Padre reverendísimo—continuaba el zorro don Eduardo—. Yo estoy altamente satisfecho de los adelantos efectuados por mi sobrino en ese centro docente, como más de una vez he tenido el alto honor de manifestárselo al reverendo señor Rector del establecimiento.

—Mire—dijo el Padre Gómez con humildad—, nosotros hacemos lo que está de nuestra parte, y así cumplimos con el sagrado deber cuya responsabilidad ustedes descargan sobre nuestros débiles hombros durante el año, y créame, estamos todos muy satisfechos de la conducta y de la aplicación de Antoñito. Lo que más nos agrada es que, teniendo una madre tan buena y un tío de costumbres tan cristianas, no perderá el niño en estos tres meses de vacaciones lo que con tanto trabajo ha adquirido en los nueve del curso.

—¡Ah! Lo que es por esta parte, pierda usted cuidado, mi reverendo Padre, que todo eso corre de mi cuenta. El niño observa pe a pa la misma distribución que en el colegio. Reza sus devociones, sus comuniones, sus... En una palabra: todo, todo lo del colegio. ¿Verdad, Antoñito?

El niño no lo veía todo tan verdad como su tío, y notaba que cierto golpecito de sangre se le iba subiendo a la cara. Pero el carmín fué demasiado intenso para no delatarle cuando el Padre le preguntó con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Has oído ya la misa?

Dos respuestas contradictorias contestaron a la par la pregunta.

El *sí* resuelto del tío, y el *no* apagado y tembloroso del sobrino.

—¿En qué quedamos?—dijo sonriendo el Padre.—¿Has oído misa o la vas a oír?

—Yo le diré a usted, mi padre reverendo—respondió el tío con un aplomo magistral—: íbamos a oírla, pero como el niño se ha empeñado en que ha de ser en la suntuosa iglesia de ustedes, y nos han dicho que está tan *lejísimos*...

—Pues les han engañado: está a dos pasos de aquí. Casualmente han pasado por frente de ella, porque es la que habrán visto al pasar por la calle de las Palmas.

—¡Ve usted, mi reverendo Padre! ¡Y tanto deseo como teníamos de ir a su iglesia! Pero... ¿habrá misa en su iglesia a estas horas?

—Y más tarde también.

—Pero ¿tendremos que esperar mucho tiempo?

En ese mismo momento la campana de la iglesia comenzó a llamar por quinta vez a los fieles rezagados.

—¿Ven que casualidad? Ahora mismo va a comenzar una.

—Pues no la perderemos, descuide usted—exclamó con tono resuelto D. Eduardo—. Anda, Antoñito, vamos a cumplir con ese encargo aquí en la confitería, y en seguida estamos en la iglesia... Conque, mi reverendo Padre, soy con ustedes al momento; he tenido un sumo placer en ponerme a sus órdenes. Salude a todos los Padres reverendísimos, y ya saben que soy incondicionalmente de ustedes. Anda, anda de prisa, Antoñito, no vayamos a llegar tarde a la misa.

Y empujando unas palabras sobre otras, y empujando por delante a su sobrino, se despidió D. Eduardo del Jesuíta y se alejaron los dos fugitivos, perdiéndose en la calle de las Serpes, mientras decía el tío Eduardo con aire de triunfo:

—¡Demonios de Jesuítas! ¡De buena nos hemos librado!

Antonio pasó un día espléndido, magnífico. Ni el menor asomo de remordimiento vino a turbar el cielo de su inmensa dicha.

Desayunó en el Suizo, encontró por las calles a muchos colegiales que se divertían a toda prisa para aprovechar los tres meses de expansión que les concede el Gobierno, y entre ellos tropezó con Arpacho, el Malacatón, que esta vez no le pareció tan zafio ni tan burdo como en el colegio. ¡Cómo se iban estrechando las distancias!

Vió por la tarde una corrida de toros por vez primera, y aquello le pareció sublime, sobre todo cuando Arpacho, que estaba a su lado, le iba poniendo al corriente de todos los lances y haciendo que se fijase en que aquel era un *farol*, y aquello otro era una *verónica*, y aquel par estaba al *sesgo*, y aquel otro al *cuarteo*.

Después de la corrida comió en el Círculo Mercantil, del cual era su tío socio, y alternó con militares, con dos banderilleros de Mazzantini, con una corista del teatro del Centro, en cuyo local tuvo el gusto de pasar la noche oyendo *couplets* de lo más fino y picante que se pudieron inventar; en fin, que Antonio aquel día era otro; ya no pensaba en ser Jesuíta, ni pensaba en cantar misa ayudado por su prima; había soltado casi por completo el pelo de la dehesa, y supo dar la mano a unas señoritas sin ponerse colorado, y beber una

cañita de manzanilla sin que se le subiera a la cabeza, y aplaudir a las coupletistas del café del Centro cuando salían con algún disparate; era un *sportman*, aquello era la galantería andando, aquello era morirse de gusto.

Ahí tiene las madres de familia la receta para quitarles la vocación a sus hijos, y también a sus hijas, porque los ingredientes son los mismos, y no hay más que apretar o aflojar en cada uno, según los diversos temperamentos; pero siempre resulta la misma curación, los mismos efectos purgantes, que desalojan el baño de jesuitismo y de piedad que tanto afean a los jóvenes educados en los colegios de religiosos y de religiosas.

Sin embargo, a veces el purgante es tan fuerte, que se indigesta y produce excesivo efecto, pasando bastante más allá de lo que el médico quisiera; y dije a veces, por no verme cogido con alguna que otra rarísima excepción que tal vez en el transcurso de los siglos hayamos podido presenciar.

* ¡Pero qué cosa más rara! Al volver el niño al cortijo de las Pajuelas, ni la misa cantada, ni las flores silvestres, ni la compañía de Luisito y de Soledad le distraían un comino.

Por el contrario, las correrías a Andújar montadito en su jaca parda, las visitas a la familia Rebolledo, el callejear por el pueblo con dos amigotes con quienes antes de ir a los toros de Sevilla no se había querido juntar, todo eso era su encanto, su única diversión, de tal modo que D.^a Luisa no tuvo más remedio que acceder al capricho de su hijito y dejarle divertirse en lo que él tanto deseaba, so pena de tenerle de hocico y sin querer comer y lloriqueando todo el día en un rincón.

¡Y la madre aun no caía en la cuenta! ¡Pobre doña Luisa!

Sólo una vez que Soledad vino a sus brazos corriendo y llorando porque había oído a su primo una palabra mala, sólo entonces se inmutó algo la piadosísima señora y aun trató de reprender ásperamente a su hijo; pero luego pensó dentro de sí que la niña debió oír mal, porque... ¡su Antonio proferir una palabra menos casta!... ¡Imposible! ¡Tan inocente! ¡tan puro! ¡tan bueno!

Entre tanto, el aburrimiento del cortijo y el calor que se dejaba sentir tanto en aquel hoyo iban comiendo los colores de fresa que adornaban el rostro del niño al comenzar las vacaciones, al par que aumentaban los de Soledad. El niño concluyó por palidecer demasiado, perdió aquella sonrisa franca y abierta que era el encanto de su madre, perdió las ganas de comer, y al cabo la madre, cuando ya faltaban quince días para terminarse las vacaciones, tuvo que volverse a Córdoba para que su hijo no acabase de echarse a perder del todo.

Así se pasaron para Antonio aquellas desastrosas vacaciones, que comenzó inocente y concluyó criminal. De aquel crimen eran reos culpables tres personas: La madre, por dejar a su hijo en manos de un bandido después de tantos avisos del Padre Cosme, aunque el ladrón tuviese la misma sangre y llevase el mismo apellido. Era culpable también, y sobre todo, el tito Eduardo, por haber prostituído una conciencia delicada y fina, convirtiéndola de morada de ángeles, de jardín de azucena, en cloaca de vicios y cueva de demonios; pero había otro tercer cómplice en aquella horrible caída, y era el mismo Antonio de Haro.

Hay ocasiones en que el guardar la inocencia no

cuesta ningún trabajo: basta dejarse llevar por la corriente de la gracia; pero hay circunstancias difíciles en que es preciso remar y forcejear agua arriba, y entonces la lucha se hace tan fuerte, que si no acudimos a Dios por medio de la oración tendremos, a no dudarlo, las gracias suficientes; pero serán tantas las fuerzas del adversario y tan cobarde nuestra voluntad, que sucumbiremos al mal. Hay entonces un faro luminoso al cual no acudió Antonio porque no quiso, y ese faro brillante y sereno es el patrocinio de la Virgen Inmaculada. ¡Pobre del que le vuelve las espaldas, porque puede darse ya como perdido!

VIII

Entre dos aguas

—Y tú, Madre mía, ¿por qué le has dejado huir de entre los pliegues de tu sagrado manto? ¿No era tu hijo? ¿No ha hecho por amor tuyo un sacrificio, una promesa tan difícil como hermosa, que sin duda despertó en tu corazón una especial simpatía hacia su candorosa alma?... Oveja extraviada, ¿por qué no escuchaste el silbo de la divina Pastora cuando te llamaba para defenderte del lobo cruel? Vuelve, hijo pródiigo, a la casa paterna, que te esperan los brazos de un Padre amoroso para perdonarte, que te esperan de

nuevo las caricias de una Madre a quien has abandonado en tu locura.

Así exclamaba llorando el Padre espiritual del colegio del Palo un mes después de comenzado el curso, puesto de rodillas en su reclinatorio, con el rostro hundido entre las manos y delante de una devota imagen de María Inmaculada, a cuyos pies estaba prendida aún la heroica resolución de Antoñito.

El Padre Martínez había adivinado en seguida la ruina de su Prefecto. Lo sabía, lo veía claro, tan claro que no podía dudar de ello.

Pero ¿quién se lo había dicho? Nadie. ¿En qué se fundaba para semejante sospecha? Ni él mismo lo podría decir.

Los Padres espirituales de los colegios, con la experiencia adquirida en su cargo a fuerza de muchos años de ver pasar por su cuarto ruinas y más ruinas, sobre todo al comenzar de nuevo el curso, ven más de lo que los alumnos quisieran.

Comenzó el curso.

Comenzó a funcionar aquel ingente y delicado mecanismo; primero, con lenitud; los primeros pasos eran difíciles; las vacaciones habían destruído en parte la edificación espiritual de durante el curso. Los niños volvían, por lo general, tibios, disipados, remolones, con la frente tostada de sol y de libertad. No era difícil encauzar de nuevo a los pequeñines por la corriente de la disciplina; los más difíciles de traer al cauce eran los mayores, y sin embargo, poco a poco la inmensa mayoría de ellos, distraídos con la novedad de las asignaturas, recobrado el hábito de seguir la distribución del colegio, interrumpida por sólo tres meses de vacaciones, olvidaron peligrosas fantasías, borráronse

de sus mentes visiones e imágenes incompatibles con los estudios y con la atmósfera que en el colegio se respira, y aquel ingente y delicado mecanismo comenzó, por fin, a girar segura y acompasadamente.

Dije la inmensa mayoría de los niños, porque, como es muy lógico y muy natural, si algunos vienen ya tan *pasados* que a primeras de cambio muestran a sus amigos la resolución que tienen de escaparse del colegio por el primer resquicio que hallen, o se obstinan en retener en sus fanasías y aun gloriarse, en sus ocultos cabildeos, de aventuras veraniegas que aun los hombres más formados tendrían empacho en contar a sus íntimos confidentes, claro está que éstos, o se enderezan en los santos ejercicios, que rayando de sus almas las malas especies les permitan darse libremente a su formación literaria y cristiana, que es lo que por entonces les interesa, o si no los puede remolcar ni la gracia divina de aquel santo tiempo, seguirán de tumbo en tumbo hasta coronar el curso con unas solemnes calabazas que les sirvan de pedestal para una grandeza que bien pueden después adquirirse, aupados por las manos prestigiosas de los enemigos de la enseñanza jesuítica.

Estos se dan a conocer bien pronto. El único recurso que les queda es la *hipocresía* o la *adulación*, si es que quieren conservar por algún tiempo el prestigio y buen nombre que el año anterior se granjearan; pero aun ese manejo suele tropezar muy pronto con un escollo: la *solidaridad* de inspectores y profesores, que pronto los ponen en evidencia.

He aquí las sirtes en donde iba a zozobrar el prestigio de Antoñito.

Ese *ten con ten* del colegio, ese *estira* y *afloja* del Padre Prefecto que tiende al rigor, y del Padre espiri-

tual, que intercede y suaviza; de los profesores, que exigen y de los inspectores, que aconsejan y en último término castigan; todo esto obedece a una unidad de miras, a un mismo ideal educativo, a sostener al niño que flaquea, a reanimar al niño que se levanta, a castigar al niño que se rebela, a no dar en las notas semanales más dosis de *puntos* que los necesarios para el efecto apetecido.

Unese a esto la distancia moral a que el Jesuíta se coloca siempre del niño, a pesar de la franqueza y jovialidad con que le trata.

Esta distancia la puso bien de relieve cierto antiguo colegial en un opúsculo en que no trataba de hacer nuestro panegírico: "En vano, dice, pretenderíamos, aun tomándonos confianza con los Padres, averiguar la menor noticia relativa a la Orden, a sus relaciones entre sí, a sus costumbres particulares, aquellos hombres callaban: en este punto eran esfinges."

Todo esto puede dar razón, primeramente, del interés que el Padre espiritual se tomó por sostener a su antiguo Prefecto para atraerlo con blandura al buen camino por no verse obligado a dar el paso escandaloso de quitarle la dignidad, con desprestigio del niño, de la madre y de la misma Congregación. Pero poco le valió a Antoñito el cariño y predilección del Padre Martínez una vez que éste persuadióse íntimamente de que todo era ya inútil, porque su antiguo Prefecto no levantaría cabeza en todo lo que restaba de curso.

Era un sábado por la noche. Las notas de la semana estaban unas sobre otras en diversos pliegos sobre la mesa del Padre Prefecto.

En ellas constaba la conducta y aprovechamiento de

cada alumno, así como en notas generales, como en las particulares de cada clase.

El valor de las notas es poco más o menos el mismo en todos los colegios: *Uno* significa muy bien; *dos*, bien; *tres*, regular; *cuatro*, mal, y *cinco*, muy mal. Entre esas notas redondas suelen aparecer en los boletines uno, dos o tres *puntitos*, que, sin quitar el valor absoluto del número, lo rebajan aproximándolo hacia el número siguiente.

El Padre Prefecto, hombre alto, sanguíneo, de calva franca y abierta, como abierto y franco era su carácter y sus correctísimas formas, tan tradicionales ya en la alta sociedad malagueña, en aquellos momentos ojeaba con vista distraída los pliegos de las notas, cuando el Padre Martínez, después de dar dos o tres golpecitos en la puerta y escuchar el consabido "adelante", penetró en el cuarto de la prefectura.

El Prefecto clavó su penetrante mirada en el recién llegado, y tomando en sus manos uno de los pliegos de las notas, le dijo sonriente:

—Venga con Dios, Padre espiritual. ¿A que adivino el objeto de su visita?

—Sí, Padre—contestó el aludido con aquella timidez propia de su carácter.—Me enteré esta tarde de que el Padre inspector...

—Aquí, aquí está el cuerpo del delito—le interrumpió el Prefecto sin dejar su sonrisa de triunfo—. Un *puntito* que lleva su prefecto en conducta general, ¿no es eso? ¡Ya sabía yo que un punto en la nota del Príncipe era una puñalada en el corazón del Padre espiritual!

—Padre, advierta que Antonio de Haro viene *algo*

disipadillo de vacaciones, y hasta que entre de nuevo por...

—Por el... aro! Sí, algo *disipadillo* está, en efecto; pero libreme Dios de comenzar rompiendo lanzas con él. Mire si presentía esta visita, Padre Martínez, que por mi cuenta he intercedido con el Padre Gómez para que disipe esa nubecilla que velaba el cielo de la conducta de Antonio. ¿Ve? Ya está borrada.

—Dios se lo pague, Padre mío—contestó el Padre espiritual con marcadas señales de júbilo, dirigiendo al Padre Prefecto una mirada de gratitud, cosa extraña en él, que casi nunca miraba a nadie a la cara.

El Padre Prefecto dejó la sonrisa y comenzó en serio.

—Ya ve, Padre Martínez, que las faltas de Haro menudean, aunque no tengan tal vez el alcance de una mala conducta. ¡Si usted, aconsejándole en su cuarto, lograra ponerle en razón!...

—¡Oh, en mi cuarto! ¡Esquiva tanto el venir a él! Yo noto algo en ese niño que no me atrevo a juzgar del todo. Aquel afán del año pasado en ser el primero en las clases; aquel deseo de cumplir en todo el reglamento, ya no lo tiene; le pasa algo, algo que ni él tiene confianza para decirme a mí, ni yo, por prudencia, debo preguntárselo a él.

—Al menos, Padre, el pundonor por la dignidad de Príncipe, el no disgustar a doña Luisa, aquel fondo de piedad que siempre ha tenido... ¿Por qué no toca esos resortes?

—Lo hago, lo hago; pero insistiré aún más en ello. Por ahora dele las gracias al Padre inspector de parte mía, y dígame que Antoñito ha de enmendarse por completo. Está desorientado; pero cuando entre en razón será otra cosa.

El Padre Prefecto movió la cabeza al desaparecer por la puerta el Padre Martínez, exclamando en voz baja:

—¡Pobre Padre espiritual! ¡Si supiera por lo que se le iba a poner el punto a su Prefecto, no lo juzgaría nada más que algo *disipadillo*!

Antoñito, amonestado por el Padre espiritual y atemorizado con el peligro de un *punto* en las notas que diese al traste con la prefectura de la Congregación y con el principado del colegio, refrenóse de tal modo, que ni el Padre inspector ni los profesores tuvieron por entonces que llamarle al orden.

¿Tendría razón el Padre Martínez al juzgar una mera desorientación del niño las faltas cometidas al comenzar el curso? ¿Sería muy duradera aquella enmienda? Para responder a esta pregunta vamos a tener más suerte que el Padre espiritual, sorprendiendo una conversación muy confidencial con el Arpacho de marras y con otro compañerito de la cuerda.

Llevaban los niños un mes largo de curso, cuando una tarde salían a paseo las ternas camino del Limonar.

Antonio tenía con Arpacho la suficiente confianza para hablarle claro, pero no la tenía con el compañero de terna, Paquito Manzano.

Por eso, al salir del colegio se comenzó a hablar de cosas generales con esa charla, con esa animación de niños que han estado en silencio varias horas y se desbordan de pronto, dando expansión a la entumecida lengua; charla tan fuerte, tan estrepitosa, tan alegre, que los marengos desde la playa la oyen a varios kilómetros de distancia y se dicen unos a otros:

—¡Ya vienen por ahí los *abejorros*!

La conversación se fué haciendo cada vez más íntima entre los tres niños.

—Oye tu, Arpacho—dijo Antonio queriendo recordar tiempos felices de vacaciones—, ¿te acuerdas de los toros que vimos en Sevilla?

—¡Ca! ¡Si eran bueyes! Toros bravos los que yo *vide* ogaño en mi pueblo. ¡Camará! ¡Esos sí que eran bichos finos!

—Pues el *Espartero* se portó muy decente.

—Estuvo *argo* tímido con la muleta.

—¿Y el Centeno? ¿Te acuerdas de aquel coleo?

—No estuvo *maliyo*. Pero, créeme, no fueron toros de trapío.

—Oye, Antonio, ¿pero tú entiendes de esas cosas?— le preguntó Paquito con maliciosa sonrisa.

Antonio se sonrojó algún tanto al oír aquella pregunta que le tildaba de Jesuíta; pero viendo que no se lo decía ningún *sopleta*, respondió echándose a un lado el sombrero para probar su garbo taurino, acción que le sentaba entonces al pobre niño como a un inglés un sombrero de picador.

—¿Y qué te crees tú, que soy yo algún fraile?

—¡Antonio es de nuestra cuerda!—dijo Arpacho dándole un cariñoso empujón que le hizo salir de las ternas.

—Pero, oye, ¿y si se entera el Padre espiritual que has estado en los toros?

—Que se entere cuanto antes; ya estoy harto de tanta dignidad y de tanta pamplina.

—¡Bien, chaval! ¡Tú eres de mi partida, de la partida de los mulos!

Y el buen Arpacho a poco le desvencija el omoplato del porrazo que le propinó con todo el miramiento de su cortesía.

—Pues ten cuidado—repuso Paquito—. Mira que a Luisito Peralta le gusta ser Príncipe.

—¿Sí? Pues si él quiere esta misma tarde le doy los galones, que maldita la falta que me hacen.

—¡Bah! Eso lo dices tú con la boca chica.

—¡Eh! ¡Alto ahí!—interrumpió Arpacho con viveza—. Tú no debes darle a Peralta los galones, que eres muy simpático para rey. ¿Te enteras? Chico, si a Peralta le dan esos trapos, te pego.

—No, Arpacho—dijo Antonio con cierta tristeza; yo sospecho que en la primera proclamación de dignidades le han de hacer Príncipe a Peralta. ¡Como yo no comulgo desde que entré en el colegio...!

—¡Bobo! Pues comulga como Peralta.

—¡Hum! ¡Eso de tenerme que confesar....!

—¡Ay, qué palomo! ¿Y qué importa eso? ¿Tienes más que *desjarretarle* al Padre lo primero que *te se ocurra*?

—¡Hombre, pero...!

Arpacho soltó una carcajada, y pasando su mano por el cuello de Antonio hasta tocarle la mejilla, le dijo con reconcentrada sorna:

—¡Vamos, Antoñito, que *entavía* te chorrea el agua del bautismo!

—¡Déjame, bruto!—respondió Antonio con disgusto, volviendo la cara al otro lado.

Tal vez le parecía demasiado avanzar en el camino comenzado aquel consejo del *Malacatón*, y por eso torció la charla a otro asunto, a pesar de las instancias de Arpacho en seguir su lección.

En esto el Padre tocó a romper ternas, y los corrillos se formaron no tan lejos del Padre que éste no los pudiera vigilar.

Arpacho y los dos compañeros de terna se sentaron en un banco que está muy cerca del rico chalet de... R.

Allí comenzaron, siempre con miedo y usando palabras en general de doble sentido la conversación favorita, que no era, por cierto, la propia de colegiales, porque en nada se relacionaba ni con las ciencias ni con las artes.

Cuando el Padre tocó de nuevo a formar las ternas para volver al colegio, ¿seguiría Arpacho con su tema? No se sabe.

Es el caso que llegó el sábado por la noche sin que nada de particular ocurriese.

Como en aquel colegio tenían muchos alumnos la costumbre de comulgar los domingos y días festivos por devoción, y no lo hacían a diario porque aún no había salido la amorosa invitación de Pío X, el Pontífice de la Eucaristía, solía pasar carpeta por carpeta el *edil* con un montón de papeletitas en blanco, sin decir a nadie nada, porque sólo el que deseaba reconciliarse aquella noche, para comulgar al día siguiente, era quien, al pasar el edil, debía tomar una y apuntar en ella el nombre de su confesor.

Al cruzar, pues, el *edil* por al lado de Antonio le ofreció por broma uno de los papelitos.

Antonio, ocupado en estudiar, movió negativamente la cabeza, sin mirar al edil; pero éste, al pasar de largo, le dijo en voz muy baja estas solas palabras:

—¿Qué te pasa, principito?

Estas palabras inocentes del edil se grabaron en el corazón de Antonio como una banderilla de fuego. Le trajeron a la memoria la dignidad que en el colegio gozaba, y cómo para seguir gozándola era preciso aparecer bueno, aunque en su interior no lo fuera. Si él no comulgaba, los Padres y los niños sospecharían algo, y, por tanto, la prefectura de la Congregación

vendría a tierra, y luego el principado en la proclamación de dignidades que se avecinaba, y con todo esto las prerrogativas que siempre gozan en las clases las dignidades del colegio, y luego la especie de veneración con que sus condiscípulos le miraban. Y era más que probable, casi cierto, que todas estas prerrogativas y franquicias irían a parar a manos de Luisito Peralta, aquel paliducho y encanijado palurdo, aquella sombra amarillenta que, desde que empezó el curso, se alzaba imponente ante él, disputándole los honores con sus ojos bajos, con sus brazos cruzados, con su silencio profundo en los salones de estudio, con su memoria de papagayo en las clases, en una palabra, con toda su refinada, su purísima hipocresía.

Antonio le profesaba un odio mortal a Luisito porque le tenía envidia, porque comprendía que se portaba mejor que él, porque estaba cierto de que le iba a desbancar.

Por eso era preciso a todo trance aferrarse a los restos de su antigua grandeza y no dejarse ganar por aquel enclenque, sosteniendo su exterior fama de bueno, al menos hasta la elección de cargos en la Congregación para engañar a sus condiscípulos, y hasta la proclamación de dignidades, para engañar a sus profesores.

A estas razones se agregaban otras, que no eran tampoco de despreciar.

¿Qué diría su mamá si no le veía con los entorchados de Príncipe ni con la medalla de Prefecto? ¿Con qué cara se presentaría él ante la concurrencia a recibir unas insignias que no fueran de la suprema dignidad, él, que estaba ya acostumbrado a recibirlas por espacio de un año entero?

A todas estas reflexiones dieron origen las cortas palabras del edil, que sin volverse a acordar más de ellas, llevó las papeletas a los respectivos Padres. Antonio se decidió, por fin, a comulgar al día siguiente. Pero ¿cómo? ¿Haciendo una confesión sincera? ¿Descubriendo al Padre espiritual las llagas de su alma, herida en aquel funesto tiempo de vacaciones? Al principio así lo determinó.

Cuando, después de la cena, se rezaban en la capilla las últimas oraciones, Antoñito se levantó de su asiento, se dirigió al Padre inspector, y le dijo en voz baja:

—Padre, se me ha olvidado poner papeleta, pero quisiera reconciliarme.

El Padre Gómez reprimió el contento que aquellas palabras le produjeron, y le dijo con naturalidad:

—No importa, vete a confesar.

El niño se acercó al reclinatorio donde el Padre Martínez reconciliaba a unos cuantos; pero bien pudo acercarse a otro cualquiera de los tres Padres que en aquel momento confesaban a los alumnos.

El buen Padre espiritual sintió un vivísimo júbilo al ver de nuevo a la oveja descarriada; le oyó en confesión, pero a poco le vió levantarse del reclinatorio y sin saber por qué se le agolparon a su mente las palabras de la Escritura: “¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise ampararte bajo mi manto, como la gallina cobija sus polluelos bajo las alas, y tú has huído de mi protección!”

¡Muy corta fué aquella confesión para un niño que no lo hacía desde antes de comenzar las vacaciones! ¿Habría tal vez seguido el consejo de su maestro el liberal, el magnánimo Arpacho?

Aquella noche le costó mucho a Antonio conciliar

el sueño, porque los gritos de la conciencia eran tan fuertes, tan avasalladores, como los gritos que el mar daba desde la orilla, queriendo a la fuerza, pero siempre inútilmente, salvar el dique de deleznable arena con que su Dios le había aprisionado.

Por fin concibió, no sé si de veras o sólo por acallar aquellos gritos, el propósito de confesarse bien a la mañana siguiente, y a poco se quedó dormido.

Y a la mañana siguiente, bajaron las divisiones; comenzó la misa, se acercaron varios niños al fondo de la capilla para reconciliarse, pero Antonio no se atrevió a moverse de su asiento.

Conforme el sacerdote levantaba la sagrada Hostia, después de decir sobre ella las palabras de la consagración, parecía a Antonio como que Jesucristo desde la Forma consagrada le reprendía del crimen que pensaba cometer, y que la maldición de un Dios justiciero se cernía sobre su cabeza para caer sobre ella como pesada losa en el momento en que Jesús entrase en su pecho. Hasta el argentino son de la campanilla tocando poco después al *Domine, non sum dignus* resonó dentro de su conciencia como un grito de maldición del Padre de familias que, arrojándole para siempre de la participación del tesoro de su sangre divina, le gritaba señalándole las puertas del redil de los escogidos.

—Vete, maldito, vete de mi casa, vete al lado de los que tienen escrita en sus frentes la señal de los réprobos.

Y presa de esas incertidumbres y remordimientos estaba el alma de Antonio, cuando el sacerdote abrió el sagrario, sacó el copón, y volviéndose hacia los niños, pronunció con voz llena de unción y de confian-

ra aquellas palabras que entonces más que nunca pudo repetir Antonio como barrera que le detuviese para no dar otro paso más allá en la pendiente que le llevaba hacia el derrumbadero: "Señor, yo no soy digno de que vuestra divina Majestad entre en mi pobre morada".

En el pecho de Antonio se entabló entonces la última lucha. Vaciló un momento; sentía que una fuerza oculta le clavaba al asiento sin permitir que se levantase. Pero al fin, venciendo esa fuerza moral, que era la fuerza de todo un Dios que se resistía a penetrar en su inmundo pecho, se levantó, juntó sus brazos en sumisa postura, acercóse el primero de todos, como Prefecto que era, al comulgatorio, recibió en la inmunda covacha de su espíritu a la Pureza por esencia, y con los ojos bajos, con porte modesto y recogido, volvió a su banco, se cubrió la cara con las manos y fingió que daba gracias a su Dios por tan inmenso, por tan grande, por tan abominable sacrilegio.

Aquella era la primera comunión sacrílega que hacía en su vida.

Dado el primer paso, ¿qué le importaba a Antonio dar el segundo y el tercero?

Ya la cuestión era el que no se le escaparan de las manos las dos dignidades, que Luisito Peralta no apreciase más bueno que él.

Y Luisito Peralta, con su carita pálida, con su sonrisa inocente, iba ganando prestigio entre sus compañeros a pesar de las calumnias en cuya red procuraban envolver su fama Antonio y los demás de la cuerda de Arpacho, que eran en expresión de su mismo jefe, la *cuerda de los mulos*.

VIII

Haciendo equilibrios

Mucho se habla sobre el exceso de piedad y devoción de que se satura y sobre satura a los alumnos que se educan en los colegios de los Jesuitas.

Misa diaria por la mañana, rosario y lectura por la tarde y cinco minutos de oraciones por la noche. Agréguese todos los otros gajes extraordinarios, como son, por ejemplo, el convertir la lectura en pláticas los domingos por la tarde, comunión general una vez al mes y tres o cuatro días de ejercicios al año. ¡Carga insufrible, inaguantable, verdaderamente jesuítica, impropia de la piedad sólida y maciza del siglo xx!

¡Pobre piedad del siglo xx, o *vigésimo*, como añadiría Bretón de los Herreros!

¡Como si no fueran pocas todas las aguas que caen del cielo sobre las plantas tiernas para robustecer su tallo y vigorizar su raíz! ¡Como si no fueran pocos todos los consejos, todos los actos piadosos, para salvar del peligro a una edad donde todo incita a la pérdida del pudor y aun de la fe! ¡Como si no fueran los mismos padres quienes les entregan a sus hijos para que los saturen y sobresaturen en ese ambiente de piedad, que luego les haga resistir el otro ambiente malo de la corrompida charca moderna!

¡Que tanta piedad les quita el tiempo que deben dar a la ciencia! ¿Y el tiempo que gastan los que no son internos en billares, teatros y otras diversiones? ¿Ese no les impide nada para estudiar su lección? ¿Es que no nos damos cuenta de lo mucho que influye la piedad en el espíritu sedando el alma, equilibrando el espíritu, sin cuyo equilibrio es imposible coordinar dos ideas en un entendimiento repleto de imágenes tan atractivas como peligrosas!

¡Que luego son esos los peores cuando llegan a marearse, porque están ahitos de piedad! Tan falso es eso, que se les suele echar en cara a todos los antiguos colegas corrompidos el sello de la educación jesuítica que llevan en sus frentes, y que no es otra cosa sino cierto pudor instintivo que les detiene para que no lleguen hasta el fondo del vicio en donde se revuelven sus compañeros. Y aunque así fuera, ¿qué culpa tiene la Compañía de Jesús de que algunos y aun muchos de sus alumnos apostaten de las creencias que en el colegio aprendieron y aceptaron como santas y como buenas? ¿Desdora acaso a la Iglesia de Jesucristo el que sean sus apóstatas los monstruos más dañinos de la humanidad?

¡Que sus alumnos salen *aniñados*, sin formación práctica, sin saber buscarse un puesto social, un porvenir en medio de las luchas de la vida, porque sólo aprendieron a rezar! Todo eso debe de ser una verdad como un templo cuando ellos lo dicen; pero creo también que no sueño cuando en los trenes, y en las fondas, y en las visitas, y en todas partes nos encontramos sin cesar con antiguos alumnos de Jesuítas, y a todos los vemos con su carrera, más o menos brillante, y siendo buscados con predilección como in-

genieros, como abogados, como arquitectos y aun como militares.

¡Ah!... ¡Pero hay otra obra magna de devoción en los colegios de la Compañía! ¡La obra jesuítica por excelencia, la *Congregación!*

La Congregación de la Santísima Virgen es, sin duda alguna, la obra educadora por excelencia, y así todos los enemigos que la atacan comienzan por asegurar que nunca fueron congregantes, es decir, que no recibieron el verdadero espíritu con que los jesuítas forman el corazón de sus alumnos. Y ¿sabéis lo que quiere decir en los colegios de los Jesuítas que un niño *no es congregante?*

La Congregación se forma con lo más selecto en ciencia y en piedad que hay en el Colegio. Para pertenecer a ella y gozar de sus prerrogativas y franquicias es preciso, ante todo, ganar la insignia de *aspirante* con cuatro semanas de *unos* en notas generales y conductas de clase.

Un *dos* en el boletín de las notas supone que el alumno aquella semana no ha ganado ni perdido nada respecto a su ingreso en la Congregación. Un *tres* le hace retrasar y perder una de las semanas que con tanto afán había ganado para el logro de sus deseos. Si tiene la *desgracia*, como dicen unos, o se ha cometido con él la *injusticia*, como dicen los más, de ponersele un *cuatro*, entonces pierde todo el fruto de sus trabajos, todo lo que con tantos desvelos tenía adquirido en méritos para la Congregación.

Admitido de *aspirante*, aún necesita dos semanas más y el voto secreto de la Junta directiva de la Congregación para ser incorporado a ella como miembro efectivo, y participar de sus frutos espirituales y corporales.

Los espirituales son los actos religiosos de la Congregación (¡ya apareció aquello!), que se reducen a cantar los domingos y días festivos de la Virgen el Oficio Parvo en una capillita que ellos tienen para los actos que como congregantes celebran. ¡Y que no se dan poco tono cuando se les llama el domingo para el Oficio Parvo, haciéndolos salir de sus respectivos estudios!

El canto del Oficio Parvo de la Virgen Santísima tiene un no sé qué de tierno, de dulce, de sentimental, y, sobre todo, de devoto, que aun los que no son congregantes lo escuchan desde los salones de estudio, como si fuera una salmodia cantada por voces celestiales, que van alternando en las alabanzas de su excelsa Emperatriz.

Los frutos no espirituales se pueden subdividir. Entran en primer término las diversas secciones o Academias de la Congregación. En ellas se puede tratar, según su materia, ora de la Literatura, ora de Historia, ora de Sociología, profundizando estos ramos con conferencias prácticas y actos públicos en el salón del Colegio. Viene después la sección de propaganda, para distribuir la buena lectura en el pueblo o ciudad en donde esté enclavado el Colegio; la sección de pobres, para enseñarles la doctrina y algo más que doctrina, pues reciben los obreros, todo costado por los socios, lecciones de escritura, de geografía, de matemáticas y dibujo, amén de las cooperativas y cajas de ahorro, y del servicio de botica y asistencia médica con que pueden contar gratis los alumnos pobres que a estas escuelas asisten, y sus mismas familias (1).

(1) Este descender de los alumnos hasta tratar con los

Viene, por último, el día de campo a fin de curso, en donde se lucen los cocineros echando el resto en sus artes culinarias, donde se luce el Padre espiritual buscando para sitio de excursión algún paraje alegre y distante del Colegio, donde haya por medio tren y cambio de aires, y ruptura de disciplina estrecha y encauzada, y donde los congregantes se lucen también con un verdadero derroche de alegría, de expansión, de apetito y de buen humor.

Total: ¡Menudencias! ¡Candideces, inocentadas de los Colegios de los Jesuítas!

Volvamos a Antonio, que espera impaciente para asistir al acto inaugural con que todos los años se abre la Congregación. La elección de Dignidades.

Las dignidades de la Congregación se eligen por escrutinio secreto entre los congregantes que permanecen del año anterior y los nuevos que por su conducta intachable merecen ser dispensados de las formalidades del Reglamento.

Y este escrutinio secreto, en que sueñan los congregantes como el candidato a diputado sueña en su can-

pobres, no debemos entenderlo como un acto de orgullo que les quieren propinar los Jesuítas, haciéndoles servir una vez al año la comida a los pobres poniéndose de guante y corbata, como en el lavatorio de los pies a que asisten nuestros reyes el jueves santo; no. Lo que desean los Jesuítas es poner a sus alumnos en contacto con el pobre para que toquen sus miserias y procuren el día de mañana remediarlas, ya que los caritativos enemigos de la Compañía se dan por satisfechos con ridiculizar hasta estos actos que los pobres bendicen y agradecen. En mis manos tengo ahora la cuenta de gastos en una hermandad del Niño de Praga, que sostienen los alumnos del Colegio donde me hallo y estos gastos suben, en material de escuela, medicinas, trajes para pobres etcétera, a la suma de 8.220 pesetas.

didatura, fué el que se tuvo solemnemente la mañana del día primero de Diciembre.

Para ello fueron llamados los congregantes de sus respectivos salones de estudio, y formados en dos hileras entraron en la capilla del Colegio, donde en el altar mayor ardían seis velas delante de la imagen de María Inmaculada.

En el mismo presbiterio había dos mesas con tapete encarnado, ante una de las cuales se sentó el Padre espiritual para echarles una plática preparatoria a tan solemne acto. En otra estaban diversas cintas, correspondientes a otras tantas dignidades de la Congregación, una urnita de caoba, una bandeja con papeletas en blanco y un devoto crucifijo. El Padre espiritual, con ese tino y esa unción sencilla que le distinguía, comenzó su plática haciendo ver las ventajas de la Congregación, las dotes y cargos de cada una de las diversas dignidades, y lo mucho que podía ceder en prestigio o desdoro de la Congregación el acierto o desacierto en el elegir las dignidades, para lo cual era preciso mirar un solo blanco, la mayor gloria de Dios, de la Santísima Virgen y de la Congregación.

Terminada la plática, subió Antonio, como antiguo Prefecto, tomó la bandeja con los papeles en blanco y a cada niño que llegaba iba dando uno para que anotase el nombre del elegido.

El niño besaba los pies del crucifijo; escribía el nombre del que designaba para Prefecto, doblaba el papel y lo depositaba en la urna.

Así fueron votando todos, y se procedió al escrutinio.

Para ello subieron cuatro de los antiguos congregantes, dos para leer junto con Antonio los nombres,

y que no hubiera complicidad ninguna, y otros dos para ir anotando el número de votos que cada candidato obtuviera.

Los ojos vivos de Antonio brillaban como los de una tarántula. En los ojos pardos de Luisito Peralta se dibujaba la inquietud. Eran los dos adversarios.

El antiguo Prefecto, con mano temblorosa, desdobló el primer papel, y con voz más trémula aún leyó:

—Elijo por Prefecto de la Congregación a Antonio de Haro.

Pasó el papel al segundo, y éste le pasó al tercero. Sacó después otro voto, y leyó:

—Prefecto, Antonio de Haro.

Y el tercero y el cuarto también eran suyos. La suerte no podía mirarle con cara más risueña. Sólo al quinto comenzó a volverle las espaldas, porque nombraba a Luis Peralta.

Siguieron después las alternativas de los dos candidatos, entre los cuales se mezclaban de cuando en cuando algunos nombres aislados, y se terminó la votación.

Los votos debían estar, o empatados, o al menos casi iguales; por eso las miradas de los dos se clavaron en los labios del que hacía de secretario, el cual leyó:

—Luis Peralta, doce votos: Antonio de Haro, diez votos.

Y se oyó en seguida la voz pausada y solemne del Padre espiritual, que proclamaba:

—Queda nombrado Prefecto de la Congregación el señor don Luis Peralta; secretario, el señor don Antonio de Haro.

—¡Fullería, fullería!—gruñó por lo bajo Antoñito apretando los puños.

Y sin embargo, la cosa no podía estar más clara. La Virgen era quien se nombraba Prefecto, y nombraba, por tanto, al más digno de entre los dos candidatos.

Antonio llegó a recreo, se sentó en un rincón, y rompió a llorar como una Magdalena.

Era un cauterio que la Virgen le ponía; un botón de fuego para sacar fuera los malos humores que el niño tenía dentro del alma, y si él se hubiese aprovechado de la medicina le hubiese salido mucho mejor la cuenta.

Pero ¡qué difícil es el que los hombres vean con ojos espirituales e interiores todos estos contratiempos que parecen azares de la suerte y no son sino filigranas de la Providencia divina!

Sin embargo, las personas relativamente piadosas, y con ellas los niños, se persuaden fácilmente de ello si hay alguna alma caritativa que se lo indique y les haga caer en la cuenta, y Antonio, para no tener luego excusa delante de Dios de no haber entendido bien el aviso de la Virgen, tuvo quien se lo dijera.

Pocos momentos después el Padre espiritual le llamaba a su cuarto.

Antonio acudió a él de mala gana, porque su orgullo se alzaba en aquellos instantes como una víbora a quien se le pisa la cabeza; pero como en el colegio es preciso obedecer, el niño agachó la cabecita y salió del patio de recreo, atravesó lentamente el tránsito y penetró en el aposento, donde el Padre espiritual, cariñoso, sí, pero serio, le esperaba sentado en una silla detrás de su mesita de escritorio.

El padre le dijo solamente estas palabras, acarameladas con todo el almíbar posible:

—¿Qué te pasa, hijito mío?—Y se dispuso a escuchar.

—¡Que esto ha sido una fullería, una injusticia!—rugió el niño, revolviéndose en el asiento donde el Padre le había mandado sentarse.

Y por este tenor comenzó a despotricar sobre el poco miramiento que se había tenido con él, porque él había sido Prefecto todo el año anterior y Luis entraba de nuevo. Porque él se había portado lo mismo o mejor que Peralta, y que habían preferido a Peralta porque era más rico y porque a él le tenían entre ojo los colegas.

Cuando ya cansado de desbarrar se serenó aquel agitado espíritu, el Padre, que le había escuchado en silencio, doblando un papelito hasta la enésima doblez, le contestó impasible y sereno:

—Y no se hizo contigo lo mismo el año pasado?

El niño bajó la rubia cabecita y nada contestó.

—Antonio—prosigió el Padre—, los Prefectos de la Congregación los nombra la misma Virgen, y cuando ha preferido a Luisito Peralta, será señal de que es más digno que Antonio de Haro. ¿Qué dices a esto?

Antonio siguió callado un gran rato en la misma postura humilde, y luego murmuró:

—¡Cuando se entere mi madre!...

—Cuando tu mamá se entere de lo ocurrido, sabrá que hay uno, y no es Antoñito, que es hoy el predilecto de María Inmaculada por su candor.

Y al punto, mostrándole el papel que desde que llegó Antonio había tenido en sus manos, le dijo con gravedad:

—¿Conoces al que ha escrito este papel?

El rostro del exprefecto se demudó hasta tomar la amarillez de un cadáver. Era el juramento escrito el año anterior con su propia sangre.

El Padre leyó la impresión honda que su vista había producido en el ánimo de Antonio, que había bajado los brazos con marcadas señales de abatimiento, y entonces el P. Martínez, aprovechando los instantes que pudieron durar aquellos saludables remordimientos despertados a vista del documento, se lanzó a fondo con toda energía.

—¡Qué! ¿Lo conoces? ¿Sabes quién lo escribió? ¿Sabes de quién es esta sangre? ¿No sabes quién fué el valiente que se atrevió a desafiar de este modo al espíritu de la impureza? Responde, Antonio, respóndeme... ¿Callas? ¿Palideces? Yo te lo diré:

Antonio, esta sangre es tuya, esta letra es la tuya. Tú lo escribiste en un sublime arranque de amor a la Virgen, y a su virtud predilecta, y a su religión querida. Dime, dime, ¿lo has cumplido? ¿Has sido fiel a esta promesa que voluntariamente hiciste?...

¡Ah!... ¿Lloras? Lloras, sí, lloras, hijito mío, que tus lágrimas serán nueva sangre con que puedas refrendar este escrito si lo has borrado con el pecado. Póstrate en ese reclinatorio.

El niño, subyugado, hipnotizado, dijéramos, por el poder de aquellas palabras, cayó de rodillas en el reclinatorio sin proferir una sola frase.

—Dime ahora: ¿Tienes valor para leer de nuevo este papel? El reclinatorio es el mismo, el Padre que te va a escuchar es el mismo, la estampa de la Virgen Santísima es la misma, la fórmula del juramento es la misma que leíste hace apenas un año. Léela otra vez. ¿Te atreves a ello?

Pasaron unos instantes de profundo silencio, en que se oía el palpar del corazón de Antonio, quien des-

pués de un momento miró con ojos extraviados al Padre, y contestó con voz casi imperceptible:

—No, Padre; no me atrevo.

—¿Por qué?

—Porque sé que no lo había de cumplir.

—¡Hola!—respondió el Padre, doblando de nuevo el plieguecito con los dedos temblorosos y crispados.—¿Lo ves? Luego tú no eres el mismo. ¿Cómo quieres que la Virgen se porte contigo como el año pasado, que te elija por Prefecto de su Congregación?

Antonio no tuvo que responder, y su contestación fué sólo el hundir la frente entre sus manos y seguir llorando echado sobre el reclinatorio.

—Conténtate—siguió el Padre—, conténtate con la otra dignidad de Príncipe, que tal vez te dará el Colegio, porque a los hombres podrás engañarlos, y Dios quiera que no la pierdas también.

—¡Padre, Padre, por Dios, por la Virgen santísima!—sollozó Antonio, con las manos trémulas, cruzadas una contra otra y vueltas hacia el santo sacerdote. ¡No sean conmigo tan crueles! ¡No me quiten la dignidad de Príncipe también! ¿Qué dirá mi pobre madre? ¿Qué dirán todos los del Colegio si ven una caída tan horrible, tan espantosa? ¡Perdón! ¡Perdón, Padre mío!

Al buen Padre le faltaba sólo un paso para romper a llorar también, a pesar de los esfuerzos que hacía para contenerse.

—No, Antonio, si yo no te digo tanto—le dijo levantándole con cariño del reclinatorio y abrazándole como lo pudiera hacer la madre más madraza y de entrañas más compasivas—. Ya sabes que en esta clase de dignidades sólo intervienen los inspectores con el Padre Prefecto. Pero descuida, que yo intercederé por ti, con

tal que quites tú la causa del desagrado con que te acaba de mirar la Virgen. Haz una buena confesión.

—Ahora mismo, Padre mío, ahora mismo lo quiero hacer.

—No; ni ahora mismo, porque estás excitado, pero no preparado; ni conmigo, que no quiero que me quites la libertad de acción; pero escoge hoy mismo un confesor a tu gusto, no le calles nada y tómallo por director. ¿Lo harás?

—Lo primero, Padre. Quiero mudar hoy mismo de vida; quiero luchar contra *este maldito hábito* que me domina, y cuando lo haya conseguido, entonces vendré y renovaré el voto. No rompa ese papel, no lo rompa, que tal vez pronto me servirá.

El Padre le miró de arriba a abajo, y vió que su propósito parecía sincero; pero con la experiencia que dan los años, y sobre todo los desengaños, movió tristemente la cabeza y le dijo mostrándole el papel:

—¿Lo ves, Antonio? Si tú cumples ese propósito que ahora has hecho, pronto podrás leer ese escrito de nuevo para ser honrado y feliz por toda tu vida; pero si no lo cumples, si te abandonas de nuevo a ese *mal hábito* que tú mismo conoces que te domina, pronto, pronto, piénsalo, bien pronto tendré tal vez que mostrarte este juramento, pero como sentencia donde Dios ha sellado tu eterna condenación. Vete a la capilla, piensa despacio estas palabras y luego vete, hijito mío, al recreo, que el año que viene será otro año.

El niño le besó la mano al Padre, salió de su cuarto y se fué consolado y alegre a la capilla del Colegio, donde los buenos y tranquilos tiempos de devoción y de piedad retoñaron de nuevo, como reverdecen las

yemas de los árboles al morir el invierno y al sonreír de nuevo las primeras flores de Abril.

Postróse ante los pies de María Inmaculada, prometiéndole confesarse con el Padre García el sábado próximo, mudar de conducta interior, luchar contra aquel *mal hábito* que le dominaba, y en el exceso de su fervor llegó hasta renovar de palabra su doble juramento.

Antonio guardó al pronto aquellos propósitos como un tesoro en el relicario de su corazón, pero pensó realizarlos el sábado por la noche, cuando aún era jueves.

Aquella tarde pidió a su Padre inspector que no le pusiese en ternas de paseo con algunos de sus compañeros para no verse instigado a hablar de cosas malas.

Pero ya al volver de paseo Antonio sentía un dolor fuerte de cabeza con algún que otro escalofrío.

Avisó al Padre Prefecto, y subió a la enfermería. El buen enfermero, el Hermano Chevarri, vascongado de purísima cepa, dulce y seco como las castañas de sus bosques, notó en seguida la fiebre, que tal vez con las agitaciones de aquel día memorable se iban apoderando del cuerpo del colegial.

—¡Tú estás *calenturino*—le dijo después de tocarle la frente—. ¿Te duele la cabeza?

—Sí, Hermano, mucho.

—¿Y frío?

—Bastante.

—¡Ah, pequeño! ¡Dulces han hecho daño!

Y sin decir más palabras, salió del botiquín, arregló la cama del aposento de la enfermería que llevaba el número seis, y a poco volvió para decir al niño:

—Anda, pequeño, acuesta en número seis.

Antoñito entró en el cuarto indicado, mientras el

buen enfermero se quedaba en el botiquín para preparar una taza de té.

Antoñito se acostó en seguida, y esperó a que viniese el Hermano Chevarri, que no se hizo esperar mucho, con su sonrisa en los labios y con su tacita de té en la mano, que el niño se tomó después de un disco de quinina.

El Hermano Chevarri le cubrió muy bien con el embozo, le hizo sobre la frente la señal de la cruz con el dedo mojado en agua bendita, y apagó la luz diciendo al salir:

—No destapes, pequeño, que calentura quitarás su- dando en esta noche.

El ex prefecto de la Congregación quedóse acurrucado entre las mantas, y los remordimientos suscitados en su alma aquella mañana, o tal vez el miedo de verse solo y a obscuras, le trajo a su imaginación y a su memoria mil y mil recuerdos de pasados días.

Y ya no le era permitido bajar en adelante a la sala de visitas con la medalla de Prefecto; ya tendría que aguantar las riñas de doña Luisa en las cartas que le escribiera; ya en las clases... y luego ¡aquella intranquilidad de conciencia, aquellas ofensas contra Dios y contra la Virgen su Madre, que pesaban sobre su espíritu...! ¡Si muriese aquella noche! ¡Si aquella fiebre le acabase al fin la vida...! ¡Qué bueno era el Padre Martínez...! ¡Qué verdad era el que no pretendía más que su bien...! Y al fin y al cabo, ¿qué prestigio iba a perder descubriendo sus pecados a un Padre, con quien fulano y fulano se habían ya confesado después de las vacaciones?

El Angel de la Guarda, como en aquellos años felices volvía a traerle auras de gloria, pensamientos de

fe, pero no los traía como en aquellos tiempos, a manera de céfiros suaves y apacibles, sino en forma de tempestad y de revuelto y encontrado oleaje.

Antoñito fué poco a poco perdiendo de su imaginación estas ideas, el sueño cargó de pesadez sus párpados, y sólo allá entre sueños, sin darse cuenta exacta de lo que pasaba a su alrededor, oyó dos golpecitos suaves en la puerta, vió que la abrían y varios bultos asomaban a ella, y que volvieron a cerrarla con cautela sin entrar en la habitación.

Era el Padre Rector, el Padre espiritual y el Hermano enfermero que venían a verle; pero creyéndole ya dormido, tuvieron a bien no molestar su sueño.

Al día siguiente la fiebre había desaparecido, pero se le hizo quedar en cama al niño por precaución.

El sábado estaba ya levantado, jugando en el saloncito de los convalecientes.

La mala suerte de Antonio hizo que estuviera en él, reponiéndose de una indigestión de boquerones, uno de los amigotes más peligrosos en cuestión de moralidad que el ex prefecto tenía en todo el Colegio.

Resistió al principio la charla, terció después con miedo, luego con gusto, y aquel sábado por la noche se habían ya desvanecido todos sus escrúpulos, todos sus remordimientos.

El domingo, 4 de Diciembre, ya estaba como antes.

El 8 debía ser la proclamación de dignidades, y Antonio pensaba en ella desquitarse de la afrenta que los congregantes le habían inferido, quedándose con los entorchados de Príncipe del Colegio; porque, al fin y al cabo, en las clases brillaba, en su concepto, más que Luisito Peralta, y para la dignidad de Príncipe se mira la aplicación tal vez más que la conducta.

—Y si lo miramos bien—se decía encogiéndose de hombros—, ¿qué significa ser Prefecto de la Congregación? Ser más beato, ser más tonto. Pero ser el Príncipe del Colegio supone ser el más listo, el más aplicado, el de más talento. Váyase, pues, la prefectura de la Congregación al cuerno, con tal que siga yo con los flamantes entorchados en mi uniforme de gala.

Y Antonio hizo una pirueta en el aire.

¡Había resuelto la cuadratura del círculo!

IX

El salto mortal

La fiesta de la Inmaculada en los colegios de la Compañía de Jesús reviste siempre una solemnidad muy grande; pero aquel año, en que por razones especiales se había diferido hasta ella la solemne proclamación de dignidades, iba a resultar aún más simpática y alegre.

A las dos de la tarde, el espacioso comedor de los niños convertido en salón de actos, o por mejor decir, en un jardín de plantas tropicales, iba poco a poco llenándose con la gente que deseaba curiosear la función o presenciar el triunfo de sus hijos, que esperaban ver condecorados con el título de alguna dignidad.

Los niños, que inmediatamente después de la comida habían comenzado a recibir sus visitas, iban y venían por todas partes con el corazón cargado de emociones, de esperanzas y de incertidumbres. Los arriaditos a la cola y que nada esperaban de extraordinario, divertíanse en los patios de recreo jugando en corrillos y temiendo, más bien que esperando, la hora de la actuación, que iba a ser para ellos un padrón de ignominia.

Entre éstos no hay que decir que estaba nuestro Arpacho, con el severo uniforme del Colegio, que a fuerza de engordar su dueño en un mes, se le había quedado corto de piernas y estrecho de pretina.

Allí estaban jugando a su lado todos los amigos de su cuerda: esos pobrecitos que gastan inútilmente el dinero de sus padres, la paciencia de sus educadores, el barniz de los bancos de las clases y el satinado papel de los libros de texto.

Esta gentecita no deja de menudear desde que los adelantos modernos pedagógicos y los flamantes sistemas de educación se muestran inexorables con el antiguo régimen de la palmeta. Puesta en práctica la nueva máxima escolar de que "a mí no me toca ni mi padre", hasta darse el triste caso de un hijo que cita a los Tribunales a su padre porque le acaricia con la contera del bastón una vez que se presenta en casa a las doce de la noche, fácil cosa es de ver con qué prosopopeya estas *personitas intangibles* se ríen de los consejos y amenazas del profesor, se encogen de hombros al oír el *cuatro con tres puntos y una raya* que se les pone en los boletines semanales, se burlan de los partidos cartagineses y romanos que se forman en clase y hasta toman a broma aquello que antes les

amendrentaba tanto al oír al profesor que con aire severo les decía: "Descuide, que ya se lo diré a su papá".

Para los estudiantes a la *dernière*, la aplicación y el pundonor escolar son enfermedades que adelgazan demasiado y dan muy malos ratos; el aprender una lección de dos hojas es cosa que paraliza la digestión y hace repetir la comida; el tener un contrincante en la clase que les haga estudiar o pasar un bochorno, es pecado que va directamente contra la caridad evangélica, y por otra parte son tan humildes, tan devotos, que, sin otras aspiraciones para el porvenir, practican punto por punto el consejo del apóstol San Pablo: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus* (1), que lo traducen, no muy literalmente por cierto: Un alimento substancioso y que críe buenas enjundias, un trajecito a la moda, cinco pesetas en el bolsillo para pasar el día, y si puede ser también la noche, y

en tanto el mundo sin cesar navegue
por el piélago inmenso del vacío.

Por el contrario, en la sala de visitas, en los tránsitos, en los salones de estudio, sin poder divertirse, sin tener un momento de reposo, contando una y mil veces el número de puntos malos de las notas para poder conjeturar a qué dignidad se han hecho acreedores, pululan esos buenos estudiantes, esos héroes del deber, de entre los cuales, corriendo los años, han de salir los abogados de nota, los expertos ingenieros, las perlas que adornen después la frente de la patria española.

(1) Teniendo alimento y ropa con que cubrirnos, con eso estamos contentos.

Entre ellos, sin poderse mirar el uno al otro, a pesar de que se sientan frente a frente y casi en la misma silla, están los dos enemigos irreconciliables; Antonio al lado de doña Luisa, de su tío y de Soledad, y Luisito Peralta cerca de su anciana madre, que se mira y remira en la frente blanca de su hijo, como se pudiera mirar en el tersísimo cristal de un remanso.

Las dos familias, como amigas que son ya desde que las unió con los lazos del cariño el buen Padre Cosme, están juntas, esperando cada una el triunfo de su hijo, pues el honroso cargo de Príncipe del Colegio tiene que recaer necesariamente en uno de los dos, por ser los únicos que han llevado *unos limpios* desde los comienzos del curso escolar.

Luisito luce ya la vistosa medalla de Prefecto de la Congregación, que Antonio mira a veces con muestras exteriores de desdén y con reconcentrada envidia interior.

¡Ah! Si él lograba alzarse con el Principado, ¡cómo iba a burlarse de aquel cintajo!

A todo esto el toque de la campana anunció a los alumnos que debían volver a sus sitios de recreo para formar filas y dar comienzo a la función.

A poco, todas las divisiones del Colegio fueron entrando en correctas hileras y tomando asiento en la parte superior del extenso recinto.

Un gentío inmenso invadía los ángulos todos de la espaciosa pieza, y las tres autoridades, eclesiástica, civil y militar, ocuparon la presidencia.

El triunfo o la derrota de los dos contrincantes iba a ser de las solemnes, de las magistrales.

Todos los niños, desde sus escaños, paseaban su vista por la concurrencia para ver el sitio en donde

Freguñan Masado

sus padres se habían colocado y poder acercarse después a que les prendiesen del pecho las cintas y las insignias de la dignidad adquirida a costa de tantos desvelos y trabajos.

Las familias de Haro y de Peralta se sentaron casi en un extremo del salón.

El acto comenzó con una bonita academia, donde los alumnos de quinto año hicieron gala de su erudición en el ramo de matemáticas, concluída la cual el Padre Prefecto subió al escenario para proclamar ante la concurrencia los nombres de las nuevas dignidades del Colegio.

Una oleada de cabecitas negras y rubias comenzó a agitarse nerviosamente por la parte donde estaban los alumnos y una multitud de corazones maternos comenzó a latir con violencia por la parte en donde estaban los espectadores.

El Padre Prefecto leyó, por fin, en voz alta y pausada:

—Para mayor gloria de Dios y honor de la virtud y de la ciencia, se publican los nombres de los alumnos que se han hecho acreedores a las diversas dignidades en el Colegio por su comportamiento y su aplicación. Primera dignidad: Príncipe del Colegio...

Un murmullo sordo interrumpió aquí la voz del Padre Prefecto, saliendo de las minorías estudiantiles, que repetían en voz baja:

—¡Peralta! ¡Peralta!!

—¡Haro! ¡Haro!

El Padre continuó:

—Como dos alumnos han merecido igualmente por su conducta y aplicación tan honrosa dignidad, es pre-

ciso que la suerte decida entre ambos. Son los señores Antonio de Haro y Luis Peralta.

Nueva incertidumbre en el salón. Las miradas de todos los espectadores se clavaron en aquellos dos diminutos personajes, que al subir al tablado del escenario llevaban sobre sus frentes la aureola que dan el talento y la virtud, y que tan simpáticos y dignos de respeto hace a los que tales dotes poseen.

Los ojos todos de los que formaban las dos familias despedían entonces chispas de fuego. Los de Soledad no se sabe a cuál de los dos contrincantes se dirigían con preferencia.

Antonio y Luis subieron al proscenio, en donde el Padre Prefecto les esperaba con una bolsita de terciopelo rojo en la mano, y dentro de la bolsita unas cuantas bolas de la lotería.

Antonio fué el primero en sacar su suerte de la bolsa, y al sacar el número pensó en lo malo de su conciencia y se estremeció. ¡Cuánto hubiera dado entonces por tener contentos a Dios y a la Virgen!

—Número veinticuatro—proclamó el Prefecto en alta voz.

Luis miró a su madre, besó con fervor la medalla de Prefecto y sacó otra bolita.

—Número treinta y cinco—dijo el Padre Prefecto.—Queda, pues, nombrado como Príncipe del Colegio don Luis Peralta. Regulador, don Antonio de Haro.

Un aplauso unánime, un plebiscito universal de todo el Colegio acogió lo decidido por la suerte. Sólo Antonio de Haro reconcentró en una mirada toda la bilis que contra su enemigo guardaba en el pecho, se la lanzó a la cara, y se fué a su asiento sin bajar si-

quiera a que su madre le colocara en el pecho la medalla de regulador.

Aquella vergüenza, aquel sonrojo, tanto por lo público como por las circunstancias de haber sido despreciado por la suerte, fué para el niño mucho más doloroso, mucho más cáustico que el sufrido pocos días antes en el escrutinio de la Congregación.

Luisito, por el contrario, bajó hasta la concurrencia con la banda de seda blanca en la mano, atravesó el salón en medio de las salvas de aplausos que se le tributaban, y cayó en los brazos de su madre, que le estrechó contra su pecho, y cuyos besos, dados sobre la frente del niño, resonaban por encima de las aclamaciones con que los colegiales recibían a su nuevo y simpático Príncipe.

Doña Luisa se limpió una lágrima de pena que le corría por la cara, y trayendo a Luisito hacia sí, le dió un beso en la frente.

En cuanto a Soledad, no sabía ella misma si alegrarse o entristecerse con el cambio, pues si en su mano hubiera estado el elegir, hubiera tenido que dejarlo también en manos de la suerte.

Pero sin saber ella misma el por qué, notó como que se regocijaba con la decisión que acababan de dar la suerte, y al pasar por cerca de ella Luisito, alegre y satisfecho, le dijo tomando en sus manos la medalla de la cinta como para mirarla:

—Me alegre, Luisito; que sea enhorabuena.

Antonio sintió en su alma el rejonazo de aquella nueva banderilla de fuego, y ya no quiso ir a consolarse con el Padre espiritual, que era el que, a fuerza de ruegos y promesas, había conseguido que el Padre Rector pusiera en parangón a dos niños cuya conducta

comenzaba a ser tan distinta, como lo son las tinieblas y la luz, el ángel y el demonio.

Aquella humillación tan pública, tan ignominiosa en su concepto, en vez de volverle a Dios y ser causa de un sincero arrepentimiento, fué como la noche que hundió tras de sí el sol de la gloria de Antonio que ya comenzaba a derrumbarse, y que no volvió a brillar jamás.

Y si formó, tal vez, algún buen propósito aquella tarde de la distribución de premios, cuando al pasar por el tránsito le dijo una señora antigua de doña Luisa: "Antoñito, no te desalientes, a ver si en la proclamación que viene desbanca a Peralta", aquella llamareda se apagó muy pronto, cuando a pocos momentos se encontró por el mismo tránsito con su tío Eduardo, que viéndole llorar le dijo con su cinismo acostumbrado:

—¿Pero por qué lloras, matapalomas? ¿Te crees que has perdido algo? Ya verás qué cacería vamos a tener este verano cuando vuelvas del Colegio.

Esta salida de pie de banco era muy semejante a la que tuvo cierto padre de familia, que viniendo a visitar a su chico, salió el Prefecto del Colegio al saloncito y comenzó a contar la desaplicación y mala conducta del niño, que rompió a llorar de vergüenza delante de su papá. Este, por toda reprensión, le estrechó contra su pecho, le acarició bondadosamente la caraza de ángel de retablo churrigueresco, y le dijo estas textuales palabras:

—No llores, hijo mío, que ya tengo a la jaca engordando en el cortijo para cuando vayas a vacaciones.

Seguro que con esta amenaza paternal engordó más el bueno del estudiante que la misma jaquita del cortijo.

Ya, cuando Antonio no tenía esperanza de ninguna dignidad, comenzó a lanzar fuera de sí la careta de hipócrita. ¿Para qué la quería si de todos modos le esperaba su tío Eduardo para llevarle al monte?

Lo primero que perdió el destronado Príncipe fué el pudor de las conversaciones, atrayendo en recreo hacia su corrillo a los más buenos y a los más inocentes para pervertirlos; después hizo gala de faltar a la disciplina exterior en las filas, en las clases, en los estudios, y finalmente, porque esto suele ser lo último que pierden los niños que han sido un tiempo buenos y aplicados, pero también lo llegan a perder, fué la aplicación y pundonor en las clases.

El velo con que suelen los estudiantes cubrir su des aplicación es el persuadirse o hacer creer a los demás que alguno de los profesores le ha tomado entre ceja y ceja, que le tiene *tirria*, que no le puede ver. Desgraciado del niño si estas quejas encuentran eco en sus padres, como suele pasar con frecuencia, porque no necesita más para tenderse a la bartola.

Sueltan la especie de que el Padre *tal* me tiene rabia, que el Padre *cual* no se fija en lo que estudio, y arropados con esta manta duermen tranquilamente en el salón de estudios más que un lirón, o pintan más que un Murillo; no dan pie con bola en las lecciones de clase, mientras el profesor, a cuyos oídos ha llegado tan ridícula calumnia, se desvive por hacerle lucir, por ponerle mejores notas de las que en realidad merece, por echarse de encima, en una palabra, aquella odiosidad infundada.

El profesor que ha tomado entre ojos al bueno de Antoñito es el profesor de Física, hombre de cepa navarra y por eso mismo de carácter algo seco en el ex-

terior, pero dulce y cariñoso como ninguno en el fondo de su alma. El sitio de desfogar Antonio sus querellas y diatribas contra el Padre era la sala de visitas cuando llegaban a visitarle doña Luisa y sobre todo cuando venía D. Eduardo, pues en las cartas sabía muy bien Antonio que no pasarían tales enredos, sin más base que su imaginación y su perversa voluntad.

La tirantez de relaciones entre discípulo y maestro vino a empeorarse con un accidente imprevisto, que puso al mismo tiempo de manifiesto ante los ojos del Padre espiritual y de todos los profesores la corrupción a que había llegado aquella alma, rodando como estaba ya con velocidad creciente por el despeñadero del vicio.

Rezada en clase de Física la hermosa oración que comienza *Acciones nostras*, etc., para implorar al comienzo de las lecciones la gracia del Espíritu divino, los alumnos se sentaron en sus bancos con esa incertidumbre que se pinta en sus semblantes, con los cuales parece que están diciendo: "¡A ver a quién le toca hoy la chinita!"

Todos respiraron, por fin, a dos pulmones; todos menos el agraciado, a quien el profesor con voz bronca pero afable dirigió su vista y su reclamo.

—Señor Arpacho, diga usted la lección.

Arpacho apenas si se puede poner de pie, porque su abultado abdomen se incrusta en la banca de delante.

Al lado suyo, leyendo un libro de lo más obscuro que han escrito los sibaritas franceses, que nos forman nuestra añeja e inocente juventud española, dándole atracones de inmundas lecturas, estaba el exprecto y expíncipe del Colegio, entregándose a su sa-

bor a la lectura del novelucho, cuyas páginas había recortado y metido dentro del programa.

En vano Arpacho le da disimuladamente con el codo, diciéndole en voz baja:

—Tú, Haro, sóplame, sóplame la lección.

Haro no hace caso de su amigo porque tiene la atención ocupada en cosas más serias y atrayentes.

Y el profesor sigue preguntando con calma inexorable:

—Conque, señor Arpacho, explíquenos usted la teoría de los vasos comunicantes.

—Los vasos... los vasos comu... comu... Sóplame, Antonio.

Antonio le dice en voz baja algunas palabras, y sigue leyendo.

—Vamos, Antonio—le reprende con suavidad el Padre—, ya sabe que no me gustan los espíritus santos en la clase. Conque, Arpacho, salga a la mesa de experimentos. Ahí tiene usted cuatro vasos de distintas formas comunicando entre sí. ¿No es cierto?

—Sí, Padre—responde el muchacho, fiándose de la palabra del Padre, porque no ve nada con el azoramiento, que le embarga hasta el sentido de la vista.

—Bien. Supóngase que vierte usted agua en uno de ellos, ¿qué le pasará a los demás? Diga usted, ¿qué pasa?

—Pues, pasa... pasa... pasa...

—Higos... higos... higos...—le dice Antonio remediándole en voz alta.

El profesor se sonríe de la gracia con una sonrisa forzada, porque quiere tener la fiesta en paz, y prosigue sus preguntas.

—Conque, dígame: ¿Qué pasará? ¿No le sucederá a todos lo mismo?

—Sí, señor—contesta el Malacatón viendo ya expedida la respuesta—. Sí, señor, si se rompe uno se rompen los demás.

—¿Y eso por la ley de los vasos comunicantes, no es verdad? Siéntese.

—A ver, Anonio, diga usted la teoría.

Antonio se levantó de pronto asustado, pero con tan mala suerte, que los papeles de la novela rodaron todos por el suelo.

Y el Padre, que había ya observado las maquinaciones del niño por ocultarlas, se acercó con viveza y tomó del suelo varias de las hojas antes de que Antonio las pudiese recoger.

Viendo que las páginas tenían cromos obscenos, se las guardó en el bolsillo para llevarlas al Padre Rector, pero no quiso dejar pasar la falta sin el inmediato castigo; así que con tono severo le dijo:

—Antonio, póngase de rodillas en aquel rincón, y ya hablaremos después de la clase.

El niño obedeció al punto y sin replicar una palabra, porque la conciencia le decía que aquel castigo era justísimo, y comprendiendo además las consecuencias que el lance pudiera tener si llegaba a oídos de doña Luisa, terminó por echar a llorar amargamente.

Viendo el Padre que el niño lloraba, sin saber si de rabia o de arrepentimiento, le mandó a poco volver a su asiento; pero al salir de clase su recta conciencia le impelió a dirigirse hacia el cuarto del Padre Rector para contarle lo ocurrido.

El Padre Rector, que en cuestión de honestidad no transigía ni un ápice, determinó escribir aquella mis-

ma tarde a doña Luisa y decirle que podía venir cuanto antes por su inocente Antoñito, porque ninguna falta hacía en el Colegio; pero los ruegos e indicaciones del mismo profesor de Física le detuvieron en su resolución, reservándose, sin embargo, la idea de poner en el boletín de las notas una bastante fuerte y que hiciese consonancia con la falta cometida.

En efecto, a la semana siguiente leía doña Luisa en las notas de conducta de clase un *tres*, número que le indicaba que su Antonio se había portado en aquella clase no más que *regular*; pero sanción por otra parte que privaba al niño de la dignidad de Regulador del Colegio y le suspendía en el honroso título de congregante de la Virgen Santísima.

Doña Luisa, como es natural, al leer la nota en su casa y ver que era precisamente en la clase de Física, en la del profesor que tanta ojeriza tenía a su Antonio, se alarmó hasta padecer el consabido ataque de nervios, reservado para los grandes acontecimientos, lamentando *a priori* la injusticia cometida con su hijo, con un niño tan bueno, tan respetuoso, tan modoso, incapaz de cometer una falta a que correspondiese la degradante calificación de *regular*.

Como por aquel entonces estaba delicada de salud y temía que el encuentro con aquel profesor tan tirano y sanguinario empeorase su sistema nervioso, sobrecitado a la sazón, encargó a su prudente hermano don Eduardo que arreglase tan delicado asunto con el mismo Padre Rector en persona, que era muy amigo suyo y del niño, y le avisase de su parte que, si no sacaba al momento del Colegio al profesor de Física, llevándolo a la cárcel, o por lo menos a otro Colegio, ella estaba dispuesta a sacar al niño y trasladar las matri-

culas al instituto de Sevilla, donde a la sazón estaba de catedrático un muy amigo de su difunto esposo don Antonio, marqués de Haro y grande de España de primera clase.

Don Eduardo se *personó*, como hay que decir ahora, en el Colegio para protestar de aquella infracción de la justicia legal, en nombre de su hermana la viuda marquesa consorte, y también en nombre propio.

Preguntó por el Rector, a quien ni siquiera conocía de vista, porque el único amigo Jesuíta que en el Colegio trataba desde la famosa entrevista de la calle de las Serpes, era al Padre Gómez, el inspector de su sobrino, y por eso al primer personaje que vió entrar en el salón le espetó la pregunta para dar comienzo con ella a su batería.

—Mi reverendo Padre, ¿es usted el señor director del establecimiento?

—Servidor de usted—respondió el preguntado, que en realidad lo era.

Don Eduardo, a una ligera indicación del Padre, se arrellanó en una butaca, y el Rector sentóse en una silla enfrente de él.

—Mi Padre reverendo—comenzó don Eduardo con tono meloso y algo burlón—. Siento mucho el tenerle que distraer de sus muchas y perentorias ocupaciones, pero me veo obligado a ello a causa de un incidente grave ocurrido entre mi sobrino Antonio de Haro y un reverendo Padre del establecimiento.

—Sí, señor. Ya tengo noticia de ello, y por cierto que me alegro al verle a usted por aquí para explicarle lo ocurrido, pues supongo que doña Luisa estará harto intranquila.

—Mucho, mi Padre Rector, muchísimo. La conducta

brutal de ese reverendo Padre profesor de Física la tiene tan preocupada, que me ha dado órdenes que me lleve al chico si no se le da una satisfacción.

—Bien, que haga lo que quiera; pero yo desearía que antes oyese usted la falta cometida por el niño, y usted, con su recto criterio y sano juicio, podrá poner las cosas en su punto. Sepa que hace ya algunos meses que venimos soportando en secreto las faltas de Antofito por no dar un disgusto a su pobre madre.

—¡Bah!—respondió don Eduardo, poniendo una piedad sobre otra y echándose hacia atrás en el respaldo de la butaca—; Cosas de niños!

—¡Eh! ¡Poco a poco, caballero! Es que hay cosas de niños que no podemos nosotros soportar en nuestros Colegios. Y el encontrar a un colegial leyendo una novela pornográfica, según el artículo veintitrés del Reglamento, que supongo habrá usted hojeado antes de traer a su sobrino, es un caso de expulsión.

—¡Escrúpulos de Jesuitas, mi Padre reverendísimo! Los niños deben saber de todo un poco.

—Distingo, don Eduardo. De todo lo bueno, concedo; de todo indistintamente, lo niego.

—¡Bien! Esos distingos y concedos escolásticos honran mucho a los sabios y agudos hijos de Loyola; pero vamos al grano: ¿No comprende, mi Padre Rector, que el poner de rodillas a un niño es una humillación tan grosera y contraproducente que está ya eliminada de todos los sistemas educacionistas?

—Al menos, de nuestro sistema aún no la hemos eliminado, señor mío.

—Porque ustedes siguen todavía las añejas tradiciones de los dómines de palmeta. Pero ahora en ningún centro docente montado a la moderna se emplea más

medios que el honor por el honor, y a lo más una templada y suave admonición.

—Sí, señor, ya lo sabemos muy bien nosotros, y así salen los educados en ese sistema. Pero, mire, don Eduardo, ese honor en sí mismo y ese buscar el deber por el deber, tratándose de niños pequeños, y aun de muchas personas mayores, es música celestial, y si quiere mejor expresado, es un idioma desconocido para ellos, que hay que enseñárselo como se enseñan los otros idiomas, no ciertamente haciendo que el niño se enamore del idioma por el idioma, pues nunca lo aprenderá, sino castigando su holgazanería cuando no se sabe la lección.

—Más se saca con un dedal de miel, que con un cuartillo de hiel, dice San Agustín, el gran educador de la antigüedad.

—Admito el axioma, que no es de San Agustín, sino de San Francisco de Sales; pero ¿y si la suave admonición no basta, como no ha bastado con su sobrino? Entonces...

—¡Ah, entonces!...

—Entonces habrá que proceder a la expulsión.

—Prefiero ese medio a la humillante postura en que ustedes le han tenido.

—Convenido, mi señor don Eduardo. Esa es casualmente mi última resolución: o el niño se somete al rancio sistema de los dómines, que aquí seguimos, o le dice usted a doña Luisa que le envíe por escrito su permiso y se lleva al chico adonde usen con él el honor por el honor y las suaves y cariñosas admoniciones que a usted tanto le encantan.

Esta salida del Padre reverendísimo desconcertó a don Eduardo, que no se esperaba tanto.

En seguida mudó de tono y de rumbo.

—Pero, Padre—exclamó con lacrimoso acento— ¿cómo ha podido caer tan pronto del pedestal de gloria a que ustedes mismos lo habían encumbrado?

—Es cierto—contestó el Rector con tono cada vez más severo e intencionado—, es cierto que nosotros, cuando él se lo mereció, lo encumbramos sobre ese pedestal que el mismo Antoñito se había formado con su aplicación y su conducta; pero los que le han hecho descender de ese pedestal no hemos sido nosotros, sino el villano que durante estas vacaciones le haya hecho perder, junto con el pudor, que tanto le hermozeaba, la ver güenza y el pundonor escolar, ese honor por el honor que no necesita de castigos y que tanto agrada a mi señor don Eduardo.

El buen hombre comenzó a revolverse en la butaca como si el Padre reverendo hubiera esparcido sobre el asiento un montón de punzantes ortigas, pero tuvo buen cuidado de no chistar ni una palabra.

Viendo, pues, que don Eduardo no contestaba, prosiguió el Padre:

—Créame, ese pobre niño ha tropezado por su mala suerte en estas vacaciones con algún mal amigo que le ha robado el pudor; pero... ¡ay del ladrón de ese pudor! ¡Ay del asesino de esa inocencia! ¡Porque si es verdad que a hierro muere el que a hierro mata, también es cierto que existe pena del talión para estos otros asesinatos morales que se llevan a cabo en el interior de las conciencias!

Estas palabras acabaron de desconcertar al buen Eduardo, porque eran el grito interior de su espíritu, aunque el Padre Rector estaba tan ajeno de decirlas por

él ni de figurarse que estaba hablando con el mismo asesino de aquella muerta inocencia.

¿Tendrían algo de proféticas aquellas palabras?

Es el caso que el caballero concluyó por darle la razón al Padre Rector y prometerle que él mismo se encargaría de avisar a su hermana de la conducta de Antoñito, y besándole la mano al Padre y haciendo al salir un sin fin de corcobos y de zalemas, salió del Colegio del Palo.

* * *

Y Antonio, al concluir el curso era ya una criba. Gracias al prestigio que conservaba de los años anteriores, pudo salir a flote en los exámenes de cuarto año; pero ya era tanto el mal olor que despedía su alma, en estado de putrefacción moral; fué tanto el fango, que, sin poderlo él ocultar, subía a la superficie desde el fondo de la charca, que no hubo de tomarse D. Eduardo el trabajo de persuadir a su hermana el que no lo mandase de nuevo al Colegio, pues el mismo Padre Rector le aconsejó a la señora que trasladase las matrículas de su hijo al Instituto de Sevilla y les dejase en paz a los añejos educadores que siguen el régimen antiguo de los dómynes de palmeta.

Por eso al siguiente año se trasladó la familia toda a la ciudad del Bétis, en donde emprendieron cada uno su tarea: la madre, la de cuidar de su salud quebrantada; Antonio, la de concluir el último año del bachillerato que le restaba, y Soledad, que no volvió a Cádiz con las Esclavas, la de cuidar de su tía, a quien cada vez amaba con más cariño y con más amor.

Doña Luisa no dejaba de estar algo satisfecha con el cambio de plantel, porque así tenía cerca de sí a su Antoñito y lejos de Antoñito a aquel tirano profesor de Física, y porque así podía darle una educación más a la moderna y más social, sin que le quitase el sueño el temor de que algún día le robasen los Jesuítas su tesoro, su único tesoro, que era el corazón de su Antoñito.





SEGUNDA PARTE

CONSECUENCIAS

X

Hacia el fondo de la charca.

Y llevaba Antofinito seis meses de curso en el Instituto...

Era ya la una de la noche, y el niño aún no había vuelto a casa.

Doña Luisa, sentada en la salita de recibo y a la luz de una lamparilla eléctrica, que a través de su pantalla de seda verde claro derramaba un resplandor mortecino sobre los riquísimos y caprichosos muebles de la sala, leía en su *Año Cristiano*, dejando caer con frecuencia la cabeza sobre el libro, rendida completamente por el sueño.

A su lado Soledad, distraía también el tiempo bordando una docena de pañuelos con las iniciales de María de Belén, su antigua profesora, a quien los quería regalar para el día de su santo.

En una de las veces que la dama hundió la cabeza en

el libro por centésima vez, despertó con la impresión del golpe, y mirando despavorida a todas partes volvió sus ojos hacia Soledad, preguntándole sin saber siquiera lo que le preguntaba:

—Oye, Soledad, ¿pero no ha venido Antoñito todavía?

—No, tita Luisa, aún no ha venido—respondió la niña en voz baja y sin levantar los ojos de la costura.

—¿Pero qué le habrá pasado a mi hijito?

—No esté intranquila; le habrán convidado al teatro.

—¡Pero si ya le he dicho varias veces que no vaya al teatro! ¡Si me han asegurado que es muy mala la compañía que hay ahora!

—Sí, pero...—Y Soledad se quedó con el *pero*, sin atreverse a continuar.

—¡Ese hijo me va a matar a disgustos!

El *pero* interrumpido salió, por fin, de los labios de la sobrina.

—¡Pero si yo creo que usted no le riñe con suficiente energía!

—¿Y cómo quieres tú que yo le riña? ¡Ya lo estás viendo! Si le aconsejo, me vuelve las espaldas. Si le riño con aspereza, me insulta. ¡No me hace caso! ¡Se ríe de su madre!... ¡Ah! ¡Qué desgraciada voy a ser si mi hijo no se corrige!

Y la pobre madre escondió su rostro entre los pliegues de un pañuelito blanco con cenefas negras.

Soledad, con la prudencia que pueden dar trece años bien dirigidos por las Esclavas de Cádiz, y sobre todo por la adversidad, que es la maestra por excelencia, comprendía muy bien la causa de todo lo que ocurría en aquella casa, que no era otra cosa sino la debilidad de la madre con su hijo; pero también comprendió que

no era aquella la hora de hacérselo notar, y así limitóse a consolarla.

—Tita, ¡si Antonio no es malo! Lo único que tiene es que se junta con malos amigos y lo van a pervertir. ¿Por qué no le obliga a que deje la compañía de ese toterito que estudia con él en el Instituto?

—¿Y crees que no se lo he dicho ya por activa y por pasiva?

—¿Y por qué no le castiga cuando le ve con él? ¡Si viera usted lo que yo sufro cuando le veo siempre con ese chulo tan repugnante y tan corrompido!...

Hubo un momento de calma. Soledad continuó, pero en voz muy baja, como si hablase consigo misma y no con su tía.

—¡Si yo creo que usted no debió de haberlo sacado del colegio!

—Yo tampoco quería sacarlo de allí; ¡pero mi hermano se empeñó tanto!... Y ¡ya ves! ¡Antonio lloraba de aquel modo!... ¡Y me amenazaba con portarse mal para que le tuvieran que echar!... En fin, que no hubo más remedio que ceder antes de que hiciera algún disparate.

—¡No, tita Luisa, no! Al fin se hubiese conformado, y yo creo que este año, con la experiencia del anterior, se hubiera portado bien.

—¡No lo creas! ¡Tiene un genio tan fuerte, tan voluntarioso!...

—¡Pero es que antes no era así! ¿Qué le habrá pasado en cuestión de un año?

—¡Yo no sé qué mala hierba pisaría en el colegio al comenzar el curso... y... aquel Padre de Física que la tomó coh él... y luego, aquellas injusticias de quitarle la dignidad!...

—No. Ya vió que no fué sino la mala suerte que tuvo.

—¡Es que no debieron de haberlo puesto siquiera en comparación de Luisito Peralta!...

Al resonar este nombre en la reducida estancia, la gasa verde de la pantalla tuvo que volver en defensa del rubor que cubrió de pronto con viva escarlata el rostro de la inocente niña.

En eso se oyeron las voces de Antonio que se despedía de alguien en la puerta de la calle.

Soledad corrió hacia el zaguán, y a poco apareció Antonio en la salita con los ojos bajos y el remordimiento en la conciencia.

Doña Luisa se armó entonces de materna severidad.

—¿Qué esto, señorito?—le dijo con mal afectado disgusto.— ¿Son estas horas de volver a casa?

—Mamá, perdóname—contestó Antonio, también con mal afectadas muestras de sumisión.—¡Un compromiso!... ¡Me invitaron tanto a ir al teatro!...

—¿Y no le he dicho ya a usted que no quiero que vaya al teatro?

—Pues entonces, mamá, dime cómo he de divertirme.

—Es que hay muchos modos de divertirse sin andar de teatros hasta la una de la madrugada.

—Sí, yendo a las novenas y a las misas...

—¡Bueno, bueno! Como venga otra vez a estas horas se queda sin cenar.

Y la madre recalcó bien el castigo, que maldita la impresión que hizo en el niño.

—Soledad—prosiguió la enfadada madre—, ven conmigo, porque creo que la cena estará ya fría.

Los tres se encaminaron hacia la cocina sin que nadie los acompañara, porque la servidumbre de la casa,

por orden de la dama, se había acostado ya hacía mucho tiempo, tal vez porque la madre no quería que fuese testigo de los desórdenes del hijo.

Delante iba Soledad con una vela en la mano; detrás de todos el niño, con la cabecita baja comprendiendo que no eran aquellas horas de cenar, y en medio de los dos caminaba, medio dormida, doña Luisa, refunfuñando entre dientes:

—Vaya con estos niños de hoy, que no sirven más que para freirle la sangre a las madres y para desconcertar toda la casa! ¡Pues lo que es como vengas otra vez a estas horas!...

Y, gruñendo, gruñendo, la buena madre tendió ella misma el mantel sobre uno de los picos de la mesa de la cocina, mientras Soledad ponía sobre el mantel un platito de sopa y freía un trozo de carne.

El niño no tenía entonces apetito, pero no quiso decir a su madre que allí venía muy bien lo del refrán que “no es malo dejar de comer por haber comido”.

—¡Anda, Antoñito!—decía doña Luisa, partiendo ella misma la carne en menudos pedazos para que así engañase mejor el apetito.—¡Vaya con el niño! ¡Venir a casa a la una y media de la noche!... ¡Tenernos sin dormir a todos!... ¡Toma, toma, hijo mío, esta tacita de té, que la comida estaba fría y te puede hacer daño!

El niño casi sin cenar, sin agradecer aquellas filigranas del amor materno, que a veces redimen y a veces pierden a los hijos, se acostó cerca de las dos de la mañana, y a poco rato toda la casa estaba envuelta en el más profundo silencio.

Aquel amigote de Antonio de Haro, que tanta repugnancia causaba a Soledad, era un flamenco del barrio de la Carne, que estudiaba con él quinto año del bachillerato en el Instituto, y a quien muy poco había de servir el título de bachiller para llegar después a banderillero de algún diestro o vendedor de especias detrás del mostrador de alguna tienda. Bien que él tampoco se tomaba mucho interés en granjearse tan honroso título, porque los cuatro años que llevaba ya aprobados significaban siete de estudios, por no decir de pura holgazanería.

Federico, que así se llamaba, era el trueno gordo del Instituto, el que iniciaba las rabonas en corporación para protestar de todo lo que les picaba a los estudiantes, y Antonio, mitad por miedo y mitad por admiración, seguía los pasos del chulo con temor reverencial, cumpliendo sus más descabelladas órdenes hasta el último ápice.

Federico, que sabía muy bien hasta dónde podía exprimir el cariño de un marqués rico, rumboso y sin experiencia, vivía del bolsillo de Antonio como perpetuo gorrón, semejante a esos parásitos que engordan regaladamente merced a la sangre de sus víctimas.

Todo esto, que lo barruntaba Soledad, era la causa del asco que la niña le tenía, asco tan reconcentrado, que por ella y sólo por ella no se abría la casa de los Haros al matachín del Instituto, que después de darse tono codeándose con un marqués por las calles de Sevilla, le acompañaba hasta la puerta de la casa, sin entrar jamás del dintel hacia adentro. Y el prohibírsele la entrada en aquellas lujosas habitaciones, no era porque temiese Soledad el que manchase las alfombras con su pobreza, que gente más pobre que Federico las hollaba sin mancharlas, sino porque temía que manchase el ambiente de pie-

dad que allí se respiraba con alguna blasfemia, que el mal olor de las palabras deshonestas se pegan también a las paredes de las casas.

Y los temores de la niña, al pensar que aquel flamencote hiciese el día menos pensado con Antonio alguna de las suyas, vinieron a cumplirse desgraciadamente pocos días después de la cena a deshora que tuvo ella misma que servir a su primo.

Este, viendo que todas las consecuencias de sus aventuras y trasnoches reducíanse a palabras algo fuertes de doña Luisa, lloriqueando entre tanto que ¡aquel hijo iba a acabar con su vida! comenzó a menudearlas de tal modo, que ni la madre ni la prima se apuraron en lo sucesivo al verle trasnochhar. Era aquel el vuelo primero del pájaro.

Una de estas noches de teatro costaron a Antofñito tanto sueño por la mañana, que al llegar al Instituto daban la señal para la clase de Agricultura.

Federico, que toda la mañana le había estado esperando con objeto de proponerle la rabona, tuvo que resignarse a entrar en clase, mal de su grado, y al concluir ésta, le faltó tiempo para acercarse a su compinche y decirle, echándole amigablemente la mano por el cuello:

—¡Ola, gachó! ¡Cómo *te* se han pegado las sábanas al cuerpo! Te he estado esperando más que la mar.

—¡Chico! ¡Si tenía un sueño! ¡Me ha tenido que despertar mi mamá echándome agua en la cara!

—Pues yo te esperaba para proponerte un asunto en que vamos a ganar más perrillas que el tío de la lista.

—Vamos a ver. Expícate.

—Pues allá va tela *pa* una falda de percal. ¿Te acuer-

das de aquel pinturero, que te enseñó a clavar banderillas en la Venta de Heritaña?

—¿Cual? ¿*El Chirle*?

—¡Elá chipé! El mismo. Pues esta mañanita me encontré con él que estaba a la vera de la buñolería de mi madrina, y me convidó a tomar la mañana. Y después de bebernos unas cañitas, me habló de un proyecto, para el cual contamos los dos contigo, porque dice que le has caído en gracia. ¿Te enteras?

—Explicáte mejor, Federico. ¿De qué se trata?

—¡Casi nada! De dar el domingo una novillada en Castilleja de la Cuesta.

—Y yo... pero yo...

—Tú, hombre, tú, y no te me ajindames; que te entra enseguida más canguelo que a un gallego con dinero en el bolsillo. Se trata solamente de que vayas como mi banderillero de confianza.

—Sí, pero es que...

—Déjate de peros y de manzanas. *Te se dará...* la tercera parte de lo que ganemos. Conque choca esas manos, y trato hecho.

—Pero... ¿y si se enterára mi mamá?

—¡Ya salió en danza la mamá! ¿Le quieres gastar el nombre? ¿Tienes más que decirle que te has ido a Córdoba con tu tío?

—No, chico, no me atrevo.

—¡Lo que tú temes es que un bicho te salude a lo *Costillares*! Déjalo, gachó que corná más u menos no retrasa la alternativa.

—No, Federico, si no es miedo, es...

—¡Claro! ¡Es prudencia! Pero no te apures, que ya le diré al albéitar de mi calle que vaya con nosotros para un porsiacaso.

—En fin, ya lo pensaré.

—¡Bobo! Eso no hay que pensarlo. Vente ahora conmigo y hablaremos con el *Chirle*, que nos está esperando.

A todo esto habían salido del Instituto, habían atravesado insensiblemente la Alameda de Hércules y estaban ya enfrente de una casuca de malísima catadura en aquel callejón sucio y a medio empedrar que desemboca acerca de la puerta llamada de la Barqueta.

De aquel cuchitril que tenía delante salió *el Chirle* en persona para remachar el clavo, y que por lo visto los esperaba ya.

—¡Salud y perras, mister *Chirle*!—le dijo Federico con franqueza.

—¡Ele!—se limitó a responder el complaciente novillero, alargando la mano derecha a los recién llegados, mientras ocultaba la izquierda en el bolsillo vertical de su cortísima chupa de terciopelo.

Aquel hombre, guapo, bien formado, con unos ojos negros que vertían al mirar como rayos de ferocidad burlona y despreciativa, con una ancha cicatriz en la mejilla izquierda, residuo de una pendencia, infundía en el ánimo del marquesito cierta amalgama de afectos encontrados, cuya resultante era miedo y admiración.

—Aquí tienes al mocito—le dijo Federico señalando al marqués, que comenzaba a sentir sabe Dios si el miedo o la prudencia de que su amigo le hablaba antes.

—¿Este?—respondió *el Chirle* con aire de protección, dando una palmadita en el hombro de Antonio.—Este es el barbián más templao que van a echarse a la cara el domingo los bichillos de Miura.

Antonio se puso con la flor como una esponja, y el ladino novillero continuó:

—Ahora mismo vamos a firmar el compromiso. Entren conmigo, y mucho cuidao con la puertecita, porque no está hecha para que entren por ella gente de rumbo.

Entraron los tres agachando la cabeza en una especie de rancho indígena, en donde no había más que una mesa desvencijada y coja, y sobre la mesa una botella de Manzanilla y tres vasos alrededor de la botella. Lo demás de ajuar lo formaban un catre tan desvencijado como la mesa y muchos cromos de toreros y de bailarinas, pegados en las paredes con miga de pan.

—¿Está todo listo, maestro?—dijo Federico atacando la cuestión de lleno.

—¡Ele!—contestó intencionadamente su amigo con su acostumbrada muletilla.—Pero antes vaya un refresco del superior.

Y *el Chirle* sirvió con su propia mano tres vasos de Manzanilla capaz de subirse a la cabeza, no diremos al ya mareado Antoñito, sino al mismo muñeco en que remata la torre de la Giralda de Sevilla.

Después vino otra y otra cañita, hasta que la alegría retozaba por aquel cuchitril más que una bolera por las casillas de la feria.

—Conque—repuso entonces el novillero—el compromiso se firma aquí, sin más testigos que Dios y esta prima mía.

Sacó entonces una navaja de medio metro y la puso sobre la mesa.

Antonio comenzó a ver que lo que sentía no era la prudencia, sino la segunda parte del dilema; pero se guardó muy bien de manifestarlo.

El Chirle comenzó en seguida a repartir los papeles de la fiesta.

—Los dos espadas somos yo y el *Federiquín*. Aquí este buen mozo—dijo señalando a Antonio—, será tu *al látere*, y el tripero de la plaza mi segundo. ¿Estamos conformes? ¡Ele! Ahora vamos a los prejuicios y gastos; esos corren por cuenta de los tres. ¿Estamos?

—¡Corriente!—dijeron a coro los interpelados.

—Lo que ganemos—siguió con aire de conquista el matador—para los tres; peseta pa mí, peseta pa ti, peseta pa él.

—Pero... ¿y si perdemos?—se aventuró a decir tímidamente Antonio.

—¡Entonces!!... ¡Mal rayo que le parta a su señoría y a todos los miuras! El que pueda de los tres que lo pague. Iremos pagando *por rata*...

—¡Convenido! ¡Convenido!—gritaron a una voz los dos con tanta más viveza cuánto más viva fué la mirada que *el Chirle* echó sobre el marquesito para amedrentarle.

—¿Sí? Pues entonces valor en las asauras, y a Castilleja.

Con esto se separaron los tres, y Antonio volvió a su casa pesaroso del mal paso que su amigo le había obligado a dar.

¡Le había obligado! Porque ¿cómo le iba a decir que no a aquel beduino que a primeras de cambio ponía la navaja sobre la mesa?

Por la noche apenas pudo dormir pensando que tenía un miura debajo de la cama, y así pasó en aquella zozobra hasta el domingo, en que se levantó muy temprano, y después de haber saludado a su madre, que aún estaba acostada, salió a la calle, como para oír misa, pero resuelto a llevar a cabo su primera aventura tau-

rina y echar sus cuentas para el porvenir una vez visto el éxito de aquella tentativa.

Soledad notó al punto que el rostro de su primo estaba lívido, tembloroso, que por allí pasaba algo, pero ni se lo quiso decir a él por no recibir una respuesta grosera, ni quiso decirselo a su tía por no aumentar las penas que llevaba en su alma, con una infundada sospecha.

* * *

En vano le esperaron aquella mañana la madre y la prima para almorzar. En vano le esperaron después aquella noche la prima y la madre con la cena calentita y rezando el rosario.

Eran ya las nueve de la noche, y el niño, a pesar de las diligencias hechas por la policía, no daba señales de volver.

La noche aquella fué de luto y de llanto para las dos almas. Ni doña Luisa ni Soledad pudieron pegar los ojos.

La menor desgracia que se figuraban era que el niño estuviese secuestrado por alguna de aquellas partidas de merodeadores que, con el nombre de *La Mano negra*, hacían presa por aquel entonces entre los niños de las familias ricas y acomodadas. Cuando Soledad se cansó de dar razones que pudieran consolar a su tía, y viendo que a todas contestaba moviendo la cabeza negativamente, optó por callarse y rezar a la Virgen del Carmen pidiéndole que supliera ella con razones del cielo y con hablas del alma lo que con sus ino-



centes palabras no podía conseguir en el espíritu amargado y triste de su tía.

Y así se pasó la noche, una de las más largas y de las más recordadas por Soledad durante toda su vida, y así rodaron las horas sobre aquellos dos espíritus, que sólo meditaban pensamientos de sangre, pensamientos de muerte respecto al paradero de Antoñito.

Las tibias alboradas de la mañana vinieron a penetrar por los visillos de las ventanas que daban al recibidor, y aquellas alboradas de color de fuego se fueron poniendo insensiblemente amarillas de pena al contemplar a las dos almas y a los dos cuerpos en la misma actitud, en la misma amargura en que las dejara la tarde antes el crepúsculo vespertino al despedirse entre gasas y celajes allá en el opuesto horizonte, y en que les dejó la noche al huir medrosa delante de los primeros resplandores que venía vertiendo la aurora sobre la ciudad de Sevilla.

Y pasó la mañana, y Antonio no parecía.

Soledad estaba sentada junto al cierre del balcón a eso de la caída de la tarde bordando con premura el décimo pañuelo de los doce que debían estar acabados para el siguiente día.

Su cuerpo estaba extenuado por el insomnio de la noche anterior y por el ayuno del presente, en que no había probado bocado, como suele decirse; su cara, muy descolorida, y de cuando en cuando dos gruesas lágrimas salían de sus ojos, rodaban silenciosas y pausadas por sus mejillas y caían graves y severas sobre el bastidor de la costura.

Doña Luisa, por el contrario, iba y venía de la puerta de la calle al saloncito de visitas, que estaba en el piso principal, de éste a la cocina, para ver si estaba

aún calentita la comida con que pensaba restaurar las fuerzas del hijo pródigo cuando volviese, y de la cocina tornaba a la cancela del patio de entrada para preguntarle al portero si habían traído alguna noticia.

Eran las cuatro de la tarde, y al bajar la centésima vez la dama a la portería para hacer al portero la consabida pregunta y para oír por vez centésima la misma respuesta, pasó un golfo por delante mismo de la puerta pregonando con toda la fuerza de sus pulmones:

—*El Loro Taurino*, con la novillada de ayer en Castilla de la Cuesta. Trae la muerte del *Federiquín*, con la cogida del *Harito*. ¡*El Loro Taurino!* ¡*El Loro!!!*!

La misma idea cruzó como un siniestro relámpago por las mentes de tía y de sobrina.

Soledad se lanzó al cierre, abrió los cristales y llamó al golfillo, pero antes que ella abriese los cristales del cierre, ya doña Luisa había abierto la cancela de la puerta y comprado un número de la revista, y cuando Soledad bajaba de dos en dos los escalones para llegar a la puerta de la calle, doña Luisa los venía subiendo de dos en dos, para llegar cuanto antes al sitio donde estaba Soledad.

Ambas se encontraron en la escalera. Doña Luisa pasaba sin cesar los ojos por las líneas del periódico sin ver una letra, porque una nube de sangre los cubría por completo; por eso la niña le arrebató el papel de las manos, lo recorrió de un vistazo y lanzó un grito.

—¡El mismo, tita, el mismo! ¡Antonio! ¡Herido! ¡En el hospital!... ¡Corra, corramos, vamos las dos a verle enseguida!

Doña Luisa no dijo una palabra. Subió el tramo de escaleras que le separaba de la sala de visitas, se dirigió al oratorio, y al entrar en él, a las plantas mismas

de la Virgen, cayó sin sentido rodando por las alfombras.

Soledad, que había subido corriendo tras ella, tuvo tiempo solamente para aminorar el golpe y arrastrarla hacia un sofá. Después quiso la pobre niña gritar pidiendo socorro, pero su misma refinada prudencia le dijo que no lo hiciera, porque sería enterar al vecindario de la deshonra de la casa.

Dejó a su tita en el sofá, bajó hasta la cocina y llamó a la servidumbre de la casa, que subió a prestar sus servicios a aquella pobre madre que se sentía agobiada con un peso horrible sobre el alma, no tanto por saber que su hijo estaba herido, como por la vergüenza, por la ignominia que acababa de caer sobre la ilustre familia de los Haro.

—¡Déjame, déjame!—gritaba la ilustre marquesa, queriendo desasirse de los brazos que la sujetaban—. ¡Déjame que vaya al hospital! ¡Que quiero verle, que quiero acabar de una vez con ese hijo malvado que no hace otra cosa que deshorrar a su madre y a su apellido!

—Vamos, tita, serénese—le decía Soledad llorando a lágrima viva—. ¡Serénese, por Dios! ¡Si el periódico dice que no ha sido nada!

—¡Nada! ¡Nada! ¿Te parece que no es nada el que el hijo de los marqueses de Haro haya servido de mofa y de chacota a un pueblo entero? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo me voy a presentar en adelante en la sociedad con esta deshonra tan grande sobre mi frente?

Y doña Luisa, instintivamente, o tal vez no tan por instinto, se acordó de cuando le daba vergüenza de que su hijo no supiese bailar ni alternar con la gente de

mundo, y se acordó de que para que lo aprendiera precisamente lo había sacado del Colegio.

—¿Y quién se ha de enterar de eso?—le decían a coro las criadas—¿No ve que en una ciudad tan grande que apenas si sabe cada cual lo que sucede en su habitación?

—¡No! ¡No! ¡Esto es un castigo!—gemía doña Luisa, retorciendo entre sus manos un pañolito blanco con cenefas negras.—¡Esto es un castigo a mi locura! ¡Yo lo comprendo, Dios mío! ¡Yo no quise verle Jesuíta y tú haces ahora que lo tenga que ver torero!

Esta salida, capaz de excitar la hilaridad y la risa, era en aquellos momentos y en aquellos labios una salida sublime, porque, como ya sabemos muy bien, de lo sublime a lo ridículo no va más que un paso.

Mas era preciso serenarse a todo trance, so pena de que no se le permitiese ver a su hijo; y como le era preciso ver a su hijo, hizo un esfuerzo supremo, sosegó aquel mar de su espíritu, agitado por la debilidad, la pena y la vergüenza, y cuando llegó a la puerta el coche de punto que Soledad había pedido, porque en el propio de la marquesa no convenía que la viesan entrar en el hospital para visitar a un torero, subieron las dos, cerraron la portezuela y a todo galopar de los famélicos jamelgos rodó el simón hasta el limpio y aseado hospital que las Madres de San Vicente de Paúl sostienen allá por el barrio de San Bernardo.

Fué como providencial el encuentro que tuvieron las dos en la puerta misma del edificio.

El Padre Superior de la residencia de los Jesuítas salía en aquel momento, y al reconocer a doña Luisa se detuvo en la portería esperando a que la dama bajase del coche.

—No hay que apurarse, señora—le dijo al verla tan agitada.—Ya está todo arreglado.

—¡Ese hijo mío!—gritaba coléricamente la madre—. ¡Ese hijo mío que quiere quitarme la vida!

El Padre Superior sonrió algún tanto, medio compasiva, medio sarcásticamente, y procuró apaciguar los nervios agitados de la señora.

—Mire—le dijo—, en medio de todo ha sido una providencia de Dios, que sabe sacar bienes de los mismos males y escribir derecho con líneas torcidas. Antoñito acaba de confesarse y ha quedado muy tranquilo.

—¿Tan grave está?—replicó doña Luisa poniendo los ojos en blanco.

—No, señora, no tiene más que un rasguño en el pecho, pero por algo le ha derribado Dios en la cama. Créame, que esto no es más que un avisito del cielo que si él y usted, mi señora doña Luisa, saben aprovechar, será la salvación de su hijo.

—¡Ya le reprenderé yo como sé hacerlo cuando quiero!

—¡No, señora! La reprensión en esta circunstancia sería contraproducente; pero si quiere reprenderle, guarde esas palabras para cuando esté sano, y verá qué bien le sientan y con qué gusto las oye.

Entraron los tres en el amplio salón de cirugía, y allí, teniendo al lado derecho a un jornalero, a quien le iban a amputar el brazo, y al izquierdo a un viejecito del asilo, aparecía la cabeza rubia de Antonio, entre dos almohadas, pobres, sí, pero limpias y blancas como azahar.

El niño, al ver entrar a su madre, se cubrió instintivamente la cabeza con el embozo de la sábana y rompió a llorar de un modo angustioso.

Doña Luisa, olvidando las bravatas y las frases de encono que traía preparadas, y acordándose sólo de que era madre, y de que su hijo estaba herido, se arrojó sobre el lecho y apretó contra su cara la del novel torerito, gritando entre besos y sollozos:

—¡Hijito de mi alma, en qué sitio te ven los ojos de tu madre!

Así pasaron los primeros transportes de pena, en que cruzaron muy pocas pero muy sentidas frases, y la madre, que en todo se fijaba, paseó la vista por todos los que en las camas vecinas hacían compañía y corte a su hijo, y aquellas fisonomías le parecieron muy más flacas y amarillas de lo que lo eran en realidad.

Luego se fijó en el cartel que a la cabecera de la cama estaba fijo con una tachuelita, y que servía de indicación a los médicos, y al verlo cerró los ojos como si hubiese visto una imagen deshonesta o medrosa.

El cartel decía así:

Nombre.....	Antonio de Haro.
Edad.....	14 años.
Profesión.....	Torero.
Departamento..	Cirugía.
(Herida leve en el costado derecho.)	

Allí estuvieron largo rato doña Luisa y su sobrina, oyendo de labios de Antonio la triste historia de sus primeras experiencias tauromáquicas, que tan caras costaron a los dos aficionados; porque su amigote, el chulo del barrio de la Carne, había pagado con la vida esta aventura, dejando un pulmón entre los cuernos del toro. *El Chirle* estaba en la cárcel, por haberse presentado en la plaza de Toros sin permiso de la auto-

ridad competente, aunque el tiempo lo permitía, y Antonio estaba en calidad de preso en aquel hospital, razón por la cual le fué imposible a doña Luisa trasladarlo a su casa.

Sin embargo, a fuerza de influencias y de agarrarse a buenas aldabas pudo conseguir que, después de curado, quedase en libertad, pagando una crecida suma como multa y como indemnización, toda vez que Antonio había salido garante en caso de pérdidas, pues *el Federiquín* ya no estaba para pagar, y *el Chirle* se declaraba insolvente por todos cuatro costados.

Cara le había salido, pues, a la señora doña Luisa la afición de su hijo; pero daba por bien pagado aquel diluvio de pesetas si en él ahogaba los malos hábitos que con tanta fuerza y vigor surgían como olas de revuelto mar en el alma de Antonio desde que, por confesión de la madre, no tenía vocación a la Compañía de Jesús.

XI

Desde el fondo.

Habían pasado ya cinco años desde el lance de Castilleja de la Cuesta, y en cinco años ¡da la tierra tantas vueltas!

Algunas modificaciones se han introducido en la escena.

Dofia Luisa habitaba solita en una quinta de recreo que se había comprado a la entrada misma del pueblo llamado Alcalá de Guadaira o de los Panaderos.

Esta resolución, tomada por consejo de su Padre espiritual, tenía por blanco el separarse de su hijo para que no la matase a puras desazones.

Aquella madre, que le había negado a Dios su hijo único, y que se lo había negado por no verse privada de él, esperando que fuese el báculo de su ancianidad, llevaba por castigo el no gozar de ese apoyo, el no verle feliz y honrado y el no poderse siquiera desprender de aquel verdugo, que amargaba con su conducta licenciosa los últimos años de su vida.

Soledad tampoco la acompañaba ya, y era también por causa de Antonio, pues mirando ella a su pudor, y viendo que su primo hacía tan frecuentes visitas a su madre, que era cada y cuando necesitaba dinero para fomentar sus vicios, había tomado la determinación de dejar la compañía de su tita y vivir en la de otra parienta suya y de acrisolada piedad.

Soledad era ya una joven formada por completo, pero formada en el ambiente severo y grave con que impregnan a las almas una pureza angelical y unos sufrimientos continuos.

Antonio era, por el contrario, el tipo acabado de un joven corrompido, de esos que no escasean en la moderna sociedad.

Después de mucho entrar en diversos empleos, que la madre procuraba con sus recomendaciones para salir en seguida por un desfalco o por algún disgusto con sus jefes, pudo al cabo asentar algo su reputación y meter la cabeza en un destinillo de oficial de una de las secundarias oficinas de la Audiencia, con treinta duros

mensuales y los gajes que un hombre sin conciencia pueda proporcionarse untando las manos en todos los negocios que se pusiesen a tiro.

Su tipo elegante y bien formado, su carácter doblegable y meloso y el apellido ilustre de su familia le habían abierto las puertas de la sociedad, que no mira lo interior de las almas al franquear sus salones por vez primera, sino que se fija solamente en exterioridades de etiquetas, en vanas apreciaciones sociales.

Aunque ninguno de los siete pecados capitales podía quejarse de que Antonio le echase en olvido, tres eran los vicios que se habían señoreado de su alma y entronizado en ella.

Eran el vino, la carne y el juego; pero este último era el mimadito, el que se llevaba de calle a los demás.

Cómo había venido a parar al fondo de la charca, es cosa que se deja caer de su peso, visto el resbaladero tan pendiente en que se puso al dejar el Colegio de los Jesuítas para entrar de rondón en el Instituto, en donde no había podido aprobar ni una siquiera de las asignaturas de quinto año, y por ende tenido que renunciar al grado de bachiller.

Después de aquella aventura de Castilleja de la Cuesta, el niño mudó de vida por completo. Su mamá consiguió que Antonio cobrara amor y confianza a la residencia de los Jesuítas.

Entró en la Congregación de Luises, que el Hermano Julio guiaba por entonces con tanto tino y acierto, que si hay alguien digno de eterna memoria en Sevilla por los servicios prestados a su simpática juventud, es sin duda uno de los más acreedores a ella ese simpático Hermano, que, dejando la carrera del sacerdocio, despreciando los talentos sobresalientes de que Dios

le había dotado, se entregó por completo en el humilde estado de Hermano coadjutor a guiar las almas de los jóvenes por el camino del deber y de la gloria.

El Hermano Julio procuró, en unión de doña Luisa, apartarle de los malos amigos, atraerle a la iglesia del Sagrado Corazón, ya valiéndose del billar que poseía la Congregación, ya con suaves y acertadas conversaciones.

Antonio llegó a cobrarle cariño a su Director, porque ¿quién no le veneraba y le quería? Cerca de un año estuvo caminando por el buen sendero, con gozo inmenso para su alma y más tal vez para la de doña Luisa, que no sabía cómo agradecer bastantemente aquella solicitud de padre con que el Hermano Julio cuidaba de su hijito.

Es más. Aunque la vocación, en frase gráfica del Padre Superior de la Residencia de los Jesuítas, no se puede mudar como se muda la camisa cuando se quiere, sin embargo, Dios parece que no había privado por completo de aquella joya tan rica a Antoñito, y más de una vez, cuando tenía algunas de sus confidenciales pláticas con el santo Hermano director, llegaba a sentir una extraña impresión de júbilo al oír de sus labios todas las distribuciones del noviciado, las penitencias y candececes de los novicios, o le refería los triunfos obtenidos por los Jesuítas en las misiones de América y Oceanía.

Entonces el corazón del joven se llenaba de una santa envidia, recordaba los sueños de su niñez, cuando se figuraba entre infieles y emplumados indiecitos, regenerando sus almas con el agua del bautismo, y casi siempre la conversación terminaba con impresión profunda en el semblante del expríncipe, y más de una vez con lágrimas en sus ojos.

Sin embargo, ni él se aventuraba a decirle nada de su vocación al hermano Julio, ni éste, llevado de su exquisita y refinada prudencia, quería llegar hasta esos extremos, echando sólo el cebo para que el pajarito, si Dios lo quería así, picase en él y quedase cautivo en el amor a Jesucristo.

¡Qué cautiverio tan dulce y tan distinto del que corriendo los años tuvo, hubiera sido aquel a que el divino Corazón de Jesús le convidaba!

Pero ¡qué le hemos de hacer! A don Eduardo no le parecía bien el que su sobrinito anduviese por aquel camino, del cual no esperaba sacar las pingües utilidades que había soñado obtener explotando los vicios de Antonio con utilidad propia.

Conocía palmo a palmo aquel corazón voluble y propenso a mudar a todo viento, como mudan de rumbo las veletas de los tejados, y como por otra parte comprendía muy bien que su sobrino, con la experiencia de los pocos años, estaría en guardia contra cualquier ataque venido directamente de su tío, valiéndose de los amigos, que siempre andaban como abejas chupando la miel inagotable de la riquísima plata que producían los bolsillos de Antonio, a quien su madre en esa parte no ponía coto.

La labor de D. Eduardo fué lenta, pero segura. A fuerza de hacer que Antonio frecuentase sitios que necesariamente le habían de atraer después las reprensiones del director de la Congregación, fué consiguiendo que le cobrara cierto miedo, que fué degenerando en antipatía a pesar de las muestras de confianza del Hermano, y que se gozara en darle esquinzos por las calles, huyendo de su vista como huye el criminal de la sombra misma de un tricornio.

Luego se fué insinuando más directamente, para que secundara los vicios que sin el dinero de Antonio le era difícil o casi imposible sostener.

La primera vez que le llevó a un infame garito que existía allá arriba en la buhardilla que formaban las bambalinas del café cantante *El Centro*, por supuesto a escondidas del Hermano Julio y de su madre, Antonio llevaba en los bolsillos cinco duros.

Como nunca había visto hasta entonces una ruleta, su dulce Mentor fué dirigiendo las jugadas, que el niño seguía con infantil avidez y con los ojos cargados de diversos afectos; ora veía subir, ora bajar su capitalito, que poco a poco, se iba amontonando al alcance de sus manos.

Su tío, que había avisado de antemano al que llevaba la banca, dirigió tan de mano maestra a su nuevo discípulo, fué tan risueña con él la suerte aquella noche, que al salir del garito, bastante temprano para no llamar la atención de su madre, el afortunado principiante contaba con crispados dedos, entre plata y papel, una, dos, tres mil pesetas.

Caro les resultó tal vez el cebo a aquellos pescadores; pero no se equivocaban al juzgar que cada peseta perdida les traería con el tiempo y paciencia varios centenares de compañeras.

Ya desde entonces, la paga de su oficina se quedaba allí; los gajes de sus negociaciones y chanchullos se quedaban allí; los sablazos que de cuando en cuando lograba dar a su madre, o a sus ricos parientes, allí se quedaban también. Y lo que allí no se quedaba, lo que podía escapar del abismo sin fondo de la ruleta... no diré que corriese peor suerte; pero al fin y al cabo... hay tantos abismos para tragar el dinero de un vicioso!

Todo esto le había sucedido a Antonio en el transcurso de cinco años.

Cuando después de haber pasado como en un cinematógrafo toda esta evolución en adelanto y retroceso, vuelve otra vez a aparecer en escena con detalles y pormenores, se deja ver en una mañana de invierno sentado en un banco de los jardines de Eslava, entregado a profundas meditaciones.

Aunque el invierno no es en Sevilla tan frígido, sin embargo, ya exige más ropa de la que lleva encima Antofito, y aunque un simple empleado de la Audiencia no es ningún millonario, bien merece mejor vestido, que por varias partes va pregonando su ancianidad.

Las hojas de los árboles van cayendo a sus pies, y conforme van cayendo, las va taladrando con la contera de su fino bastón de junco, mientras los ojos de su alma, que son los que rigen el hombre, ni ven hojas ni ven bastón, ni ven más que abrumadoras y densísimas nieblas.

Su madre le ha dejado a la luna de Valencia por orden expresa del tirano Padre Rector de la Residencia, y se ha ido a vivir a Alcalá de los Panaderos. Él apenas si se llama Pedro en Sevilla, y aunque alterna con lo mejorcito de la ciudad, ya no sabe dónde dirigir la hoja toledana de su sable, porque todos sus amigos están acribillados de heridas y se ponen en guardia en cuanto lo divisan a un kilómetro de distancia. Los *ingleses* le acosan por todas partes, y tiene que huir de ellos como huyen de él las víctimas de sus sablazos. Su paga de dos meses adelantados está ya asegurada de incendios con un recibo firmado en el cuchitril de *El Centro*.

La patrona de la casa de huéspedes donde vive, en la calle de San Eloy, le ha prohibido terminantemente que

se siente a la mesa redonda ni a la cuadrada mientras no pague los tres meses de pupilaje que debe, y que no piensa pagar, gracias a Dios, y sólo le permite, como por limosna, el que pueda pasar la noche en el cuartito de la casa de huéspedes que tenía cuando pagaba las mensualidades.

Y visto todo esto y pensando bien todo esto, ¿qué hacer? ¿Qué resolución hay que tomar en estas circunstancias? Lo primero, desayunar.

El fresquete de la mañana despierta el apetito, y el apetito despierto, junto con el fresquete de la mañana, piden algo caliente que baje al estómago y suba después desde el estómago a la cabeza para poder pensar en tan crítica situación.

Iba ya a levantarse para hacer algo, cuando he aquí que al levantar la cabeza, primera operación mecánica para después levantar todo el resto del cuerpo, tropezaron sus ojos con los de un joven que pasaba por delante del banco que él pensaba abandonar, y a quien pudo reconocer al momento.

Aquel joven pálido, elegante, que pasaba tan cerca de él, era su antiguo competidor de dignidades en el Colegio del Palo, era Luisito Peralta en carne y hueso.

En otras circunstancias no sabemos lo que Antofito hubiese hecho, visto el antagonismo que entre los dos había; pero en las circunstancias presentes bien puede adivinarse lo que hizo.

—¡Luisito de mi vida, tú por aquí!—le dijo de golpe, y se arrojó al cuello de su amigo con cariño delirante, emocionado, hambriento.

—¡Hola, Antonio!—gritó a su vez Luisito lleno de alegría y correspondiendo sin hiel ni rencor a los saludos de su antiguo camarada de Colegio.

—¡Pero hombre, Peralta, que alegrón me ha dado el verte por acá! ¿Qué es de tu vida? Tendrás ya tu carrera, tu...

—No, Antonio, no tanto. Me faltan unos años todavía para acabar el doctorado en Medicina. Y tú, ¿qué carrera has seguido? La de ingeniero, ¿verdad?

Este y tú lo dijo mirando a su amigo de arriba a abajo y fijándose en su ridículo pelambre.

—¡Psch! Ya lo ves; dejado por mi madre y a las propias iniciativas de mi talento, apenas si he podido obtener el título de Bachiller.

Este apenas quería decir: "Ni aun tengo el título de Bachiller, porque se había atascado el carro en los exámenes de quinto."

Luis conoció enseguida la situación de su amigo, porque para comprenderla no se necesitaba más que mirarle a la cara, y comprendió que lo primero que necesitaba era una limosna.

Por eso, como quien no quiere la cosa, le echó el brazo al cuello y lo atrajo hacia afuera del paseo, diciéndole cariñosamente:

—Conque, Antoñito, me vas a acompañar a tomar café, que tenemos que hablar mucho.

El estómago de Antonio, al sentir, por no decir oír, tratándose de estómagos, tan caritativa invitación, latió con melancólicas y dulces señales de agradecimiento. ¡Por aquella mañana tenía ya asegurado el desayuno!

Por el camino fueron cambiando impresiones de Colegio, y de una en otra impresión, en que Antonio se esforzaba por encumbrar el talento de su amigo y la superioridad de méritos sobre su propia persona, llegaron hasta el Casino Mercantil de la calle de las Sier-

pes, a tiempo que entraban también en el punto crítico y delicado de la conversación.

Tan delicado, que Luisito había estado buscando a su amigo Antonio para ventilar este asunto por espacio de varios días, y por eso tuvo aquel alegrón al encontrarlo, como si le esperase en Eslava, y no tomando café, sino esperando tomarlo.

¿Y cuál era este asunto tan delicado?

Mucho debía serlo, pues a poco hablaban los dos con reserva, sentados delante de una mesa de mármol; mientras se acercaba un mozo de lo más remilgado, con su blanco mandil sobre el cuerpo, su blanco pañito sobre el hombro y su blanca ilusión de propina sobre el corazón, diciendo con tono meloso y almibarado:

—¿Qué van a tomar?

—A mí me traes café solo—. Y volviéndose hacia su amigo—: Oye, Antonio, ¿y Soledad, vive todavía con doña Luisa?—dijo Luis con aire distraído.

—¡Ca! Ya no vive con ella. Mira, mozo, sírveme bastante leche, que el café me excita los nervios. Soledad vive aquí en Sevilla con una doña Dolores, a quien tú no conoces.

—¡Ah! ¿Con que vive en Sevilla?... Hombre, ya se me olvidaba. Toma un cigarro, que a mí tampoco me gusta el café sin humo... Ya, ya caigo en la cuenta. Debe ser una joven que entraba ayer en la iglesia con una señora bastante gorda.

—Sería ella, porque siempre está en la iglesia. Trae candela, Luisito, y haz los favores redondos, porque a mí se me han quedado las cerillas en la otra chaqueta. Ella sería, sin duda, porque está de lo más hipócrita que puedes figurarte.

—Mira, no llares hipocresía a la piedad. La piedad es siempre un ornato.

—En las mujeres está bien. Hasta gusta un poco.

—Y en los hombres, lo mismo. ¿Por qué no, Antonio? Créeme; lo que más agradezco a los Jesuítas, no es tanto la ciencia que me han enseñado, como la piedad que han infundido en mi corazón.

—Pues yo—contestó con aplomo Antonio, engulléndose de golpe medio panecillo—, lo único que tengo que agradecer a los Jesuítas es mi ruina. Si no me hubiesen metido en la cabeza esos escrúpulos, que me impiden desarrollar mis energías vitales, aquí donde me ves, sería ya, por lo menos, presidente de la Audiencia; pero ¿qué quieres? En cuanto me lanzo por los senderos de la despreocupación, me lleno de espinitas, de escrupulillos y... ¡hombre al agua!

—Y a eso llamas tu ruina? Mejor quiero yo morir, me de hambre y poder llevar la frente erguida, que ser presidente de la Audiencia y tener que callarme cuando me llamen ladrón.

—¡Ah! Pues lo que es en eso de llevar erguida la frente...

—Pues mira, si eso es verdad, todo se lo debes a los Jesuítas. Y si la suerte te ha sido adversa, descuida, Haro, que tuya es mi fortuna.

Antoñito se hubiera arrojado a los pies de su amigo para besárselos por tan generoso ofrecimiento, que pensaba explotar bien pronto; pero dejó tan humilde resolución porque Luisito, reanudando el tema abandonado, que era para él de capital importancia, siguió con voz algo cortada:

—¿Conque Soledad vive en Sevilla? ¡Cuánto me alegro, Antonio!

—Pues yo no. Porque lo que es para mí, es lo mismo que si no viviera.

—¿Por qué? ¿Es que no la visitas con frecuencia?

—Te diré. Con mucha frecuencia, no. Sólo le hago una visita cuando tengo que pedirle... pedirle... vamos pedirle algún documento de familia.

—Y debe vivir muy cerca de la plaza de la Gavidia, ¿verdad?

—Todo lo contrario. Vive en la calle de Génova.

—¡Ah! Entonces andaba algo equivocado. Tal vez sea una casa que hay... así... cerca de la plaza de San Francisco.

—¡Canastos!—gritó Antonio, soltando la carcajada.—No te andes por las ramas. Dime que quieres saber donde vive, y acabaremos de una vez. Mira, apúntalo en la cartera. Calle de Génova, 22, principal.

Luis había acabado por ponerse encarnado como un pimiento. ¡Era todavía tan inocentón! Tenía aún el agua del bautismo en la frente, la sal de los catecúmenos en los labios y los escrúpulos y candideces de los Jesuítas en el corazón. Es decir, que Luis a los veinte años era tan simple, pero también tan feliz, como lo fué Antoñito a los doce.

—Ea, hablemos con franqueza—le dijo mudando de tono Antoñito, a quien convenía de todos modos seguirle la cuerda a su inesperado y rico amigo de la infancia.—Dime, ¿le piensas escribir alguna carta?

—Quiero hablarte con entera franqueza por la amistad que siempre tuve contigo. Sí, le voy a escribir. Yo no sé qué atracción misteriosa me arrastra hacia ella, que he hecho venir a mi madre desde Andújar a vivir a Sevilla sólo por encontrar y hablar a Soledad.

—¡Caramba con estos poetas, y qué cosas tienen más extravagantes!... Pero, chico, haces bien, porque no debe ser mal partido. Ya debe tener buena dote.

—Anoche me enteré que, entre fincas y acciones del Banco, ya podrá poseer de ochenta a noventa mil duros.

Antonio dió un respingo al oír de golpe y porrazo noventa mil duros en una sola frase; pero el muy ladino no se dió por *respingado*, y contestó a su amigo con el tono más natural del mundo:

—Ya lo supongo; pero tú tendrás más que ella.

—Poco más o menos, lo mismo. Pero créeme, no es eso lo que me atrae en Soledad. El mayor tesoro que yo encuentro en ella no es su dote, aunque sea tan grande, ni su hermosura, que es mayor que su dote, sino su virtud y honestidad, de las cuales he oído tantas alabanzas a todos los que la tratan.

—¿Pero ella sabe que tú existes en el mundo?

—Creo que sí. Porque anteayer la ví en la iglesia de los Jesuítas, y ella me parece que debió reconocerme; pero como estábamos en el templo no quise llamarle la atención. Yo creo que se acordará todavía de aquel verano en que jugábamos contigo en el cortijo.

—Pues nada, Luisito, pecho al agua, que si te da unas calabazas gordas, te servirán para nadar este verano en la playa de Sanlúcar.

—Pero tú temes que...

—¿Que te dé unas calabazas? Claro. ¡No ves que es un bocado exquisito y las moscas acuden a la miel!

—Sin embargo, yo cuento con una buena recomendación para ella.

—¿Algún Jesuíta? Entonces dalo todo por hecho.

—No. Casualmente al que hablé ayer me dijo que no debía meterse él en asuntos de esa clase, y que lo úni-

co que haría, si ella le pidiese consejo, era decirle que no le parezco mal partido.

—¿Pues qué demonio te ha de recomendar?

—Mi misma mamá, que pertenece al coro del Apostolado, cuya directora es Soledad.

—Chico, es la mejor recomendación. Esos coros son coros celestiales.

En esto habían llegado a la puerta del hotel Madrid, que está en la plaza de la Magdalena, donde Luisito se hospedaba junto con su madre.

Luis se detuvo a la puerta.

—¿Con que vives aquí?

—Aquí estoy con mamá, a quien no dejo nunca, porque la pobre anda siempre delicada y procuro distraerla lo más que puedo. Si algo se te ocurre, ya sabes que me tienes a tus órdenes. Ya hablaremos más sobre el asunto. ¿Te parece bien?

—Ya lo creo. Y he de ayudarte mucho, porque Soledad se deja guiar por todo lo que yo le diga.

—Bueno, pues hasta la tarde, en que iré a buscarte a tu casa. ¿Dónde vives?

—No; yo vendré a buscarte a la fonda.

—Como quieras. Hasta la tarde.

Luis dió la mano a su amigo; éste se la estrechó entre las suyas, y se quedó un rato indeciso, como si quisiera decirle alguna cosa que por otra parte no se atrevía.

Después, con ese aire de despreocupado que la costumbre de pedir había formado ya en él como una segunda naturaleza, esgrimió el sable y se tiró a fondo.

—Mira, Luisito—le dijo con tono de jalea de membrillo, que era el que usaba en tales situaciones.—Si no tuviese tanta confianza en mi antiguo Príncipe, no te

diría nada y preferiría devorar en silencio mi situación y mi amargura, pero te quiero como hermano y... ¿Pero a que tanto preámbulo con otro yo? ¡Si me quisieses prestar una peseta!

—¡Pues claro que sí! ¿A qué tanto preámbulo con un amigo—exclamó el buen Luisito, que desde que comenzó a hablar su *otro yo* había echado mano al bolsillo del chaleco.

—Mira, no tengo suelto, pero toma este billete de veinticinco pesetas. ¿Tendrás bastante?

Antonio besó el billete y casi instintivamente le fué a besar la mano a su bienhechor.

Pero Luisito le impidió tantas muestras de agradecimiento alargándole la mano como para despedirse.

—Descuida—le dijo con voz emocionadísima Antonio.—Descuida, que cuando cobre la paga del mes...

—Déjalo. ¿Quién piensa en menudencias? Hasta la tarde.

—Adios, bienhechor de los desvalidos. Hasta la tarde.

Y Antonio se retiró de la compañía de su amigo con aire de triunfo, repitiendo por lo bajo las palabras de Luisito. “¿Quién piensa en menudencias?”

El *respingo* que se le había quedado al oír de un golpe los ochenta mil duros de su prima salió espontáneo y risueño cuando al atravesar la plaza de la Magdalena y tomar en seguida la calle de San Eloy, iba diciéndose para su capote, con cada ojo que abría como la pasarela de la feria:

—¡Canastos, ochenta mil duros y una mujer de *bú-ten!* ¿Sabe usted que es cosa para pensarlo mejor que hasta aquí?

Así llegó a la modesta casa de huéspedes, cuya pa-

trona podía decir del pupilaje lo que Luisito de las veinticinco pesetas. “¿Quién piensa en menudencias?...”

Antonio entró en la casa con aire de conquistador, dió al pasar por el patio un puntapié al gatito de la dueña de la casa, que le temía como a un turbión de verano, y se metió en su cuarto, cerró la puerta, se tendió en la cama cuan largo era, y cruzando los brazos por detrás de la nuca, se entregó a serias y profundas meditaciones.

—Verdaderamente—se volvía a decir, relamiéndose de gusto cada vez que miraba el billetito que había colocado sobre la mesa de noche—; ¡qué buena ganga sería este negocio para mí! ¡Ochenta mil, noventa mil duros y una esposa que es una santa! ¡Esta sí que sería para Antonio una *buena prima*! Por supuesto, yo la he de dejar ir a Misa cada vez que ella quiera, y hasta algunas veces tendré que ir yo con ella para que no se queje de mi falta de piedad... Es preciso, Antoñito, que mudes de conducta, que vuelvas a aquellos idilios en que andabas con tu prima buscando flores y cantando misas con tu casulla azul... Y al fin y al cabo, ¿cuándo fuí más feliz que entonces?... ¡Oh témpora, oh mores! ¡Oh tiempo de los moros! ¡Cuánto hacen variar los años y las experiencias de la vida!...

Por más que ahí tengo a Luisito Peralta, que está lo mismo que entonces, y que no se pondrá la casulla azul celeste porque le quedaría demasiado corta... Y estos hombres tan simples tienen dinero y rebosan felicidad por los poros de su cuerpo, y yo, que busco una peseta hasta debajo de los adoquines de las calles, tengo que contentarme con bostezar a cada pendolazo del reloj... Vamos a ver, ¿y no será éste un castigo de Dios? No tendría nada de particular... Pues para un *porsiacaso*,

vamos a probar fortuna, ¿no te parece? Esta misma tarde tengo que hacerle una visita a Soledad, y he de pedirle el librito de los siete domingos a San José, para ver si... me da también siete pesetas, que con las del *primo* Luis ya tengo para la ruleta de esta noche.

—¡Doña Perpetua! ¡Doña Perpetua!—gritó poniéndose de pie y tomando una resolución.

A poco entraba una señora como de unos cuarenta años, gordísima como una cuba, o como volvían los bolsillos de los que iban a Cuba de gobernadores cuando era colonia española.

—¿Qué se ofrece? Me va usted a gastar el nombre con tanto llamarme. Mientras menos pagan, son ustedes más exigentes.

—Venga usted acá, mi dulce madre—dijo Antonio, tomando en su mano el billetito para que su dulce madre lo viera.—Voy a pedirle un favor.

—Diga usted, don Antonio—le contestó la buena señora, bajando el diapasón al ver el billetito.

—Doña Perpetua, usted es mi madre, mi tía, mi abuela materna, mi todo.

—Vamos, déjese de bromas, que ya sabe lo sería que me he vuelto desde que murió mi difunto.

—A eso iba yo, a hablarle de su difunto. ¿No era de mi misma estatura?

—Un poquito más alto, era un buen mozo en toda la extensión de la palabra. Creo que en la milicia siempre fué cabo gastador. ¡Pobre Rosendo!

—Bueno, mire, ¿no le han quedado de él como recuerdo unos pantalones que me pudiera prestar por esta tarde?

—Pero... don Antonio, ¿usted está loco, o se quiere burlar de mi Rosendo?

—¡Qué me voy yo a burlar de un cabo gastador! Es que quiero hacer una visita de etiqueta y... ya ve, estos pantalones se me están riendo con una risa tan, tan... deshonesta, que, vamos, aunque me queden un poquito largos, no le importe; porque iré a boca de noche, y a esa hora todos los gatos son pardos.

—Sí, pero es que... los únicos que me han quedado por vender son los de uniforme.

—Con esos puede usted quedarse como un recuerdo de su gastador.

—Le podíamos quitar los vivos que tiene...

—¿Y de qué color se quedarían los muertos?

—¡Claro que son pantalones colorados!

—¡Pantalones colorados para una visita de etiqueta! Déjeme usted, doña Perpetua, que estoy componiendo un idilio y se me va a escapar la inspiración.

Doña Perpetua salió del aposento y Antonio se puso a pasear.

De pronto se quedó un poco parado, y al fin tomó su resolución; se sentó delante de la mesita de noche, se rascó la cabeza como para llamar a la inspiración y soltó una enorme carcajada, gritando alegremente:

—En buena te has metido, Antoñito. ¡Menudas son las calabazas de Rota, pero al lado de la que vas a sembrar ahora!... ¡Psch! Y al fin y al cabo, ¿qué pierdo con escribirle? ¡Ea! ¡Animo, Antoñito! ¡Aquí de tu sobresaliente en Retórica y Poética!

Y Antonio tomó la pluma y empezó a escribir.

Todas las musas del Parnaso, y todas las flechas de Cupido, y todos los amores de merengue salieron a relucir bailando en aquella carta al compás de las car-

cajadas que de cuando en cuando se le escapaban de sus labios.

Los propósitos de ser un santo, de mudar de vida por completo, de unirse a su madre para no separarse jamás de ella, junto con el cariño y la pasión que hacia Soledad sentía desde muchísimo tiempo antes, eran los únicos honestísimos móviles que le impulsaban a tomar la pluma y a molestarla después de tanto tiempo de llorar en silencio su amor y su desventura.

Firmó la carta, cerró el sobre y él mismo se acercó al buzón de la calle de Las Sierpes, diciendo al dejarla caer por la negra boca de aquel león o perro, guardador de tanto secreto:

—Como me diga que sí, me ha tocado el premio gordo de la lotería.

XII

Desde el mismo sitio.

Las dos cartas estaban sobre el tocador.

La de Luis había excitado en su espíritu el sentimiento de su amor; la de Antonio había excitado en su espíritu el sentimiento de la compasión.

La carta de Luis, de haber venido ella sola, hubiera sido para Soledad un gozo; al lado de la de Antonio era un martirio.

Si aquel amor de su primo era el principio de su felicidad, de su vida cristiana, como él decía, ¡qué medio más hermoso para mostrarle a D.^a Luisa el agradecimiento por tantos desvelos de madre usados con ella!

—Y yo, yo puedo ser la que le haga volver al buen camino, el lazo de unión que junte por fin a la madre desgraciada con el hijo pródigo. Mas por otra parte, ¡si este hombre une su suerte a la mía y me hace tan infeliz como a su madre!

Con todas estas incertidumbres Soledad se fué al confesonario aquella misma mañanita, y pidió consejos a su prudente confesor, el cual, mostrando que lo era, la dejó la misma incertidumbre, diciéndola tan sólo estos vagos retruécanos:

—Piénsalo bien, hija mía, y pídele luz al Señor. Yo sólo te digo lo que creo de los dos: Luis te busca sólo por ti; Antonio puede ser que te busque por tu dinero. Luis te quiere para hacerte feliz; Antonio te busca, a lo más, para que le hagas feliz a él.

Soledad meditó estas palabras de su confesor, las consultó nuevamente con Dios, y después de muchísimo pensar, aquella heroína del agradecimiento, matando en su alma todos los afectos de cariño que por Luis sentía, mirando sólo el deber escueto y cristiano, por decirlo así, tomó la pluma y escribió a Antonio las siguientes líneas, tal vez con repugnancia, pero resuelta a llevarlas a la práctica si de parte de su primo se cumplía la condición que en ella se indicaba.

“Mi querido primo Antonio: Acabo de recibir tu cariñosa carta, en la que me declaras todo el afecto que hacia mí sientes.

”Yo por mi parte te puedo afirmar que sueño con la

felicidad que a mi alma traería el vivir los tres con aquel cariño, con aquel purísimo afecto de pasados tiempos que ya creí no volverían más. Ya sabes que este tercer elemento de nuestra dicha sería tu santa y cariñosa madre.

"Como por otro lado la vida licenciosa que llevas abre un abismo entre nuestras ideas y entre nuestras costumbres, es preciso, como condición indispensable para realizar esos sueños de que me hablas, que se verifique un cambio radical en tu conducta y que yo lo pruebe por espacio de algunos meses.

"Si de veras vuelves al buen camino, si aquella vida arreglada y cristiana que tanto hermosteó tus primeros años te hacen digno de ese bien de que me hablas, al lado de tu madre me encontrarás, siempre ansiosa de labrar la felicidad de ambos; pero si, por el contrario, sigues como hasta aquí, yo te suplico que no vuelvas a pensar para nada en tu prima.

"SOLEDAD."

Aquella mañanita, alegre con esa alegría que proporcionan los sacrificios heroicos, por más que cuestan a par de muerte, Soledad tomó el tren que en media hora conduce al pueblecito de Alcalá de Guadaira.

A uno y otro lado del tren veía pasar a los panaderos llevando a Sevilla el riquísimo fruto de Ceres convertido en alimento cotidiano, lo mismo para el obrero que para el potentado, y que tratándose del pan de Alcalá sabe a gloria con el fresco y con el apetito que despiertan las brisas puras y perfumadas que anuncian la venida del sol.

Muy cerquita de la estación y a mano izquierda, conforme se sube al pueblo, en la misma polvorosa carre-

tera, se alzaba la "Villa Luisa", entre sombras de acacias de bola y perfumes aún no evaporados de damas de noche y alfombras formadas por lluvias de jazmines, que caían de sus finísimos tallos, muertos, sí, pero blancos aún, impregnados en fragancia de castidad y de pureza.

Una verja de hierro corriendo un trozo de carretera, torcía a la izquierda para guardar con los agudos remates de sus varillas punzantes aquellas flores, aquellos claveles reventones, aquellos nardos, que con decir que eran sevillanos ya no hay que ponderar ni su aroma, ni su color, ni su belleza.

Ancha escalinata de piedra, adornada en su arranque por dos estatuas de mármol de Carrara, y que remataba en una puerta de cristales rojos y amarillos, era el paso a la más bien distribuída, a la más lujosa quinta de recreo de cuantas se miraban en los cristales del Guadaira, que allá lejos avanzaba pausado y sereno hasta arrojarse, después de algunas leguas, en los brazos del caudaloso Betis.

Soledad abrió la verja como quien entra en casa propia, saludó cariñosamente al guardián de la quinta, al enorme perrazo *Leal*, subió corriendo la escalinata de piedra, y se echó al cuello de la aristocrática dama, que en aquellos momentos salía de su dormitorio para respirar el aire fresco y perfumado que el Dios bondadoso le hacía entrar por las ventanas del recibidor.

—¿Qué es eso? ¿Tú por aquí, niña? ¿Cómo has venido tan temprano?

—Voy a pasar el día con usted, tita Luisa.

—Dios te lo pague. Cuando pasas el día conmigo se me hace tan sabroso como corto. ¿Y qué pasa por el mundo?

—Lo de siempre: mucho sufrir y mucho ofender a Dios. Dichosa usted que vive aquí sin enterarse de nada.

—¡Yo dichosa!—y D.^a Luisa lanzó un suspiro que se perdió entre una bocanada de aire que penetró en el saloncito, llenándolo todo con tibio perfume de jazmines.

En verdad que D.^a Luisa no debía ser tan dichosa como lo suponía o lo decía por adulación su sobrina.

En estos cinco años, parece que han pasado ya veinte por ella.

Su pelo ceniciento estaba peinado con exquisita pulcritud, a pesar de ser tan de mañana; su frente, surcada por varias arrugas, conservaba aún el despejo de la inteligencia, y su traje negro le daba un aire de matrona distinguida, mezclado con esa severidad, con ese tono especial que engendra el excesivo sufrimiento.

—¿Has desayunado?—le dijo a su sobrina luego que se hubieron sentado.

—No, tita, quería desayunar con usted.

—Pues mira, ya creo que estará preparado el desayuno. ¡Tío Mariano! ¡Marianito!

El tío Mariano se asomó respetuosamente a la puerta que daba entrada al pequeño comedor.

Era el mismo tío Marianito que trajinaba años anteriores en el cortijo de las Pajuelas, y que ahora estaba allí como administrador, como hortelano, como cocinero y sobre todo como defensor de su ama.

—Mande usted, señora—dijo desde la puerta.

—¿Está el desayuno?

—Y más rico que una gloria.

—Pues nada, tráelo aquí, y pon un mantelito en esta mesa.

—Señora, quería decirle...

—¡Ah, sí! ¿Has vendido los tomates de la huerta?

—Sí, señora; pero no han dao por ellos ni para pagarles el estiércol, con perdón de ustedes y hablando pa mí sólo.

—¿Están ahora muy baratos?

—¡Ni que dieran tomates hasta los postes del telegrafo!

—No importa, al fin y al cabo se estaban pasando.

—Y luego he comprao cebada pa los muleros, que con perdón de ustedes, los estoy engordando pa la feria de Jaén.

—¿Está barata la cebada?

—¡Quiá, mi ama! Ni que tuvieran que traerla de la otra banda en barcos de plata.

—¡Jesús, Soledad! ¡Si vieras qué caras se van poniendo todas las cosas!

—¿Sí? Pues figúrese cómo estarán en Sevilla.

—Si seguimos así, niña Soledad, nos hemos de acostumbrar a comer alpiste como los canarios—recalcó el tío Marianito moviendo la cabeza.

—Andá, Marianito—concluyó por decirle la señora, riéndose de la ocurrencia—, trae el desayuno.

El tío Marianito, que en toda la conversación no se había movido de la puerta, se quedó todavía clavado en ella, dando vueltas entre las manos a una especie de gorra hecha con su enorme pañolón de yerbas.

—¡Qué! ¿Tienes que avisarme alguna otra cosa?—le dijo la señora.

El tío Marianito bajó la cabeza y dijo con tono miedoso:

—Sí, mi ama.

—Pues dila, no tengas reparo.

—Es que...

—Vamos, ¿que es mala noticia?

—No, señá Luisa, que es muy rebuena.

—Pues dímelá, acaba.

—Es que... no sé cómo decirla.

—¿Que no sabes decirla? Ea, no te pongas pesado, tío Marianito. Dí lo que tengas que decir.

—¿Quiere que yo me retire?—dijo Soledad levantándose.

—No, no—le interrumpió D.^a Luisa—. Ya sabe él que eres de su confianza.

—Pues, mire... Que hoy hemos amanecido más personas en casa.

—Acabáramos—refunfuñó D.^a Luisa—. ¡Qué has traído a casa algún compadre! ¿Verdad?

—Dos no más; las otras son comadres.

—Pero...

—Sí, señora, y con seis nada menos.

Doña Luisa y Soledad se pusieron de pie asustadas hasta el extremo.

—Ea, señora—dijo el tío Marianito, rascándose la cabeza, con muestras de verdadero aturdimiento—, lo diré de una vez con su permiso: Mire, anoche la marrana, hablando pa mí solo...

Tía y sobrina soltaron una sonora carcajada.

—¡Ah! Ya comprendo, Marianito. Haberlo dicho antes. Anda y pon dos tazas de chocolate, que vamos a desayunar en seguida.

—Y no celebramos...

—Saca vino y algo de comer para la gente.

—Dios le aumente a usted la fortuna, mi ama. ¡Por vida de mis malas explicaderas!...

Y el tío Marianito se retiró más contento que un

órgano en noche de Navidad, mientras las dos damas quedaban en el saloncito riéndose como dos chiquillas de la ocurrencia de Marianito.

—El desayuno estuvo animadísimo. Doña Luisa, en medio de las penas que le proporcionaba su hijo, sentía un consuelo inefable con las caricias y las ocurrencias infantiles de su sobrina.

Es que Dios ha puesto la inocencia como antídoto de los pesares, así como el demonio ha puesto el vicio como verdugo de la felicidad.

Después de levantarse de la mesa Soledad fué guiando a su tía hacia el jardín; sentáronse las dos en un rústico banco pintado de verde y a la sazón cubierto con la sombra que sobre él tendían las anchas y lustrosas hojas de un corpulento magnolio, y con las mejillas coloreadas, tal vez por el reflejo de unos claveles que muy cerca del banco se miraban en ella, dió comienzo a la plática que le traía tan preocupada.

—Tita, quiero comunicarte un secreto—dijo la niña bajando la frente.

Doña Luisa sonrió al mirarle la cara, y luego, poniéndose muy seria, como el caso lo requería, contestó:

—Habla, hijita, que si yo puedo darte consejos, te los daré muy gustosa.

—¿Conoce usted esta letra?—y Soledad le mostró la carta de Antonio.

—Demasiado, Soledad, demasiado.

—Quiero que lea esta carta.

La señora paseó los ojos por el papel, y su fisonomía se iba poniendo triste a medida que avanzaba en la lectura. Después dobló la carta, se la entregó a su sobrina y le dijo con acento impregnado en honda

amargura, fijándose en la cara de Soledad como para leer lo que pasaba en su interior.

—Bien, ¿y qué piensas hacer?

—Lo que usted me aconseje.

—¿Le has contestado a ese bribón?

—Aún no le he contestado nada.

—¿Pero piensas contestarle?

—A eso vengo precisamente. Mire la carta que le pienso mandar.

Doña Luisa leyó lo que hace poco leíamos nosotros, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¿Qué le parece?—dijo tímidamente Soledad.

Doña Luisa la estrechó con fuerza contra su seno murmurando:

—Los ángeles del cielo no piensan más que pensamientos de paz.

—¿No le parece, tita, que esa carta de Antonio puede ser inspiración de Dios para volverle al buen camino?

La tía se quedó pensativa. Era aquello demasiada felicidad para una madre que llevaba ya cinco años de desastrosas realidades.

—¡Hijito mío—dijo después de un rato—, el amor prudente de tu madre te ha perdido, y Dios tal vez querrá que el cariño santo de un ángel te redima! Sí, hija mía, salva, por Dios, a mi Antonio; dale la mano para que se alce del fango, porque una buena esposa puede remediar los desastres de una mala madre. Aún es tiempo, mi corazón me dice que al cabo se salvará... ¡Pero lo peor es, hijita mía, que este corazón me ha engañado tantas veces!...

—No, tita Luisa, usted siempre se va por lo peor.

—Sí, y por eso acierto casi siempre, y por eso sospecho también que trate de engañarte.

—Es que yo no me dejaré engañar. Yo quiero salvarle a él pero sin perderme a mí. Mi cariño hacia Antonio es grande, pero no es ciego; no es de esos que se lanzan por entre sombras sin calcular los abismos que hay más allá del jardín florido que se llama la primera ilusión...

—Yo creo—prosiguió Soledad después de una pausa—que convendría que usted lo llamara, le hiciese ver lo difícil de la condición que yo le impongo, y que pagándole entre las dos las deudas que tiene, se le prohibiese poner de nuevo los pies en ningún sitio resbaladizo, so pena de caer para siempre en mi indignación.

—¿Y cuánto tiempo crees tú que podrá permanecer así?

—Yo pienso que si dura seis meses en la prueba, habrá podido en ellos olvidar el sendero del mal.

—¡Hum!... Muy pocos me parecen seis meses.

—No lo crea. Si su conversión no es sincera, antes de los seis meses habrá hecho alguna de las tuyas.

—Dios bendiga tus buenos deseos y el consuelo que me has venido a traer este día. Yo le llamaré mañana mismo, cuando él haya recibido tu carta, y tal vez la experiencia de sus hambres y sus remordimientos, hayan hecho cuerdo al hijo de mi vida.

Al levantarse del banco D.^a Luisa parecía otra. Estaba tan ágil como su sobrina, y apoyada en el brazo de ésta recorrió el jardín, visitó el huerto, reconociendo a sus ocho nuevos súbditos, y aquella mañana en la mesa, con la salsa de la conversación de Soledad, comió con un apetito propio de sus años juveniles.

La sombra de tristeza que antes se tendía negra y oscura doquiera que iba, sobre el campo, sobre el

cielo, sobre los sembrados, sobre el río, parece como que estaba ya disipada por completo, sustituyéndola esa luz de auroras nacarinas, ese tinte color de rosa que esparcen sobre nuestros deseos y sobre nuestro porvenir las alboradas de la esperanza.

Y el cuadro de rosadas perspectivas subió de colorido, cuando al siguiente día, su Antoñito, pálido, demacrado, con el traje roto, después de seis meses de ausencia, volvió como un hijo pródigo a los brazos de su madre, quien después de una suave reprensión, después de haberle hecho sabedor de las intenciones que a Soledad guiaban, después de haber pedido los recibos de sus deudas para saldarlas, quedó completamente satisfecha del cambio efectuado en el alma de su hijo por la benéfica influencia de un amor santo, de un amor desinteresado, de un cariño redentor.

Y, en efecto, Antonio se vistió de pies a cabeza, con la elegancia que a su nombre convenía, pagó a la patrona que de contado volvió a admitirle a la mesa redonda y aun en sitio preferente, y respirando satisfacción pudo ya pasear por las calles de Sevilla, sin que a cada paso se viera en la necesidad de darle esquinazo a alguno de sus múltiples *ingleses*.

* * *

Cuando el tío de Antonio volvió de Córdoba, para darle un buen sablazo a su dulce hermana, porque se había dejado en los garitos cordobeses hasta el último céntimo que llevaba, encontróse a su sobrino hecho todo un marqués, y pidiéndole cuenta y razón de lo ocurrido, Antonio se la dió bien detallada, haciéndole sabedor de la felicidad que le aguardaba, contándole las

ganas que le iban y venían de hacerle alguna visita a los cuchitriles del *Centro*, y cómo se abstenía con ayuno riguroso, por no disgustar a su prima, esperando dentro de algunos meses darse un atracón de ruleta, que le hiciese olvidar las privaciones que por entonces sufría.

—Noventa mil duros de herencia, y más bien más que menos, tío Eduardo. ¿Qué te parece?

—Buena mina, chico, buena mina has encontrado.

—Sí, pero buenas privaciones me cuesta.

—El tonto eres tú, chiquillo, que no sabes vivir todavía.

—¡Ca! ¡ Si sabe mi prima el sitio de los garitos mejor que yo! Y lo que es como sepa que he ido siquiera una noche, se agotó la mina.

—¿Pero es que no hay más que una ruleta en Sevilla? Esta noche vas a venir conmigo a Triana.

—No, tío, déjame, que ya voy olvidando hasta el valor de las cartas.

—¡ Si primero te olvidarías tú de comer! Pecador impenitente. ¿Cuánto dinero tienes?

—Poco; total cinco duros.

—¿Dices poco? Mañana tienes en el bolsillo doscientos. He traído de Córdoba a un farruquiño de Lugo y lo vamos a desplumar esta noche.

—¿Y si mi prima se entera?

—¿Tú te crees que su espionaje ha de llegar hasta Triana?

—Y hasta el centro de la tierra. Hace bien poco tiempo fui a la venta de Heritaña con unos amigos, y tomamos por cierto, una jumera de padre y muy señor mío. ¿Quieres creer que aún no había pasado la pítima y ya lo sabía mi cara mitad?

—Pues lo que es hoy te garantizo que no ha de enterarse aunque se vuelva mico. Pon un duro y no más, y mañana nos vamos a tomar otra como la que tú tomaste en la venta.

¿Y cómo iba a resistir Antonio, si lo que él deseaba era encontrarse con alguien que le hiciese asomar a la boca del abismo, y le diese un empujón, aunque fuese suave, lanzándolo hasta el fondo?

Aquella noche, con todo sigilo se abrían las puertas de una casita de Triana para dar entrada, primero a dos bultos, y más tarde, a otros, para cerrarse tras ellos.

Allí sucedió lo de siempre; y a pesar de ser lo de siempre, lo más inesperado para tío y sobrino. El farruquiño comenzó a ganar, después a perder, luego a igualarse, y partida va, y partida viene, es el caso que al despuntar la aurora, el tío salía con un amigo y el sobrino con otro, y no salían juntos porque los tuvieron que separar, so pena de no haber quedado de sobrino y de tío ni aun siquiera los rabos, si es que los tenían, como las zorras de Sansón.

Era la noche más desastrosa que Antonio y don Eduardo se habían echado a la cara desde que ejercían el honrado oficio de tahures.

Los dos habían terminado por firmarle al de Lugo un pagaré de dos mil pesetas, que al concluir el mes debían estar en manos del gallego, porque si no había de reclamarlas contantes y sonantes en "Villa Luisa".

Mientras tanto ¿qué hacían Soledad y Luisito Peralta? Ella, que no era tonta, había contestado a Luis rogándole que le concediera algún tiempo para deliberar, porque no era aquello puñalada de pícaro, ni de tanta urgencia tratándose de gente joven.

Ayudó a pagar las deudas de su primo, que le parecieron algún tanto subidas, a pesar de que D.^a Luisa, sin decirle nada, había satisfecho la mayor parte de ellas, y tendió lo que llamaba Antonio una red de espionaje por todos los sitios donde su primo se dejaba a pedazos la salud, el dinero y la honra.

Antonio, en efecto, cumplía su palabra. No iba para nada a casa de su prima. Sólo en la quinta de doña Luisa, donde comenzó a tener entrada franca, se veía a veces con ella, y más a rendir cuentas de su vida que a perder el tiempo en lindezas amorosas.

Traíale cartas de antiguos amigos, unas auténticas y otras fingidas, quejándose del abandono en que tenía a sus camaradas de ruleta; pero estos testimonios hubieran valido poco en el ánimo suspicaz de su prima a no venir por otra parte juntos con noticias fidedignas de que Antonio era un hombre honrado en toda la extensión de la palabra.

Y así pasó un mes, y así pasaron dos y casi había vencido el tercero.

Y, sin embargo, Soledad veía que aún la conducta de su primo dejaba bastante que desear, y que no era ni con mucho lo que ella se había soñado al figurarse los idilios de tiempos remotos.

Cierta antipatía violenta e inexplicable se iba apoderando insensiblemente de su corazón. Y no era ciertamente antipatía de carácter, o de fisonomía, o de naturaleza, era esa repugnancia instintiva que la virtud tiene hacia el vicio, una voz secreta y misteriosa que le decía: "Antonio es un perdido aunque se cubra con la careta de hombre de bien".

Toda esta lucha interior producía en ella una tensión de ánimo fuerte; impropia de su carácter apacible y

risueño, y hacía que fuese dando largas a las repetidas instancias de Luis, que para recibir contestación definitiva movía hasta las piedras de la calle. Le hacía también que tuviese que fingir lo indecible en "Villa Luisa" y multiplicar su espionaje, deseando, por fin, encontrar materia de parte de su primo para deshacer el contrato.

A veces se enteraba de algún mal paso, de alguna borrachera, pero el ladino Antonio, o la negaba, si no se le podía probar hasta la evidencia, o repetía sus promesas hasta ablandar el ánimo de sus dos fiscales, o Soledad se las callaba, sin decirle nada al primo por no disgustar a la tía.

Este era el ánimo de Soledad un mes antes de concluir el tercero de prueba.

Doña Luisa, por el contrario, estaba persuadida, convencidísima por completo de la conversión sincera de su Antoñito.

Todas aquellas heces que subían hasta la superficie, todos aquellos deslices, insignificantes, según ella, todos eran reminiscencia de la antigua mala costumbre, que poco a poco irían desapareciendo con el futuro y próximo matrimonio y con el cariño de Soledad, saludable y redentor. Así que la felicidad que había salido de su casa hacía cinco años, no tardaría en volver más que tres meses, felicidad que la buena señora esperaba tan segura como impaciente.

Luisito Peralta, por su parte, sin sospechar siquiera que Antonio fuese el formidable rival de su dicha, se le había hecho íntimo amigo, hasta el punto de leerle las cartas de Soledad, y que el hipócrita explotaba a las mil maravillas para irse enterando de cómo subía o bajaba el nivel del cariño de la prima hacia su perso-

na, deducido de las mayores o menores esperanzas que a Luis concedía.

Mientras tanto pasaba el tiempo, vencía el mes y don Eduardo, lo mismo que Antonio, se veían acosados por el farruquiño de Lugo, que les daba más asaltos que los franceses dieron a la invicta ciudad aragonesa.

—Yo no cedu mis derechos—decía el gallego besando su recibo.

—Cállate, gallego del demonio, que ya se te pagará—le contestaba Antonio con ira.

—Yo no cedu mis derechos.

—El mes que viene te pagaremos con los réditos correspondientes.

—Yo no cedu mis derechos. Aquí dice que dos mil pesetiñas y en este mes corriente.

Y no había medio de sacarlo de ahí.

Tío y sobrino intentaron todo lo intentable para lograr a réditos las dos mil pesetas, aunque fuese al ochenta por ciento; pero el crédito de los dos estaba en bancarrota.

Y aquel hombre a fin de mes iría a "Villa Luisa" presentando el recibo, Soledad se enteraría de todo y todo estaba perdido.

¡Tal vez un crimen!... Pero ¿y qué ganaban con un crimen, pues eran varios los que sabían la deuda y por ella delatarían a los culpables?

La situación no podía ser más difícil. A otro se hubiese podido convencer; pero a un gallego, y tratándose de dinero, era cosa imposible: pedir cotufas al golfo.

Luchando con estas ideas estaba una tarde nuestro Antonio en su habitación, cuando D. Eduardo se presentó en ella con aire meditabundo.

—Y bien, sobrino, ¿qué resolución tomamos?

—Colgarnos de una higuera negra.

—Me parece demasiado negra esa resolución.

—Pues yo no encuentro otra. Si tú, maldito tío de los infiernos, no me hubieses llevado a Triana estaría yo de otra manera.

—¿Hablaste a ese perro judío de la calle de la Plata?

—Sí, y no me ha querido adelantar ni una peseta.

—¡Que no se lo lleven ya los suyos!

—Yo estoy por acogotar a ese gallego detrás de una esquina.

—¿Y qué sacábamos con eso?

Pasaron unos momentos de silencio. D. Eduardo, de pie, con las manos en la espalda, miraba a su sobrino, que sentado en un sillón, con los codos en las rodillas y la cara oculta entre las manos, estaba sin pensar en nada cansado de tanto pensar.

Don Eduardo, que ya había meditado un plan para salir del paso airosamente, porque encontraba salidas para todo, se lanzó a la brecha.

—Oye, Antonio, la situación es extrema, ¿no te parece?

—¡Y tanto!

—Pues bien, cuando va un negocio de vida o muerte, es preciso darle una solución de muerte o de vida.

—Señálame una. ¿La tienes? Dímelas—y Antonio se levantó del sillón con aire desesperado.

—Sí, la tengo—contestó el tío con aplomo.

—¿De veras? ¿Cuál es?

—Es muy arriesgada.

—No importa. Dímelas.

—No te vas a decidir.

—Venga pronto. ¿Me juzgas acaso menos criminal que mi tío?

—¿Cuánto dinero tienes?

—Tres duros.

—Bastan.

—¡Bah!—dijo Antonio, volviéndose a sentar.—¿Me quieres llevar de nuevo a la ruleta?

—No es eso, vente conmigo.

—Pero ¿dónde?

—¡Hola! ¿Conque ya empiezas a temer? ¿No has dicho que eres más criminal que yo?

—¡Adelante!—rugió Antonio, lanzándose... sin saber a dónde se lanzaba, pero con la conciencia de que era algún crimen lo que su tío le iba a proponer.

Don Eduardo salió detrás de Antonio, cerró la puerta con llave, que entregó después a Antonio, y al pasar por delante de la gordísima y campechana ama de huéspedes le dijo al oído unas palabras que Antonio no pudo percibir.

—Está bien. No les esperaré—dijo la mujer encojiéndose de hombros.

Ambos se lanzaron a la calle, cruzaron rápidamente la de San Eloy, subieron por Villasís, y entonces comenzaba a obscurecer.

Un vientecillo suave venía del río y unas gasas opacas, precursoras de la noche, fueron cubriendo cada vez con más densas sombras los claveles y geranios que en sus tiestecitos de barro, como niñas mimadas, formaban la ilusión y el encanto de sus amas, asomándose a los balcones y pretilos de las azoteas.

Al fin la noche se posesionó de Sevilla; en la calle de Las Sierpes brillaron entonces los escaparates de las tiendas como otras tantas ascuas de fuego; hormiguearon los casinos, se oyeron acá y allá los secos chasquidos de las bolas de billar, el cucharateo de los

que espabilaban el sueño delante de aromáticas tazas, los chillidos de los golfos pregonando revistas y periódicos, las infernales músicas de ambulantes organillos, y haciendo dulce y melancólico contraste, la calma chicha de los que no teniendo para pagar la cena, tomaban gratuitamente, y con las manos en los bolsillos del pantalón, succulentas raciones de olfato delante de los escaparates y cristalerías de los ultramarinos.

XIII

¡Visiones!

Doña Luisa era medrosa hasta la exageración.

Tan sólo la confianza ilimitada que tenía en el tío Marianito y la obediencia a su Padre espiritual pudieron persuadirla a que abandonase a Sevilla para vivir en las afueras de un pueblo y en una casa solitaria y apartada.

El título que ya gozaba en Alcalá de madre de los pobres, y paño de lágrimas de todos los desvalidos, eran para ella una buena garantía; pero ni aun con esos títulos estaba tranquila.

Por eso no es extraño el que aquella tarde, después que dejó a Soledad en el tren, volviese a su linda casita con el ánimo triste por verse tan sola.

Dió unas cuantas vueltas por la huertecita, vió lo mucho que prosperaba el plantel de lechugas, con las cuales esperaba muy pronto disfrutar de ricas ensa-

ladas; cenó poco, y después, sentándose en la silla que tenía en su oratorio, con respaldo de terciopelo azul, que le servía de reclinatorio, rezó su rosario, después rezó la vida del Santo que tocaba en el Año Cristiano, y allá cerca de las nueve de la noche se acostó tranquilamente y con el corazón partido en dos pedazos, uno en Dios y otro en Antonio.

—No, no—se decía hablando consigo misma, mientras atizaba la lamparilla de aceite, que día y noche alumbraba en su dormitorio delante de la hornacina de rico sándalo que en su interior guardaba una devota imagen de la Virgen de la Cabeza.

—No, no... No hay que ser tan exagerada. Todas esas menudencias que me contó Soledad esta tarde no tienen más fundamento que su amor hacia Antoñito. ¡Quiere verle tan santo!

¡Que le hayan visto atravesar aquella calle...! ¿Qué tiene de particular? ¡Le cogería de paso...! ¿Que anteayer parece que le han visto embriagado?... Le confundirían con otro!... ¡Bah! Lo que he dicho. Todo nace del amor exagerado que ella le tiene... ¡Ah! ¡Y qué blanda está la cama esta noche!... ¡Ese Marianito vale un tesoro!...

Angel de mi guardia, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de... ¡Ah! Ya me iba a acostar con el anillo... Así... Ya más de una vez me he acostado con él, y luego me lastima al dormir... Un Padrenuestro a San Pedro, para que nos abra las puertas del cielo... Padre nuestro... No, no... Si yo creo que mi Antonio, al fin... Dios te salve, María... Mañana cuando venga... So... le... dad... *Gloria Patri*...

Aquel anillo era nada menos que el regalo de bodas de su esposo, y, por tanto, lo guardaba doña Luisa

como oro en paño, no sólo por su mucho valor material, pues era de oro con dos gruesos diamantes, sino como reliquia de pasados amores. Por eso el anillo no salía de su dedo más que cuando se iba a dormir, y entonces para quedarse en un cofrecito de oro lleno por dentro de algodón en rama y armiño, que era la camita donde aquella alhaja preciosa pasaba la noche.

La alcobita donde a estas horas ronca la aristocrática dama, después de haber rezado con el rabito de la devoción sus últimas oraciones, entre pensamientos de lo ocurrido durante el día y de lo que piensa hacer en el siguiente, es una estancia pequeña, alfombrada y empapelada por completo, y cuyos únicos muebles lo forman la cama de nogal con su mesita de noche, al lado un armario de la misma madera, donde guarda la señora sus joyas, varios cuadros de santos en las paredes, una puerta de entrada y una ventanita que da al jardín, y por entre cuyos visillos entra el primer rayo que el sol envía para saludarla y despertarla. Todo esto y la hornacina de la Virgen completaban el ajuar de aquel dormitorio.

El tío Marianito, cansado también de la brega del día atrancó la verja de hierro, luego pasó al corral, renovando el pienso a los animales, cerró todas las puertas interiores de la casa, y entrando por fin en el cuarto donde su mujer y sus tres hijas estaban como los santos durmientes en lo más profundo de su sueño, puso a la cabecera de la cama la escopeta cargada, operación que no descuidaba nunca, y después de rezar algunas oraciones con los brazos en cruz delante de una imagen de papel que tenía clavada con alfileres en la pared, se zambulló en el duro jergoncillo, que a sus

cansados huesos pareció más blando que el colchón de pluma en que supongo dormirá el rey de España.

A poco tiempo todo estaba en un completo silencio.

Tan sólo de cuando en cuando *Leal*, el perrazo de casa, gruñía al sentir los pasos de alguno que pasaba por la carretera.

Con dos buenos defensores decía la gente que contaba aquella casita. Uno, con la puntería del tío Marianito, que no marraba un tiro; otro, con los colmillos del *Leal*, que más de un ratero los había probado, y eran más finos, según ellos, que el marfil de las Indias.

* * *

¿Qué hora de la noche sería?

Doña Luisa no lo pudo saber. De lo único que se dió cuenta fué de que le despertó un ruido extraño, como de gente que trasteaba en su habitación.

Despertó sobresaltada, y la voz se la anudó en la garganta. Dos sombras negras, medio alumbradas por la luz de la lamparilla, se agitaban con mucha precaución, revolviendo el armario donde la dama tenía todas sus joyas.

—No, en la tabla de arriba, en la de arriba es donde tiene la pulsera—decía uno.

—No hables, que se va a despertar, déjame a mí—respondía el otro en el mismo tono.

Y doña Luisa los veía, sentía hasta sus más imperceptibles movimientos al buscar las joyas, apareciendo ante su imaginación como sombras de una horrible pesadilla.

¿Qué hacer? Si gritaba, su muerte era segura. ¿Se contentarían con robar? ¿Querrían después asesinarla?

Esta idea la aterrizó en extremo, y procurando estar lo más quieta posible, sin atreverse ni a respirar, ni siquiera a tragar la saliva, encomendaba su alma al Señor, pidiendo favor a la Virgen de la Cabeza.

—Aquí están las joyas—dijo uno de los ladrones.

Cerraron pausadamente el armario y se dirigieron de puntillas a la ventana, que uno de ellos fué abriendo con grande precaución.

—No cabe duda—se dijo la señora llena de alegría—, piensan ya escaparse, no quieren nada conmigo.

Pero uno de ellos, el de más elevada estatura, que ya estaba en la ventana, retrocedió de pronto, como si quisiera llevarse algo más, y pisando con las puntas de los pies se fué acercando lenta, lenta, lentísimamente, hacia la cama de doña Luisa. Llevaba en su mano izquierda un puñal, que a la escasa luz de la lamparilla daba de cuando en cuando vagos destellos.

Aquella sombra se fué acercando a la cama; la señora la veía acercarse, acercarse. No le cabía duda, venía a matarla.

Ni un acto de contrición, ni una plegaria le dejó proferir el grande, el inmenso, el casi infinito miedo que se apoderó de su ser, y sólo al verle tan cerca, que hubiese podido tocar con su mano la del bandido, no pudo más, cerró los ojos y profirió un quejido ahogado tan quedo, que apenas lo pudo escuchar ella misma.

—¿Quién es? ¿Quién va?

El ladrón se detuvo de pronto, pero enseguida se lanzó a ella.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó entonces con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Calla, o mueres!—le dijo el asesino, poniéndole al pecho la punta de su puñal.

Ella, en uno de esos accesos de energía que da el miedo, se incorporó para detener la mano que la amenazaba, pero ya el compañero había llegado hasta la cama, la había sujetado con fuerza, y sin hablar una palabra le puso su pañuelo en la boca.

Doña Luisa no pudo ver sino que buscaban el anillo en la mesa de noche, que se lanzaron después a la ventana y desaparecieron después por el jardín.

El perro comenzó a ladrar con desesperantes aullidos, y enseguida se escuchó una voz muy queda que decía:

—¡*Leal, Leal!*—y *Leal* se calló enseguida como un muerto.

Doña Luisa se lanzó del lecho, se puso los vestidos a toda prisa, y se asomó a la ventana a tiempo que el tío Marianito, con la escopeta en la mano, entraba en la habitación gritando:

—¿Dónde, dónde están?

Una luna enfermiza, medio oculta entre nubes cenicientas, bañaba el campo y el jardín.

A su tenue resplandor divisó el tío Marianito dos bultos que intentaban en aquel momento saltar la tapia. Y... ¡cosa extraña! *Leal* les movía la cola con señales de cariño.

—Allá van; uno va a caer ahora mismo—y Mariano apuntó.

—No, por la Virgen, no dispaes, Mariano—clamó doña Luisa con mortal angustia, deteniéndole el brazo.

—Déjeme, mi ama, que le aputaré a la pierna.

—¡Que te digo que no!—y doña Luisa, con fuerzas hercúleas, arrebató la escopeta de manos de aquel honrado servidor.

—Mire, señora, que se escapan; déjeme cumplir con mi oficio.

—Cumple con tu oficio obedeciendo. ¿Qué me importa que se escapan?

—¿Pero sabe usted quiénes eran?—preguntó atollado el tío Marianito.

—Cállate y no me preguntes nada más. Vete a dormir, y no digas nada de lo ocurrido a nadie. ¿Lo entiendes? A nadie.

El guarda tomó su escopeta y salió de la alcoba refunfuñando entre dientes:

—¡Por vida del chápulo verde! ¡Cuidado con mi ama y qué empeño en que no les tirara! ¡Caramba, y qué robo más singular!

Doña Luisa no pudo ya dormir aquella noche, que la pasó toda de rodillas ante el altar de la Virgen, en su oratorio, llorando con un llanto tan triste, tan amargo, tan desconsolador, como si hubiese recibido la noticia de la muerte de su Antoñito.

Al día siguiente, a pesar de la consigna tan severa de su ama, el tío Marianito dió cuenta del robo a los del pueblo de Alcalá, y ya por la tarde lo sabía Sevilla entera.

Era, como decía Mariano, un robo muy singular. ¿Por dónde entraron los ladrones? ¿Y por qué el *Leal* no los había destrozado entre sus mandíbulas, ni les había ladrado siquiera?

Otra circunstancia había en aquel misterioso robo. A uno de los ladrones se le había caído una patilla postiza que llevaba, y que se encontró en el jardín al lado de la verja.

Se hicieron muchas pesquisas, pero todo inútil.

Doña Luisa, en el interrogatorio que le hizo el juez,

limitóse a contar el hecho, afirmando que los ladrones, entre la multitud de alhajas que en su estuche tenía, se limitaron a llevarse la pulsera y el anillo nupcial, que acostumbraba a dejarlo sobre la mesa de noche.

—Y ¿cuántos eran los ladrones?—preguntaba el juez.

—Dos.

—¿Pudiera usted fijar la edad de los dos?

—Ni la de uno siquiera.

—¿Qué estatura tendrían?

—No la puedo precisar. Eran muy altos. A mí me parecían fantasmas con el miedo.

—¿Ni sus facciones?

—Menos. ¿No ve que estaban disfrazados?

—¿Cuando menos, se fijaría en su voz?

A esta pregunta doña Luisa callaba y se encogía de hombros.

Imposible dar con la pista. No había dato alguno.

Entonces se avisó secretamente a todas las joyerías y casas de empeño, dando los datos de la pulsera y el anillo, y se limitaron a esperar que alguna indiscreción de los ladrones volviera por los fueros de la justicia y los delatara.

La noticia del robo y sus circunstancias, contadas con tanta viveza por doña Luisa, impresionaron a Soledad de un modo extraordinario.

Más aún le llamó la atención el misterio en que sus autores quedaron sumidos, y aunque don Eduardo y Antonio se comprometieron a buscar hasta en el centro de la tierra a los malvados, pasó una semana, y el robo se iba ya olvidando, sin que apareciera ni un rastro por donde seguir a los ladrones.

Antonio mientras tanto seguía más suave que un guante.

Notaba en su madre cierto desvío, cierta reserva, y era por otra parte tan grande el cariño que sentía hacia su mamá, que muy en secreto le dió cuenta de ello a Soledad para que ella también en secreto descubriera la causa de aquel desvío.

Este interés de tener contenta a su madre hasta el extremo de tener escrúpulos de que no le miraba con todo el amor que él deseaba, fué para Soledad un buen indicio en favor de su primo. Y unido esto a la vida casi cristiana que llevaba, y el deseo de alegrar con buenas noticias a su tía, la resolvieron a no esperar sino a fines de aquel mes para darle una respuesta definitiva. Porque bien pensado, se decía la niña, tres meses de prueba soportados con tanta paciencia, ¿no suponen en Antonio una voluntad firme y resuelta?

Bien es cierto que aquella interior antipatía hacia él iba en aumento; pero eso era preciso que con el tiempo desapareciese. ¡Le trataba con tanta dureza! ¡Le exigía cuentas tan estrechas al pobre muchacho! Nada, que era preciso cambiar de conducta en el trato con su primo.

Esta resolución se arraigó más y más en el ánimo de la pobre niña cuando, consultando a doña Luisa con aquella franqueza infantil que usaba con ella, le dijo:

—Tita, he pensado contestarle afirmativamente a Antonio, porque ya lleva tres meses esperando.

Y doña Luisa, con un tono que Soledad no pudo interpretar, pues lo mismo podía ser de burla que de desprecio, le contestó moviendo la cabeza negativamente:

—Piénsalo más tiempo, hijita mía, porque mi Antonio no puede ser de entera confianza para ti.

Y al punto la señora cambió de conversación, como si temiese que el corazón la vendiera.

Soledad interpretó la respuesta de esta forma:

—Ya que no quieres fiarte del arrepentimiento de mi hijo, haz lo que más te plazca y tenle si quieres más tiempo de prueba.

Aquella ironía le llegó al alma y comprendió que era preciso tomar una resolución, costase lo que costase. Y bien sabe Dios todo lo que costaba, pues Luisito por otra parte arreciaba la batería, importunando a las criadas y a las amigas de Soledad con no interrumpidos mensajes.

Con estos pensamientos, o más bien congojas de muerte, andaba, cuando al salir una noche de la novena que con toda solemnidad se celebraba en la iglesia del Salvador, acompañada de una amiga y vecina suya, encontróse con Antoñito, que le salía al encuentro en la puerta de la iglesia con ánimo de acompañarla a su casa.

—¿Qué es eso, Antoñito? ¿Tú por aquí? ¿Has estado en la novena?

—Como sé que vienes a ella cada noche, me he tomado la libertad de esperarte para poderte acompañar. ¿Me lo permitirás?

—¿Por qué no? ¿Has oído el sermón?

—Todo entero.

—¿Y qué te ha parecido?

—Superior. Eso es hablar.

—¿Verdad que cuando se oye a ese canónigo, entran muchas ganas de ser bueno?

—Tú ya lo eres. Yo he de serlo por ti. Un día de estos pienso irme a confesar en la iglesia del Sagrado Corazón.

—Vamos. Gracias a Dios—dijo Soledad con tono de indecible alegría. ¡Lo contenta que va a ponerse tú

mamá cuando lo sepa!... Oye, ¿y cómo sigue contigo?

—Lo mismo. Tan seca. Hasta que no encuentre sus joyas no ha de vivir tranquila.

—¿Y no sabe nada de ellas?

—Ni una palabra; esta misma tarde estuve hablando con el juez y me dice lo mismo. Es negocio perdido.

—¡Pobre doña Luisa! Mi fortuna diera yo con gusto por recuperar esas alhajas.

Entre estas conversaciones llegaron a la calle de Génova. Soledad se despidió primero de su amiga, que se entró en la casa de al lado, y después de su primo, que se quedó unos momentos hablando con Soledad, mientras una sombra negra que los había seguido a distancia desde el Salvador se fué aproximando lentamente, y aquella sombra se dió por satisfecha con recibir a hurtadillas una mirada de Soledad antes de meterse en la casa.

Aquel era Luisito Peralta, que se agregó a Antonio, y ambos tomaron el camino de regreso.

Soledad quedó aquella noche completamente convencida de la entera conversión de su primo.

Al fin y al cabo le iba a ver confesado; ¿qué más quería ella?

—No debo, no debo esperar más tiempo para darle la contestación. Tres meses de espera para la madre y para el hijo son demasiado, y hasta mi tita comienza a impacientarse. El primero del mes que viene terminan las pruebas y... Dios proveerá.

Entonces miró instintivamente hacia un hermoso espejo que había en su tocador, y al lado mismo del espejo estaba el almanaque, al cual miró y le dijo con sus gruesos y negros caracteres: Estamos a 26 de Marzo. Le quedan cinco días de existencia al mes.

Soledad sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

Bajó los ojos hacia el tocador y sus ojos tropezaron con la última carta de Luisito, en la que, desesperado y mohino, le amenazaba con no volver a pensar en ella si a mediados de Abril no le había dado una respuesta definitiva.

—¡Y qué me importa!—se dijo encogiéndose de hombros.—Ya está tomada la resolución definitiva, que aplaude mi conciencia aunque mi corazón la repugne y la contradiga.

Y entonces rompió la carta de Luis, la arrojó deshecha en menudos pedazos por la ventana, y se entregó al descanso, mientras un viento fuerte se quedaba allá en la calle jugando con aquellos pedacitos de papel, con aquellos retazos de cariño y de esperanza, últimos jirones del amor de dos almas que se idolatraban casi sin saberlo ellas mismas, y a quienes las imposiciones de la conciencia estaban determinadas a separar para siempre.

XIV

Apariencias que engañan.

Y Antonio estaba completamente decidido a ganarse el corazón de su prima.

Aquel corazón estaba valuado taxativamente por el joven en ochenta y un mil duros. Ochenta mil en metálico, y mil en cariño, metalizable también en caso de

apuro, porque el cariño de una esposa buena es inagotable en recursos para salvar la situación financiera de una casa arruinada por los vicios del varón.

Sin embargo, comprendía muy bien aquel espíritu calculador que entre las dos manos que era preciso unir con el vínculo del matrimonio se alzaba un valladar fuerte y seguro, el cariño de Soledad hacia Luisito Peralta. Este valladar tenía que venir a tierra sin que viese Luis la mano que lo derruía, sin que Soledad misma se diese cuenta del momento en que había venido al suelo.

No convenía perder el terreno ganado en el ánimo de su prima en aquellos últimos días, porque ésta se manifestaba cada vez más decidida por Antonio, parte al ver el cariño tierno que manifestaba a doña Luisa, parte también por el interés desplegado en buscar las joyas robadas.

Tanto interés mostró, que más de dos veces quiso pedir licencia por unos días en la oficina y lanzarse con su tío por toda España, corriendo joyería por joyería, pero... ¡no le daban licencia, visto su mucho conocimiento en los negocios que por entonces se ventilaban en ella! Don Eduardo lo hubiese hecho también por su parte o sólo o con Antonio, pero... ¡estaba tan delicado de salud! Lo que ni uno ni otro manifestaban era el motivo verdadero de no poder salir de Sevilla, que era la orden terminante del gallego de Lugo, el cual les había amenazado con entrar en las puertas de "Villa Luisa" en el momento en que se enterase de que uno de ellos salía por las puertas de Sevilla.

Así andaban rodando aquellos espíritus por los intrincados laberintos de dudas y vacilaciones en que

viven todos en mayor o menor escala atravesando este mísero desierto, donde las cosas nunca aparecen como son en sí, porque cada conciencia es un abismo sin fondo, cuando a la caída de la tarde recibió Soledad, junto con dos cartas de antiguas amigas de colegio, otra tercera, anónima, perfumada, escrita con temblorosos caracteres de letra de mujer y concebida en estos términos, tan lacónicos como significativos:

“Mi querida amiga Soledad: Sé que un tal Luis Peralta anda rondando tus balcones. Antes de entregar tu corazón a ese joven deseo que esta noche tengas la paciencia de pasarte por la calle de Morgado y veas salir a un hombre de una de sus primeras casas a eso de las nueve de la noche, para ver si lo conoces y puedes indagar el motivo de su visita en esa casa. Te pido mucho sigilo, pues podían saber el nombre de la que te lo avisa, que es una de tus más fieles *amigas*.”

Un temblor frío y nervioso se apoderó del cuerpo de la pobre niña, que leyó y releyó aquellas frases escritas para ella con letras de fuego. ¡Luis, Luis visitar casas donde la honestidad no se asentase como reina! ¿Sería una envidiosa? ¿Sería una verdadera amiga que acababa de descubrirle un abismo? Era preciso pasar hacia las nueve por la calle indicada y cerciorarse de todo; y lo peor era que no le podía caber duda de que hacia las nueve tendría que ver salir a Luis de algún zaguán sevillano, de esos custodiados por cancela de hierro y adornado por macetas y tiestos de claveles. ¿Y a qué iba? ¿Qué sé yo! Pero si es verdad, Luis ha perdido para mí toda la confianza, porque lo bueno y lo indiferente que él hace lo sé yo punto por punto, y si él no me ha dicho que tiene otras amistades ocultas, y porque... ¡Dios mío, Dios mío, lo que es el corazón

de un hombre! ¿Por qué no lo engastastes entre un cierre de cristales, aunque le pusieses visillos después?

Era sábado y día quinto de la novena que se celebraba en el Salvador. Un aire frío y desagradable, los últimos aletazos del invierno que agonizaba, se entretenía en mover las negras mantillas de las damas que iban entrando en la iglesia, en mover las plumas de los sombreros de las damas que iban buscando las puertas del teatro y en jugar con las puntas de los cigarrillos caídos de los labios de los ricos, y que al rodar por el suelo adoquinado de la calle de las Sierpes parece como que llamaban a los golfillos desharrapados, que los buscaban con avidez, llevando el cacharrito de lata colgado al cuello. ¡Siempre lo mismo! ¡La canción de *La vida es sueño!* ¡El sabio que va detrás del sabio, el círculo de la materia que se va transformando hasta volver a su punto de partida!

Dos de las que entran en la iglesia llevándose la mano a la negra mantilla para que el juego del aire no se vuelva pesado en demasía, son las vecinas de la calle de Génova.

Soledad llevaba ya tomada su resolución. Después de la novena, que se acababa hacia las ocho y media, arrastraría a su amiga, a guisa de paseo, hacia la calle de Cañaverería, y a paso lento, deteniéndola con lo animado de la conversación, daría tiempo a que la suerte fuese propicia con sus deseos y le hiciese ver la salida del incógnito personaje de la calle de Morgado.

Buscó con sus ojos, siempre moviéndolos recatadamente, la figura de Luis apoyado en alguna de las columnas que sostienen el ábside de la espaciosa iglesia; pero en vano; Luisito faltaba aquella noche. Allí estaba Antonio, con uno de sus amigos, atento, devoto,

recogido en extremo; pero Luis ni al principio ni al fin del sermón dió señales que anunciásen su presencia.

Soledad comenzó a sentir ahogo, un ahogo que la asfixiaba, un deseo de salir a la calle, de llegar a la de Morgado y de convencerse de una vez de la realidad de aquella pesadilla, que al resonar en las bóvedas del templo las últimas palabras del fervoroso canónigo que predicaba, levantó nerviosamente a su amiga, la arrastró fuera del templo y se lanzó, cosida a su brazo, hacia la calle de la Cuna, en sentido opuesto a las que llevaban a su casa, y sólo se dió cuenta de lo que hacía cuando oyó el grito de su amiga, que le preguntaba entre admirada y burlona:

—¿Pero te has vuelto loca, chiquilla? ¿A dónde me llevas por ahí?

¡Era verdad! Había que dar alguna razón para colorear el paseo, y a la joven se le ocurrió en seguida una, la única que entonces le pasó por la cabeza. Siguió arrastrando en pos de sí a su amiga, y con una naturalidad capaz de desvanecer toda sospecha, le respondió sonriente:

—¡Bah! ¿No te lo dije antes? Vamos a llevar a doña Magdalena media libra de castañas asadas del puesto que hay en la Alameda. ¡Verás, Rosario, verás qué ricas son!

Los corrales andaluces se lucen por su eterna alegría, que no conocen las estaciones del año, así que a nadie chocaba el que en el mes de Marzo y en una noche de suyo fría resonase el seco y continuo repiquetear de las castañuelas dentro del que existe en la calle de Mogado.

Tiene una entrada de piedra de sillería gastadísima, y en el marco, de enormes bloques oscuros, una puer-

ta desvencijada y llena de carcoma, pero sin faltarle a un lado y otro del muro sus macetas de geranios, y en la parte superior un letrero formado con letras negras, grabada cada una en su azulejo blanquísimo y nuevo:

CASA DE VECINDAD

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Allí estaba Luis. No había duda ninguna. Aquel hipócrita de modales retraídos, de mirar indeciso, de voz dulzona, que parecía no haber roto un plato en toda su vida; estaba allí rompiendo los mismos chinarrros del suelo al son de aquellos alegres palillos que se reían entonces de la candidez y crédula alma de Soledad.

Por eso ésta se paró cerca de la puerta como para escuchar el canto, diciendo a Rosario con gesto nervioso y agrio:

—Oye, oye tocar palillos y aprende, *mal ángel*.

—Sí que suenan bien.

—¡A gloria, hija mía, a gloria!—y la niña se agarraba convulsa al brazo de su amiga.

En esto se oyó una voz de mujer, clara y vibrante que comenzó la copla, llenando la calle, que entonces estaba en profundo silencio, con una verdadera cascada de armonías:

No te fíes de nadie
cuando te habla;
que una cosa es la boca
y otra es el alma.
¡Ay, madre mía,
como muda de caras
la hipocresía!

—¡Qué bonita copla! ¿Verdad Rosario? ¡Qué cierto es eso!—y Soledad temblaba como si acabasen de clavarle un dardo en el corazón.

—No, hija—respondió Rosario, a quien entonces no tocaba en nada el dicho de la copleja—; si fuésemos a hacer caso de esa seguidilla, ni yo podría fiarme de ti, ni tú de Luisito.

Rosario sintió las uñas de Soledad que se clavaban en su brazo y dió un paso largo hacia el final de la calle.

En aquel momento salía de la casa de vecindad una chiquilla como de siete años, que contagiada con el canto de las coplas, atravesó el portal siguiendo con los pies el aire del baile, con una alcuza de hoja de lata en la mano izquierda y una moneda de diez céntimos en la derecha, con la cual golpeaba cadenciosamente el sucio latón marcando el compás.

Soledad se acercó a ella dispuesta a resolver su duda, y sosteniéndole con una mano la rubia cabecita le preguntó:

—Oye, niña, ¿quién vive en esta casa?

—¿Quién?—le contestó ella con desparpajo clavando sus ojos negros en los de la joven—Pues... yo... y mi abuelita... y mi padre y... la mar de gente más.

—¿Y qué haceis ahora?

—Pues... bailar.

—¿Es el santo de alguno de la casa?

—No, señora; cuando es el santo mío, lo pasamos en el cortijo de las Palomas, me compran *albellanas* y...

—Entonces, ¿por qué bailáis tanto?

—Porque tenemos frío.

—¡Ah! ¿Y hay gente de fuera?

—Sí, señora, dos muchachos muy barbíanes. Uno, el que toca la guitarra. ¡Lo hace más bien!

—Uno de ellos será rubio... con el sombrero así...

—No, ¡si los dos son gitanos!... ¡Ah! Usted quiere que sea ese señorito que viene los sábados a visitar a la Andujareña.

—¡Ese, ese! ¿Y está ahí?—le dijo la pobre Soledad comprimiéndose el corazón con la mano.

—Sí, señora; pero ese es muy serio y no baila.

—Pero habla con la... la...

—¿Con la Andujareña? Sí, con las dos, con la madre y con la hija, y les deja dinero. Dicen que es muy rico y muy caritativo.

—¡Ah, caritativo!—y se agolparon a su memoria en fantástico tropel todas las letras que componían la seguidilla que acababa de oír.

La niña, viendo que la conversación se alargaba y que su madre podía hacerle pagar caro el rato de charla, hizo un mohín gracioso, y dando a las dos el *¡hasta luego!* consabido, se retiró moviendo los pies cual si estuviese bailando en medio del corral.

No había la chiquilla doblado el primer recodo que forma la calle al subir desde la Alameda, cuando en el mismo dintel de la casa de vecindad apareció primero un joven, y detrás una muchacha fresca y viva; se despidieron con frases muy cortas, y el hombre, al salir ya del portal, miró a un lado y al otro, se embozó en su capa con vueltas de terciopelo verde y se dirigió a buen paso hacia la calle de Amor de Dios.

Soledad, parte por lo escaso de la luz que daba el farol de la esquina, parte también por la nube que cubió sus ojos al divisar a Luis, no pudo ver sino que al dárse la mano para despedirse, él le dió un papelito doblado a ella, y que ella al recibirlo le dirigió una sonrisa afectuosa y de sus labios salieron estas palabras:

—¡Dios se lo pague, Luis!

Ni vió más ni oyó más; pero que era Luis Peralta el que salía de la casa, eso no lo dudaba, no podía dudarlo sin dudar de su misma existencia.

Luis siguió su camino sin preocuparse de la vida que se comenzaba a desbordar por la plaza del Duque y por la Campana, llegó al hermoso hotel y se dirigió al aposento de su madre, que siempre delicada, no gozaba más deleite que al hallarse sola o en medio de las caricias de su hijo.

La enferma, al verle entrar, sintió que la alegría le ocupaba el rostro, el alma, sus fuerzas, su sér.

—¡Qué! ¿Has visto a la señora Rosario?—le preguntó con una sonrisa que quería decirle: “Hayas estado dondequiera ahora estoy a tu lado y estoy contenta.”

—De allí vengo—contestó Luis, dejando el sombrero sobre un aparador, tomando después una silla y sentándose con verdadero gozo al lado de su madre.

—¿Y qué tal?

—Nada. Que no hay medio de que se resigne a entrar en el hospital... ¡Psch! Y en medio de todo tiene razón. ¿Qué va a hacer su hija sola y con diecisiete años encima?

—Buscarse una casa en donde servir, ya que no quieres que venga con nosotros.

—¡Si en casa de Soledad la quisieran admitir! Pero... ¡si a mí no me admiten!

—Algo me está chocando el orgullo de esa niña, Luisito...

—No, mamá, no es orgullo, es prudencia.

—Rara me parece esa prudencia. Ya sabes que doña Luisa, con sus ínfulas de marquesa, puede creer que su sobrina es digna de... de algún marqués.

—¿De quién? ¿de Antonio? ¡Ca! ¡Si ni ella piensa en él ni él en ella! Esta noche tiene que contestar a mi última, y si me da esperanzas tú misma puedes visitar a su tía.

—Ya veremos, hijo mío, que tiempo hay de todo. Dime: ¿le dejaste algún dinero a la señora Rosario?

—Al salir le di un billete a su hija. A ella no me atrevo a darle dinero mano a mano. Me imponen respeto esas almas que han vivido en la opulencia y se encuentran de pronto cara a cara con la miseria. Para con ellas la caridad debe ser muy prudente. ¿No te parece, mamá?

—¡Pobre Rosario! ¡Hace un año tan rica, y hoy vi-
viendo de lo que nosotros le damos! ¡Virgen mía del Rosario, libra a mi hijito de semejante prueba!

Y como si viese ya a su Luis camino de la ruina, la pobre enferma le estrechó contra su seno y le hizo en la frente la señal de la cruz.

Luis subió a su despacho y la madre se quedó pensando en la desgracia de su amiga. Era una compañera de su juventud en Andújar, hija única de un acomodado registrador de la Propiedad, de esas santas a quienes Dios prueba con todo linaje de contradicciones, porque los prepara en el cielo para grandes coronas.

Muerto su esposo en una cacería de Sierra Morena en las garras de un lobo, y mal administrada aquella hacienda por las manos caritativas pero demasiado prodigas de la viuda, no le quedaba de aquella grandeza más tesoro que una hija acostumbrada cuando pequeña a dirigir el elegante *landeau*, y que ahora quería comenzar a acostumbrarse al trágico de criada, cuando tuviese la dicha de encontrar quien la admitiese.

Por eso la madre de Luis la visitaba todos los sába-

dos, y cuando ella no podía hacerlo mandaba a su hijo, que al salir de la habitación aquella tarde había dejado el billetito de veinticinco pesetas, que a Soledad pareció cartel de desafío lanzado contra ella.

Y lo cogió de tal modo, que aquella misma noche lo contaba por medio de un mensaje, que vino a caer como una bomba en casa de Luisito Peralta.

Era un billetito escrito con rasgo de nerviosísima mano y metido en un sobre, que Luis abrió a las once de la noche, y leyó con ojos espantados y tiró sobre la mesa mientras se mordía los labios hasta hacerles saltar la sangre.

“Sr. D. Luis Peralta:

”La hipocresía no siempre triunfa; a veces se la puede desenmascarar. No vuelva a seguirme ni a escribirme porque todo será en vano. Mi primo Antonio es más caballero.

SOLEDAD.”

—¡Es cierto, es cierto! Doña Luisa tiene ínfulas de marquesa y ha creído que su sobrina es digna de un marqués.

Y bajó como un cadáver, pálido, convulso, para decirle a su madre que su corazón había salido profeta.

XV

La maldición de una madre

La noche siguiente no faltaron a la novena de la iglesia del Salvador ni Soledad ni su vecina, aunque esta vez cada una asistió con una preocupación distinta.

La primera, mirando de reojo y sin querer mirar hacia el sitio donde la sombra de las noches anteriores solía colocarse, como si quisiese con aquellas furtivas miradas indicar a la sombra que se desvaneciese de allí, para ver si poco a poco lograba que se borrara también de su corazón.

La amiga de Soledad tenía otra preocupación muy distinta.

Como al día siguiente era el cumpleaños de su mamá, pensaba al salir del templo pasarse por la calle de Chicarreros, esa calle que desemboca en San Francisco y que tan célebre se ha hecho por su ricas joyerías.

En efecto: apenas concluyó la función en la Iglesia, dirigiéronse ambas hacia la plaza de San Francisco, temiendo que las tiendas se cerrasen.

La sombra les siguió a distancia; pero Antonio, ni en la iglesia había estado, ni en la puerta, como otras veces.

A Soledad no le extrañó, y a la amiga le extrañó mucho menos, porque distraída como iba pensando

en qué alhaja pudiera comprar a su madre que fuese del gusto de ella, ni paró mientes en la ausencia del galán.

Muy pocos minutos les bastó para encontrarse en medio del gentío que inunda siempre la calle de las joyerías.

—¿Adónde va la sal de Sevilla?—les dijo D. Eduardo, que con aire de distraído miraba las joyas de un escaparate tan lleno de focos eléctricos que deslumbran la vista.

—A comprar algunas chucherías que se presenten por las tiendas—respondió afablemente la joven.

—Oye, ¿has visto a tu tía?—prosiguió D. Eduardo poniéndose como por distracción a la puerta de la tienda para que Soledad y su vecina no pudiesen entrar.

—No, casualmente mañana pienso ir a comer con ella, porque tengo que decirle una cosa.

—¿Y has visto por ahí a tu primo?—y el caballero se puso entonces en la mitad de la puerta.

—Tampoco. Y es lo que yo pregunto: ¿cómo es eso que no está con usted?

—Se ha quedado en el Círculo Mercantil con un amigo.

—¿Quiere usted entrar aquí con nosotras?—le dijo bruscamente Soledad, dispuesta a penetrar en aquella joyería para que su amiga buscara lo que en dos o tres ya recorridas no había encontrado.

—No entréis aquí—repuso con aplomo D. Eduardo.

—Aquí no encontrarán nada de particular. Venid conmigo a "La Corona de Oro", que me conocen y os servirán muy bien.

—Soledad, Soledad—chilló su amiga, que se había separado algún tanto para mirar el escaparate,—¡mira,

mira qué pendientes más lindos! ¿Los ves? Aquellos en forma de lira.

—¡Ah, sí, primorosos! Vamos a ver cuánto valen.

Don Eduardo no pudo defender la entrada por más tiempo.

En aquel instante en que ellas penetraban en la lujosa tienda, salía Antonio metiendo en su cartera un fajo de billetes de Banco.

El joven venía algo trémulo, pero al encontrarse con su prima se quedó con el rostro como el de un cadáver.

—¿Qué es eso, Antonio? Pero no estabas en el Círculo Mercantil?—y Soledad clavó sus ojos con extrañeza en aquel rostro de difunto.

—No... estaba... comprando un regalo que quiero hacer.

—¿Y se podrá saber para quién es ese regalo?

—Era... para... mamá.

—¿Y a qué santo?

—Para... su cumpleaños.

—¡Pero si su cumpleaños es en Junio! Dime con franqueza, ¿qué hacías aquí?

Antonio sudaba. Al fin encontró una salida, y dijo como decidido a confesar la verdad:

—Pues te lo diré con franqueza. Quería hacerte un regalo.

Soledad cayó entonces en la cuenta de la mentira del tío y la turbación del sobrino.

—¡Ah, pillín, y te he cogido *infranganti!*—y dándole un golpecito cariñoso en el hombro le dijo:—Ve por casa de doña Luisa pronto, pero muy pronto, cuanto antes, porque quiero darte una buena noticia.

—¿Quieres que vaya mañana?

—Cuando quieras. Voy a quitarte tres meses de vida.

—No te entiendo.

—Ya lo entenderás mañana. Adiós, y guarda bien eso que has comprado para que yo no lo vea.

—Bueno, iré mañana a "Villa Luisa". ¿Quieres que sea mañana.

—Sí; hasta mañana, Antoñito.

—Hasta mañana.

—Que no faltes.

—Descuida, que no faltaré.

Soledad se quedó en la puerta de la joyería riéndose del susto que había hecho pasar a su primo; le vió salir, unirse a don Eduardo y decirle distintivamente estas palabras:

—Es un avaro. ¡Mil por el anillo y dos mil por la pulsera!

—¡Jesús!—se dijo Soledad con verdadera pena—
¡Pobrecito! ¡Gastar tanto dinero en mí cuando apenas si tiene para él!

Y el corazón agradecido de Soledad, olvidado por completo de Luis, se inclinó todo entero hacia su primo.

Don Eduardo y Antonio se perdieron en el sin fin de gentes que cruzaban la calle, y la joven se acercó al mostrador acompañada de su amiga.

—¿Qué se ofrece, señoritas?—preguntó el joyero, hombre ya de bastante edad y muy amable.

—Aquellos pendientes en forma de lira que están en el aparador de entrada, ¿cuánto costarán?

—Tú, Suárez, trae esos pendientes que dicen estas señoritas.

El aludido se dirigió al escaparate, y tras él la amiga de Soledad para indicarle el objeto; pero Soledad quedóse mirando en la vitrina de dentro, para ver si en-

contraba otra cosa más de su agrado, escuchando casi sin pretenderlo una conversación del señor de edad con otro más joven que tenía una cajita en la mano.

—¿Qué tal?

—No es malo el negocio. Mil por el anillo y dos mil por la pulsera.

—¿Es oro de ley?

—Veinte quilates.

—¡Buena ganga!—y en voz más baja le dijo unas palabras que no pudo oír Soledad.

—¿Y a mí que me importa?—respondió el otro.

—¿Serán los de esa señora?...

—Me lo sospecho. Por eso los mandaré mañana mismo a Barcelona.

Soledad, que había comenzado a oír la conversación por curiosidad de mujer, siguióla con interés y acabó por oírla con espanto, fingiendo estar distraída para no excitar sospechas.

Ya no le cabía duda. Había descubierto un crimen, pero un crimen atroz.

—Mira, mira qué relindos son—vino gritando la amiga, que al reparar en Soledad se quedó de una pieza.—Pero... ¿qué te pasa? ¿Te has puesto enferma?

—Nada, nada. Un pequeño mareo que me ha dado.

—¿Ves qué preciosidad?

—Sí, pero déjame, que necesito tomar el aire.

—Señorita, siéntese—le decía el joyero acercándole una silla—. Tú, Suárez, trae un refresco del kiosco de ahí cerca. Siéntese usted, por favor.

—No, si no es nada—decía Soledad procurando serenarse—. Dentro de media hora volveré. Hagan el favor de no cerrar la tienda, que en seguida estaré aquí. Me esperarán, ¿verdad?

Y las dos niñas salieron de la tienda, que la amiga de Soledad bautizó con el nombre de "La joyería del desmayo."

Apenas Soledad pudo zafarse de su amiga, que creyó lo más prudente llevarla cuanto antes a su casa, comenzó a poner en práctica su plan, ya meditado al salir de la tienda.

Aquel corazón generoso abarcó de una ojeada la importancia del negocio que iba a emprender.

Lo primero, volver aquel tesoro a doña Luisa, más rico para ella, por lo que en sí suponía, que el valor material de las joyas. Lo segundo, salvar la reputación de su primo, tan comprometido en aquella acción, caso de descubrirse la infame venta.

A toda prisa, temiendo encontrar ya cerrada la tienda, y que al día siguiente fuese ya tarde para la realización de su deseo, se encerró en su habitación y tiró del cajoncito de sus alhajas.

Ella tenía en dinero lo más unas mil pesetas, pero sus joyas suponían una inmensa fortuna.

Dispúsose a perderlas todas.

Era ya muy tarde, las once de la noche, y la joven no había salido jamás a aquellas horas, y menos ella solita, y por eso tuvo miedo, muchísimo miedo.

Tuvo que oír muchas sandeces por el camino, sobre todo al atravesar la calle de Génova, de donde empezaba a desaparecer la gente decente para dejarle el paso a los canallas y viciosos.

Atravesó la plaza de San Francisco y entró en la calle de Chicarreros, con el corazón latiéndole fuertemente de incertidumbre y de zozobra.

La tienda estaba abierta, y dentro los tres ya conocidos.

—¡Ah, señorita! ¿Está usted mejor?—le preguntó el viejo con cariño.

—Sí, señor, muchas gracias.

—Aquí tiene usted los pendientes. Se los daremos muy baratos. Casi de regalo.

—No, si no es eso lo que vengo a buscar—le replicó la niña con nervioso acento.

—¡Ah!...

—Dispensen que les hable claro; pero entre gente de negocio conviene usar poca retórica.

—¡Ah!...

—Usted ha comprado esta noche al joven que salió antes de mí un anillo con dos brillantes y una pulsera de oro.

—¡Yo!... ¡Señorita!... ¡A usted le dura todavía el vahído!

—Mire, esas son salidas que a estas horas y con las prisas que traigo no vienen a cuento.

—Señorita, dispéñenos; pero íbamos a cerrar ya la tienda. Mejor será que venga mañana.

—Mañana será tarde; porque esas joyas estarán ya camino de Barcelona.

Los tres dependientes se miraron con estupor. Estaban vendidos.

Soledad había con aquella declaración ganado la partida.

—No crean—repuso con acento dulce e insinuante—que vengo a delatarlos. Si ustedes me venden esos objetos, yo me callaré, pero si no quieren vendérmelos, esta misma noche daré parte a la autoridad, y veremos a ver lo que pasa.

—Mire—respondió el viejo, con la turbación pintada en el rostro—, yo creo que usted se equivoca. Es cier-

to que ese joven nos ha vendido lo que usted dice, pero son joyas de su madre.

—Precisamente lo que yo sospechaba. ¡Por Dios! Reparen bien en mi angustia. Miren que vengo solamente a salvar la honra de uno de mi familia. Traigan esas joyas que yo las vea. Esas que están en aquella cajita que usted colocó sobre la repisa. ¿Ve? aquella cajita que está allí.

Soledad señalaba a una repisa que se alzaba cerca de la puerta de la trastienda.

Los tres estaban turbados hasta la exageración. Allí no había por otra parte señal alguna de espionaje, sino de hondísima pena. Por eso el viejo alcanzó la cajita y se la mostró a Soledad, diciéndole:

—¿Son éstas?

La niña dió un grito.

—Estas, estas son.

Y luego prosiguió con una alegría loca, casi fuera de sí:

—Y ¿cuánto le hubiesen dado por ellas en Barcelona?

—Mucho, mucho. Son joyas de gran valor.

—Pero, ¿cuánto?

—Por el anillo, quizá diez mil pesetas.

—¡Y lo han comprado por mil! ¿Y por la pulsera?

—Quince mil, lo menos.

—Cinco mil duros, ¿no es verdad? Mañana los tiene aquí. ¿Qué quieren ustedes en prenda? ¿Quieren estas otras joyas mías? Escojan. Ahí están—y Soledad mostró en una cajita de plata un tesoro en alhajas.

El joyero se enterneció ante semejante prueba de honradez.

—Señorita—le dijo—, me basta que usted empeñe su palabra de no mostrar a nadie esas alhajas.

—Descuide, que nadie sabrá lo ocurrido aquí entre nosotros. Tome en fianza ese collar.

Soledad se despidió de los tres y volvió a lanzarse solita por las calles para desandar lo andado, temiendo a cada paso un encuentro importuno con los que pasaban por su lado, con las caras tan feas y tan atrabiliarias.

—¡Qué bien ha salido todo!—se decía apretando con convulsa mano el estuchito. No parece malo el viejo-ese de la tienda. ¡Si no fuera tan avaro!... ¡Y quién lo iba a pensar! ¡Antonio ladrón, y ladrón de su misma madre!... Virgen santa del Carmen, ¡qué Providencia tan grande has tenido conmigo!

Entró en su casa, dejó el estuche sobre el lavabo, y entonces miró instintivamente al calendario, que le dijo con sus negros y enormes caracteres:

“Estamos a 30 de Marzo. Le queda un día de existencia al mes.”

Soledad pasó la noche sin poder conciliar el sueño. Dos eran los pensamientos que atraían su atención. Uno de inmenso júbilo al poder llevar al día siguiente las preciosas joyas a su tía. Otro, de asco, de rabia, de inmensa repugnancia hacia su primo, junto con un miedo grande al pensar que había estado a dos pasos de caer en las manos de aquel malhechor para ser desgraciada por todo el resto de su vida.

Al día siguiente muy tempranito tomaba el tren y llegaba a “Villa Luisa” con los primeros rayos del sol y con los primeros gorjeos de los ruiseñores, que saltando por las acacias y magnolias del jardín, daban los buenos días a la caritativa señora que les concedía gratuitamente el albergue y la comida para sus nacientes polluelos.

Iba, por supuesto, la niña decidida a no contar ni una palabra de Antonio, porque eso sería matar a su tita de un sofocón.

La niña, después de los abrazos y besos de ordenanza, condujo a su tía hasta el saloncito de recibo, y sin poderse contener se arrojó al cuello de la señora diciéndole entre mimos y caricias:

—Titita, ¡qué alegrón le voy a dar!

—¿Qué, has arreglado cuentas con mi hijo?

Este nombre le produjo un escalofrío, que recorrió su cuerpo todo; pero Soledad pudo dominarse y prosiguió:

—No, por ahora no hay nada de eso; pero... tita, ¿se lo digo?

—Anda, tontuela, no me tengas tan impaciente.

—Mire, mire, tita Luisa, el regalo que le traigo.

Y con transportes de infantil alegría le pasaba por los mismos ojos las dos joyas tan ricas.

Doña Luisa retrocedió dando un grito de gozo. Tomó las alhajas en su mano, las miró, las remiró, les dió vueltas por todos los lados y exclamó, por fin, fuera de sí:

—¡Oh! Sí, sí, son ellas, son las mías; este es el anillo; sí, el mismo; mi pulsera, la misma, la pulsera de mis antiguos bailes... El regalo de mi madre... ¡Oh, Soledad, Soledad, qué ángel tan bueno eres!...

De pronto se quedó pálida, retrocedió unos pasos, miró con ojos extraviados a su sobrina, y le preguntó con miedo:

—Soledad, ¿y quién te ha dado estas joyas?

Soledad se comenzó a poner también muy pálida; pero pudo de nuevo disimular, y le contestó soltando una nerviosa carcajada:

—¡ Oh, tita, qué preguntona es usted!

—Dímelo, dímelo, dímelo, por Dios. ¡ Sácame de esta duda cruel!

—¿ Pero me guardará el secreto?—le dijo Soledad con una voz mimosa y abrazando el cuello de su tía.

—Sí, hijita, sí, todo lo que quieras, pero dime: ¿ quién te las ha dado?

—Pues las he comprado en la tiendecita donde el ladrón las acababa de vender.

Doña Luisa no se dió por satisfecha. Sentía un sudor frío, una especie de vértigo, de miedo mezclado con deseos de oír por fin un nombre y siguió preguntando, acosando a la pobre niña, que sentía por momentos que iba perdiendo la serenidad.

—Pero... el ladrón, ese ladrón... ¿ quién era?... Lo conoces, ¿ verdad?

Soledad sintió la misma impresión de su tía. Su cara le vendía. Estaba como la cera.

—No, tía, no quiera saber tanto...

—Dí, prendita mía—le dijo entonces doña Luisa con acento mimoso, suplicante—. No quieras ser cruel con esta pobre madre, que hace muchos días que no vive. Dímelo todo, todo, ¿ lo oyes? Todo. Dí, ¿ le viste? ¿ Lo han descubierto? ¡ Dímelo, dímelo!

Soledad no pudo más. Por única respuesta rompió en un llanto amargo, se abrazó a su tía y ocultó su rostro en aquel pecho transido de dolor y de vergüenza.

Doña Luisa se abrazó a su sobrina, rompió también a llorar y murmuró con un tono donde se reconcentra toda la hiel de su corazón:

—¡ Lo sabía, lo sabía! No pudo fingir la voz cuando llamó a *Leal*.

Y luego, con acento más abatido, con voz tan baja

como si temiese oirse a sí misma, le dijo pegando su boca a las sienes de la niña:

—¡Soledad, Soledad! ¡Si vieses qué vergonzoso es ser madre de un ladrón!

Así permanecieron algunos momentos, y así hubieran seguido, consolándose mutuamente con lágrimas, si no hubiese interrumpido bruscamente aquel cuadro la presencia de un personaje, que abrió la puerta sin pedir permiso, y entró de rondón en el saloncito tarareando entre dientes una seguidilla.

Era Antonio, que acudía a la cita dada por Soledad.

El joven, que venía con cara de pascuas, retrocedió al ver el cuadro, y se quedó clavado en la puerta.

Doña Luisa alzó la frente y vió a su hijo. Una ola de sangre se agolpó a su rostro; la santa indignación del honor ultrajado se levantó poderosa, indómita, en su pecho, y entonces la dama, frenética, demudada, loca, agarró con dedos crispados el estuche, se lo mostró a su hijo, y...

—¿Ves?—le dijo con sonrisa sarcástica—¿Ves? Ya vino otra vez a mis manos. Ya es mío, ya es mío este tesoro. ¿Lo quieres? ¿Lo quieres? Di. ¿Lo quieres otra vez? ¿Sí? Pues tómalo, hijo maldito.

Y en un arranque de locura arrojó el estuche a la cara de su hijo, y cayó en el sofá dominada por una carcajada histérica, satánica, demente.

Antonio avanzó hacia su madre con el paso vacilante y como si el peso de todos los remordimientos de su vida gravitasen entonces sobre sus hombros: pero se encontró con Soledad, que se interpuso, y señalando la puerta con la mano, imperiosa, le gritó:

—¡Atrás, canalla!

—¡Perdón!—rugió Antonio con voz ronca.

—¡Maldito! ¿Lo oyes? ¡Maldito! ¡Maldito!—y la madre se retorció en el sillón como una loca.

—¡Madre! ¡Madre!—gritó Antonio de rodillas y con las manos juntas y vueltas a doña Luisa.

Soledad, viendo la angustia que a la dama producía la presencia de su hijo, sacó fuerzas de su misma debilidad, abrió la puerta, y señalando la verja del jardín, le dijo al ladrón con un sublime arranque de imperio:

—¡O sales al punto por esa puerta, o llamo a gritos a la justicia!

Antonio conoció entonces su terrible situación. Dejó caer los brazos con abatimiento y se dirigió a la puerta llorando y moviendo la cabeza, mientras murmuraba:

—¡Oh, este es el mayor castigo de mis crímenes! ¡La maldición de mi santa madre!

A pocos instantes desapareció por la verja.

Doña Luisa le vió partir. Se levantó de la butaca, y con toda la fuerza de sus pulmones le gritó desde la puerta:

—¡Hijo sin conciencia, llévate como última herencia de mi casa la maldición de tu madre: ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!

Y volvió a caer sobre la silla sin fuerzas y sin alientos.

Fueron las últimas palabras que Antonio oyó de la boca de su madre.

Fué la última vez que doña Luisa vió en la vida a su Antonio.

XVI

Transición

¿Y cómo don Eduardo había comenzado a corregirse? Ni se sabe.

Es lo cierto que vivía en el cortijo de las Pajuelas como administrador de los bienes de su hermana; que estaba casado con Marina, la mayor de las de Rebolledo; que las tres hermanas vivían con él en el cortijo, porque la madre había muerto cristianamente, y que tanto él como ellas vivían felices, en cuanto puede vivir feliz un matrimonio en el cual a la esposa le gustaba mucho ir a Córdoba y a Sevilla para divertirse, y al esposo le gustaba mucho ir a Sevilla o a Córdoba una pequeña temporada para echar, como él decía, una cana al aire.

Por lo demás, los disgustos eran pocos, los braceros estaban contentos con el trato de su amo, y doña Luisa casi tan contenta como los braceros de la administración y relativa honradez de su hermano.

¿Qué más se podía pedir de don Eduardo?

Doña Luisa, que vivía nuevamente en Sevilla, y con su sobrina Soledad, no se sabe si por un aire que tomó alguna mañana, o por los malos aires de tantos disgustos, es el caso que, casi baldada, avejentándose por momentos, sin salir a la calle meses enteros, pasaba una vida intranquila y azarosa, endulzada solamente por las caricias de su sobrina, que no se apartaba nunca de su lado.

Luisito Peralta entraba ya en casa de doña Luisa,

deshecha ya la borrasca de la Andujareña, y una de las cosas que más divertían a la enferma señora era el fijarse en el contraste formado por ambos caracteres: el uno, tímido, irresoluto; el de la otra, franco, abierto, resuelto para todo.

—¡Oh, si mi Antonio hubiese guardado esa timidez!—se decía la pobre señora clavando sus ojos en Luis.

Sin embargo, Luisito no era tímido con esa timidez mujeril y amanerada, sino con la timidez que da la educación cuidadosa y cristiana.

Aquel que en las visitas y salones, en la iglesia o en su casa, parecía un cordero, se había convertido más de una vez en león cuando le zaherían, o por exceso religioso, por su abstención continua de placeres ilícitos y peligrosos.

Estos caracteres, que no son tan escasos como a primera vista parece, sino que abundan, gracias a Dios, bastante entre los que se han criado al amor de una madre de verdadera fibra cristiana, o protegido por su mismo temperamento, poco simpático al resto de las gentes, son dignos de estudio.

Son un contraste de mansedumbre y energía, de timidez y de arròjo, que sólo se explica achacando su encogido rubor al continuo vencimiento de sus pasiones y de su mismo fogoso temperamento.

A fuerzas de abstenerse de esos desahogos pecaminosos que echan el alma a las espaldas y dan cierto tinte de soltura elegante, aparecen en la sociedad como destacados del cuadro, como separados de su propio centro, porque su centro no esa esa sociedad que miente, que blasfema, que más o menos solapadamente está rindiendo tributo al vicio y al deshonor, sino ese gru-

po pequeño que se ha hecho desde su infancia esclavo del deber y la virtud.

Estos hombres irresolutos y apocados a los ojos del mundo, porque no quieren inclinar la rodilla ante el ídolo de oro, y prefieren ser expulsados de una oficina o de un ministerio antes de manchar sus manos con un crimen de desfalco, o doblar la frente ante la bestia del Apocalipsis, no pueden mantenerse a esa altura tan colosal ni resistir los embates de las borrascas que a la continua les acometen, ora con los malos ejemplos de sus amigos, ora con solicitudes de ganancias temporales, no pueden, digo, resistir esos embates sin un carácter de los de acero, sin un temple de alma finísima y probado hasta la saciedad.

Este, poco más o menos, era el carácter de Luisito, con su cara pálida, algo teñida de color de rosa, sus bigotes rubios y sedosos, su modo de andar y sus modales todos rebosando incertidumbre y hasta algo de añamamiento.

Bastante había influido Luis en don Eduardo con las eternas disputas que tenía con él sobre religión, que aunque no le agradaban mucho a Luisito, no dejaba de hacerles frente cuando la ocasión le invitaba... Pero sin duda influyó más con su buen ejemplo, porque el ejemplo es el mejor argumento para convencer a los malos.

Otro de los que más influían en el ánimo del administrador del cortijo de las Pajuelas, era el tío Marianito, quien *a propósito de cañones*, y viniera mal o bien, le endosaba cada píldora en su alma, azucarada con la gracia de que la revestía, que apenas si su amo se daba cuenta de ellas hasta que habían surtido algún efecto.

—Mire, don Eduardo—le decía unas veces, sentados amo y criado al amor de la lumbre en el rigor del invierno—. Cuando usted acabe de asentar la cabeza del todo, quito del altar mayor de la iglesia ese santo con barbas, que creo que es San Joaquín, y le pongo a usted así como está, de carne y hueso.

—¿Y qué le falta a Eduardo para asentar la cabeza? replicaba Marina, deseando que el criado remachase el clavo.

—Lo primero, el no ir tanto a Córdoba, porque Córdoba está en un hoyo, y el aire que allí se respira no es tan amoroso como el del cortijo.

—¿Y lo segundo?—le preguntaba riendo el amo.

—Lo segundo, mi amo, que le cobre más amor a los bueyes, que mejorándole a usted, son las mejores piezas que labran tierra cordobesa.

—¿Pero crees que no les tengo amor?

—Sí, mi amo. Pero... mire, es un decir que yo digo ahora. Le tienen ellos más amor a usted que usted a ellos. Perdone, D. Eduardo, y como que Dios me tiene que tomar residencia de lo que voy a decirle: Créame, la vida del cortijo es una cosa así... como... como el tabaco. El primer cigarrillo marea, el segundo no sienta mal, del último se tira la colilla en la sepultura. ¡Si viese usted los vicios que se sudan y se echan fuera en esos campos de Dios, que en la ciudad se quedan dentro del alma y la pudren! Yo creo que el camino de Córdoba sería para los hombres como el camino de Ceuta, donde dicen que llevan a los malhechores.

El tío Marianito no sólo procuraba alejar de la ciudad a su amo con semejantes pláticas, sino que, conociendo bien su flaco, que era divertirse lo más posible, le distraía también ora con cacerías a Sierra Morena,

ora con subidas al santuario de la Virgen de la Cabeza, que reina en aquellas soledades esperando continuamente las visitas de sus hijos, ora con fiestas de campo, donde amo y criado se ponían alegritos y quedaban con ganas de repetir la función.

* * *

De Antonio no se sabía nada o casi nada.

Doña Luisa supo que al dejar la casa materna con la maldición encima había huído a Madrid, de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona, donde se ganaba la vida escribiendo en una de las revistas pornográficas que tenían su cloaca en las escuelas libres, y cuyo hedor pestilente, atravesando los mares, corrumpía y pudría hasta el dulce y tranquilo ambiente americano.

Varias cartas de reconciliación había recibido de Antonio, pero a ninguna contestaba su madre, pues sabía muy bien que mientras su hijo no dejase la charca de los vicios donde su hundía cada vez más y más, toda concordia era momentánea, toda promesa de conversión era bastarda, era pura hipocresía.

A Soledad llegaban también de cuando en cuando las cartas llenas de cariño y de promesas, pero ya la amistad con ella era imposible.

Después supo doña Luisa que su hijo, por complicaciones manifiestas en un motín anarquista en Reus y por sospechas de complicación en una de las bombas que estallaron en la Rambla de las Flores de Barcelona, estaba preso en el correccional de Tortosa, donde había rehusado confesar con uno de los Padres que estudiaban Teología en el Colegio de Jesús, y que le había conocido en el Colegio de Málaga.

Las últimas noticias eran de que Antonio, con el honrado puesto de mozo de café en el Hotel Colón, que adorna con su magnificencia la plaza de Cataluña, pasaba la vida enredado en las tramas de los *clubs* anarquistas, que pululan entre la clase baja de la capital del Principado.

Así estaban las cosas dos años después del desenlace que tuvo el famoso trance del anillo, y poco antes de que se desarrollen las escenas que van a seguir.

Y éste era el estado de cosas cuando Luisito y su madre, Soledad y su tía, don Eduardo y las de Rebolledo pasaban los calores del verano en el célebre balneario de Marmolejo, todo por hacer algo llevadera la vida de aquella pobre madre, cuyo cuerpo se iba llenando de achaques a medida que su espíritu se llenaba de hiel y de amarguras.

El campo de operaciones de este *intermezzo* o compás de espera, es la fonda conocida con el nombre de "Casa de Manuela Muñoz".

Esta buenísima mujer tenía su casa a la entrada del pueblo, conforme se viene de la estación, y allí acuden todos los *aguanosos* que, huyendo las etiquetas y cuantiosos gastos del Hotel de los Leones o de la Española, querían pasar una temporada tranquila, bien cuidados y sin que después su bolsa bajase con achaques de propinas y extraordinarios como bajaban sus carnes a poder de achaques nefríticos o hepáticos.

Prueba de lo mucho que agradaba el trato de esta casa puede ser la proporción de *aguanosos* que a ella concurrían, contándose, en general, cien en su fonda por cada veinte de las demás.

Doña Manuela Muñoz era una señora ya anciana y que se había persuadido firmemente de que cada uno de

los que venían a su fonda era un hijo suyo enfermo, y como a tal los cuidaba con maternales entrañas, llegando su flaqueza hasta tratar al mismísimo Primado de las Españas, Fr. Ceferino González, con el cariñoso epíteto de "hijito mío".

En esta fonda volvió a encontrarse la familia de Haro con aquel Padre Gómez, antiguo inspector de Antonio y de Luis.

Allí volvió a ver el Padre Gómez a Luisito Peralta, quien se hizo su eterno compañero de paseos, y que sin respetos humanos oía misa todas las mañanas, recordando con verdadera fruición tiempos añejos de colegio, y que en la mesa redonda de la casa de huéspedes solía poner los puntos sobre las *ies*, ora a las puntaditas de don Eduardo, ora a las cuchufletas de mal género con que amenizaban las comidas cierto pedantillo, comisionista de una fábrica de taponés de corcho, a quien Soledad había bautizado, a causa de su eterna charla, con el nombre de *sacamuélas*.

Este impío y corrompido comisionista, que ahora hace falta conocer, se dió en aquella fonda un trato más al por mayor que la fábrica a la cual representaba; pero pagó el hospedaje cariñoso de la dueña más al por menor que los mismos ropavejeros de la calle de Regina.

Sin embargo, divertía muchísimo a los comensales, sin duda para pagar en algún modo lo que en metálico estaba decidido a no pagar, con salidas extemporáneas, y de las cuales solía salir con las manos en la cabeza.

—*Pater meus*—decía una vez, ya de sobremesa, dirigiéndose al Padre Gómez, mientras se limpiaba pulcramente los bigotes con la punta de su servilleta para lanzarse después a un enorme vaso de rico vino de Mon-

toro—, *Pater meus*, ¿a que no sabe usted en qué se diferencia un Obispo católico de un jumento, dicho sea con perdón de los comensales?

—¡Qué jumento es ese tipejo!—dijo en voz baja Luis, que se sentaba al lado del Jesuíta.

El Padre no hizo caso y siguió hablando con Peralta.

—Vamos, dígame, *Pater meus*—insistió el *sacamuellas*—, ¿no sabe usted en qué se diferencia un Obispo de un asno?

—Ni quiero saberlo—le contestó con desprecio el interpelado.

—¡Que lo diga él mismo, que lo diga él mismo!—gritaron varias personas, entre ellas don Eduardo, que siempre le seguía la cuerda.

—Pues señores—dijo con gran prosopopeya el comisionista, mientras Soledad desmenuzaba con rabiosos dedos las migajas de pan que tenía delante—, pues, señores, se diferencian en que el Obispo lleva la cruz en el pecho, y el jumento la lleva a la espalda.

Una descompasada gritería recibió la bárbara ocurrencia del tipejo, que se echó entre los dos sitios indicados el enorme vaso de vino; mientras don Eduardo, su admirador, se levantaba de su asiento para darle cariñosamente unos golpecitos donde el jumento lleva la carga y donde aquel *sacamuellas* llevaba la conciencia, que es la carga de los tontos de su ralea.

Soledad se fué a levantar de la mesa, pero la detuvo el ver que Luis se levantaba para preguntar al necio con voz trémula y algo destemplada:

—Oiga usted, *niño vaina*, ahora me toca a mí ponerle a usted otro acertijo. ¿En qué se diferencia un jumento de un comisionista de tapones de corcho?

La gente toda de la mesa miró con ojos llenos de cu-

riosidad a Paquito Ramos, que así se llamaba el *sacamuélas*, el cual se quedó algo cortado.

—Vamos, hombre, usted que es tan agudo como la punta de un jergón—le dijo la mamá de Luisito con mucha sorna—, adivine el acertijo.

—Un comisionista... Se diferencia de un burro...

—Sí—le interrumpió Soledad—, usted de un...

—Francamente—respondió el pobre Ramos desconcertado—, no lo puedo descifrar. No veo la diferencia.

—¿Que no ve la diferencia?—le gritó con coraje Peralta.—Pues ni yo tampoco la veo.

Una nutrida salva de aplausos, de risotadas, de guiños, acogió la solución del acertijo, que no produjo, sin duda, un conflicto, porque ya Luisito la noche anterior había enseñado las uñas al asqueroso *sacamuélas*, cuando éste se atrevió a convidar a Soledad para un vals, a lo que ésta le contestó volviendo la cara con desprecio, y Luisito, acercándose al grupo más despacio y con los dedos pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, le endosó este saludo:

—Si se acerca usted otra vez a esa joven, no vuelve usted a vender tapones en toda una eternidad.

Como el *sacamuélas* le tenía a Luis un miedo cerval, procuraba esquivar su conversación, y se ladeaba hacia don Eduardo, que aunque buen cristiano en su concepto, pues iba a misa los domingos con doña Marina y hasta pedía a los Padres algunas medallas para su hijo Eduardito, niño de unos meses, hermosazo y rubio como un ángel, sin embargo, no perdía ni una noche de tertulia en el casino que había enfrente de la iglesia, ni dejaba de echar de cuando en cuando su cuarto a espadas en la timba que se formaba todas las noches, bien cerquita, por cierto, de la iglesia.

Varias habían sido las expediciones organizadas por el *sacamuélas*; unas, decentes, como lo fué la de Andújar, y, otras, no tanto, como las comilonas que se tenían en un repecho formado por la carretera de Jaén, poco después de atravesar el hermoso parque del balneario, a orillas del Guadalquivir.

Y como llegaba en Córdoba la feria de Septiembre, conocida con el nombre de feria de la Fuensanta, que los cordobeses celebran con tanta solemnidad, que hasta hay entre ellos quienes la creen mejor que la de Abril de Sevilla, varios jóvenes de Marmolejo, inducidos por Ramos, dispusieron una excursión a la ciudad de las ermitas, con objeto de pasar unos días de juerga, contando con el dinero de don Eduardo y de otros primos, amigos de diversión.

A don Eduardo le dolía mucho dejar, aunque por unos días nada más, a su hijo, que por entonces andaba un poco fastidiosillo y algo febril a causa de la dentición. ¡Era tan mono! Y por otro lado, ¡muda tanto la conducta de un mal padre el sereno mirar de los ojillos azules del primer serafín que Dios le envía para apartarlo del mal y llevarlo al camino de la salvación! Como que don Eduardo se pasaba horas enteras con el roorro en los brazos, sin pensar en otra cosa que en ser bueno y en mudar de conducta para que el vaho de sus vicios no diese repugnancia al alma de su hijito, aquella alma que se asomaba por el cielo azul de sus ojos para sonreírle y para llenarle de escrúpulos y de remordimientos con su sonrisa.

Pero por otra parte deseaba redondear el negocio comenzado de la venta de unos muleros y la compra de cinco bueyes, y... ¡le habían ponderado tanto la calidad de una yunta, que querían vender ciertos ganaderos

de Linares!... Desaprovechar aquella ocasión era dejarle crecer el pelo, cuando a la ocasión la pintan siempre calva.

Por supuesto, cuando se enteraron del caso su hermana y su esposa, hubo en las habitaciones que en la fonda ocupaban una de San Quintín.

Doña Luisa chillaba que no hacían falta más bueyes en su cortijo; Marina, que los muleros que iba a vender eran los mejores que pastaban la hierba del cortijo de las Pajuelas; hasta Soledad metía baza en el asunto, con que todo aquello era trama del condenado *sacamuélas*, que lo quería llevar a Córdoba para tomarle de primó.

—Miren—concluyó por decir don Eduardo con enfado—, déjenme, que no soy ningún niño.

Todos temían, sin saber por qué, aquella marcha; pero el ángel de la Justicia divina sabía muy bien por lo que era.

También lo sabía, que al verle en la pequeña estación de Marmolejo despedirse de la enorme comitiva que había salido a despedir a don Eduardo y a los excursionistas, comenzó a levantar sus ojos al cielo esperando la hora señalada por Dios para el castigo.

—Adiós, Luisa. Hasta dentro de tres días. ¿Pero por qué apurarse de ese modo? No parece sino que no os voy a volver a ver.

—Ya sabes por qué lo siento. Nunca me han gustado esas idas y venidas a la ciudad. Mejor estarías aquí con tu mujer y tu hijito.

—¡Bah! ¡Tonterías de mujeres! Adiós, Marina; deja que le dé un beso al chiquitín.

—Míralo, míralo—decía Marina acercándole el niño.

—Te está diciendo que no te vayas. ¿Lo ves?

—Lo que dice es que le traiga un muñequito de la feria. ¿Verdad, prenda mía?

Don Eduardo besó una y cien veces la cara rosada de aquel ángel, que tal vez asfixiado con el calor de los besos volvió el rostro a su madre y empezó a llorar, como si los ángeles pequeños e inocentes tuviesen miedo de recibir los besos de los réprobos, aunque lleven el nombre y la recomendación de la paternidad.

En esto, un silbido de la máquina llamó a don Eduardo, éste subió al tren, el tren arrastró los vagones con lenta majestad, y por un momento el pañuelo de don Eduardo, que se agitaba desde la ventanilla, respondía a la multitud de pañuelos que se agitaban desde el andén.

A poco tiempo el tren formó una curva elegante, y por entre un montón de doradas trojes se perdió de vista. La comitiva se volvió triste y silenciosa a Marmolejo. ¡Silenciosa y triste! ¿Por qué? ¿Cuál era la causa de aquel llanto? ¿Porque se iban a divertir en la feria?

¡Oh, corazón, corazón! ¿Por qué te ha hecho Dios profeta?

XVII

El que a hierro mata...

Don Eduardo se había divertido en grande.

Acompañado de su *sacamuélas* recorrió el gran prado de la Fuensanta, que era el local de la feria; vió el par de bueyes que traían a vender los cortijeros de

Linares, y le parecieron muy poca cosa para el precio que les ponían; así que la contrata quedó en el aire. Por lo contrario, los dos muleros que el tío Marianito se encargó de llevar a la feria fueron vendidos el mismo día y a precio subido.

Un propósito llevaba don Eduardo, hecho casi con juramento delante de su esposa la noche antes de salir de Marmolejo, y era el de no pisar para nada ningún garito de juego. Llevaba ya seis días en Córdoba; pensaba volverse a Marmolejo al día siguiente, porque el vivir lejos de su hijito le tenía tan triste, sin saber por qué, como si al faltarle las sonrisas del recién nacido le faltase el aire, le faltase el calor, le faltase el oxígeno del alma.

Había cumplido tan a la letra su propósito, que ni las cuchufletas del *sacamuélas*, ni el pasarlo, como por descuido, por delante de las timbas, ni el herirle el amor propio con groseras palabras fueron parte a persuadirle que faltase a su juramento. Don Eduardo parecía otro.

Era un domingo por la tarde, y todos los que formaban la excursión veraniega fueron a los toros, que los lidiaban Mazzantini y el Guerra en competencia reñida, y que, por tanto, resultaron espléndidos.

Al salir de los toros, varios de los que formaban la expedición doblaron hacia la derecha para tomar el tren y volverse a Marmolejo, y sólo don Eduardo con Paquito Ramos torcieron hacia la izquierda, porque pensaban quedarse aquella noche en Córdoba y cobrar el piquillo que le quedaba de la venta de los muleros.

—Oye, Rodríguez—le dijo don Eduardo al separarse de un fornido ricacho del campo, que por padecer cólicos nefríticos tenía que pasar en el balneario de Mar-

molejo las dos temporadas de Mayo y Septiembre.— Oye, dile a Marina que mañana en el tren de las cinco me espere sin falta.

—Bueno. ¿Y le digo lo bien que te ha ido por acá? ¿No es eso?

—Sí; dile que los mulos se han vendido, pero que tengo que cobrarle al comprador unas cien pesetas y que por eso no vuelvo con ustedes.

—Conque, salud, Eduardo, y que cobre el *piquillo*.

Y Rodríguez, junto con los demás, se dirigió a la estación, que está muy cerca de la plaza de toros, mientras don Eduardo y su inseparable compañero el *sacamuélas* subieron hacia arriba, atravesaron el paseo hermoso del Gran Capitán, y al pasar por delante de San Hipólito notaron el gentío inmenso que asaltaba las puertas de la iglesia para oír la divina palabra.

Don Eduardo se acordó entonces del encargo hecho por su hermana de que no saliese de Córdoba sin hacerle una visita a la Virgen de Lourdes, que se venera en una capilla de dicha iglesia, y como al ladino *sacamuélas* le convenía también hacer tiempo mientras comenzaba la timba, a la cual había decidido llevar aquella noche a don Eduardo, que estaba ya blandito como una breva con las continuas embestidas que le había dado en días anteriores, no tuvo inconveniente en pisar aquellos santos umbrales, después de Dios sabe los años que no ponía en ellos los pies.

Don Eduardo no entraba por hacer tiempo.

Cierto impulso interior le arrastró hacia la puerta de la iglesia, y otro aún más violento le hizo entrar mezclado con la multitud de fieles que se apiñaban; otro todavía más fuerte lo rindió, más bien que lo sentó, en un banco, donde se encontró sin darse cuenta al lado

de su amigo, que miraba a todas partes, y a todos los cuadros, y a todos los altares, y a todas las jóvenes, a la manera de las lechuzas cuando caen en medio de un corral y comienzan a dirigir a todas partes sus redondos ojos espantados sin ver nada, sin fijarse en nada, sin darse precisa cuenta de nada.

A poco tiempo un Padre Jesuíta subía al púlpito para hablar a la multitud de católicos, que posó en él su mirada.

Don Eduardo era amigo de guardar las formas y dar a cada cual lo que es suyo, y como entonces el orador pedía atención, le prestó la suya colocando en la oración sagrada sus cinco sentidos y sus tres potencias.

Con elocuencia vigorosa, con todo el celo que su espíritu apostólico y lleno de amor de Dios, le inspiraban, fué el Padre desarrollando su tema sobre las grandezas del Sagrado Corazón, y en especial sobre su cariño al recibir entre sus brazos a los pecadores arrepentidos.

Aquellas palabras caían en el pecho del oyente corrobés con una majestad, con una lenta dulzura como no habían caído en su alma las de ningún otro sermón.

Le parecía como cierta voz le iba diciendo conforme hablaba el padre Jesuíta:

No dejes pasar esta ocasión; ese Padre debe de ser un santo; arregla tus cuentas con él y verás lo contentas que se han de poner tu esposa y tu hermana.

Y don Eduardo oía estas voces desde dentro de su alma, pero como aquel que las oye a otro que se halla por la parte de afuera.

Poco a poco esta voz interior se fué haciendo violenta, imperiosa, irresistible, de suerte que el hermano de doña Luisa tenía que forcejear para desecharla, por no oír su silbo cadencioso, pero penetrante, pero agudo,

pero tenaz; y a medida que la voz del predicador resonaba vibrante, llenando hasta los últimos rincones de la iglesia, aquel otro reclamo misterioso llenaba hasta los últimos recodos de su conciencia, levantando ciego, que estaba posado en el fondo, e insensiblemente iba subiendo hasta la superficie.

¡Y lo que es la asociación de ideas! ¡Aquel Padre se parecía tanto al que le dió la primera Comunión! ¡Oh, aquellos tiempos! ¡La primera Comunión! ¡Aquel día, el más hermoso de su vida, en que hizo tantos propósitos de ser bueno! ¡En que estuvo tan contenta su santa madre!... ¡Su madre!... ¡Qué buena había sido con él! ¿Y el consejo que le había dado al morir? "Hijo mío, no dejes por mucho tiempo la confesión, porque te perderás."

—¡Y me he perdido por dejarla!

Y a poco tiempo, vuelta otra vez la voz misteriosa: "Confíesate, confíesate."

Ya no pudo soportar el peso de los remordimientos, y al hincarse de rodillas para oír la peroración, hizo propósitos de arreglar sus cuentas al día siguiente. ¡Y qué contenta se pondrían su esposa y su hermana al saberlo! Mas... ¿y por qué no aquella noche?...

—¡Bah! ¡Si no estoy preparado! ¿Es acaso un juego de chiquillos hacer confesión de tantos años? Porque aunque me confesé hace poco al casarme, ¡vaya una confesión! ¡Un pecado más encima, y nada más! ¡Y molestar al Padre cuando estará cansado del sermón! Nada, mañana, mañana, cuando me haya separado de este posma, que no me deja ni a sol ni a sombra, entonces vengo a San Hipólito, busco a este santo Padre y arreglo todos mis negocios espirituales.

Con estos pensamientos, que ya se guardó muy bien

de manifestar a su compañero, salió del templo, y no fué fiel a la gracia, que llama, y llama con insistencia, pero no espera a que nosotros queramos oirla, sino que a veces el decirle nosotros *espera hasta mañana* es decirle *espera una eternidad*.

Ese mañana es casi siempre una capa con que se arropan nuestra flojedad y nuestros vicios, que también son políticos con la conciencia, y casi nunca se atreven a contradecirla de frente. Un *mañana*, que quiere decir en plata "luego veremos", es capaz de mantener en calma a la conciencia más exigente años enteros.

Por eso don Eduardo, satisfecho con su *mañana*, salió del templo, tomó devotamente agua bendita, ese agua que perdona los pecados veniales, pero no los mortales en veinte años de vida desgarrada, y siguió con Ramos subiendo por el paseo del Gran Capitán, doblando después a la izquierda por la calle de Gondomar.

Conforme se entra en la calle, y pegado al Círculo Taurino, había un casino abierto.

En aquel casino sabía muy bien don Eduardo que había, allá en el tercer piso, y en un destartalado cuchitril, la ruleta más decente y más honrada de toda la ciudad.

—¿Tomamos unas copitas?— dijo el *sacamuélas* arrastrando de hecho al débil compañero.

—Con tal que no subamos escalera ninguna, no tengo inconveniente— dijo don Eduardo, dejándose arrastrar.

Y efectivamente, se sentaron en una de las mesas del fondo, bien cerquita de la elegante escalera que a los billares del principal conducía.

Un montón de gente abigarrada iba entrando poco a poco, se sentaba alrededor de alguna mesa, daba su

consabida palmadita y se les servía a gusto lo que deseaban para matar el tiempo, que por ser muy temprano era difícil de matar.

Los ojos de don Eduardo se iban melacólicamente a la escalera. Al fin y al cabo podía disponer de diez dures sin quebrantar derechos ningunos, y en vez de emplearlos en otra cosa, ¿qué malo tenía el gastarlos en la ruleta? ¿No era una diversión como otra cualquiera?

Ya hacía rato que ninguno de los dos hablaban. Don Eduardo, con aire distraído, seguía las caprichosas ondulaciones que el humo de su cigarro iba formando en aquel ambiente, ya denso y nauseabundo, del salón.

Paquito Ramos, que estaba en ascuas por subir aquellos tentadores peldaños, se entretenía en formar con el dedo algunas figuritas sobre el blanco mármol de la mesa con las gotas de café que habían caído sobre ella.

De pronto Paquito dió un salto brusco y se levantó. Estaba decidido al ataque. Lo peor es que su adversario no estaba decidido a la resistencia.

—¡Ea! ¿Conque nos animamos, don Eduardo?

—¡Bomba! ¿Sabe que es cosa de pensarlo mejor?

—Las cosas buenas, mientras menos se piensan mejor salen. ¡Arriba, cobarde!

Y el infame se lanzó escalera arriba seguro de que no subiría solo.

Tenía razón don Eduardo le siguió echando las cuentas de la lechera.

—Vamos a ver: ¿Cuánto dinero tengo? Doscientas pesetas. ¿Con cuánto puedo contar como mío? Con veinte duros ya podía contar. Bien. Cinco en este bolsillo. Otros cinco en este otro. Si acaso estoy muy desgraciado puedo contar con otros diez, que guardaré en

el bolsillo del pantalón. Más de veinte no los gasto aunque me majen.

Su conciencia quedaba tranquila con este trato, que era ni más ni menos que la capitulación del *mañana*.

Al terminar la escalinata entraron en un hermoso salón de billar, alumbrado con brillantes mecheros de gas, que entonces la luz eléctrica la habíamos encargado los españoles a Alemania, y venía en pequeña velocidad por *París de Francia*.

Las cuatro mesas estaban todas ocupadas por jugadores y asediadas por grupos de curiosos que seguían las jugadas de un partido de carambolas con la misma inquietud con que seguirían los lances de un aventurado juego de bolsa.

Aquí se quedaron algunos minutos como distraídos también por el juego, para después acercarse a una puertecita pequeña y tapada con un tapete verde, que daba entrada a una escalerita muy empinada y a cuyo extremo superior comenzaba el garito.

Ya iban acercándose insensiblemente a la puertecita, cuando al fijarse don Eduardo en los mirones que cercaban la mesa de billar reconoció en uno de ellos ni más ni menos que a su sobrino, al mismo Antonio de Haro. El era, no cabía duda; y eso que su traje elegante, su poblada barba y sus gafas de oro podían desfigurarle algún tanto.

Don Eduardo no pudo contener su alegría, se dirigió a su sobrino y le dió una palmada en el hombro con la mayor franqueza.

—Antonio, ¿tú en Córdoba?

Al oírse llamar por su nombre, Antonio dió un salto: pero reconociendo a su tío, le echó los brazos al cuello diciéndole en voz baja:

—Tío Eduardo, ¡qué sorpresa! Te he buscado inútilmente todo el día de hoy.

—¿Sabías que estaba aquí?

—Ya lo sabía. Te vengo buscando desde Barcelona. Fui al cortijo de las Pajuelas, y el tío Mariano me dijo que estabas en Marmolejo tomando las aguas, pero que habías venido a Córdoba a ver la feria de la Fuensanta.

—¿Y qué bueno te trae a Córdoba?

—Pues vengo a proponerte un gran negocio.

—Cuenta conmigo desde luego si es negocio, y sobre todo si es grande.

—¿Cuento contigo desde luego?

—Desde luego.

—Mira que si te lo propongo, ya no puedes volverte atrás.

—Y claro que no he de volverme atrás. ¿Crees que me he vuelto tonto?

—Ante todo, vente hacia aquel balcón, que no quiero que nadie nos oiga.

Llegaron a un balconcito que desde la sala de billar daba a la calle, y allí prosiguieron su discurso interesante; tan interesante, que don Eduardo se olvidó del *sacamuélas*, que a cierta distancia, para no molestar a los que hablaban, pero no muy lejos, temiendo que aquel joven se llevase a su amigo, que era para él su vaca lechera, se había quedado mirando al billar.

Apoyados en la baranda del balcón prosiguió Antonio con voz muy misteriosa:

—Conque tío Eduardo, lo primero que te pido es muchísimo secreto. Vengo huyendo de la justicia.

—¡Cómo! ¿Has cometido algún... alguna tontería?

—Pero una tontería de las mayúsculas. ¿Qué quieres? De tonterías vivimos en este pícaro mundo.

—Explicate, Antonio, ¿qué has hecho?

—Pues sencillamente, he robado cincuenta mil duros del Hotel Colón.

—¡Sopla! ¿Tú no te andas por las ramas!

—Las cosas, o se hacen bien o no se hacen. Mi principal quería irse de incógnito a Buenos Aires, donde con el nombre ficticio de Stall, piensa explotar unas minas de que le habló cierto hermano suyo. Como ves, era preciso dinero en grande, y me habló a mí porque yo sólo podía ayudarle. He falsificado las llaves de las cajas del hotel, y por desgracia no hemos encontrado más dinero que el que llevamos a la Argentina.

—¿Sabes que es una friolera? ¡Un millón de reales!

—Lo suficiente para empezar la explotación; pero necesitamos un socio, y yo puse los ojos en ti.

—¿En mí?—exclamó el tío abriendo los ojos como dos platos.

—Sí, en ti. Sin decir a nadie nada, te vienes conmigo esta misma noche para Cádiz, donde ya nos espera nuestro socio Mr. Stall.

—¡Me gusta la ocurrencia!—respondió don Eduardo soltando el trapo a reír—. Pero, chiquillo, ¿no sabes que estoy casado y que tengo a mi esposa y a mi hijito, que me están esperando?

—¡Ca! Eso no supone nada. Cariño de familia es sentimentalismo de mujeres. Les escribes desde aquí esta noche diciéndoles que un asunto urgente te ha detenido, y luego... Luego no te dejaré yo escribirles hasta que pasen unos cuantos años.

Don Eduardo, que comenzó con risa esta descabellada proposición de su sobrino, acabó por sentir no sé qué repeluznos en el cuerpo al ver la serenidad con que hablaba Antonio.

Por eso dejó la sonrisa burlona con que le había oído, y contestó con seriedad:

—Mira, Antonio, vas a hacer el favor de disculparme. Yo te agradezco tu buena voluntad, pero...

—¿A disculparte? De ningún modo. Una vez que me decidí a contarte el secreto fué sólo con la condición de llevarte conmigo. ¿No ves que de otra suerte dejaríamos aquí en España un testigo, que más tarde o más temprano acabaría por vendernos?

—¡Por Dios, Antoñito!—le decía con tono ya suplicante su tío.—¿No ves que me pides un imposible?

—No, Eduardo, no admitimos réplicas. Tú te vienes con nosotros a Buenos Aires esta misma noche. Tomarás el nombre de Andrés Vianchi, yo el de Leonard Perrier. Ya ves, un inglés, un francés y un italiano; negocio seguro.

El buen tío sudaba pez griega en disolución. Aquel solapado criminal estaba dispuesto, por lo visto, a llevárselo mar adentro o a cometer aquella noche una barbaridad. Se quedó un rato pensativo, y al fin tomó una resolución, la única que entonces era posible, el dar largas al asunto hasta tomar otra más definitiva.

—Bien, Antonio, ya hablaremos después. ¿Vas a subir a la ruleta?

—Como quieras. No sé dónde pasar la noche.

—Pues sube conmigo, que vas a divertirte.

—¿Has encontrado otro farruquiño como el de marras?

—No, hombre, farrucos como aquél entran pocos en libra.

—¡Buena nos la jugó! ¿Te acuerdas? Conque, mira, no me llames por mi nombre, ni te des como tío, porque puedes comprometerme. Ea, vamos a pasar la noche, que una noche se pasa dondequiera.

Y Antonio echó su brazo a la espalda de don Eduardo y subieron los dos las escaleras como dos buenos compinches o como dos lobos de la misma camada, mientras el sobrino le decía al tío, parodiando palabras que en otro tiempo dijera el tío al sobrino:

—Caramba con mi tito Eduardo, y qué hombre de bien se me iba haciendo!

Al extremo de la escalera había un camaranchón sucio, empapelado de color verde, sin más muebles que una mesa con tapete del mismo color que el empapelado de las paredes, y unas sillas alrededor de la mesa, y una puertecita en uno de los rincones, que a la sazón estaba abierta, pero que una vez cerrada, sería difícil, o tal vez imposible persuadirse de que existía allí otra cosa que el lienzo de un muro.

Sentados en las sillas estaban dos jóvenes de la *cremme* de Córdoba, que recibieron a los tres recién llegados con muestras de alegría, aunque no los conociesen ni de vista.

Paquito Ramos, que había oído parte no más de la conversación de tío y sobrino, pero sin poder hilvanar nada en conjunto, les siguió por la escalera, y los tres se sentaron a formar bolsa común.

Don Eduardo apenas si seguía el juego. Meditaba en su interior un ardiz que pudiera librarle de la mala jugada que le preparaba su sobrinito.

Cierto que pasar el charco con dos bandoleros, exponiéndose a ser cogido por la policía y castigado como cómplice en el crimen, desaparecer de pronto de la escena sin decir a nadie ni buenas noches, no era para tranquilizar a nadie, y menos al pobre padre de familia que sabía las ansias con que era esperado en su nidito de amor.

Por otra parte, disuadir a su sobrino de lo que pensaba hacer, sería punto menos que imposible; los criminales son muy testarudos.

Entonces comenzó a conocer su enorme pecado. El, era él el que había criado aquella víbora que ahora se retorció para morderle. Sobre su conciencia gravitaba la perdición de aquel ángel caído, que ahora no pasaba de la categoría de un criminal. ¿Querría Dios valer-se de la misma víctima para castigar su pecado? ¿A qué venía, por otra parte, aquella entrada en el templo tan extemporánea, que él mismo no se daba cuenta de la causa impulsiva, pues ni siquiera le había rezado la Salve a la Virgen, como se lo había prometido a su hermana? ¿A qué venía aquella voz misteriosa que escuchó tan clara, tan imperiosa en el fondo mismo de su alma "Confíesate, confíesate?"

Todos estos pensamientos cruzaban por su mente, mientras lanzaba sin fijarse los naipes, sin pensar si ganaba o si perdía, pero siempre ganando, ganando.

En frente de él, como juez inexorable que en aquellos solemnes momentos venía desde Barcelona a pedirle cuenta de su anterior conducta, como la víctima que le exigía razón de su perdida inocencia, de su pasadas alegrías, de su candor muerto y enfangado, se alzaba Antonio clavando en su tío de cuando en cuando una mirada brutal, sombría, queriendo tal vez internarse hasta el fondo de sus pensamientos.

Don Eduardo acabó por sentir miedo, pero ese miedo que llega hasta producir la destemplanza y la fiebre; comenzó a temblar con ese frío, con ese pavor que circula allá dentro de las medulas de los huesos cuando la conciencia se desborda en el fondo del alma como el más deshecho y furioso vendaval.

Pensó en Marina y le pareció más cariñosa que nunca.
Pensó en su hijito y le pareció más ángel que nunca.
Pensó después en su hermana, en el cortijo, en la dicha que comenzaba a sentir después de tantos años de azarosos vuelcos, y sintió hambre de ser bueno, fiebre de cariño por su familia, deseos vivos de confesarse, de mudar por completo de vida.

Pero había de por medio un abismo que él mismo había abierto entre su felicidad futura y su estado actual, y era aquella mirada truhanesca, grosera, provocativa, de Antonio, de su cómplice.

En aquella zozobra de muerte se iba pasando el tiempo, y después de pensar y más pensar, no vió otro medio de ponerse a salvo que uno: el de delatar a su sobrino.

Saldría un momento, dejando el bastón y el sombrero para no excitar sospechas en Antonio; daría parte en secreto a un amigo suyo, mozo del Casino que había al lado, y después se volvería tranquilo al juego, esperando que llegase la justicia para que se llevase al criminal. De perderse uno de los dos, justo era que se perdiese el culpable.

La ocasión se presentó propicia cuando, desplumado uno de los jugadores, se levantó echando ternos y blasfemias, mientras los demás coreaban sus salutations con risas.

—Señores, me van a dispensar un momentito—dijo entonces don Eduardo levantándose de la silla y poniendo sobre ella el bastón y el sombrero de modo que Antonio lo viera.

—Qué, ¿se va ya?—le dijo Paquito, que había notado su estado de ánimo, y que por cierto no dejó de extrañarle un poco.

—¿Cómo quiere que me vaya si esta noche estoy de vena? Vuelvo en seguida—contestó don Eduardo con tono jovial. Y luego añadió dirigiéndose a su sobrino:

—Oiga, compañero, que nadie me quite el puesto. Ya ve usted que los dos nos entendemos muy bien. ¿No es verdad?

—Demasiado—dijo Antonio clavándole una mirada entre cariñosa y burlona, pero sin moverse de su sitio.

Don Eduardo salió de la buhardilla con tanto miedo, que a cada momento creía percibir detrás de sí los pasos de su sobrino; sin embargo, era preciso no mirar hacia atrás por no excitar sospechas. Tampoco era prudente avisar a los del café, pues delatar a uno de los jugadores era delatar a todo el garito, que funcionaba a espaldas de la ley.

Cruzó, pues, el salón de billar, bajó precipitadamente al patio del café, pasando por entre las mesas que ya estaban casi vacías; sólo en una de ellas bostezaban dos hombres de mala catadura delante de dos tazas de café a medio apurar.

Pisó, por fin, el mármol de la puerta de entrada y dió un resoplido de satisfacción, haciendo que el aire fresco de la noche penetrase por sus entumecidos pulmones con marcadas señales de bienestar.

Luego dió el primer paso fuera del edificio, pero... no pudo dar el segundo. Una garra fuerte le apretó el brazo derecho, diciéndole en voz baja:

—¡Eh! ¡Alto!

Volvió la cara, y se encontró con Antonio; pero con Antonio descompuesto, pálido, con el pelo crispado y con los ojos lanzando fuego y casi fuera de sus órbitas.

—¡Antonio!—balbuceó don Eduardo con acento angustioso, comprendiendo las intenciones del ladrón.

—¿A dónde ibas? ¿No sabes que no ha de quedar ninguno en España que pueda ser sabedor de nuestro paradero? ¿A dónde ibas? Dímelo, ¿a dónde ibas?

—¡Déjame, Antonio!—balbuceó el tío, procurando suavemente desasirse de aquella fuerte garra que le sujetaba.

El criminal le fué llevando poco a poco, calle arriba, hasta hacerle entrar en una callejuela sin salida que hay a mano derecha y a pocos pasos del café donde habían estado.

—No pienses, tito Eduardo—le dijo Antonio con risueño pero fatídico semblante—, no pienses que he de dejarte. Tú me has enseñado a ser criminal, primero mostrándome el sendero de la deshonestidad y el vicio, y luego, aquella noche con el robo del anillo, y hoy quiero mostrarte que has sacado un discípulo bien aventajado en el arte.

A todo esto Antonio, empujando suavemente a su tío, y el tío suavemente resistiéndose, sin ánimo de contradecir del todo, habían avanzado algo por el oscuro callejón de Quinteros.

No había más luz que la que proyectaba una pequeña lamparita de aceite, que ardía delante de una imagen de San Rafael dentro de una hornacina empotrada en el muro.

—Vamos—siguió Antonio—, dímelo claramente: ibas a delatarme, ibas a venderme, ¿no es verdad?

—¡Yo! ¡Pero tú crees!...

—Yo lo temo todo de ti, porque a todo se atreve el que se ha atrevido a robarle a un niño la inocencia. Conque dí de una vez: ¿vienes o no con nosotros?

—Antonio, por Dios, por tu madre, déjame, déjame!—y el pobre hombre se cosió a la pared, descon-

chando la cal con las uñas mientras el joven le sostenía con su robusto brazo.

Habían avanzado a esta guisa cerca de ocho metros dentro del callejón, cuando por la calle de Gondomar sonó el pito de un sereno, y luego otro, y una lucecita apareció en la boca de la callejuela.

Era Paquito Ramos, que pudo seguir todos los enigmáticos juegos y escamoteos entre los dos, y al ver que su amigo se hallaba, por lo visto, en un mal paso, dió cuenta al sereno, que comenzaba entonces su nocturna ronda.

—¡Infame!—rugió Antonio apretando los dientes—
¡Me has vendido!

—¡Yo!... ¡Socorro, soco!...

Y la voz se le quedó ahogada en la garganta a don Eduardo. Vió sólo que Antonio echaba la mano derecha al bolsillo, mientras sentía un aro de fuego que le apretaba al cuello; vió un resplandor rojizo, dió media vuelta y cayó rodando por las piedras del callejón.

Al grito de agonía que lanzó el infeliz don Eduardo apresuraron su paso el sereno y Paquito, que venía detrás a cierta distancia, y Antonio se dió a huir callejón arriba, sin reparar, el infeliz, que no tenía salida.

Don Eduardo, ya sin sentido, luchando con los últimos latidos de su vida, se revolcaba entre tanto en un charco de sangre, y sólo pronunciaba palabras incoherentes, entre las cuales se le pudo oír claramente las de ¡Antonio! ¡Marina! ¡Hijo mío! Pero ni una palabra, ni una señal de arrepentimiento de sus horrendas y gravísimas culpas de veinte años.

A los pocos minutos se hicieron más lentas sus convulsiones, siguió un temblor en todo su cuerpo, luego

una contorsión horrible en su cara, y... quedó como un tronco.

Estaba cumplida la profecía del Padre Rector del Colegio de Málaga: "Si es verdad que a quien a hierro mata a hierro muere, créame, que también hay pena de talión para esos asesinatos morales perpetrados en en el fondo de la conciencia."

El ángel de las *venganzas* divinas, que estaba ya cansado de seguir sus pasos por Córdoba, subía al cielo cumplida la misión.

Aquel castigo abarcaba con la magnitud de su desgracia a todos los culpables en el no menos horrendo crimen de pervertir a un alma inocente. Dejaba sin vida al culpable, sin amparo a la familia de Rebolledo, sin hermano y sin honra a la débil pero culpable—¿por qué no decirlo?—culpable madre del asesino.

XVIII

Un paso más.

Los que no alaban a Granada más que por sus monumentos antiguos, por su viejo Albaicín, por su ruinoso Alhambra, se dejan en el tintero y en la fantasía una de las preciosidades que más embellecen al llorado paraíso de Boabdil.

Granada posee una esmeralda tan rica, tan preciosa, que no tiene que ver con ella las que ostenta Suiza, engastadas acá y allá en los huecos de sus montañas o reflejadas en los cristales de sus serenos y transparentes lagos.

La vega granadina es un ensueño de las hadas de

Anderson, es un pedacito de paraíso terrenal olvidado por la mano del ángel vengador de talar con su espada de fuego todo el resto del jardín donde pecaron nuestros primeros padres.

¿Queréis verla con toda su belleza?

Subid por un momento al noviciado de los Padres Jesuítas, conocido vulgarmente con el nombre de "La Cártauja". Sentaos en ese banco rústico, apoyado en los morunos pedrones del miradorcito que se alza sobre las aguas del gran estanque, que los árabes abrieron para recreo, que el tiempo cegó para ocultar lascivias, y que los Jesuítas han vuelto a abrir para utilidad de la finca donde se forman sus novicios y estudiantes.

Detrás de él, y reflejándose en las aguas frigidísimas del estanque, se eleva la "Golilla".

¿Qué significarán esos montecitos redondos, uno pequeño a horcajadas de otro mayor, como dos rapazuelos del Albaicín que jugaran a *piola*? Dicen los sabios que es un conjunto artificial, quizá, algún sepulcro fenicio.

Detrás de él, incrustada entre barrancos y olivares, asoma su frente, más poética que amenazadora, la fábrica de pólvora, que da vida y animación al pueblecito del Fargue, dirigida por bizarros y simpáticos militares españoles, que guardan su bizarría para alternar con los indómitos rifeños de Africa, y ostentan su simpático carácter para alternar con los que llegan a las cancelas del edificio ávidos de admirarse y sobrecojerse a vista de los adelantos modernos en ese ramo de la justicia internacional.

Detrás de la fábrica, pero mucho más lejos, asoman los gigantes picachos de una sierra, con frente de austero granito y corazón de cariñosa madre, amparando

bajo sus alas los dos pueblecitos de Biznar y Alfacar, a los cuales defiende de los aletazos del ábrego y refresca con el copioso venero de aguas que brotan de sus faldas.

Id bajando la vista hacia el Oeste por el pueblo de Peligros, que, esparcido entre los olivares que le rodean y asomando acá y allá sus blancas casitas, semeja fantástica procesión de niñas vestidas de blanco, que se acercan lenta y majestuosamente hasta la cumbre para adorar al Cristo del Paño que se venera en el histórico pueblo de Moclín.

Este pueblecito es el que asoma allá en lo más empinado de aquel desfiladero, tan lejos, que su blancura se confunde con la neblina cenicienta del horizonte; tan atrevido, que se ha sentado en la boca misma del barranco, hundido a sus pies, en el cual puede precipitarse, a poco que se descuide, por el tajo que cae hasta su hondura cortado casi a cincel.

Esa imagen del Cristo del Paño, verdadero paño de lágrimas de los fervorosos granadinos, émula en sus milagros de la realeza de su Madre la Virgen de las Angustias, la dejaron allí los Reyes Católicos como recuerdo de la providencia usada por Dios para con ellos al acercarse a Granada para redondear con su adquisición las posesiones españolas.

Poco más al Sur, y mucho más cerca de nosotros, surge de entre las huertas que enriquecen los pueblos de Atarfe y de Albolote, la Sierra de Elvira, aislada y esbelta, con los picos en forma de cono truncado, que anuncian a la legua su ferocidad volcánica, mitigada sin duda por las auras frescas y sedantes del cristianismo. En aquel repecho de su falda que cae hacia Albolote existió la famosa Ilíberis, donde asentó en tan

fecundo suelo la fe bendita que bebiera casi de los labios apostólicos el santo Obispo Osio.

Más hacia el Sur parece que todavía se divierte en guerreros y caballerosos torneos la elegante ciudad de Santa Fe, obra y eterno monumento de la Católica Isabela, y al contemplar las dos torrecitas que dan entrada a la ciudad heridas por los primeros rayos de un sol granadino que acaba de levantarse por el opuesto lado, nos parece que vemos cabriolar por los sembrados que de Granada la separan el caballo de Tarfe, de aquel Tarfe que viene a probar en sangrienta lid su acero damasquino, haciéndole verter chispas de fuego al chocar con el no menos templado que forjó Castilla para sedar los ímpetus belicosos de Hernando Pérez del Pulgar, que le espera tranquilo deseando arrancarle junto con la vida el cartelón que llevaba grabadas las palabras del *Ave María*.

Seguid dando la vuelta al horizonte. ¿Véis aquellos pueblecitos que lo cortan hacia el Sur? Son los de Gavia, el de Cúyar, el de Alhendín, el de Gójar y el de Otura, de gratos recuerdos para el que estos pueblos te está señalando, y que parecen darse la mano con el otro famoso de la Zubia.

Pero no dejemos pasar por alto otro sitio clásico que no tiene más poesía que aquella que le dan las tradiciones y la de haber merecido el armonioso canto de don Pedro Antonio de Alarcón en una de sus más inspiradas producciones; es el cerro que asoma su pelada frente por detrás de Alhendín; un árido cabeza, tan árido que semeja la frente de un viejo cuya juventud se agostara antes de tiempo, escaldada por el fuego abrasador de un llanto sin tregua y sin consuelo. Ese cabeza se llama entre los granadinos *El suspiro del moro*.

Sobre su redonda loma dicen que miró Boabdil por vez postrera las bermejas torres de su Alhambra adorada, y lanzó un suspiro tan hondo, tan maternal, que le valió aquel piropo de su varonil esposa:

—Bien haces en llorar como mujer la ciudad que no has sabido defender como hombre.

Este sitio es el último que domina la ciudad mora para los que van camino de la Alpujarra. Bajando ese cabezo, la bella Granada deja de alegrar los ojos del cuerpo, para no apartarse jamás de los ojos de la memoria ni del altar de nuestro corazón.

Complétase el contorno del horizonte con la fantástica perspectiva de la Sierra Nevada, de esa alma blanca y pura que sube hasta los brazos de Dios, dejando las prisiones de la tierra; de esa oración perpetua que, alzándose del sepulcro donde Isabel la Católica espera la inmortalidad, va subiendo hasta el trono del Altísimo para pedirle día y noche que no se empañe el brillo de tan fino rubí, que ha de brillar en su corona de justicia de ese Muley Hacen, el viejo venerable de los cabellos de plata, que no sufriendole el corazón separarse de su encantadora sultana, pasa los siglos empinándose sobre el picacho de Veleta para extasiarse en la contemplación de su mágica hermosura.

Y hemos dado la vuelta a todo el horizonte.

Engastadas en este anillo hay dos piedras preciosas: una esmeralda de intensísimo color verde, que es la yega tendida a nuestros pies, esa alfombra donde se reclina la princesa del Darro. Otra es un rubí de color rojo, la Alhambra, la llorada herencia de la musulmíca raza.

El Darro y el Genil, viniendo por opuestos caminos, se abrazan junto a la ciudad para correr juntos, como

buenos hermanos, por aquella florida campiña, contándose el uno al otro lo que más le haya impresionado en su carrera. El Darro, la belleza sin par del Generallife; el Genil, la frescura y el aroma que despiden las flores que crecen en los *cármenes* que él fecunda con su corriente.

En medio de la vega, cerca ya de los chumbales y de los cubiles que forman el abigarrado Albaicín, se asoma a sus pretiles de exuberante vegetación el severo edificio del Noviciado de los Padres Jesuítas, que, acostumbrados a levantarse a Dios por la consideración de las criaturas, desde su célebre observatorio, aquí más que en ningún otro sitio adora la hermosura del Hacedor, que se refleja grandiosa, majestática, sublime, en el extenso panorama que se esparce ante su vista.

Este plantel de Gonzagas y Javieres embalsama con el perfume de sus virtudes toda la vega granadina.

Cuando los jueves y domingos, rendidos los hermanos escolares de las rudas tareas de las clases, reclaman descanso para sus cuerpos, y sobre todo para sus inteligencias, puestas en tensión durante una semana en la palestra de la filosofía, encuentran gustosos el suspirado descanso en las doctrinas que explican en los pueblos vecinos o en el hospicio, que se levanta en la plaza del Triunfo, o en el hospital, donde aún parece escucharse la voz santa y persuasiva de Juan de Dios consolando a los enfermos.

El Padre Gómez iba con preferencia a visitar el presidio todos los jueves, acompañado de dos hermanos estudiantes. Atravesaba casi toda la ciudad, subiendo por la puerta de Elvira, no sin oír de cuando en cuando saluciones no muy cristianas de alguna gente que

necesitaba por lo menos dos meses de cárcel, para instruirse, cuando menos, en religión, y después de cruzar calles y más calles entraban por fin en la mansión de la gente *pacífica y honrada*. No hay que reirse cuando se les llame de ese modo, porque, al decir de ellos, rarísimo era el que estaba *enchiquerado* por culpas propias y personales. Casi todos estaban, o por alguna calumnia, o por propia defensa, o a lo más por algún pequeño descuido.

Comenzaban los Padres por alternar con los que en el gran patio de entrada, desabrigado y sucio, se divertían generalmente holgando y contando chocarrerías, y éstos eran los de más confianza del presidio.

Eran muy frecuentes las preguntas de los Padres sobre el motivo que les tenía en la prisión, y frecuentes también respuestas por el estilo:

—Padre, a ese le llaman el *Pintor*.

—¿Y por qué le llaman así?

—Porque le pintó de colorao las asauras a un guarda de Consumos.

—¡Mentira!—respondía el aludido.—Si él se hubiera ladeado hacia la pared, como yo le decía, no me hubiera puesto a mí en la alternativa de ladearle yo.

—Y tú, ¿por qué estás aquí?

—¿Yo? Yo estoy por ser demasiado honrao.

—Por eso no meten a nadie en *chirona*.

—¿Que no? Miste, Padre, yo una tarde en que no tenía que comer, me encontré cinco pesetas.

—Antes que se perdieran—interrumpió el vecino.

—Bien, eso no es del caso ahora. Lo que aquí viene a pelo es saber que si en vez de *birlarme* cinco pesetas me *birlo* cinco mil, sería alcalde en mi pueblo. ¿He dicho algo, Padre?

—Vamos, veo que aquí abundan los inocentes.

—Más que allá fuera—respondía otro con ira reconcentrada.

—Padre, lo que aquí abundan son los *insectos*—gritaba de pronto un presidiario al ver que el Padre había puesto el sombrero encima de una silla sin respaldo.—No ponga ahí el sombrero. Yo lo tendré en la mano.

—Pero ¿por qué no quieres que lo ponga en la silla?

—Porque si le deja ahí, antes de cinco minutos anda solo.

—¿Tantos son los insectos?

—Un penal de ellos en cada costura de la camiseta.

Con estas bromas se les ganaba el corazón a aquella gente, que no entendería de finezas, pero sabía muy bien lo que era gratitud.

A veces esperaban impacientes a sus visitantes para hacerles regalitos con que mostrar sus habilidades y su cariño.

Uno de ellos pidió cierto día al Padre Gómez que le llevara dos madejas de estambre verde.

Se las llevó, y al siguiente jueves se presentó el presidiario muy contento con un par de guantes de estambre, diciéndole con cara de satisfecho:

—Ahí verá, Padre, *pa* lo que yo le pedí el estambre. Como tiene usted tantos sabañones, le he querido hacer estos guantes, que el señor Superior de la Cartuja le dará licencia para que los use.

Y fué preciso andar toda aquella tarde por el penal con los guantes puestos, y agradecerlo con toda el alma, y darle encima un escapulario.

Entre esta gente del arroyo no deja de encontrarse a veces caras que llevan el sello de la inocencia, y que son los que menos alardean de ella.

Había por entonces en el penal un caballero joven llamado Fernando, como de treinta años de edad, de barba poblada y aspecto elegante, que inmediatamente se acercaba a los misioneros con respeto.

—¿Qué es eso?—le preguntó uno de los Hermanos cierto día.

—Creo, Padre, que pronto se arreglará todo. Y le contó su historia. Era cajero de cierta casa de comercio, y cayó sobre él la sospecha de un desfalco. Lo más triste es que a veces venía a verle su esposa María con su hijita, una niña rubia como un rayo de sol, que miraba a los compañeros de su papá con aquellos ojazos tan desmesuradamente abiertos, como si le quisiera preguntar: "Papá, ¿pero es éste el sitio propio para ti?"

También se fijó el Padre Gómez en otro joven pálido, de ojos grandes y bigote escaso, de aspecto tímido y melancólico, pero elegante, que se ocultaba entre las columnas cada vez que le veía entrar, o se retiraba a otro patio, como diciendo: "¡Ya están aquí los fantasmas!"

Llamóle tanto la atención al Padre, que un día en que lo sorprendió cerca de la puerta al entrar, se acercó a él con toda la mayor dulzura posible, y le dijo:

—¿Y quién es este que así huye de la sotana?

—Yo no quiero nada con frailes—contestó el joven con ira mezclada de despecho.

—Si yo no soy fraile. Yo soy Jesuíta.

—Peor todavía. Ustedes son la plaga más dañina de la humanidad. Por ustedes estoy yo aquí.

Y volviéndole la espalda se alejó a paso lento.

—Ese es de ustedes—dijo entonces un presidiario que estaba cerca del Padre, señalando al joven que acababa de desaparecer entre las columnas del patio.

—¿De nosotros?

—Sí, señor, ha *estudiao* en un Colegio de los Jesuítas.

—¿De veras?

—Y es mal bicho. Es muy remalo, Padre.

—¿Y por qué está en la cárcel?

—Por un saludo poco reverente que le hizo a su tío.

—¿Y dices que es malo?

—Atravesao como un veragua. Hace dos días se lió a mordiscos con otro que le dicen *el Chirle*, y si no los separan, se lo come.

—¿Es que son enemigos?

—Creo que han *toreao* juntos; porque el *Chirle* es un maleta de invierno.

Sin embargo, poco a poco, el joven, que era Antonio de Haro, el expríncipe del Colegio del Palo, fué acercándose a los Padres al ver que no se comían a los niños crudos, y sabiendo que su antiguo inspector había conocido en Marmolejo y tratado a doña Luisa, llegó hasta cobrarle cariño, y él llegó también a quererle de veras.

Inmensas oleadas de pena subían al alma del buen inspector al ver que nada podía hacer por su conversión, porque aquellas entrañas estaban más duras que las entrañas de Sierra Nevada.

Antonio no parecía conservar ya ni el menor rastro de fe cristiana. Cuando alguien le hablaba de Dios, de la fe, de algún otro punto de religión, le escuchaba muy atento y con los ojos bajos, pero cuando le creía más persuadido se encogía de hombros y decía sonriendo:

—¡Como ustedes viven de eso!

Esta frialdad siberiana en materias de fe y de reli-

gión formaba un contraste tan vivo, tan triste, con su genio franco, sensible, diríamos más bien hasta candoroso, que el corazón se le partía en pedazos al Padre cuando, al salir por las puertas del presidio y volver a la casa le era preciso responder al Padre Rector, que le preguntaba con ávido interés cómo iba Antonio.

—Lo mismo, Padre, lo mismo. Eso es un témpano de hielo. Es un réprobo viviente.

Un día quiso atacarle por el flanco más al descubierto del alma, tocar la fibra más sensible de todos los corazones, el amor filial.

—¿Sabes algo de tu madre?—le dijo mostrando vivo interés en la pregunta.

—Sí, Padre—contestó Antonio con hondísima tristeza.—Mi mamá está baldada por completo, y mi prima creo que piensa casarse con Peralta en cuanto se mueva mi madre. Pero le aseguro que el día en que yo sepa que se ha casado ya pueden prepararme el ataúd.

—¿Tanto quieres a tu prima?—le dijo al ver que había salido por otra fibra que ya podía ser útil para su intento.

—¿Que si la quiero? No, no es cariño lo que siento por ella, es pasión, es delirio loco, frenético. Es el mayor castigo que pesa sobre mi conciencia desde el día en que tuve que huir por el robo del anillo. Es un fantasma que se alza día y noche ante mis ojos y me dice: "Tú pudiste ser feliz con esa mujer virtuosa, con ese modelo de candor, y la vendiste por dos mil pesetas y unas cuantas horas de garito".

—¿Y ella sabe donde estás?

—Claro que lo sabe, y le he escrito ya varias cartas, pero a ninguna contesta.—Y luego añadió bajando la cabeza—: ¿Quién va a escribirle a un presidiario?

—Y tu mamá, ¿no te gustaría que viniese a verte?

—¿A verme? ¡Ca! Si la viera—exclamó apretando los puños y tomando un aspecto satánico—, si la viera aquí le arrojaría a la cara aquella maldición que me legó por herencia cuando me arrojó de su casa. Ella, ella es la que tiene la culpa de mi ruina... Pero si existe Dios en el cielo... ¡Es lo único por lo que quisiera que existiese Dios!

¡Imposible, imposible lograr la conversión de aquella alma, de aquel peñasco! Hasta la fibra más delicada, más fina, más santa, se había roto ya.

Sólo al tocar otra cuerda aquel corazón dió señales de fe, una palpitación lenta, lentísima de vida.

—Pero, Antonio, ¡tanto como te quiere a ti la Virgen, y tú no te acuerdas nunca de Ella!

Al oír este nombre, el nombre de la otra madre, su cuerpo se estremeció, sus ojos se animaron y su alma arrancó de pronto esta confesión a su conciencia:

—¡La Virgen! ¡La Virgen! ¡Cierto! ¡Cuántas veces me ha consolado cuando colegial! Pero ahora... ¡Padre! ¿Y usted cree que yo no tengo envidia a los que pueden creer? ¿Usted cree que yo no daría la mitad de mi sangre por disfrutar de ese suave consuelo? ¡Pero si no puedo! ¡Si no puedo! ¿No ve usted que siento aquí, en mi interior, en el fondo de mi alma, un grito horrible que se complace en burlarse de mí, en reírse a carcajadas cada vez que me ve luchando a brazo partido con el oleaje de mis remordimientos?

¡Acudir a la Virgen!... ¡Ca! ¡No me escucharía! Ya no es mi madre, ya no soy su hijo, y siento que Ella también me dice como la otra: “¡Maldito, maldito!”

—¡Mentira!—le gritó el Padre sin poderse contener.—Esta voz es la conciencia, que no ha muerto toda-

vía; pero no es que se ríe, es que te llama, y la Virgen es la que le dice que no se calle, que no te deje en reposo, para que acudas a Ella y poderte salvar.

—Si me llamase yo acudiría a su reclamo; pero no, no es mi conciencia, es el infierno que se burla de mí como de presa segura.

—¿Quieres rezarle conmigo a la Virgen?

—No, Padre, no quiero rogar a nadie en el mundo. Soy tan soberbio como todo eso.

¡Aquello era un réprobo! ¡Aquello era un condenado en carne mortal!

Una circunstancia vino a empeorar aún más el estado de excitación nerviosa en que de continuo vivía el pobre Antonio, y a cubrir con nuevas tristezas su ya empedernido y desesperado corazón.

Un jueves, al entrar en el penal, no le vieron los tres Jesuítas, como de costumbre, en el patio.

Preguntaron por él al *Pintor*:

—¡Qué! ¿Se lo han llevado a otra parte?

El *Pintor* se limitó a contestar encogiéndose de hombros:

—Sí y no.

—Vamos, explícate.

—Le digo que no, porque aún está en esta misma jaula; y le digo que sí, porque le han metido allá dentro en el calabozo, y le han puesto un par de adornos en las manos.

—¿Pero qué ha hecho?

—Nada entre dos platos. ¡Es que aquí nos tratan como a niños de pecho! Hace tres días *el Chirle* le *mentó* la madre, y el otro se amoscó y... vamos, lo que usted hubiera hecho.

—¿Y por eso no más le han puesto los grillos?

—Los dos están así, y bien separaos. Porque el señor Jefe los quiso apartar y se liaron a guantás con él, que por poco lo dejan sin comederas.

Entonces el Padre Gómez se dirigió al Jefe, hombre adusto y secote, de quien a duras penas pudo conseguir que le dejaran hablar con Antofñito.

Los dos presos estaban en un rincón de la cárcel, pared por medio. El covachón donde habían encerrado a Antonio era el hueco que formaba una escalinata de piedra que desde el principal subía hasta la torre de la espaciosa iglesia que colinda con el edificio.

Era una cueva con muros de piedra de granito, mandando por todas partes agua y salpicada de salitre. Un vaho húmedo y pestilencial lo envolvía todo, hasta el mismo tránsito donde la cueva se abría.

Antonio, sentado en un montón de paja, le recibió sombrío y con los ojos extraviados, lanzando al Jefe una mirada de rabia que quería decirle más de lo que el Jefe quisiera.

Estaba pálido como un cadáver, y su rostro, demacrado por el ayuno, pues en tres días no había querido tomar alimento, se destacaba blanco sobre la oscura austeridad del muro, moviéndose de un lado a otro como un espectro.

—¿Qué es eso, Antonio?—le dijo el Padre con cariño, sentándose a su lado sobre la paja, que estaba fría y húmeda como todo el ambiente de la covacha.

—Nada, Padre—le respondió con cierta tranquilidad estoica—. Esto toca a su fin. Ya que mi abogado se empeña en que no muera de garrote, yo le ahorraré de gastar papel al Estado matándome de hambre.

—Pero, ¿cómo vas a hacer esa barbaridad?

—¿Y qué tiene eso de malo? ¿No le he dicho yo a usted muchas veces que estoy condenado? Pues vámonos a nuestro sitio, que allí me esperan y aquí estoy estorbando.

—Pero, hombre, ¡y yo que venía a traerte dos buenas noticias!

—Tráigame pronto la de mi sentencia de muerte; porque fuera de esa no puede haber ninguna que me sea grata.

—Al contrario, tu causa no va mal. El fiscal pide la pena de muerte; pero tu abogado defensor espera que conmute en cadena perpetua; del mal, el menos. ¿No te parece?

Antonio se encogió de hombros.

—Lo que te vengo a decir es, en primer lugar, que por fin hemos obtenido licencia para dar cinco días ejercicios espirituales en la cárcel, y supongo que el señor Jefe te dejará asistir a la iglesia para que oigas los sermones.

El Jefe, que se había quedado de pie a la puerta, movió la cabeza negativamente. El Jesuíta, que observó la señal mirándole con el rabito del ojo, se hizo el desentendido y siguió adelante.

—La otra noticia te ha de agradar aún mucho más. ¿Sabes quién va a llegar uno de estos días a Granada?

—No—respondió el preso sin alzar la cabeza.

—El Padre Martínez, tu antiguo Padre espiritual, que vendrá a verte.

Entonces Antonio, que ya había dado varias señales de inquietud y de fastidio, alzó la cabeza y dijo resueltamente:

—No quiero que venga a verme. No ha de conseguir nada de mí.

—¿Pero no quieres que venga siquiera a visitarte?

—Tampoco.

—¿Por qué?

—Porque me aburre el oír sandeces—y dando una vuelta pegó su rostro al frío muro de la prisión.

Aquel día no estaba el horno para bollos.

Estas alternativas eran en él muy frecuentes. Si la venida del Padre Martínez le tomaba en una de ellas, muy de temer era el que no pudiese hacer nada con su antiguo Prefecto en lo tocante a su alma, y quizá esta venida era el último resorte de la Providencia divina.

Las enfermedades del alma siguen las mismas huellas que las del cuerpo: cuando son muy graves tienen sus crisis y sus retrasos. El peligro, el mismo que en las crisis corporales: el que en una de estas recaídas se nos quede el enfermo entre las manos.

XIX

La última lucha.

Habían pasado varias semanas desde que Antonio ocupaba aquel infecto covachón, y la fetidez del aire, la humedad, lo tétrico y obscuro del aposento, concluyeron por causar en su cuerpo los efectos dañinos que todos se temían desde el principio.

Unos dolores reumáticos muy fuertes como primer síntoma, una tosecita pertinaz y constante después, y en seguida las altísimas fiebres que trae consigo la pleuresía.

Tratóse entonces de pasarlo a una de las camas de la enfermería, pero sea descuido, sea más bien que to-

das ellas estaban ocupadas, es el caso que Antonio estaba aún tendido sobre aquel montón de heno cuando comenzaron los santos Ejercicios en el presidio.

La misión ya en el segundo día caminaba viento en popa, vencidos por la divina virtud todos los inconvenientes que a ello se opusieron. No fué el menor de todos el obtener permiso de la gente gorda que mangoneaba allí, a quienes se tuvo que visitar, sombrero en mano, para pedirles por favor que dejaran hacer lo que había de resultar muy bien para el alma de los presos y en tranquilidad y orden para el penal.

Y la primera conversión que obró la gracia divina en aquellos endurecidos corazones fué precisamente la del *Chirle*.

Al comenzar la misión un Padre estuvo hablando con él en la covacha que le servía de nicho más que de prisión; hablóle de la Virgen de la Esperanza, la madre de los macarenos, y el corazón del *Chirle* se enterneció, sus ojos se inundaron de lágrimas y su corazón, rebelde hasta entonces a los influjos de la gracia, le abrió las puertas por medio de una larga y sincera confesión.

Pero *el Chirle* aún hizo más. Mandó pedir perdón de su falta, primero al alcaide del presidio y después a Antonio, rogándole a éste que se aprovechara del beneficio de la misión. Y aún pasó adelante su deseo de aprovecharse él mismo de tiempo tan saludable para su alma.

El piso ruinoso de la cueva donde estaba, caía, lo mismo que el de Antonio, encima del presbiterio de la iglesia y bien cerca del púlpito donde se explicaba la divina palabra, y aquel cristiano arrepentido, a quien se le negó el acudir a los actos de la misión, determi-

nó, para no perder este beneficio tan inmenso, pasarse una noche entera empleado en agujerear con un pedazo de baldosa el suelo de la cueva hasta abrir un boquete, desde donde, tendido boca abajo y con el pabellón de la oreja sobre el hoyo, pudiera asistir a los sermones sin dejar la prisión.

Fernando, aquel joven cajero que ya sentía las auras de la libertad acariciando casi su frente, mientras la inocencia acariciaba de continuo su espíritu, ayudó en la misión con todo su talento y con todo el prestigio que tenía entre los compañeros de infortunio.

Daba gusto el verle al lado de su esposa y de su hijita, aquel ángel de cabello rubio que parecía un rayo de sol, arreglar el retablo de la iglesia y andar entre los presos de corrillo en corrillo, animando a éste, comprometiendo a aquél, como si fuese uno de los misioneros.

Su esposa, con varias de sus amigas, hizo un escapulario para cada uno de los presos, y no pararon hasta conseguir que entre varias personas particulares costearan el almuerzo que después de la comunión general era justo disfrutasen los que habían asistido a reanimar su alma con el banquete de los ángeles.

Grande era el consuelo y admiración de los Padres al contemplar a aquella joven, que, en vez de entregarse a pensamientos de ira o de falta de fe viendo a su esposo inocente y encarcelado, sólo se ocupaba en hacer más solemne y de más imperecederos recuerdos la venida de Dios a los pechos de los que rebajaban ante el mundo la dignidad de su Fernando con sólo hablarle como a igual, porque era igualar la inocencia con el crimen.

Buscado todo por la esposa de Fernando, contaban

los misioneros para el día de la comunión general, que iba a ser el 8 de Diciembre, con excelente desayuno para unos cien hombres, servido por señoras de la alta sociedad granadina, que al terminar la comida regalarían a cada comulgante una cajetilla de cigarros, un escapulario azul y una prenda de vestir, escogida de antemano por los interesados.

Además, en un colegio de niñas de Santa Fe, dirigido por religiosas, se trabajaba con toda actividad cosiendo banderas, haciendo farolillos, enlazando ramos de flores para adornar el patio del presidio, en donde se tendría por la tarde una solemne procesión.

Los presidiarios con todos estos preparativos estaban contentos, y a ninguno se le ocurría el que pensase alguien en no confesarse.

En los dos días de ejercicios se registraban hermosísimos actos de piedad fuera del referente al *Chirle*.

El Pintor, a quien le tocó una tarde quedarse a barrer la cocina durante el sermón, oficio para ellos muy codiciado por la esperanza de probar el caldo del rancho con frecuencia estuvo, a pesar de eso, buscando por todo el penal quien le reemplazara en tan honroso puesto, y sólo pudo hallar suplente en un gitano, recompensando su servicio con la paga anticipada de un par de calcetines.

Otro caso más consolador aún pudieron presenciar los que asistieron a aquella misión de imperecederos recuerdos.

Estaba desde hacía poco en el penal un gitanico de los más atezados que Dios dejó caer en medio de los chumbales del Albaicín.

Sólo hacía un mes que molestaba a los Padres que iban al presidio para enseñar a los presos la doctrina,

porque sólo hacía un mes que se había *matriculado en el distituto*, como llamaba al panóptico un joven contrabandista de La Línea.

Desde luego se le bautizó al gitano con el nombre de *el Sastre*, porque entonces corría por allí la moda de aplicarles como apodo a los encarcelados el nombre de una profesión honrada, que paliase la causa verdadera de su *matricula* y que tuviese relación al mismo tiempo con el crimen cometido.

Le preguntó el Padre Gómez al de La Línea por qué llamaban al gitano con aquel apodo, y el joven le contestó impertérrito:

—Porque sabe muy bien hacer *ojales*.

Era esta una alusión muy típica al crimen que le *había matriculado*. Un día tropezó nuestro gitano en la taberna con su cuñado, a quien llamaban el *Católico*, y por un quitame allá esos vasos, sacó las enormes tijeras de trasquilar, que llevaba siempre metidas en la faja, las abrió como cuatro o cinco centímetros, se las metió al *Católico* por el estómago, y las cerró después cortándole los intestinos, o en expresión del gitano, abriéndole un *tragaluz tamañico*...

Pero no paró aquí la fiesta. La mujer del muerto delató el escondrijo donde el asesino se había guarecido, y éste se la juró de forma, que como él decía:

—En cuantito que cumpla con la del *marío*, le juro que han de traerme *pa* cumplir con la de mi hermana.

Este pajarraco, ni había confesado jamás en su vida, ni sabía lo que era confesión, ni le importaba saberlo, porque no era cosa que se pudiese robar.

Cuando se le exhortaba a que perdonase a su hermana, miraba de arriba a abajo a su interlocutor, soltaba

una risita sangrienta, se metía las manos en la faja y, arqueando un poco las piernas, respondía:

—¿Que la perdone, Parecito? ¡Pues si voy a jacerle una mercé ajuntándola pronto con su marío!

Y como la viuda sabía muy bien las intenciones de su hermano, más de una vez vino a ver a uno de los Padres que asistían con frecuencia al penal, y con toda la zalamería de una gitana le soltaba la siguiente pregunta:

—Oiga usted, persona real, ¿es cierto que a mi hermano le van a regalar pronto la sogá?

—No, mujer, pierde cuidado, que no le ahorcarán.

—¡Ezú! (Jesús) ¡y qué jueces más *regüenos*! Entonces, Padrecito, *jaga usté*, por lo menos que se quede aquí dentro *jasta* que le sargan los gusanillos.

Tal era el miedo cerval que la *Chata* (así se llamaba la viuda del *Católico*) tenía al *Sastre*, y con ella todo el Albaicín.

Este hombre fué, sin embargo, una de las conquistas más hermosas que hizo la gracia divina.

Al tercer día por la mañana estaba predicando el orador sagrado sobre la misericordia de la Virgen Santísima para los pecadores, y comenzó a ponderar la que tiene la Virgen de las Angustias con sus hijos los granadinos.

Al oír este nombre bendito un murmullo de satisfacción y de cariño acogió las palabras del Misionero, como si cada cual hubiese oído el nombre de su propia madre.

Desde un rincón de la iglesia oyóse un sollozo entrecortado, que fué creciendo cada vez con más fuerzas, hasta convertirse en un verdadero torrente de alaridos y de lágrimas.

Eran del *Sastre*, en cuya alma acababa de entrar por

vez primera la gracia divina, como tiene que entrar en un gitano, a la manera como entra por un barbecho el caño de alguna acequia, arrastrando primero broza y fango para convertirse después en transparente cinta de plata.

Apenas concluyó el sermón acercóse el gitano al predicador, con quien tenía mucha confianza, y empezó a gritarle, moviendo la cabeza y llorando a lágrima viva:

—¡Maletto, Padre, muy maletto! ¿Y no habrá un cacho *e* gracia de Dios para este gitanico?

—¿Por qué no hijo mío? ¿Quieres confesarte?

—A eso vengo. A ponerme en esas manos, que son las de Dios Padre Todopoderoso. Ahora me va usted a oír. Ya me enteré de que la *Chata*, mi hermana, se ha quedao viuda desde que a su *Católico* se le enfrió el cielico de la boca por mor de mí; pues a los dos perdono.

—Bien hecho, hombre. Verás qué contenta va a ponerse tu hermana cuando lo sepa.

—Pues cuando lo sepa le dice de mi parte que, *pa* que se alegre, le deajo de recuerdo las tijeras con que le *jice* el boquete a su *Católico*. Pero oiga usted otra cosa.

Y llevándole de la mano con mucho misterio a un rincón del patio, prosiguió:

—Y le dice a la *Chata* que, *ajondando* debajo de un ladrillo suelto que hay debajo de la estera donde yo dormía, encontrará cincuenta duros, que eran de su marío. Que yo se los regalo a ella y a sus *churumbetes*.

—Bien hecho. Veo que tienes ganas de ser bueno.

—Por esta *crus* que he de golverme más manso que el marranico de San Antonio. Pero... le va a decir su *mercé* una cosa a la *Chata*, así como cosa de usted.

—Todo lo que tú quieras.

—Dígale que lo que piense gastar en aguardiente de esos cincuenta duros, que *jaga* el favor de guardarlo hasta que yo salga de aquí.

—Claro que se lo diré. ¿Y qué más, qué más tienes que decirme?

—Otra cosa. Le va a decir su *mercé* a la Virgen de las Angustias que yo le regalo toos los *ruchiyos* que haya *jallao* por el campo.

—Pero ¿tienes alguno en tu poder?

—¿Qué *quié* *usté* que tenga, si ya no me queda más amparo que estos carzones, que son un agujero, y lo que ustedes me quieran dar el domingo por comerme a Dios?

—¿Entonces, para qué se los regalas a la Virgen?

—Pa que ella nos perdone a los ruchos y a mí, que *toos* somos pecadores.

Esta conversión fué sincera y de mucha resonancia en el penal, y tanto ésta como todas las otras que se iban realizando, se procuró que llegasen hasta los oídos de Antonio, quien daba señales de afectarse profundamente al oirlas.

Al paso que avanzaba la misión, avanzaba también la enfermedad del expríncipe del Colegio, que aún seguía en el covachón esperando que diesen de alta a un enfermo para subir a la enfermería.

Lo que no avanzaba en modo alguno era su conversión.

Tenía resuelto condenarse, y caminaba a pasos agigantados hacia el cumplimiento de su propósito.

Hacia los últimos días de ejercicios, Antonio semejaba un cadáver.

Su rostro blanquísimo, cual si estuviese trabajado en cera, resaltaba sobre la negra pared del muro; su

espesísima cabellera desgredñada le caía sobre los hombros cubierta de frío sudor, como si se acabase de salir de un baño, y su respiración era tan fatigosa, que fatigaba el alma oírle respirar de aquel modo, y toser de vez en cuando como poniendo en juego para ello las pocas fuerzas que le quedaban a su cuerpo.

Aquella fortaleza, en su parte física se derrumbaba por momentos; en su parte moral, parecía inexpugnable.

Cuando llegaba algún Jesuíta a su prisión, daba muestras inequívocas de gozo; lo recibía con la sonrisa del que agradece la visita; pero cuando se le tocaba la fibra de la fe, cuando se le hablaba de confesión, o movía negativamente la cabeza, reconcentrando sus espíritus vitales en los labios le arrojaba alguna blasfemia, o algún "¡déjeme usted en paz!" que era capaz de helar la sangre.

Y así llegó el cuarto día de ejercicios, por la mañana, sin que la divina gracia avanzase un paso en la rendición de un tan empedernido pecho.

Sin embargo, por la tarde, Dios, que iba como acorralando al obstinado corazón para salvarlo, para rendirlo a sus amorosos brazos, le tenía preparado un golpe tan fuerte en su eficacia como suave en el modo de disponerlo y llevarlo a la ejecución.

Es costumbre en todas las casas de la Compañía de Jesús, pero de un modo particular en los noviciados, el que después de comer la comunidad se aderece bien todo lo sobrante y se reparta a los pobres que acuden a la portería.

En Granada se hace de un modo muy clásico.

Bajan primeramente dos novicios a la entrada de la huerta, y allí, divididos por secciones hombres, mujeres y niños, se reza el rosario y se explica el catecís-

mo, mientras llega el carrito de la sopa, que un pobre describía gráficamente.

—¡ Padre, ya viene la gloria de Dios en su carrito!

Cuando aparecen las dos calderas de hirviendo sopa de arroz, embutida de carne y de patatas, ya no se sigue ni se puede seguir la explicación de la doctrina, y se procede a poner en orden aquella indisciplinada concurrencia, que lucha por tomar buen puesto en la fila.

Dos novicios, y con frecuencia dos sacerdotes o profesores, se disponen, con el cazo en la mano, a repartir a cada pobre su ración.

Colocados éstos en una larga fila, van pasando con su pucherito por delante de la caldera, primero los hombres, después las mujeres, y finalmente la *canallita*, como diríamos en Cataluña.

Son de escuchar las cosas que se les van ocurriendo a los pobres al recibir su cazolada.

—¡ Dios se lo pague a ustedes en pesetitas de gloria!

—¡ Y luego dirán que si los frailes!

—¡ Ajonde, Padre, ajonde, que en el fondo está el tesoro!

El sábado, en honra de la Virgen Santísima, y las vísperas de las grandes solemnidades, bajan varios de los Padres y novicios designados por el Padre Rector, pues todos quieren ser del número de los privilegiados, besan los pies a doce pobres de los que acuden por la sopa y se quedan a comer con ellos en el mismo plato, cosa que a muchos melindrosos y delicados de estómago pudiera causar repugnancia hasta el oírlo, pero que a los novicios y estudiantes de la Compañía, con el deseo que tienen de mortificar sus pasiones y delicadezas, espolvoreado todo con un hambre más que regular, les sabe a gloria de Dios bajada en un carrito.

Con todas estas consideraciones despertó el Padre Gómez aquel día su apetito al verse frente a su comensal.

Era éste un viejecito muy resalado. Su rostro y su frente de color moreno, tirando algo a chorizo rancio, no tenía más carne que la necesaria para formar hondísimas arrugas que surcaban en todas direcciones, ni las arrugas dejaban más sitio en la cara que el necesario para que asomasen una boca sumida y casi sin labios y dos ojitos negros, vivísimos, semejantes a dos granos de uva Valdepeñas, olvidadas entre un montón de sarmientos.

El Padre, al sentarse sobre un hermoso tronco de tilo, ofreció mentalmente aquella mortificación por su pobre amigo Antonio.

—Conque, ¿cómo se llama usted?—fué la primera pregunta que dirigió a su comensal.

—Mariano Pérez, *pa* servir a Dios y al Padre.

—¿Es usted de Granada?

—No, señor; soy de Andújar, *pa* lo que usted guste mandarme.

—¿Y cómo ha venido a parar por estas tierras?

—¡Velay! Yo he servido muchos años a una señora que, mejorándole a usted, era más rebuena que un charrón por Mayo, y naide me tuvo que decir que si Marianito *hache*, que si Marianito *erre*, porque yo era más cumplido *pa* mis deberes que un reloj de campanario. Pero hace poco tiempo, *por mor* de una calumnia, mi ama me arrojó del cortijo y tuve que venir a Graná, donde no encuentro amo ni más amparo que el calor de esta sopa que ustedes me dan, y que el Señor se la pague.

—¿Y cómo se llamaba esa señora?

—Se llamaba doña Luisa Carvajal, y tiene cerca de Andújar un cortijo muy hermoso que se llama de las Pajuelas.

—¿Y tenía un hijo llamado Antonio?

—Sí, señor; un real mozo, mejorándolo a usted. ¿Conoce, por ventura, a esa familia?

—Mucho la conozco. Estuve con doña Luisa en Marmolejo.

—¡Qué rebuena que era! Pero su hijo...

—¿Era malo?

—No tanto, pero no era como ella. El es la causa de mi desgracia.

—¿Por qué?

—Ese muchacho, mientras estudió con ustedes era un portento; pero topó en unas vacaciones con un mal guía que era el hermano de la señora, y este señor, ahora por Andújar y luego por Córdoba, lo puso más corrompío que el buen vino cuando acaba por avinagrarse. Estaba ya separado de su madre y llevaba encima su maldición, que por eso no hacía nada a derechas, cuando un día se presenta en el cortijo preguntando por su tío. Yo, que nada podía sospechar, le dije que estaba en la feria de Córdoba, y allí fué a buscarle y le mató. Y ahora dicen que debo ser cómplice, y me han arrojao de una casa donde nací y llevaba sirviéndola sesenta años.

Y el buen viejo se limpiaba dos gruesos lagrimones que le caían por la cara, soleada con los servicios del cortijo.

—¿Y qué hace usted ahora?

—Pues ya lo ve. No hallo trabajo; tengo enferma a mi mujer, que no la admiten en el hospital por falta de recomendación; mis tres hijas no encuentran ama a

quien servir, y a mí sólo me sirven para meter tres bocas en el puchero y... y nada, que anoche por primera vez en mi vida tuve que echarme por esas calles a pedir una limosna por amor de Dios.

—No se apure, tío Mariano, que aquí en la huerta le daremos colocación mañana mismo; pero ¿ha tenido alguna noticia de Antonio?

—Ninguna cierta, pero sé que debe estar en presidio y que me lo irán a condenar a muerte al pobre amo mío. ¡Si ya se lo decía yo! ¡Dime con quién andas y te diré quién eres!

Entonces, obsesionado por una idea repentina, le dijo el Padre mirándole fijamente a la cara:

—Y si usted le viese, ¿le guardaría rencor?

El tío Mariano se quedó mirando también al Padre, y luego, bajando los ojos, respondió con la naturalidad de los héroes:

—Padre, poca sangre me queda ya en el cuerpo, pero toda ella es para el señorito y su madre, que son los que me han dado el pan por espacio de sesenta años.

—Pues esta misma tarde va usted a verle. ¿Qué le parece?

—¿Pero está en Graná?

—Sí, aquí está en este presidio.

—¡Pobre amo mío! ¡Ya me lo sospechaba! ¡Tener que verle en una cárcel cuando se merecía un palacio real!

Y Mariano no pudo ya contenerse, y dejó de comer para romper a llorar.

—Y diga usted—prosiguió levantándose—, ¿qué podré llevarle yo que le sea útil?

—¡Déjelo! ¡Si no tiene usted sobre qué caerse muerto!

—¡Y qué me importa! Una frazada nos queda en casa

con que se abriga mi mujer. Es lo único que tengo del cortijo, y por eso no es mía, sino del señorito Antonio.

Con esto el tío Marianito se despidió del Padre, quedando en presentarse a las cinco de la tarde en el penal.

En efecto, a la hora señalada estaba ya a la puerta del panóptico, y traía debajo del brazo lo único que pudo conseguir de su pobreza, una sábana blanca comprada con las limosnas que le dieron la noche antes, y aquella frazada del cortijo llena de zurcidos por todas partes, es decir, el único abrigo que tenían cinco de familia en lo más riguroso de un invierno granadino.

La entrevista de Mariano con Antonio debió ser muy tierna y muy interesante, pero no quiso el Padre Gómez presenciarla, contentándose con darle algunas instrucciones sobre los puntos que debía de tocar. Sólo pudo ver que al entrar el buen viejecito en la covacha iba dando diente con diente como un calenturiento; que apenas divisó a Antonio rompió en unos gritos de dolor capaces de hacer llorar a las piedras, y se arrojó a los pies de su antiguo amo para besarle las cadenas, mientras decía:

—¡Amo mío, amo mío! ¿Es esto lo que le queda de aquellas alhajas que su madre tenía a montones?

Vió que Antonio, reconociendo a su antiguo criado, se incorporó en ademán de abrazarle y le pareció más prudente no interrumpir con su presencia aquel idilio tan rudo como tierno, en el que un corazón noble y leal, con toda la lealtad de la raza española, iba a vengarse del ultraje hecho por doña Luisa a sus sesenta años de servicio llevándole a su hijo el único pedazo que le quedaba de su pobreza, junto con los riquísimos tesoros de fe cristiana que poseía.

Dos horas duró aquella conferencia del amo con el criado, al cabo de las cuales salió éste moviendo la cabeza con aire de pena.

—¿Qué tal? ¿Se confesará?—preguntó con ansias el Padre Gómez.

—¡Hum!... No sé. ¡Si este no es Antonio! ¡Si este no es aquel Antonio de ustedes! Todo el cristianismo que le queda me cabe a mí en el hueco de la mano.

—¿Pero le admitió el regalito?

—Sí, Padre. Me ha hecho ese favor después de mucho rogarle.

Mariano se fué a su casa, y el Padre, que durante la conferencia de amo y criado había dado los últimos pasos para que trasladasen a Antonio de aquel sitio tan húmedo, entró en la covacha junto con el médico y el alcaide, interesados los dos por la salud del enfermo, para trasladarlo a un aposento aislado que estaba junto a las habitaciones del jefe.

Al entrar notaron todos la buena impresión que aun en la parte física había producido la visita del antiguo aperador.

El rostro de Antonio, aunque muy demacrado y pálido, tenía expresión de gozo, como nunca se le vió desde su entrada en el panóptico.

Arrebujado en la manta de Mariano, que más aún que al cuerpo daba espiritual calor a su alma, pareció al buen Jesuíta que aún no estaba del todo perdido, que aquella sonrisa de su semblante eran los primeros síntomas de resurrección.

El médico púsole el termómetro y movió la cabeza con disgusto.

Era preciso sacarle en seguida de aquella nevera. Antonio no solamente no puso resistencia al trasla-

darlo, cosa que hizo siempre al proponérselo las veces anteriores, sino que al verse en la cama limpia y mu-
llida del nuevo aposento y al despedirse de él el Padre,
le besó la mano con cariño, diciéndole:

—Gracias, Padre, ustedes no piensan más que en
nuestro bien.

El Padre le arropó con la frazada de Mariano y le
cubrió la garganta y la barba con el embozo de aquella
sábana que ya comenzaba a parecerle milagrosa, y sa-
lió del penal con el alma llena de esperanza.

—Una reliquia de algún santo—se decía por el cami-
no—ha trocado más de una vez el corazón de un im-
pío. Ya que no ha querido ponerse la medalla milagro-
sa de la Virgen, que al menos se ponga esas dos reli-
quias de un héroe de la caridad cristiana. Ellas le abri-
garán el cuerpo y darán calor a su alma para que se
reanime y comience a vivir de nuevo a la gracia.

Al llegar al noviciado y presentarse al Padre Rector,
éste le leyó el siguiente telegrama del Padre Martínez,
el antiguo Padre espiritual de Antofito: "Llego a Gra-
nada mañana siete noche".

XX

El Padre espiritual.

Era la víspera de la fiesta en honor de la Inmaculada.
Las campanas de las iglesias granadinas querían rom-
perse de tanto voltear.

Las sombras de todos aquellos paladines del dogma,
de aquel Padre Suárez, de aquel obispo Guerrero, más
guerrero en su espíritu mariano que en el mismo ape-

llido; la sombra de todos aquellos colegiales de la Universidad, que antes de doctorarse en ella sacaban animosos su espada para jurar ante los Evangelios que verterían gustosos la sangre toda por defender que su Reina y Madre María fué concebida sin pecado original, todas aquellas sombras iban poco a poco despertando del sueño de la muerte y abandonando sus sepulcros para asistir a las solemnes vísperas de una fiesta que ellos con su pluma, con su espada, y sobre todo con su piedad, habían hecho descender de los cielos para alegría y amparo de la tierra.

Un ambiente de devoción dulce y tranquila se respiraba por las calles de la ciudad genuinamente mariana, que si tenía por blasón haber sido el último baluarte arrancado al muslim a costa de heroicas proezas, tiene por timbre tal vez más claro de su historia, el haber sido la primera ciudad que levantara en medio de sus plazas una estatua, o por mejor decir, un trono, a la Virgen Inmaculada, llamando a esa plaza donde debía triunfar perpetuamente la patrona de los ejércitos españoles, con el significativo nombre de "la Plaza del Triunfo".

Las iglesias se henchían de fieles, que iban a purificar sus almas, para luego aparecer ante la pureza de la Virgen como verdaderos granadinos.

En muchas casas particulares se daban las últimas puntadas a los trajecitos blancos y azules con que iban a vestirse las niñas que por primera vez pensaban acercarse al Venero de la Pureza en el día más puro y más inmaculado del año.

El presidio se había convertido, de cárcel de criminales, en mansión de honradez; allí no había ya enemigos de la humanidad, sino amigos de Dios, y todo

esto sin que interviniesen autoridades terrestres, porque donde entra la gracia de Dios sobran los castigos de los hombres.

El patio de entrada parecía un bosque: tantas eran las ramas de naranjos y los troncos de laurel que se había traído para engalanarlo. De columna a columna corría una guirnalda de flores sembrada de farolillos a la veneciana y rematando en capiteles con escudos y alegorías.

El pavimento, alfombrado con retamas y juncias de olor, exhalaba ese aroma especial del campo, que huele a procesión, a bandas de música, a cánticos sagrados, a ruidosos cohetes, a piedad que rebosa del pecho y se desborda en vivas a la Inmaculada Concepción.

Por la mañana, al entrar en el presidio, fué la primera visita del Padre Gómez para el de siempre, para Antonio.

La enfermedad se lo llevaba por la posta. Acababan de darle una inyección para que volviese del delirio en que toda la noche estuvo sumido.

Por eso el Jesuíta no se atrevió a tocar la cuestión que tanto importaba a su alma sin preguntar al médico si sería prudente hacerlo, y el médico le respondió sonriente como buen cristiano:

—Padre, si hay ocasión en que convenga llevar a efecto las palabras de San Pablo: *insta oportuna e inopportunamente*, es ésta, en que se decide la salud de su alma, porque la de su cuerpo se ha decidido ya. Tenga por seguro que no ve el día de mañana. Sin embargo, si él se altera demasiado, déjelo, porque podría sobrevenirle un acceso.

Al entrar en el aposento, Antonio le miró con ojos extraviados, como si no le conociese ni le hubiese visto

jamás. Un temblor suave agitaba su cuerpo, y de cuando en cuando se notaba su deseo de lanzar toda la ropa como si estuviese bajo la acción de un calor sofocante.

—¿Qué es eso, Padre?—fueron sus primeras palabras—, ¿viene a decirme que me confiese? Pues todo es inútil. Ya se lo he dicho muchas veces: he jugado mi salvación por aquellas dos mil pesetas, y he perdido la partida, déjeme en paz.

—No, Antonio—le dijo el antiguo inspector acercándose a la cama—, vengo sólo a darte una buena noticia.

—¿Me han condenado a muerte?

—No es eso lo que ahora te importa saber. La buena noticia es que viene a verte un amigo tuyo. ¿A que no adivinas quién es?

—No... acaso...

—Pues es tu antiguo Padre espiritual, el Padre Martínez.

—¡Ah! Aquel viejo de Málaga. ¿Y a qué viene?

—Viene por tu alma, Antonio por...

—¿Por mi alma? Pues viene tarde, porque ya se la he dado al demonio. Conque si no quiere de mí otra cosa, mejor es que no venga.

El acceso de locura volvía. Sus ojos se iban poniendo como dos ascuas, el temblor aumentaba por momentos y todos sus ademanes eran de quererse lanzar de la cama.

Tuvo el Padre que retirarse, pero con el alma destrozada, al ver que su salvación dependía de que el Padre Martínez le encontrase en disposición de conocerle, o en tal disposición que le arrojase, como a él acababa de arrojarlo de su presencia.

¡Pobre Antonio! ¡Verdaderamente había jugado su

alma, y casi la tenía perdida! Esperar a que le pasara el ataque era tan eventual, que el Padre Gómez resolvió esperar a la tarde, al último recurso de la gracia, a la entrevista con el Padre Martínez, que venía providencialmente traído por Dios.

Y llegó la tarde. ¡Cuánto tardó en llegar!

Era la última noche que Dios había decretado conceder a Antonio para su arrepentimiento. Era la última capitulación de Dios con aquel hombre, que había desertado de sus filas.

El Padre Gómez estaba esperando en la estación.

Por fin una luz rojiza apareció como el ojo de un cíclope en medio de la obscuridad de la noche. Eran las nueve.

Aquel ojo chispeante describió varias curvas, acercándose con rapidez, como si buscara la entrada en la estación, oyóse un alarido agrio, penetrante, y la locomotora se internó bajo el techado, cansada, jadeante, para descansar unos momentos y soltar la carga que arrastraba en sus cóncavos anillos.

El Padre Martínez, aquel viejecito seco, encorvado, más por el peso de sus méritos que por el de los años, bajó al encuentro de su hermano de religión, con la sonrisa de un niño en los labios y la solicitud de un apóstol en su alma.

—¿Qué tal mi Antoñito? ¿Está muy grave?

—Mucho, mucho; si esta noche no consigue usted el milagro de su conversión, mañana será tarde.

—¡Bien! Lo conseguiremos esta misma noche. ¿Por qué no?

—Lo veo un poco difícil. ¡Se resiste tanto a la gracia!

—Hombre de poca fe, ¿por qué dudas? ¿Se han ago-

tado ya, por ventura, las arcas de la misericordia divina? Vamos, vamos allá. ¡Pobre Antoñito mío!

—¿No quiere descansar en el noviciado?...

El Padre miró a su interlocutor con asombro, y dijo mientras ponía el pie en el estribo de un coche de punto:

—¿Descansar para que mi hijo se muera entre tanto? No; yo le traigo la bendición de su madre, que es lo que necesitaba su alma para resucitar.

—¿Y cómo deja usted a doña Luisa?

—Agonizando también. Ha tenido varios ataques al corazón y quizá no salga de esta noche. ¡Pobre señora! ¡Qué arrepentida está de haber sido tan débil en la educación de su hijo!

Durante el trayecto el Padre Martínez fué hablando todo el tiempo de su antiguo príncipe; del candor de sus primeros años, del talento claro y despejado del niño, tanto que, en su concepto y en el de todos los que le trataron, no había pasado por el Colegio de Málaga otro alumno ni de tanta disposición en el entendimiento ni de tanta pureza y candor en su alma.

Llegaron al penal. En la puerta esperaba Fernando para recibir un abrazo, porque, declarada su inocencia, le habían puesto en libertad.

El Padre Martínez arrastró por decirlo así, al compañero hasta el aposento de Antonio, sin dejarle hablar con nadie. Los momentos eran oro.

El preso estaba solo. Una vela de esperma, puesta encima de la mesita, esparcía sus tenues resplandores sobre la alcoba, y a la puerta de ella, acurrucado en el suelo, llorando en silencio, aparecía el tío Marianito, que no se movió de su sitio, porque estaba absorto en la meditación de sus penas.

El Padre espiritual levantó la cortina de percal y se

quedó en la puerta mirando de hito en hito al impenitente joven con cierta sonrisa mezclada de severidad.

Antonio le reconoció en seguida. Dió un grito agudo y se tapó el rostro con las manos.

Entonces el Padre se acercó hasta la cama, le separó las manos, le tomó con cariño una de ellas entre las suyas, y le dijo:

—Antonio, ¿me conoces? ¿Sabes quién soy?

—Sí, sí, Padre—rugió el joven—, ¡sois mi juez! ¡Sois el grito de mi conciencia, que viene a condenarme!

—Te equivocas, Antonio. Soy el Padre del hijo prodigo, que viene a buscarte desde muy lejos sin hacer caso a los mismos achaques de mi vejez.

—Déjeme, Padre, déjeme—exclamó Antonio como temiendo perder en la lucha—; déjeme en paz, ¡si yo no tengo ya remedio! ¡Si estoy condenado!

—¿Que te deje? ¿Que te deje? ¿Que yo deje a un prefecto de la Congregación de María condenarse? ¿Que yo deje a una oveja de mi redil caer en las fauces del lobo? ¡Ca! Te equivocas, Antonio... ¡Pero... mírame a la cara, no apartes tus ojos de los míos! Yo vengo a traerte la bendición de tu madre, de tu madre, que se está muriendo y no puede dejarte una herencia más grande que esa bendición que tú necesitas.

—¡Oh, mi madre!...—rugió Antonio—Aún resuenan en mis oídos sus últimas palabras: ¡Maldito! ¿Lo oyes? ¡Maldito!

—Sí, y esa misma que te maldijo entonces quiere que venga yo ahora hasta tu lecho de agonía para bendecirte. ¡La bendición de una santa, Antonio, de una madre que muere por ti! ¡Piénsalo bien! ¡Tú la matas y ella te bendice!

El joven inclinó la cabeza sobre el pecho, como si

aquellas palabras le trajesen a la memoria recuerdos pasados, caricias desvanecidas, remordimientos tardíos.

El Padre Martínez aprovechó aquel momento en que Antonio inclinaba la frente, y la bendición de una madre cayó sobre su espíritu desde las manos de un hombre que tenía también en ellas la bendición de Dios.

Parece que desde aquel momento el espíritu de la reprobación fué de vencida.

—Ahora, Antonio—prosiguió el Padre con tono persuasivo, lleno de majestad y de unción—, ahora abaja tu soberbia, humilla tu entendimiento, abre a la contrición el pecho golpeándolo con esas manos pecadoras, y confiesa tus crímenes, que otra Madre más buena que doña Luisa me envía para darte en nombre de Dios otra bendición, la que te reconcilie con Dios.

—No, no; no puedo, no tengo fe, Padre, no creo ahora en ese perdón; déjeme llorar esta noche a ver si con la lluvia de las lágrimas se ablanda este peñasco que tengo por conciencia.

—¡Mañana! ¡Mañana! ¿Y si mueres esta noche? ¿Quién te promete un día de existencia?

—¡No puedo, no puedo, no puedo!

Entonces el Padre apeló al último recurso. Irguióse con majestad, y mirando a la cara de Antonio con una mirada avasalladora, como el domador que pretende hipnotizar a una fiera, le dijo:

—Entonces, vengo a decirte en nombre de la Virgen que eres un cobarde, que eres un desertor, que eres un perverso soldado de sus filas.

Y mientras Antonio le miraba con verdadero espanto, subyugado por aquellos dos ojos centelleantes, el Padre sacó del pecho una cinta azul con una medalla de la Virgen y la arrojó sobre la cama, diciéndole:

—Toma, rompe esas insignias, ¡desertor! ¡Cobarde!

Los ojos de Antonio se clavaron entonces en la medalla, aquella medalla que, como traen las nuevas brisas de la primavera aromas de flores que renacen, le traían perfumes de flores, marchitas ya, pero que comenzaban a reverdecer de nuevo al despuntar la primavera de la gracia divina.

—Rómpela, Antonio, ya no la mereces, porque has sido un traidor. ¿Conoces esta letra?—y el Padre le puso ante los ojos un pedazo de papel arrugado y lleno de dobleces.

El preso, que se había incorporado sobre la cama, volvió a caer sobre ella y se tapó la cara cual si viese una visión horrible, la visión de su propia cobardía.

—Oye, oye, ¿ves esta letra? Es letra de Antonio, es letra tuya. ¿Ves esta sangre? Es sangre de tus venas. ¿Quieres saber lo que has escrito con esta sangre? Oye, oye, Antonio, y mira si tengo razón al llamarte cobarde: “Purísima Reina de los cielos: yo, Antonio de Haro, Prefecto de la Sagrada Congregación, juro ante tus plantas ligarme con voto de castidad... Si algún día soy infiel a este juramento, tiende sobre mí tu manto, abre los ojos de mi alma para que yo vea mi cobardía, y dame gracia abundante para que, conociendo mi error, vuelva a la senda del bien y de la virtud.”

Antonio no pudo resistir ya por más tiempo a la gracia. Dos lágrimas brillaron en sus ojos, rodaron por sus mejillas hasta la medalla de la Virgen, que había cogido entre sus manos y que apretaba con crispados dedos, luego bajaron otras dos lágrimas, y luego un llanto angustioso, benéfico, regenerador brotó de sus ojos.

Aquel maestro de las almas lo conoció todo, vió que

Antonio acababa de resucitar, y entonces se sentó sobre la cama, recostó sobre su pecho la cabeza del joven y le dejó llorar hasta que se saciase de llanto.

Así estuvieron mucho tiempo, hasta que Antonio levantó su frente, besó la medalla de la Virgen y comenzó con ternísimos coloquios.

—Madre, madre, madre mía, perdón, he sido un cobarde! Hazme conocer mi vilantez y dame lágrimas, muchas lágrimas, que laven mis crímenes y apostasias.

El Padre Martínez lo dejó hablando con su Madre, con aquella Madre que tantos años estaba llorando su ausencia, para imponer al Padre Gómez un sacrificio, el más costoso que en aquellos momentos le pudiera imponer .

—Váyase—le dijo con imperio—, váyase al noviciado y diga al Padre Rector que me quedo esta noche con Antonio.

—Pero...

—¡Váyase! Mire que se lo mando. Este viejecito que está aquí me ayudará para darle el Viático. Usted váyase a descansar y vuelva mañana.

* * *

En efecto: apenas el alba comenzaba a bañar de luz la vega granadina, ya estaba el Padre Gómez en la cárcel para ver el desenlace de aquella conversión que había comenzado a vislumbrar la noche precedente.

Entró en el penal, atravesó el patio, donde vió al gitano del Albaicín vestido de nuevo y con una cinta blanca en el brazo, subió las escaleras y penetró en el aposento de Antonio.

Antonio había volado al cielo. Su pecho ostentaba la cinta y la medalla de la Congregación.

El Padre Martínez, sentado en una silla al pie de la cama, rezaba en su breviario con los ojos encendidos de tanto llorar, y Marianito, de rodillas ante el crucifijo del Padre, que lo habían colocado sobre una palmaria, sin duda para que presidiese la imponente ceremonia del santo Viático, rezaba el rosario con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas, último tributo de honor a su amo.

¡Qué muerte tan feliz le había concedido la Virgen a su antiguo Prefecto! Después de una confesión sincera, después de recibir al Señor, aunque ya algo delirante, cayó en un desvarío, precursor del desenlace. En su agonía, como si pasasen en tropel por su imaginación los años de colegio, comenzó a cantar el *Monstrata esse Matrem*: muestra que eres mi Madre.

Al volver a casa el Padre Martínez, victorioso de aquel combate tan corto y tan completo contra el espíritu de las tinieblas, que quiso arrancarle la salvación de un hijo suyo, le esperaba un telegrama de Sevilla, concebido en estos términos:

“Tita murió santamente. Luisito le cerró los ojos.

SOLEDAD.”

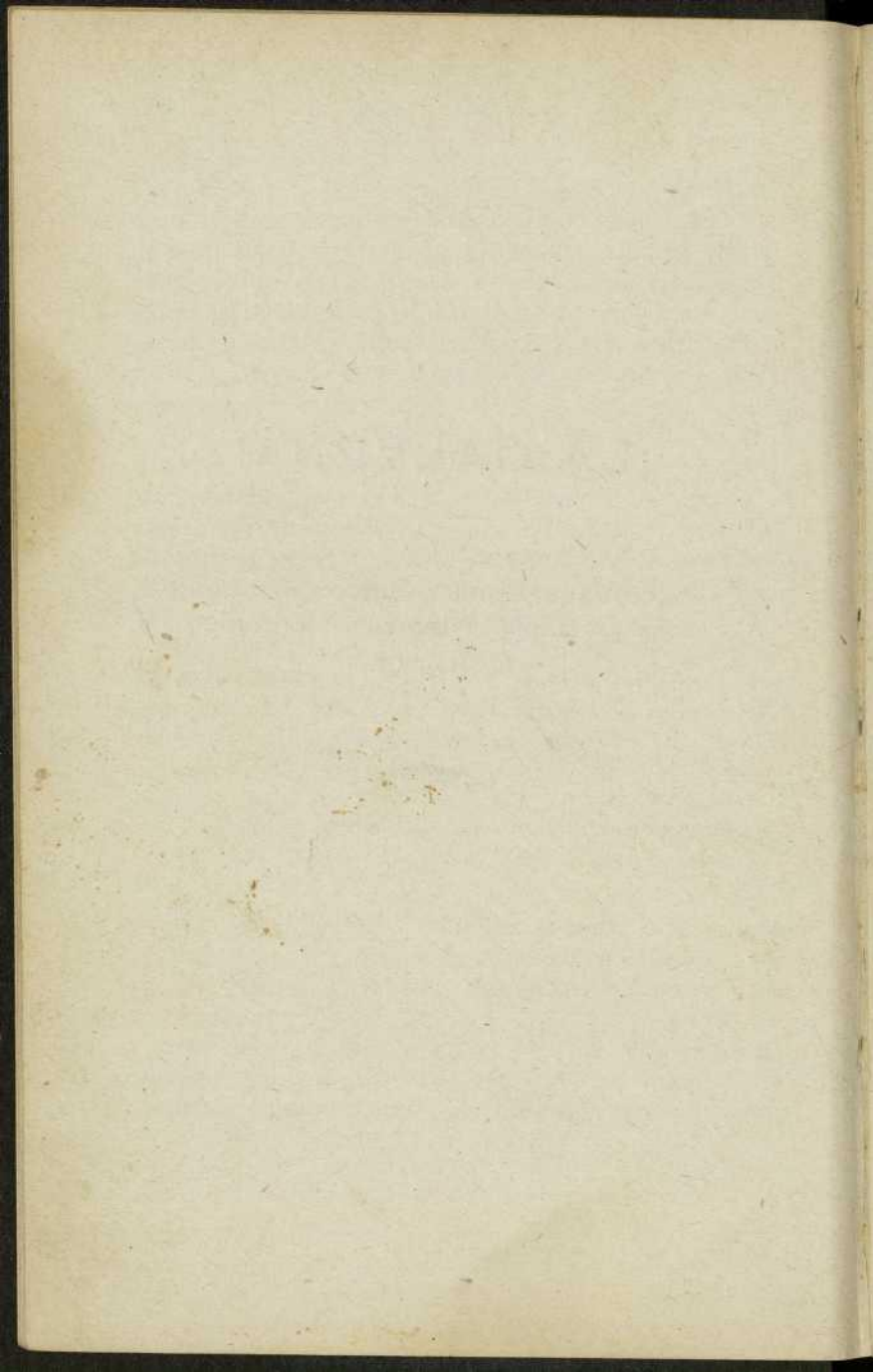
Tal vez el generoso arranque de amor a la Virgen en los tiempos de fervor de Antonio, en aquellos tiempos de colegio, salvaba las dos almas, la suya y la de su madre.

Sin embargo, grande era el peso de responsabilidades que cargaba sobre los dos. ¿Qué se dirían al encontrarse juntos el hijo y la madre delante del divino tribunal?

¡LA GALERNA!

NARRACIÓN INSPIRADA EN DATOS HISTÓRICOS
SOBRE LA ÚLTIMA TEMPESTAD DEL ATLÁNTICO

Agosto, 1912.





¡LA GALERNA!

I

Si exceptuamos a la *Melitona*, ¿qué barca pescadora le echaba la delantera a la *Virgen del Mar*? De fijo ninguna.

La *Virgen del Mar*, lancha de la matrícula de Lequeitio, era nueva, flamante ligera como una gaviota, fuerte como el espíritu de su patrón, que se llamaba Juan Miguel.

¿No habéis recorrido nunca la playa del Cantábrico? ¿No habéis nunca tomado asiento sobre un agrio peñón de la acantilada costa para ver alejarse de la playa, una detrás de otra, la bandada de boniteras, como una nutrida banda de torcaces que se alejasen de su dulce palomar? Pues sentáos conmigo unos momentos a las afueras del pueblo para verlas salir.

¿Véis qué contentas se separan de la orilla? ¡Ah! ¿Cuántas volverán después? A mí me parecen un montón de ilusiones juveniles que caminan en pos del deseo. ¿Cuántas llegarán a realizarlo? ¿Cuántas quedarán sumidas entre las olas del desengaño?

¿Las véis? Aquellas que van ya lejos, muy lejos, casi confundidas con las gasas de espuma que festonea el

mar, esas son las de Bermeo. Allá va delante de todas la *Melitona*, porque su patrón, Hipólito Gabancho, no cede a nadie la primacía. Detrás de ella, como satélites que siguen al planeta, van bebiendo los vientos la *Buenaventura*, la *Virgen de Lourdes*, *Berriochoa*, *Virgen del Puerto*... muchas, muchas, porque la pesca ha sido muy escasa durante el verano y quieren ahora saciarse de bonitos, que les quite de encima, a ellos el mal humor; a sus familias, el espectro de la miseria que comienza a asomar por las casas de Bermeo.

De aquí cerca, de ese puertecito de Lequeitio, el más rico y el más aseado de todo el Cantábrico, van a encontrarse con la de Bermeo un sin fin de lanchas hermanas con la misma gallardía, con el mismo derrotero, con idénticas ilusiones. La primera que ha salido se llama la *Purificación*; otra y otra han seguido la estela que la *Purificación* iba dejando tras de sí, y la última que acaba de salir del puerto es la que ya te he citado, la *Virgen del Mar*. Va la última; pero no le importa, que muy pronto les dará alcance a las otras y luego ventaja, porque el viento es el que le da sus alas y el amor el que riza sus blancas y nevadas velas.

Se ha quedado zaguera, porque Juan Miguel ha tenido que dar el último beso a cada uno de sus cinco hijitos, o por mejor decir, ha tenido que desasirse de esas cadenas que le tienen cautivo a la playa, y que le hacen padecer cuando está lejos las nostalgias del hogar, esas nostalgias grandes, sombrías y rudas que llevan en sus alas suspiros a la playa y traen a su alma desde la playa plegarias y oraciones.

Se ha quedado atrás porque no le sufre tampoco el corazón alejarse de la orilla sin consolar a su Clara, a la esposa más amante, que ve partir con pena las

naves lequeitianas, y que vé con más alegría volver hacia la playa a las blancas y ondulantes velas de Lequeitio.

Juan Miguel es un forzudo pescador de treinta y nueve años; su musculatura atlética, su mirada altiva, todo su cuerpo, también formado, bastaría desde luego para darle el título de lobo marino, a no habérsele dado ya las tres fuertes galernas que lleva vencidas durante su vida azarosa de pescador.

Clara, por el contrario, es el tipo de la mujer recogida, humilde y hacendosa que todo lo prevee, que todo lo santifica con el aroma de su pureza, que ama a su esposo, que no vivé durante los quince días que suele durar el boniteo, pensando en lo que pueda sucederle a su Juan, presintiendo desgracias al asomar de cada nube parda que manche el horizonte.

Por eso ha detenido tanto en la playa a su esposo, abrumándole con preguntas capaces de marear a un hombre que no sea Juan Miguel, o a otro Juan Miguel que no quiera tanto a su Clara.

—¿Cuánto tiempo pensáis estar en el mar?—le pregunta por centésima vez, quizá esperando que cada vez le señale un plazo más corto.

—Cinco o seis días cuando más, porque...

—Sí, fíjate que se echa encima la fiesta de Begoña.

—Antes, antes; para la víspera de San Roque tenemos que estar de vuelta. Ya sabes que esas dos fiestas no las perdonamos nunca los de Lequeitio.

—¡Hum! Como tengáis mucha pesca, ya os cogerá la fiesta en el mar.

—Demasiado sabes que no será así. Además, el 14 concluye de pasar el bonito, y es inútil que nos detengamos.

—¿Llevas puesto el escapulario del Carmen?

—Míralo.

—Sí, porque la galerna... ¡ Ha venido este año tantas veces!...

Juan Miguel tenía razón; el mar se tendía como una inmensa alfombra azul celeste, como si fuera la alfombra del trono en donde reina la Virgen de Begoña, que allá desde su santuario de Bilbao tiende la mirada por aquellos mares, que son suyos, porque suyos son los corazones de los tripulantes que los señorean en sus barcas.

Pero aquel mar tranquilo a veces se revuelve de pronto contra las barcas que le roban su tesoro, y entonces semeja más bien el tribunal de la Justicia de aquel Hijo que la Virgen sostiene en sus brazos; entonces el mar azota y castiga la borda de las lanchas ca-leras, hasta que los gritos de los náufragos, invocando la clemencia de la Madre sobre la Justicia del Hijo, llegan hasta el trono de los dos, vence la Misericordia a la Justicia, tiende la Virgen su cetro de Reina sobre la revuelta inmensidad del Cantábrico, y los mares, sumisos y tranquilos, vuelven de nuevo a lamer los muros de Lequeitio, de Ondárroa y de Bermeo.

A esta ira, súbita y corta, pero terrible, del Cantábrico, es a lo que llaman los marinos LA GALERNA.

He aquí una descripción humorística, pero muy gráfica de la galerna, debida a pluma que no es la mía.

“Cuando se oye esa palabra, que repiten a gritos los transeuntes, hay que meterse en un portal, sentarse en el suelo, correr al pie de un árbol y abrazarse a él; ¡ Galerna, galerna, sálvese el que pueda! Viene de pronto, con sol o sin él, sin dar tiempo a nada; barre cuanto encuentra por delante: arranca árboles, vuelca barracas, portea, rompiendo los cristales con estrépito, arro-

ja por el suelo jóvenes, viejos, niños... Los marinos, hartos de correr temporales en alta mar, no pueden resistir a la galerna donostiarra."

Esta es la galerna en sus efectos. Metereológicamente hablando, sólo se sabe de ella que obedece a bruscas depresiones del Norte, difíciles de prevenir, y que sólo el tino y la continua práctica del Observatorio de Madrid y la no menos conocida ciencia metereológica del célebre CURA DE ZARAUZ, pueden poner a salvo las barcas de sus horribles estragos.

Mientras te he dado estas ligeras explicaciones, tan necesarias para mi histórico relato, Juan Miguel y Clara han tenido tiempo de cruzar la alameda que se tiende a la izquierda del pueblo, conforme se le mira desde el mar, bajar a la playa, acompañados de cuatro rapazuelos rubios y sanotes, como lo son la mayoría de los niños vascongados, y una vez a la orilla del mar, Clara, con el más pequeño de sus hijos en los brazos, se ha quedado muda, como embargada por la pena.

Juan Miguel se ha dispuesto a tripular en seguida su lanchón; los dos niños varones, saltando por el arrecife, comienzan a jugar con aquellas olas traicioneras que besaban sus pies, en tanto que las dos niñas, agarradas a las faldas de su madre, miran intranquilas, ora a Clara, como para pedirle cuenta de su pena, ora a su padre, como para mostrarle el sentimiento por su partida.

Sólo a los gritos de los ocho remeros volvió Juan Miguel en sí, y saltó a la lancha, diciendo ya desde dentro:

—Ikusi arte. Aurrerá boga, mutillak. (Hasta la vista. Adelante, muchachos.)

Los niños se quedaron jugando con las olas del mar

que besaban sus pies; el mar seguía jugando con la barca, que hendía su seno con gallarda rapidez; la brisa avanzó jugando con las blancas velas de la *Virgen del Mar*, ora hinchándolas de aire, ora dejándolas caer flácidas y mustias; todos jugaban menos el corazón de Clara... pero, sí, también jugaban con él las olas de otro mar interior, el del temor y la esperanza...

Clara llegó a su casa, miró después a la cabecera de su cama a la Virgen de Begoña, y le rezó la Salve.

—¡Oh! ¡Y qué Salve más fervorosa, más confiada, más filial se escapó de sus labios!

II

En efecto: el mar no podía mostrarse más propicio con las lanchas caleras. Si durante los días anteriores, si durante todo el verano ostentárase tacaño y malhumorado, dándoles escasa pesca a cambio de varios galernazos con que quiso castigar su osadía, ahora, tendido afablemente entre las costas francesas y españolas, sin darse cuenta, al parecer, de que tantas y tantas lanchas merodeaban por sus dominios, dejaba entrar y salir sin recelo, ora a las boniteras que a mansalva henchían sus vientres de pesca, ora a los vaporcitos y Mamelenas, que, recibiendo la pesca desde las barcas, iban trasladándola a la playa sin peligro y sin reparo.

Durante esos días, en que los atrevidos vascos hacen vida de pez, pasando a veces quince y veinte sin acercarse para nada al puerto, se pasa, por confesión de uno de ellos, a quien pude hablar, se pasa, repito, una vida alegre y bulliciosa en medio de aquella imponente soledad.

La afanosa brega de pescar sin descanso y sin distinción de día y de noche, está compensada con el buen humor de los jalos, que hacen detenerse aun a las mismas olas que iban camino de la playa, y que se quedan suspensas escuchando los robustos cantares de aquellas gargantas privilegiadas de Vasconia, que lo mismo suenan a barcarolas sentidas y tiernas, que a salvajes gritos de combate, sin que nunca se olviden en su vasto repertorio, ni el himno a Begoña, ni el célebre Guernikako arbola, ni el marcial canto de su patrono favorito, el Héroe de Pamplona.

La barca les sirve de comedor, de lecho, de todo: y confiesan los tostados lobos marinos que jamás les sabe en la tierra, ni tan sabroso el trozo de bacalao, ni tan sedante el vaso de sidra, ni tan soñador el blanco humo que sale de la negra y resquemada pipa de castaño.

No es de extrañar, por tanto, el que, habiendo salido el 9 de Agosto, los veamos el 12 a eso de la caída de la tarde, aprovechando el tiempo que les queda hasta San Roque, día en que se ha de dar por terminada la faena.

La pesca se hace allí por *Compañías*, que así se llama a la reunión de diez barcas, tripulada cada una por nueve marineros, y puestas a las órdenes de un vaporcito, que se encarga de conducirles al puerto lo que vayan pescando, y de traerles del puerto víveres y noticias.

Las diversas *Compañías*, unidas, casi confundidas, aprovechan aquella tarde, en que verdaderamente el tiempo es oro, y Gabancho con su *Melitona*, y Galdaraz con su *Buenaventura*, y la *Nuestra Señora de Lourdes* y la *Viscaya*, se atraviesan con la *Virgen del Puerto*, con la *Compañía*, con la *San Antonio*, entre gritos de júbilo, cantares eúscaros, voces de mando y silbidos agrios y estridentes de vaporcitos auxiliares.

Parece que la vida toda de las Provincias Vascongadas ha dejado el bullicio de la playa con que la alegran los veraneantes, que este año han sido tan escasos, y se han trasladado al medio del mar.

A eso de las tres de la tarde, uno de los vapores que acaban de llegar del puerto, anuncia de parte de la Diputación que se retiren todos hacia la playa, porque no ha de tardar en presentarse la galerna.

Esta noticia en otras circunstancias hubiera caído como una bomba llena de metralla, que se lanzase contra las lanchas desde la cúpula del Observatorio de Madrid o desde el miradorcito de la modesta casa de Zarauz; pero entonces no podía tomarse tan en serio.

Llevaban durante el verano oída la misma noticia más de cinco veces, y la galerna se había presentado, en efecto, a la hora señalada por la ciencia, pero todo se reducía a una o dos horas de lucha contra el furioso Cantábrico, que, fatigado al fin de medir inútilmente sus fuerzas con aquella indómita gente, las había dejado tranquilas en su faena, echándose de nuevo a dormir bajo su movable colcha azul, recamada de blancos encajes.

Un improvisado Senedrín formóse en medio de las pardas lomas para deliberar sobre la vuelta o la permanencia en la tarea.

Las lanchas se fueron aproximando hacia los vaporcitos, y dominando el estruendo del mar, que ya comenzaba a picarse, daban de barco a barco su parecer.

—Modesto, parece que habrá galerna esta noche. ¿Qué hacemos?

Desde la *Joven Eulalia* llegó una voz sonora y firme como si fuese un reto al monstruo irascible de Gasuña.

—Hagan los otros lo que quieran, pero los de Bermeo no volvemos esta noche al puerto.

—Mira que está anunciada para las diez, y se dice que ha de ser fuerte.

—Bueno; pues díselo a Gabancho que está en la lanterera, y haremos lo que él nos aconseje.

La barca cruzó rozando las proas amigas y fué dando las órdenes del puerto a las demás.

Todas las lanchas de Bermeo fueron del mismo parecer. Si se trataba de una de tantas galernas como se había anunciado, total era una lucha más para las barcas, acostumbradas al continuo vaivén del mar, y en todo caso el pasar una mala noche para recuperarla después a la mañana con la mayor abundancia de pesca.

Por eso la *Melitona*, y con ella las demás naves bermeanas, siguieron en su faena al oír la voz de Gabancho que decía:

—Pasaremos la noche a la capa: ánimo, muchachos, y que sea lo que Dios disponga.

Y se internaron mar adentro con sobrada confianza, porque estaban muy lejos, a unas cincuenta millas de la costa hacia el cabo Machichaco.

Si las bermeanas no pensaban en volver, ya era cuestión resuelta para las otras. Los de Ondárroa, Elanchove y Lequeitio siguen siempre a los de Bermeo como a más prácticos y conocedores de las traiciones y arterías del Cantábrico, y sólo dan popa al mar cuando los de Bermeo enfilan la proa hacia la playa, presintiendo alguna fuerte borrasca. Entonces las siguen, repitiendo un adagio muy conocido y vulgar entre aquellos pescadores:

—¿Bermeano para casa? ¡ Vuelve, vuelve !

Pero entonces el bermeano no volvía; antes por el contrario, se internaba cada vez más y más.

No se podía tomar como temeraria la resolución de aquellos valientes pescadores, porque al fin y al cabo ni el aspecto del cielo ni la naciente furia del mar daban señales de extraordinarias proporciones.

¿Y Juan Miguel? Juan Miguel miraba a la playa, y de la playa venían oraciones, que al llegar hasta la lancha borrosas y confusas, le dejaban sólo percibir los nombres de Begoña, de Clara, de hijos que rezaban por su padre, de amores que contaban las horas de ausencia como días, y los días como eternidades.

Dieron por fin las tres de la tarde. El Cantábrico, que desde la mañana parecía sestear, comenzó a levantarse intranquilo, con ese aire displicente con que a veces comienza a incomodarse, levantando acá y allá montones de olas que se cruzan, que se chocan, que se deshacen en círculos de espuma, salpicando de nieve el azul intenso de aquella vasta e inconmensurable llanura.

Los alcaldes de mar, que guiaban los vaporcitos, fieles a la consigna del puerto, izaron sobre el tope la bandera de arribada, volvieron la proa hacia la playa, y unos a San Sebastián, y otros a Bermeo, todos optaron una honrosa retirada.

—Juan Miguel—le dijo al alejarse el capitán del vapor que ayudaba a la compañía a cuyo grupo estaba alistada la *Virgen del Mar*,—Juan Miguel, vuélvete al puerto, no tientes a Dios.

—¿Y cómo volver?—repuso desde la lancha el marino.—Es el único día bueno de pesca y el último de la temporada. ¿No te parece que debemos aprovecharlo?

—Allá tú. ¿Quieres algo para Clara?

—Sí, dile que no tenga miedo, que esto no será más

que una o dos horas de galernazo y la podremos capear.

—¿Pero volverás pronto?

—Mañana por la noche. Clara no me perdonaría el que dejase de ir a Begoña para la fiesta.

—Pues entonces, Juan Miguel, buena pesca, y que no sea nada el temporal.

—Hasta la vuelta, Isidro; que consueles a Clara como puedas.

—Así lo haré.

Este que así se interesaba por Clara era el padre de ella y el amigo de más confianza de Juan Miguel.

Y el vaporcito se separó de la lancha para no volverla a capitanear en adelante.

III

Dejémoslos por ahora preparar sus barcos para luchar contra la galerna con toda esa sangre fría vascongada, con esa sublimidad de ánimo que se apresta tranquilo a medir sus fuerzas con el enemigo, y trasládemonos a una casita de piedra a medio enlucir que se adelanta hacia el mar un poco más abajo del paseo cercano a la iglesia, esa casita de pescadores que, sin hacer caso de los ricos chalets que duermen ahora bajo las copas de magnolios y de acacias, parece una visión fantástica, un alma que velase por algún sér querido que peligra en los dominios del océano; esa casita que parece haber bajado hasta la playa con miedo, con mucho miedo, porque la noche es negra y borrascosa, y que hunde en estos momentos su pupila en esas sombras oscuras, queriendo ver a cada paso entre montones de tinieblas que envuelven el mar algo blanco que semeje la vela de una lancha pescadora.

Esta casita, como habréis podido comprender es la de Clara.

La fiel esposa, con ese don de profecía que Dios ha dado a los corazones amorosos, presentía la catástrofe y comenzaba a llorarla como cierta.

Fíjate en ese vago resplandor que sale por la ventanita que da al dormitorio de la familia pescadora. Asómate al pretil de la ventana y verás si es profeta el corazón.

Al lado de la cama hay una mesa de haya, y sobre ella, como sobre un altar, hay una imagen de la Virgen de Begoña alumbrada por un quinqué de hoja de lata. Arrodillada ante la mesa, con las manos puestas sobre el borde, y hundida la frente entre las manos, no se sabe si es que reza y llora, o si es que llora y reza, una mujer joven aún, semejante a una de esas estatuas que se colocan a los bordes de los ricos sepulcros, y parecen representar la viudez inconsolable que está queriendo regar con veneros inagotables de llanto las flores de un amor marchito ya por el invierno de la muerte.

Clara tenía razón al llorar; aquella tarde del 12 corrió por Lequeitio la noticia de que la Capitanía del puerto había dado a las lanchas la orden de volver porque estaba anunciada la galerna.

Clara, en medio del susto producido naturalmente por la orden, se alegró con la esperanza de que Juan Miguel volviera aquella noche y de que la funesta galerna no serviría en aquella ocasión sino para unirle más pronto con su esposa.

En esta opinión estaban todos los de Lequeitio, pero no sucedió así. Uno tras otro fueron volviendo los vaporcitos, y aquél a Ondárroa, y el otro a Bermeo, llegaban todos a refugiarse en el puerto; mas las lanchas,

las que debían anunciar a tantas madres y a tantas esposas la vuelta de los pescadores, esas no asomaban nunca por el horizonte. Después de esperar en vano, se supo que las boniteras habían resuelto pasar la noche a garete. Clara se persuadió de que era inútil esperar a su esposo. Una oleada de amargura comenzó a subir entonces desde su corazón hasta sus ojos. Era la primera ola de dolor que se había de desencadenar en el mar de su espíritu, y aquella primera ola coincidió con las primeras del Cantábrico, que, perdiendo la calma de los días anteriores, daba señales inequívocas de no dejar por mentirosa a la ciencia previsora de los hombres.

Un viento fuerte del lado de San Sebastián comenzó por rizar primeramente la superficie del mar, y creciendo por momentos se había convertido, a la hora en que vemos a Clara arrodillada ante la Virgen, en una deshecha tempestad.

Son ya las diez de la noche. Un viento huracanado silbaba con furia, azotando los miradores de las lindas quintas de recreo que adornan a Lequeitio, rugía después al colarse por los estrechos y altos ventanales de la iglesia y pasaba por cima de las pobres viviendas de los pescadores para castigar después los castañales y robledales que forman el monte del pueblo, y que parecen un inmenso marco que ciñe y corona el cuadro de la honestidad y la pureza lequeitiana.

Los pequeñines de Clara, hartos ya de jugar por la playa, se habían quedado dormidos sobre el jergón que les servía de lecho, y los cinco ángeles de la Guarda que los custodiaban les cubrían el rostro con sus alas de armiño para que no despertasen al son de los sollozos de su madre, y uniendo casi por instinto lamentos

con lamentos, aumentasen inútilmente la pena de la esposa.

Clara se levantó de pronto, se acercó a sus hijitos para ver si dormían, y notando que nada turbaba su profundo sueño, lanzóse a la calle en busca de noticias.

Lequeitio entero velaba, y eso que en el reloj del campanario acababan de dar las doce de la noche.

Atravesando con dificultad la playa, porque el huracán jugaba con sus rubios cabellos y con sus azules vestidos, pudo penetrar en una casita, cuya puerta estaba de par en par, tal vez para que los gemidos que de dentro se escapaban pudiesen llegar sin obstáculo hasta las plantas de la Virgen de Begoña.

Al penetrar Clara en la casita, una mujer anciana salió al encuentro, y detrás de ella una joven, y cosidos a la falda de la joven tres angelitos que coreaban los lamentos de la madre y de la abuelita.

—Clara, por Dios, ¿sabes algo? ¡Dímelo, dímelo por la Virgen!

Y la viejecita, al decir esto, se arrojó en los brazos de Clara como para oír más pronto de sus labios una noticia consoladora.

—María, ¡si yo vengo aquí en busca de noticias! ¿Tiene usted a su Julián en el mar?

—Los dos, los dos, hija mía; mi Julián, que me deja viuda, y mi Santiago, el hijo de mis entrañas, que tal vez ya tenga sin esposo a Carmen y sin padre a estos pobres huerfanitos.

Clara, por ese instinto natural de la gente buena, que toma con gusto el papel de consolador cuando está más falto de consuelo, comenzó a verter esencia de esperanza sobre el alma de aquellas desgraciadas amigas suyas.

—No, mujer, no es para tanto; ya saben que los bar-

cos de Lequeitio son nuevos y han resistido muchas veces la galerna.

—Las otras galernas, sí; pero lo que es ésta, no. ¡Si yo no he visto otra desde aquella del setenta y ocho, que dejó sin pan a más de ciento cuarenta familias!

—¿No nota usted como si fuese amainando el viento?

—¿Amainando? ¿Pero no lo oyes? ¿No sientes crujir los cristales de la ventana?

En efecto: la casa parecía venirse abajo a poder del azote con que el viento la castigaba.

María, la viejecita, continuó con acento aterrador:

—No, hija mía, la galerna de suyo no dura más que una hora, y ésta lleva ya muchas, muchas, y parece que no va a tener nunca fin.

Clara comprendió lo terrible de la catástrofe al oír las palabras de aquella mujer, curtida a galernazos y acostumbrada a dormirse al arrullo de los vendavales.

Entonces se desenlazó de los brazos sarmentosos de la abuela, se arrojó en los de la hija, y sintiendo el calor de aquellas cabecitas, que al buscar algún abrigo confundían su traje con el de Carmen, porque no tenían ya más madre que la orfandad, se acordó de sus hijos, se acordó de su esposo, se acordó de tantas familias que tenían el mar por panteón de su dicha, y no tuvo otras palabras para consolarse y consolar a su amiga, que repetirle al oído las palabras que el ángel de la resignación acababa de poner en los suyos:

—Recemos, Carmen, recemos; que la Virgen de Be-goña es la Reina del mar.

Cumpliendo aquel santo deber las vió a poco tiempo la aurora, que asomó por el lado de San Sebastián, matizando de vívidos carmines el cielo, como queriendo so-segar con su sonrisa la fiereza del Cantábrico.

IV

Entretanto, fuera todo era ir y venir, y preguntar y responder las gentes por las calles, por la playa, por el muelle, por todas partes.

Clara, impaciente de saber algo y de investigar cuanto pudiese el terrible misterio de su suerte, ansiosa de saber lo que deseaba, y al mismo tiempo resignada de ignorar lo que temía, despidióse de sus amigas hasta luego, y lanzóse al torbellino de lequeitanas que iban y venían, y contaban, presentían, temían, esperaban, recelaban todas las cosas juntas en cada minuto que pasaba.

¡Qué momentos, qué horas, qué eternidad, más bien, tan horrible!

Preguntaban con la vista al mar, y el mar, cansado de aquella noche de caza, no hacía más que rugir y rugir, pero con esos rugidos de sueño con que los mares tienden a sosegar después de la tempestad. El mar no les decía nada. Preguntaban entonces a sus corazones, y la tormenta de sus corazones, viva aún, más incansable y violenta que la de los mares, les decía que allá lejos, muy lejos se desarrollaba entonces un cuadro de horrores que sólo podía ser presenciado con los ojos del alma; visión de barcas vueltas al abismo, de cadáveres aferrados a trozos de mástiles deshechos, de jirones de felicidad y de lazos conyugales rotos para siempre y flotando indecisos a merced de los vientos y de las olas.

¡Qué de cosas les decía el corazón!

Y las horas pasaban, y el mar se quedó por fin amorrido, por sus quietas espaldas no aparecía el menor

vestigio de velamen que trajese en sus blancas alas la noticia de la vuelta.

La mañana se pasó entera en eterna procesión de gente que iba y venía a la playa, se encaramaba en lo más agrio y empinado de las rocas, subía hasta la cumbre del monte y... ¡nada! ¡Siempre igual! Debajo, un mar tranquilo; en medio, un horizonte ceniciento, y encima, un cielo que brotaba fuego con los ardores del día.

Eran ya las dos de la tarde. La gente seguía en atalaya, cuando de pronto se oyó un grito desde la cúspide de uno de los peñones:

—¡Vela! ¡vela! ¡Allá viene una vela!

Los ojos todos, y detrás de los ojos los corazones, queriendo salir por ellos con tan fuerte palpitar, convergieron hacia el punto que señalaba una mujer. En efecto, una vela, la primera tal vez de la flotilla lequeitiana, aparecía hacia el Oeste como un jirón de gasa blanca, tan pequeña, que ni la vieron los catalejos de los ricos, sino sólo los ojos de los pobres, que miraban con las pupilas del deseo, las lentes más perfectas que salieron de las manos de Dios.

Aquel bultito blanco se fué aproximando en medio de la ansiedad con que le miraban los de Lequeitio, se puso a pocas millas del pueblo, y describiendo una curva hacia Sudoeste, enfiló gallardo al puerto de Bermeo.

—¡Es bermeana!—se oyó clamar con desencanto.

—¡Cosa rara!—murmuró el alcalde.—Lleva once tripulantes en vez de nueve.

—¡Serán dos naufragos que trae a bordo!

—¡A Bermeo, a Bermeo!—gritaba el gentío, ávido de recibir noticias de la ya cierta desgracia.

Aquella barca, que era la *San Pedro*, de la matrícula

de Bermeo, era la primera que enteraba a los lequeitianos con certeza de la catástrofe ocurrida.

Las pocas lanchas que por la mañana habían ido llegando a Ondárroa y a Bermeo, sólo dijeron *que sí, que allá mar adentro tenían que haber ocurrido muchas desgracias*; pero por no intranquilizar demasiado pronto al vecindario, contentáronse con avisar en secreto a la Ayudantía de Marina, que al punto puso en movimiento los puertos de San Sebastián y Bilbao para ir en socorro de los náufragos.

Los tripulantes del *San Pedro* dieron ya pormenores de la desgracia.

En la barca venían Anacleto y Julián, supervivientes de la *Campania*, que quedaba hundida a merced de las olas.

El relato que hizo Cleto de su salvación a los de Bermeo y Lequeitio, fué la más clara prueba de que muchas familias tendrían que quedar en la miseria.

—A las diez de la noche—decía el náufrago—, la galerna tomó gigantescas proporciones, y los pescadores pensamos en volver a tierra. Llevábamos luchando con el mar desde las doce del día, y el temporal no daba señales de calmarse. Pero entonces era ya tarde. Caminar a vela es peligrosísimo de noche en tiempo de tormenta, porque hay que ir sorteando los golpes de ola con el timón, y en la obscuridad es imposible el preverlos. Mejor camina una barca con *doble mar* de día que de noche con *media tormenta*. La prudencia nos dictó, pues, el quedarnos a *garete*, es decir, a merced de las olas.

A las doce fué tal el peligro, que tuvimos que formar la *balsa* en la *Campania*. La *balsa* es una plataforma que se improvisa delante de la proa, atando con chico-

tes las velas, los palos y las vegas de la barca. Allí se rompe la ola, y la barca se salva. Pero poco nos sirvió la defensa; a las tres horas el mar deshizo la balsa, saltaron los chicotes como si fueran hilos de seda, y un golpe de mar violento volcó la barca, poniendo la quilla al cielo.

Nos agarramos entonces a los palos que quedaban de la balsa, y... a pocos minutos llegó otra inmensa montaña sobre nosotros, que nos envolvió por completo. Al pasar la ola había cambiado la decoración. De los nueve tripulantes no aparecimos más que dos asidos al palo: éramos Julián y yo; los demás, arrastrados por el oleaje, daban gritos desesperantes en medio del mar, sin que nadie los pudiese socorrer. Yo pude amarrarme al palo con un chicote, y Julián, que a un golpe de ola se había soltado ya del palo, asióse a mi pie, y así pudo salvarse. Allí permanecimos en tan violenta posición: yo amarrado al mástil y mi amigo aferrado a mi pie, hasta que a las dos y media de la mañana la Virgen de Begoña guió hacia nosotros a la lancha *San Pedro*, que hundida casi y sin velas se acercó para echarnos un cabo. Yo me agarré a él con ansias y Julián siguió asido a mi pie hasta tocar la borda del *San Pedro*, que llevaba hecha la balsa.

Aquí Julián no pudo proseguir porque el llanto le ahogaba.

La hermana de Julián, que había tenido los ojos clavados en los labios de su hermano, se abrazó a él gritando como loca de alegría:

—¡Virgen de Begoña, qué buena eres con tus hijos!

Durante el relato iban apareciendo allá lejos en el horizonte algunas velas; los hermanos batían palmas de júbilo al verlas, pensando cada cual que podía ser la

de su padre, la de su hermano, la de su esposo, y separándose del grupo, corrían hacia los peñascos inaccesibles para reconocerlas más pronto.

En medio de la incertidumbre de todos, se oía de pronto los gritos de los agraciados por la Providencia:

—La de mi Jorge, la de mi esposo. ¿La véis? ¿La véis? Es ella. ¡Si era imposible el que no ablandaran al cielo tantas lágrimas mías!

Y la mujer corría por la playa, y las amigas la abrazaban, dándole el parabién, y entre tanto los que habían sufrido una nueva desilusión, formaban a sus lamentos, pidiendo a Dios las vidas de los seres queridos que no habían vuelto todavía.

En un rincón de la playa, sin hacer caso de los gritos con que todos festejaban a los supervivientes, vió Clara a una mujer vieja y flaca, que con las manos se ocultaba la cara y a quien ya parece como que no le quedaban lágrimas que llorar. La compasión volvió a convertir a aquella heroína en paño de lágrimas de sus compañeras de infortunio.

—No llore, buena mujer, no llore—le dijo acercándose a ella—. Todavía no sabemos la suerte de los nuestros. ¿Por qué no pensar que la Virgen nos los devuelva también?

—No, no—exclamó la anciana levantando los ojos llenos de llanto y posándolos con gratitud en los de Clara—. La Virgen se ha llevado a los míos; me lo ha dicho el patrón, que los vió quedarse luchando con las olas, y luego perderse entre uno de sus torbellinos. ¡Y eran tres, tres mozos como tres robles! ¡En fin, bendito sea Dios, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene!

—¿Venían juntos?

—Los tres venían en la misma lancha. Un vaporcito traía cuatro barcas a remolque, y la última de ellas era la de mis hijos. Iban a salvarse todas cuatro, pero el mar quería una de aquellas lanchas, y era sin duda la de las prendas de mi alma. Me ha dicho el capitán del vaporcito que ya cerca del puerto, trayendo las luces encendidas en demanda de socorro, vino un golpe violento del mar y las envolvió a todas; después... después no vieron más que tres luces, la barca de mis hijos se la llevaba el mar hacia el abismo, sin que fuerzas humanas fuesen bastantes para robarle su presa. Clara rezó con ella, y tuvo lágrimas para juntarlas a las de una madre que perdía tres hijos, la que iba ya teniendo por cierto que le quedaba una existencia para llorar al que allí, cerca, muy cerca, dejaba cinco hijos en la más triste orfandad.

Alejóse de Bermeo, y volvió a pie hasta Lequeitio. Por el camino se repetían las escenas de dolor, y Clara, pobre de fortuna material, pero riquísima en tesoros de caridad, tenía siempre alguna limosna de consuelo con que remediar el hambre de resignación y de cariño que se reflejaban en los lamentos de tanto angustiado corazón.

Llegó al pueblo casi de noche, y vió que en la plaza se hacía el recuento de las lanchas perdidas, y de las que hasta entonces habían podido salvarse. Faltaban pocas de aquella matrícula; las garras de la desgracia se había cebado de un modo especial en las naves de Bermeo.

Un silencio solemne siguió a la entrada de Clara en la plaza del pueblo. Varias amigas quisieron ir hacia ella, pero se detuvieron. Entonces la infortunada esposa dirigióse llena de miedo hasta la mitad de la plaza,

donde comunicaban impresiones los alcaldes de mar, y éstos al verla bajaron los ojos.

—Antonio, por Dios—dijo con tono desgarrador, volviendo los ojos casi extraviados hacia un viejo marino—, ¿qué barcas han venido ya?

El viejo movió la cabeza y nada respondió.

—Dímelo, Antonio, ¿has visto a la lancha de mi Juan Miguel?

Antonio no se atrevió a decirle toda la verdad, y se contentó con murmurar en voz baja:

—Por ahora, no; pero...

—Pero hay esperanza de que vuelva, ¿verdad?

—Sí, Clara, la esperanza... tal vez alguno de los Mamelenas...

—¡Virgen de Begoña!... ¡No me atormentéis más! ¿Ha visto alguno de ustedes a mi lancha? Era la *Virgen del Mar*. ¿No se acuerdan? ¡Díganmelo, por Dios!

Entonces una amiga de la infeliz esposa no pudo contenerse, y la abrazó llorando.

—Paciencia, Clara, paciencia—le dijo con inmenso cariño—. ¡También mi padre se me queda en el mar con tu esposo!

—¡Oh! Pero... ¿Le han visto? ¿Le han visto ahogado?...

—Sí, Clara, sí. Por qué ocultarlo? La *Virgen del Mar* está muy lejos quilla al cielo y sin ninguno de sus tripulantes encima.

Clara lanzó un agudo grito, un alarido como lo lanzaría una leona a quien acabasen de arrebatar sus cachorros, y corrió hacia su casa para abrazar por vez primera como viuda a unos hijos queridos, a quienes por vez primera también tenía que llamarlos con el tristísimo apelativo de huérfanos. Y al cruzar la playa

tuvo que oír una palabra, que quiso ser frase de consuelo pero que fué una saeta que vino a clavársele en mitad del corazón.

—¡ Pobre viuda !—decía la gente al verla pasar.

Y la viuda llegó a su casa; abrazó a sus hijos con fuego, los besó con delirio y los hizo hincar ante la imagen de la Virgen de Begoña, y con la vehemencia del dolor les preguntaba una y mil veces señalando a la bendita imagen:

—Hijitos míos, vosotros sois testigos de lo mucho que yo pedí a la Virgen por la salvación de vuestro padre, ¿verdad? ¿Verdad que me oísteis decirle que le amparase, que me lo devolviese a mis brazos? ¡ Ah ! ¡ Y ya no volverá más ! ¡ No ! ¡ No volverá... más !... ¿ Qué digo ? ¿ Que no ha de volver ? ¡ Madre mía, si está debajo de tu manto ! ¡ Vive, vive, yo lo veo luchando con el mar para volver a los brazos de su Clara ! ¡ Tráemelo pronto, y yo te prometo ir descalza a tu bendito santuario para darte gracias por tan grande favor !

Y Clara, convencida de la verdad de sus palabras, quiso llorar de alegría, y no pudo. Las lágrimas se le habían agotado todas por el cauce del dolor. Lanzó sólo un profundo suspiro y cayó de rodillas, con las manos cruzadas sobre el borde de la mesa y el rostro hundido entre las manos.

¿ Cuánto tiempo permaneció así ? Ella no lo sabe, porque el éxtasis en que envuelve a los buenos la oración fervorosa no mide sus tiempos con el horario de los hombres.

V

Juan Miguel no fué nunca cobarde, las galernas lo sabían muy bien.

¿Cuál era entonces la causa de su pena? la nostalgia de su hogar.

Aquel chiquitín de quince días que necesitaba del calor de su padre, aquellas rubias cabecitas que pedían sin cesar caricias paternales, aquel llorar continuo de su Clara, que él adivinaba muy bien, todo aquello le daba mucha pena siempre que tenía que salir mar adentro.

Por eso al despedir al vaporcito notó que se quedaba muy solo, que la mar se encrespaba demasiado y que aquella noche iba a ser de prueba para los moradores de una casita a medio enlucir que se refleja en los mismos cristales del Cantábrico.

Y Juan Miguel no se equivocó: la mar siguió poniéndose gruesa; luego, a eso de las diez, se declaró en abierta rebeldía, y era tan temerario ponerse a luchar contra aquel monstruo, que el prudente piloto decidió por fin volver hacia la playa aun a costa de perder tan propicia ocasión de ganancia.

Ya era tarde: el monstruo los había copado materialmente entre sus olas, y salvar las cincuenta y cinco millas que les separaba de la costa era empresa titánica; Juan Miguel, sin embargo, dió la orden de volver a los suyos.

—Ea, chicos, a tierra.

—Patrón, pide usted ya un imposible—le contestó el más viejo de los tripulantes.

—Cuando menos, intentemos la arribada. Félix, baja las velas grandes y pon la pequeña de proa.

Así se hizo; la *Virgen del Mar* sesgaba las olas con dificultosa marcha; los jalos ayudaban a la barca con sus remos, y el piloto, con la mano en el timón, iba sorteando las olas que podía prevenir, más que con la vista, con la experiencia de tanto batallar.

—Si la mar no crece—decía poco después el viejo al ver la arrogancia con que la *Virgen del Mar* luchaba contra su adversario—, creo que antes de rayar el alba estaremos seguros.

Juan Miguel no respondía. La mano en el timón, la mirada en las tinieblas de aquella noche oscurísima y el corazón partido en dos pedazos, uno lleno de dolor, que había volado a su hogar, y otro lleno de esperanza, que se había refugiado a los pies de su Patrona, rezaba sin cesar *salve tras salve*, y al concluir de cada oración le parecía que las olas se habían hecho más fuertes, más temibles que al comenzar la plegaria.

Y así era en efecto: la galerna tomaba cada vez más vuelo. Las esperanzas en el poder humano bajaban ya, ahogadas y marchitas, hasta el fondo de aquellos valerosos corazones, porque todos sabían muy bien que las cuarenta millas que faltaban eran un abismo insondable imposible de salvar, y que la *Virgen del Mar*, más tarde o más temprano, tendría que darse por vencida.

De pronto el aire aumentó hasta tomar las velocidades más incomprensibles; la vela de la lancha rasgóse como se rasga un pedazo de papel de seda, y la borda contraria a la dirección del viento hundióse en el agua casi por completo.

Un grito horrible de los marinos coincidió con el golpe certero del piloto, que haciendo girar en seco al timón volvió la lancha hacia el viento, y ésta se ende-

rezó de pronto, subió por cima de un monte negrisimo de agua, bajó después rapidísimamente por la garganta de un abismo y volvió a subir de nuevo, quedando unos momentos en relativa calma.

Era uno de esos golpes de mar que suelen llamar los marinos *la madre*, y que, sucediéndose casi a cada diez o doce golpes de ola, son los que, al fin, deciden la perdición de la nave.

La nave por entonces, gracias a la pericia del piloto, se había salvado, pero aquello les daba a entender con desesperante lógica que la galerna verdadera comenzaba entonces, y que lo que ellos temieron antes como deshecho temporal, era tan sólo el comienzo de la lucha. ¡Y entonces comenzaba la noche! ¡No eran más que las once!

Aquel polpe de mar tan violento debió ser el primer zarpazo de la garra marina sobre sus víctimas, porque en seguida se oyeron los alaridos desgarradores que salían de debajo del agua.

Varias lanchas habían volcado, y los tripulantes pedían auxilio a sus compañeros con palabras que partían el corazón,

—¡Aquí, aquí, por Dios, que nos ahogamos!

—¡Aquí, a la barca *San Antonio*!

—¡Mis hijos, mis hijos, por la Virgen, no los dejéis huérfanos!

¡Pero imposible, imposible salvarlos! ¿Quién iba a pensar en socorrer a los naufragos cuando ellos tenían a cada instante naufragar?

Otro y otro golpe de mar los iba llevando a *garete* por aquellas montañas y por aquellas simas profundas, y por todas partes comenzaban a oirse los gritos de angustia, los actos de fervorosa contrición, las sen-

tidísimas despedidas que daban los náufragos a sus esposas, a sus hijos, a sus padres.

—¡ La balsa, a fabricar la balsa!—rugió el piloto de la *Virgen del Mar*, apelando al último extremo.

—Sí, patrón, hagamos la balsa, que es el último recurso que nos queda.

—Eso no es cierto. Miren al cielo y recen, que la balsa no nos ha de servir para nada—gritaba Juan Miguel mientras de tal modo ponía de su parte los remedios humanos que, creyéndolos ineficaces, oraba sin cesar reclamando los del cielo.

Se comenzó la difícil operación, mientras el piloto, con una mano en el gobernalle, dirigía con la otra las maniobras que le secundaban sus compañeros con dificultad, y a veces hasta con actos de verdadero heroísmo.

Tres cuartos de hora duró la peligrosísima faena. Por fin, los palos, los remos, las vergas, amarradas fuertemente con chicotes a la proa, comenzaron a oponer tenaz resistencia al indómito oleaje, que se quebraba en la balsa antes de castigar a la embarcación.

Entonces respiraron un tanto, y aquel tiempo les sirvió para rezar oraciones aprendidas en el regazo de sus madres, y que todas tenían por tema, o pedir el perdón de sus pecados, o suplicar a la Virgen de Begoña su auxilio y su favor.

La oración fué interrumpida por unos clamores que resonaban cerca, muy cerca de la barca.

Era la lancha *Nuestra Señora de Lourdes*, que, vuelta quilla al cielo, flotaba merced de las olas, y cerca de ella tres de sus tripulantes, aferrados a un palo de la deshecha balsa, pedían con angustia un pronto socorro a los de la *Virgen del Mar*.

—¡A ellos! ¡A ellos!—gritó Juan Miguel, intentando volver su barca hacia el sitio por donde los gritos salían.

—¡Por Dios, patrón—le gritaban los suyos—, que nos perdemos nosotros también!

—¿Qué importa? Vamos a salvarlos. ¡Amigos! ¡Allá vamos! ¡Calma! ¡Sosténganse un poco más!

El oleaje mismo arrastró a la *Virgen del Mar* hacia los náufragos. Llevaban los infelices más de tres horas asidos al palo, y los tres eran jóvenes, muy tiernos aún.

—¡No podemos más, Juan Miguel! ¡Por tu esposa, por tus hijos, acércate pronto!

Juan Miguel soltó entonces un grito en seco. La *Virgen del Mar*, llevada por las olas, pero sin hacer caso al timón, se acercó hasta tocar casi con el palo de los tres náufragos, hundióse de pronto hasta el profundo, subió hasta la altura, volvió a hundirse otra vez, a reaparecer de nuevo, y al mirar al sitio donde antes estaban los náufragos encontróse a muchas brazas de distancia.

Un rayo de esperanza volvió a brillar en seguida en el alma del caritativo piloto; vió a la *Divina Pastora* que, traída por la corriente impetuosa del huracán, se acercaba hasta los náufragos, y éstos levantaron sus manos y sus clamores hacia ella.

La *Divina Pastora* pasó, en efecto, tan cerca del palo donde estaban los tres marinos, que pudo echarles un chicote y tender después uno de sus remos hacia aquellos infelices, pero ya no había salvación para ellos. Uno de los tres asió el remo con sus manos agarrotadas por el frío y el cansancio, y al desprenderse del mástil donde estaba lanzó un gemido tenue, se soltó también de la pala y desapareció entre un torbellino

de espuma; ya no tenía fuerzas para sostenerse al remo salvador. El otro extendió una mano hacia el chicote que le arrojaba la *Divina Pastora*, pero sintió que sus manos no obedecían ya a los mandatos de la voluntad, pronunció una breve plegaria, un "¡Misericordia, Dios mío!" y desapareció también. Quedaba el tercero, hombre fuerte y robusto, el que había estado tres horas arreo alentando a sus dos compañeros para que no se soltasen del palo, y tal vez cuando veía sus fuerzas agotadas, los sostenía con una de sus manos mientras se aferraba con la otra al pedazo de mástil, y éste fué el único que pudo agarrarse al trozo de cuerda que desde la barca salvadora le lanzaron hasta sus mismas manos. No le faltaban ya más que unos metros para tomar la borda de la *Divina Pastora*, y entonces, entre los gritos de dolor de sus bienhechores, se vió avanzar una ola gigantesca, acercarse a su presa, envolverlo por completo entre su espuma, y luego... tal vez lo estrellaría contra la borda de la barca, tal vez lo llevaría como juguete hasta sumirlo en sus abismos, pero el desdichado marino desapareció para siempre de la vista de sus compañeros.

Y a todo esto, la mar iba creciendo en su encono; la balsa de la *Virgen del Mar* iba deshaciéndose por completo a las continuas embestidas del Cantábrico.

En una de las más violentas sacudidas, la balsa, por fin, gimió, crujieron sus mal seguros armazones y varios de los palos que la formaban se perdieron en medio de la obscuridad de la noche.

La pérdida de la balsa era indicio seguro del próximo naufragio de la *Virgen del Mar*. Las olas la convirtieron ya en su juguete, la arrastraron por donde les dictaba su capricho, y la hicieron pasar como una ex-

halación por delante de uno de los cuadros más trágicos pero de los más hermosos de los que se registraron en aquella noche de inoivdables y tristísimos recuerdos.

Todos los que actuaron en este cuadro eran conocidos de Juan Miguel y amigos de su infancia.

El patrón de la lancha *San Antonio* llevaba a medias la ganancia de su nave con Raimundo, Raimundo y el patrón de la *San Antonio*, que en Bermeo no se le conocía por otro nombre que por *el hijo de Leocadio*, no eran dos amigos, eran dos hermanos, unidos con los lazos del más entrañable cariño. Jamás habían visto los bermeanos salir la barca bonitera sin que en ella, al lado del amo, no fuese el comparticepe de la ganancia, el viejo Raimundo... Eran el Cástor y Póllux de la Mitología, o el Pandarus et Vicias de la Eneida.

Juan Miguel, en medio de la vertiginosa carrera de su lancha, pudo ver solamente el desenlace de la tragedia, donde los dos amigos se dieron la última prueba de amistad.

La lancha *San Antonio* estaba ya hacía muchas horas quilla al cielo. El hijo de Leocadio era el único superviviente de ella, que, aferrado con la mano izquierda a un trozo de balsa, sostenía con la derecha el cuerpo exánime de su amigo, asiéndole por el cinturón.

Al cruzar la nave de Juan Miguel a una distancia relativamente corta de la *San Antonio*, pero sin que le fuese posible acercarse a ella, percibió los gritos del joven marino, que reclamaba compasión para él y para su compañero.

Si la *Virgen del Mar* no pudo darles auxilio, pudo hacerlo la *Viscaya*, que a varios metros de distancia le alargó un pedazo de cordel.

Al hijo de Leocadio le hubiese sido fácil soltarse un

momento del palo, y en dos brazadas tomar el cabo y salvarse; pero salvarse solo y dejar a su compañero era para él un imposible. Entonces se entabló un diálogo brevísimo entre el náufrago y los salvadores; brevísimo, porque no dió lugar a muchas palabras la relativa calma en que quedó el mar en aquellos instantes.

—Toma—le dijeron de la *Vizcaya*—, sálvate tú.

—No, no; o los dos, o ninguno.

—Suelta a Raimundo, muchacho. ¿No ves que está ya ahogado?

En efecto; el cuerpo de Raimundo, yerto y sin flexibilidad alguna, seguía el vaivén de las olas sin hacer resistencia.

—No puedo, no puedo dejarlo solo; o los dos o ninguno...

Una ola lo arrancó de pronto del palo en donde estaba aferrado, pero no de su amigo. Su salvación se hizo ya imposible. Lágrimas de pena se deslizaron de los ojos de todos al ver aquel mocetón luchando con la mano izquierda contra la furia del mar, porque le era la derecha necesaria para abrazar el cadáver de su compañero.

—¡Adiós, adiós!—se le oyó decir varias veces.—¡Pedid a la Virgen por nosotros!

—¡Adiós, adiós!—le contestaron de la barca, y los dos amigos, abrazados el uno al otro, se perdieron entre las sombras de la muerte.

Y la *Virgen del Mar*, oyendo todavía los últimos acordes de aquella extraña despedida, siguió su vertiginosa carrera, chocó con los restos de la *Bienvenida*, que flotaban sin tripulación ninguna, y fué en busca del abismo con creciente rapidez.

Vieron sus tripulantes una montaña oscura que se

aproximaba, que se echaba encima, que los envolvía por completo; lanzaron todos el último grito de misericordia; la ola siguió después su interminable carrera, y la *Virgen del Mar*, arrollada por completo por las garras de aquel monstruo, dió dos vueltas, quedóse con el álveo hacia el abismo, y despidió a sus tripulantes lejos, muy lejos de sí.

Juan Miguel se vió arrollado por la ola, vuelto después a la superficie, y encontrando casi a su alcance los palos de la deshecha balsa, que quedaban sujetos a la barca, se lanzó a uno de ellos con todas las fuerzas que el instinto de la vida pudo comunicarle en aquellos momentos de desesperación.

Un montón de cabezas reaparecieron en seguida sobre la superficie; se vió que luchaban con energía, pero otra y otra ola los fueron alejando a unos, sepultando a otros, y a los pocos instantes no quedaban de la *Virgen del Mar* sino el lomo de la barca, que asomaba varios trozos de remos atados a su proa, y sobre ellos tres cabezas medio hundidas en el agua, tres caras desfiguradas, cuyos ojos se movían aún con esa languidez siniestra que comunica a la mirada del hombre el sugestivo impulso de la muerte.

Estos tres afortunados eran el patrón Juan Miguel, Félix, su segundo, y Fidel, uno de los más valientes y fornidos muchachones de la playa lequeitiana.

Comenzó entonces para los tres una brega durísima y penosa, porque las fuerzas les abandonaban y el frío del mar les helaba los huesos.

Esta brega consistía en hacer un último y supremo esfuerzo: desatar los palos que aún quedaban atados a la balsa, volverlos a amarrar en forma de aspa de San Andrés sobre la quilla de la *Virgen del Mar*, que era lo

único que de ella asomaba, y resistir encima de ellos hasta donde las fuerzas les alcanzasen.

Y la lucha por la existencia les dió fuerzas sobrehumanas, de tal suerte, que en dos horas largas de fabricar ellos para deshacer el embate de las olas, y volver de nuevo a la tarea para ver deshecho de nuevo su trabajo, unas veces sobre la quilla y otras debajo de la lancha, tragando agua salada por las abiertas y resacas fauces, al fin pudieron ver concluído su trabajo y encaramarse sobre las aspas mal seguras, y resistir así la fuerza del vendaval, que entonces alcanzaba su período de apogeo.

VI

A las cuatro de la mañana la galerna cedía el campo, harta ya de matanzas, de víctimas y de lamentos. Los tres náufragos presintieron la bonanza, y un destello de gozo indescriptible se pintó en sus semblantes.

Las primeras tintas rojizas de la aurora, que comenzaba a disipar las tinieblas de aquella noche sin fin, coincidió con el relativo sosiego del mar y del viento, que lentamente tendían a tomar su ordinaria actitud. Pero aquella situación de los náufragos era, sin embargo, excesivamente dura, y no podía continuar mucho tiempo. El cansancio de tanta brega, el frío glacial que helaba sus huesos, el constante pasar de las olas sobre sus cabezas, queriendo por lo visto cansarlos, para después hundirlos en el abismo y aumentar el número ya considerable de las víctimas, todo les hizo presentir a los tres que la muerte se acercaba a pasos de gigante, y que no podrían esquivar su golpe certero si a ese golpe no se anticipaba providencialmente la presencia de alguna lancha salvadora.

El presentimiento se trocó en triste certeza al abrir el día con toda la esplendidez de su hermosura. Como el mar continuaba bastante picado y era preciso ir capeando sus continuas bofetadas, y para tanto y tan continuo luchar se necesitaban unas fuerzas que el cansancio, el insomnio, la sed y el hambre les negaban, los náufragos iban notando menos frío en sus cuerpos al sortear de cada ola.

—Patrón—murmuró, por fin, Félix, el más pequeño de los tres.—No puedo más, me falta la vida, me falta la respiración, y comprendo que cualquier ola de las que nos asalten con fuerza ha de arrastrarme consigo.

—Animo, muchacho; tente firme, que ya pasará algún vapor.

—No, no; antes de que pase ninguno me habré ahogado ya. Estoy muerto de frío.

El pobre Félix se moría, más por el calor de la fiebre que le abrasaba los huesos, que a poder de la tormenta. Sus dientes rechinaban al pegar uno contra otro; su cuerpo temblaba como el de un azogado, y los dedos de sus manos, agarrotados y duros, no podían sostener ya el pedazo de mástil que le separaba del abismo.

—Reza, Félix, reza con fe, que la Virgen te dará fuerzas—continuó Juan.

—Si es su voluntad el llevarme, déjela, patrón, déjela que haga lo que más me convenga.

Y en voz débil, balbuciente, pero impregnada en filial devoción, comenzó a rezar el *Yo pecador*, que a coro siguieron sus dos amigos (1).

(1) En todas estas circunstancias de cristiana resignación, hago notar la veracidad de los pormenores, entre ellos, el de rezar a coro el *Yo pecador*, etc.

Al concluir, Félix sintió deseos de morirse; sólo le detenía a la tierra un hilito, que era el amor a su anciano padre, a quien él sostenía con la ganancia de su pesca.

—Patrón—volvió a decir poco después,—adiós. Adiós, Fidel, prometedme los dos que habéis de amparar a mi viejecito. No le dejéis sólo en el mundo, que tenga que pedir el pan por el amor de Dios.

—Vamos, veo que el miedo te ha vuelto loco. ¿Cuándo has visto tú que un pescador de Lequeitio haya tenido que pedir limosna? Tú te salvarás; pero si por acaso te ahogares, mira, Félix, por esta cruz en donde estamos, te juro que tu padre será desde entonces mi padre. Para algo me robó al mío la mar hace diez años.

—Gracias, gracias, Juan Miguel. ¡Si vieras qué consuelo da en estas circunstancias un juramento de amigo! Créanme, muero resignado con la voluntad de Dios, y así quisiera que se lo dijeseis a mi padre.

Pasó otro cuarto de hora. Félix rezaba al principio; después no se le sentía ni el respirar de su pecho. Miguel, de cuando en cuando, volvía la cabeza con dificultad para mirarle, porque estaba a espaldas de él. Una de las veces que miró... ya no estaban sobre el palo más que dos personas: Fidel y Juan Miguel. Félix... se lo había llevado la Virgen al cielo.

El sol, que con frecuencia salía por entre montones de nubes a presenciar aquella escena, les traía calor a sus miembros entumecidos, y entonces bendecían a Dios con toda el alma por aquel incomparable beneficio; pero pronto ocultaba el sol sus rayos, y otra vez un frío penetrante y agudo se volvía a apoderar de todo su sér.

Félix había muerto próximamente a las tres de la tarde.

Desde entonces, apenas si se hablaban los otros dos. Mirábanse a veces, y cada cual reconocía en el semblante de su compañero las huellas de la garra de una muerte que se complacía en ir las clavando poco a poco en aquellas ya casi deshechas vidas sin acabarlas de destrozarse de una vez.

Con la caída del sol aumentó el frío, y al ocultarse el astro del día, eclipsóse también el rayo de esperanza que abrigaban en sus almas de que apareciese algún vaporcito salvador.

¿Cómo los iban a ver si la noticia cierta de la catástrofe se tuvo en el puerto aquella tarde hacia las dos? Ciertamente que la actividad desplegada por las Capitanías y Centros oficiales honra altamente al caritativo pueblo español, y aun supera a la actividad que se haya desplegado jamás en tales circunstancias. Prueba de ello es, que al *personarse* en Bermeo aquella misma tarde del martes los reporteros de todos los periódicos y un sin fin de personas que veraneaban en la costa, para enterarse de lo ocurrido, hallaron que habían salido al mar en busca de los naufragos más de treinta y seis vaporcitos pesqueros, de aquellos que al presentir la borrasca vimos volver al puerto y dejar mal de su grado a sus amigos resueltos a luchar con la galerna.

Más aún: inmediatamente que supo el telégrafo la funesta noticia no dejó de funcionar día y noche comunicando detalles y pormenores de Bermeo a Lequeitio, de Lequeitio a Ondárroa, de aquí a San Sebastián y de San Sebastián a Madrid, al Rey, al Presidente del Consejo de Ministros, a los capitanes de puerto, a todos los que pudiesen dar una orden o mover su actividad en favor de los naufragos.

Sin embargo, el vapor que más iba a aproximarse a

los náufragos salía a toda máquina del puerto de San Sebastián a las nueve de la noche, precisamente cuando Juan Miguel recogía el último suspiro del compañero que le quedaba.

Fidel no pudo resistir el frío intenso de la noche. La mar se volvió a insolentar de nuevo, y aunque no con la furia de una galerna formal, era lo bastante fuerte para derrocar, por fin, a aquel enemigo extenuado y abatido con la brega de veinticuatro horas de lucha sin tregua ni cuartel.

El piadoso marino, después de dar ejemplos grandes de resignación cristiana, mostrando a su amigo el modo de morir como un creyente para cuando le tocase su turno, se había desprendido del palo al desprenderse de su cuerpo el último aliento de la vida.

Entonces Miguel, al verse solo, sintió miedo. No veía ya más que el cielo y mar, pero un cielo cubierto por nubarrones que le negaban hasta la luz indecisa de las estrellas, y un mar que se alteraba por momentos, queriendo sin duda repetir la fragosa contienda de la noche anterior.

Pero la esperanza no le faltaba aún a Juan Miguel. Decidióse a pasar la noche en el mar con resignación, y se dispuso a ello.

Recogió las últimas fuerzas que le quedaban en su cuerpo, y comenzó la tarea difícil en extremo de defenderse de los asaltos bruscos de su adversario.

Para ello cubrióse con un hule encerado la cabeza y parte del cuerpo, tapándose además la boca con fuerza para no verse obligado a tragar el agua que a cada oleada le entraba, porque sus labios no podían cerrarse a impulsos de su voluntad, obedeciendo sólo al temblor nervioso de la fiebre que se los abría y cerraba de con-

tinuo con golpes convulsivos y violentos. Amarróse después las piernas a uno de los palos con un chicote, y así pudo levantarlos fuera del agua cuando los calambrés le asaltaban con más dolorosas punzadas.

¡Y de este modo pasó Juan Miguel la noche del martes!

Un sueño funesto vino a invadir sus miembros fatigados; pero como rendirse a aquel sueño sería entregarse en los brazos del sueño de la muerte, posó su frente sobre un clavo del mástil, para que al dar con la cabeza sobre la aguda punta, la impresión dolorosa del golpe le despertara.

Y a pesar de todo... ¡muchas veces se quedaba dormido!

Soñaba con fuentes de agua cristalina que corrían junto a él, pero sin saciar nunca la sed horrible que le abrasaba las entrañas; soñaba que su esposa se acercaba hasta él y le ponía la mano sobre la frente, y era una mano fresca que refrigeraba el ardor de la fiebre, pero de pronto aquella mano se retiraba y la frente de Juan Miguel chocaba contra un objeto duro y... volvía de su sueño.

Y se volvía a dormir y a soñar con corrientes cristalinas, y a ver en sus sueños a su esposa pálida, triste, rodeada de cinco hijos, que lloraban a su lado y que recibían de su madre el triste nombre de huérfanos, y Juan Miguel, al despertar, sentía ansias de vivir, de no separarse de aquellas prendas queridas, de las cuales, sin embargo, le separaban unos abismos insondables, los abismos del Cantábrico.

Y en estos pensamientos volvió a aparecer la aurora del miércoles, y detrás de la aurora vió asomarse el disco redondo del sol, y sin poder contenerse dió gri-

tos de acción de gracias al Dios bondadoso que le había estado sosteniendo una noche entera pendiente de un débil madero sobre la inmensa sima que se tendía a sus pies.

A juzgar por el sitio donde el sol apareció comprendió Juan Miguel que se hallaba en la cala pesquera de Ondárroa, llamada Tacaruco. Era sitio conocido, y los barcos que sin duda andaban a caza de náufragos no debían estar muy lejos de allí.

Sin embargo, las fuerzas le iban faltando; el haber visto morir a sus dos amigos por consunción y por cansancio le hacía preveer a él una muerte idéntica y próxima, si la Virgen no le deparaba pronto mejor suerte que a ellos.

En efecto: serían las ocho de la mañana cuando Miguel, que paseaba sin cesar su vista por el horizonte, dió un grito de alegría: sus ojos brillaron como ascuas, su cabeza se irguió con gallardo y marcial continente; había vencido en la lucha con los mares y con la galerna: ¡estaba salvado!

Una humareda apareció en el horizonte; después el casco de un vaporcito que se aproximaba hacia él.

Tan cerca se puso, que Juan Miguel pudo reconocer en él al vapor *Antiguako Ama*, de su mismo pueblo, tripulado por amigos y aun por parientes suyos.

A pocas millas de distancia el vaporcito torció el rumbo.

Miguel quiso gritar, pero sea la misma emoción, sea que sus fuerzas estaban agotadas, que sus reseco labios no podían articular ni una frase, es el caso que de sus labios no salió ni el más débil lamento, y el barco poco a poco se fué alejando, alejando hasta no quedar de él más que una humareda, que desapareció

también como una ilusión del alma que se malogra y se pierde, desvaneciéndose allá lejos en el horizonte del desencanto.

Entonces fué cuando la desesperación se apoderó por completo de su espíritu; entonces fué cuando pudo hablar, gritar, desahogarse, llamando a la muerte con todas las veras de su alma, con todas las fuerzas de sus pulmones.

Pensó soltarse del palo y entregarse por fin al enemigo, que, seguro ya de la victoria, le halagaba, besándole mansamente los pies.

Pero la voz de la conciencia se levantó entonces, imperiosa y fuerte; acordóse del sueño en donde vió a su Clara y sus hijos, acordóse del santuario de Begoña, y le pidió perdón a Dios y a la Virgen por un mal pensamiento en que no había pecado, porque no había consentido en él.

—Cúmplase tu voluntad, Madre mía—dijo,—y si quieres que mi esposa no muera de pena, llévame pronto a sus brazos.

Otra humarada volvió a poco a cortar el límpido azul del horizonte.

Las gaviotas, que graznaban alegres con el festín de tanto y tanto cuerpo de propiedad exclusiva suya, venían molestándole desde la noche anterior, creyendo ver en él un cadáver. ¡Tal era la falta de vigor en sus movimientos! Juan Miguel decidió no espantarlas, porque el revuelo de estas aves son una señal que indican a los barcos después de un naufragio, o la presencia de alguna lancha pesquera, o la presencia de algún cadáver que recoger.

Mas aquel barco ni siquiera se acercó. Pasaron luego otro y otro sin que el náufrago pudiese ya articular pa-

labra. Sólo rezaba con fervor a la Virgen de Begoña para que les inspirase el acercarse al sitio donde estaba; pero la Virgen, que quería hacer tanto más palpable el prodigio cuanto más tardía fuese la protección, parece como que desviaba la quilla de los mamelenas, que se alejaban unos en pos de otros, llevándose a pedazos los últimos jirones de esperanza que tenían al naufrago cosido a los rotos palos de su *Virgen del Mar*.

Y llegó la noche... y ¡aún no había muerto!

Pero ya no sentía sed, aquella sed devoradora, crue-lísima, de la tarde, ni sentía cansancio. Sentía sólo un desfallecimiento dulce, suave; el chocar de su frente con el agudo clavo apenas si hacía impresión en sus sentidos; el continuo picar y revolotear de las gavio-tas no le ofendía; hasta el murmullo del mar le sonaba a cánticos piadosos, a lejanas melodías; lo único que le atormentaba, pero con un tormento sosegado y se-reño, era el que no acudiese su esposa a pesar de lla-marla tantas veces. Estaba allá, ocupada en sus que-haceres, rodeada de sus hijos, y no venía, no quería acercarse a su esposo porque le contaba muerto. Tam-poco el santuario de Begoña estaba lejos; Juan Miguel se encontraba cerca de la gradería, que arranca junto al malecón del Instituto, y la Virgen, desde su camarín, le miraba y le sonreía complaciente.

Pero todo aquello pasaba en medio de una oscuri-dad muy tétrica que envolvía al mundo, teniendo por fondo una gasa negra y por dosel un número sinnúme-ro de estrellas que parpadeaban saludándole con cari-fío. Y aquella oscuridad le era muy enemiga, pero no la podía alejar de sí; y sobre todo era larga, eterna, y el manto enlutado aquel cuyos pliegues le envolvían, le era desagradable porque estaba muy frío, porque esta-

ba muy dolorido... Pero luego, muy poco a poco, la oscuridad iba desapareciendo gradualmente, mezclándose con tintas como de sangre, que fueron venciendo a las tinieblas hasta hacerlas desaparecer por completo, y entonces se sucedió un conjunto de luces diáfanas, tan hermosas, tan arreboladas, tan claras... y aquellas luces tenían color en sus entrañas, que se la comunicaban a las de Juan Miguel trayéndole un bienestar... y luego, una pequeña humareda que cortaba la línea del horizonte, y luego el casco de un vapor que se acercaba... pero todo aquello era ilusión de su espíritu, porque aquel vapor no venía por él, venía por el cadáver de Félix que flotaba allá cerca, y que le miraba sin cesar abriendo sus ojos medio apagados, y le hablaba sin cesar articulando sus labios amarillos para encomendarle a su padre. Y el barco se iba acercando cada vez más deprisa para llevarse a Félix y para dejarle a él solo en el mar, porque el mundo ya no le quería y luego... luego el silbato estridente del vapor le hizo lanzar un grito salvaje, le sacó de aquel letargo, que era el letargo funesto de la muerte, se dió cuenta exacta de todo y tendió con además desalentado sus brazos hacia el mamelena, que, a menos ya de una milla de distancia, le hacía señas con su bandera para indicarle que le había visto y que venía a salvarle por fin de las garras del mar.

Una plegaria tiernísima brotó entonces desde el fondo de su corazón hasta sus labios. ¡Ahora sí que estaba salvado! ¡Ahora sí que era cierto el que su Patrona le tendía los brazos para salvarle!

Había estado esperando esta protección pendiente de un débil madero sobre la boca del abismo dos días y tres noches, pero al fin y al cabo la confianza en una Reina tan poderosa tenía que recibir su justo galardón.

VII

La dulce carga del mamelena le hacía volar hacia el puerto de San Sebastián con toda la rapidez de que era susceptible su poderosa máquina.

Hasta el casco mismo del barco parece como que participaba de la inmensa alegría de la tripulación. Iba veloz como un rayo a impulsos de un gozo semejante al que tuviera un niño que, habiendo hallado una joya de valor, corriese a todo correr para mostrársela a su madre.

Por eso el *Mamelena* núm. 14, de la matrícula de San Sebastián, llegó como vencedor glorioso a este puerto hacia las once de la mañana, llevando el nuevo trofeo arrancado a la ferocidad del Cantábrico.

La noticia cundió en seguida por San Sebastián, y todas las familias ricas se disputaban el honor de albergar al naufrago en sus palacios para cuidar de su regalo con todo el cariño de una madre. Hubo que llevarle a una fonda para que todos pudiesen visitarle, y el doctor Ucelayeta quedó encargado de su asistencia, no sólo gratuitamente, sino iniciando él mismo una suscripción en favor de su enfermito, que a pesar de haber estado luchando con el enemigo sesenta y cuatro horas sin tregua, no presentaba, sin embargo, síntoma alguno, de gravedad ni de ulteriores consecuencias en su organismo. ¡*La Virgen de Begoña no hace los favores a medias!* (1)

(1) Esta es una de las exclamaciones textuales del buen Juan Miguel cuando contaba su naufragio, haciendo siempre mucha fuerza en la esperanza que abrigaba de que la Virgen

Allí, hundida muellemente su fatigada cabeza en blandas almohadas y abrigado su aterido cuerpo, que iba entrando poco a poco en reacción, comenzó a darse cuenta el marino de lo portentoso del milagro que la Virgen acababa de hacer en su favor.

Porque allí se enteró de lo horrible que había sido la galerna, la mayor sin duda que se ha conocido hasta ahora en el Cantábrico, a juzgar por los estragos que deja como recuerdo; pues la más violenta que hasta hoy se registraba en los anales de la vida marítima de aquellas playas era la célebre tempestad del año setenta y ocho, que costó la vida a ciento treinta y cinco pescadores, y en ésta quedaban sepultados en las olas más de ciento setenta y cinco infelices, casi todos padres de innumerables huérfanos.

Allí se dió cuenta, por los relatos que llegaban en la *Gaceta del Norte* y en otros muchos periódicos de España entera, de la honda impresión que en toda la patria había producido la catástrofe; las regatas y los festejos suspendidos; los barcos enlutados con negros crespones; las campanas de las iglesias tañendo sin cesar con fúnebres acentos; el telégrafo, olvidado de comunicar las impresiones del día, ocupándose casi exclusivamente en traer los sentidos telegramas de pésame que de todas las naciones se recibían en Bermeo, en Lequeitio y en los demás puertos castigados por la desgracia.

Allí se dió cuenta de la caridad desplegada por todas las clases sociales en favor de las víctimas; la suscrip-

de Begonia le había de salvar. Casi siempre daba fin a su relato con esta exclamación, o con otra equivalente:

—¡La Virgen de Begonia hace siempre los milagros por entero!

ción abierta por el Nuncio y por los Prelados en Begoña, que ya ascendía a más de diez mil duros; los donativos de corporaciones y personas particulares, que iban sumando centenares de miles de pesetas, sin que faltasen entre las cuotas esos toques de finísima caridad española que tan simpáticas hacen las suscripciones populares, como eran las veinticinco pesetas recaudadas por los presos de una cárcel, y los setenta y cinco céntimos pedidos de limosna por una viejecita de las que viven de la pública caridad, y las cinco mil liras que de su pobreza había mandado a sus hijos los naufragos españoles el Padre de los fieles, el Preso del Vaticano, el santo Pontífice Pío X.

Allí se enteró de los otros ardidés que se pensaban explotar para reunir fondos en favor de los naufragos, y donde cada uno de los españoles quería poner en juego sus habilidades para que sirviesen de lenitivo a las lágrimas de tantas familias invadidas por la miseria y la orfandad.

VIII

—Pero ¿y Clara?—pregunta el lector, que la ha dejado llorando a las plantas de la Virgen.

La esposa de Juan Miguel se ha levantado por fin de la oración con el alma transida, sí, de pena al verse tan solita, pero consolada con ese oculto bálsamo que vierte la fe cristiana sobre el espíritu del que llora.

Luego se ha unido a sus compañeras de desgracia para poder consolarse mutuamente mezclando lágrimas con lágrimas y oraciones con oraciones, y ahora, ya la ves: Es aquella mujer vestida de luto que en un rincón de la bonita y antigua iglesia de Lequeitio oye

con fervor de ángel la primera misa que se está celebrando en sufragio de las víctimas causadas por la galerna.

La iglesia está llena de fieles. De todos los ángulos, de todos los rincones, de todas las capillas laterales salen hondos suspiros, se vierten amargas lágrimas, se desbordan inconsolables ayes mezclados con nombres queridos que pasaron ya al frío y eterno dominio del recuerdo.

El sacerdote en el altar recoge aquellas lágrimas, aquellos suspiros hondísimos y tristes, y parece que los pone a todos sobre la patena junto a la Hostia que va a ofrecer a Dios con aquellas solemnes palabras de la iglesia: *Suscipe, Domine, hanc immaculatam Hostiam...*

Las campanas de la torre se quejan con un voltear pausado y melancólico, y hasta el mar que las oye parece que, arrepentido de su conducta, besa con tristeza los muros de las casas lequeitianas pidiendo perdón a las familias de las víctimas por sus súbitos e inconsiderados arranques de ira.

El sacerdote hizo descender hasta las aras del altar al Dios de los afligidos, y un perfume de resignación cristiana impregnó con su fragancia todo el ambiente de la iglesia, que al respirarlo las almas de los fieles se sintieron llenas de consuelo y de devoción.

Clara ofreció el santo sacrificio por el alma de su esposo, y acercando su rubia cabeza hasta confundirla con las de sus hijos, les dijo al oído:

—Rezad, rezad, hijitos míos; Dios ha bajado a las manos del sacerdote y el alma de vuestro padre tal vez esté ahora en su terrible tribunal.

Ya se había terminado casi la misa, cuando un murmullo sordo, que se fué acentuando fuera de la iglesia,

hizo a todos sospechar que alguna noticia nueva circulaba por el pueblo.

Lo que menos sospechaba la esposa de Juan Miguel era lo que la noticia le traía en sus alas. Pero oyó su nombre repetidas veces entre los gritos de la muchedumbre y quedó un momento suspensa, queriendo coger algunas palabras que descifrasen aquel enigma.

En seguida oyó el nombre de *Juan Miguel* y la palabra MILAGRO; unió instintivamente las tres palabras; su corazón remontóse de un sólo vuelo hasta el santuario de Begoña, y levantándose del sitio en donde se encontraba, lanzóse a la plaza, donde el pueblo la estaba ya esperando.

Entonces desarrollóse una escena corta, pero imposible de trasladar al papel, capaz sólo de ser comprendida por las almas que tengan la susceptible delicadeza del alma de Clara.

Las mujeres del pueblo se arrojaron todas a su cuello, como si todo el pueblo hubiese recobrado el ser más querido de su corazón; los gritos que la vitoreaban hacían para su espíritu, egoísta entonces por vez primera, un dulce contraste con el tañido de las campanas que tocaban a muerto y que a ella le sonaban a gloria; encontróse en el atrio del templo con su padre, con aquel capitán del vaporcito que vimos despedirse de Juan Miguel la tarde de la catástrofe, y se colgó a su cuello para sostenerse, porque creía morir de puro gozo, a impulsos mismos del exceso del placer.

—Vive, vive, vive mi esposo. ¿Verdad padre mío?

—Sí, Clara; allá está en San Sebastián suspirando por abrazarte y abrazar a sus hijos.

—Pues vamos, vamos allá. ¿Por qué no vamos a verle en seguida?

—Calma, Clara, calma, que todo se andará. Ahora sosiégate de la impresión que te tiene como loca.

—¿Calma, calma me pides, cuando yo lo contaba por muerto y me dicen que está vivo y lejos de mis brazos?

—Clara, piensa en la suerte de muchas de las que te oyen, que no verán más a sus esposos.

—¡Oh, cierto, cierto, Madre mía! ¿Por qué has sido tan buena conmigo? Vamos, padre, vamos a darle gracias a la Virgen.

Y Clara penetró de nuevo en la iglesia. Las espaciosas naves se llenaron de gente que iba a unir sus oraciones con las plegarias de aquella afortunada esposa, y dar gracias a Dios por la merced que le hacía.

Y a las lágrimas de Clara se unieron las lágrimas de todos, y a las invocaciones de júbilo de la esposa, las acciones de gracias del pueblo, resultando un verdadero himno majestuoso, solemne, de los hombres de fe, que cantaban las grandezas de su Dios y su dominio sobre la furia de los mares, y aquel canto solemne subía con las primeras aromosas brisas de la mañana hasta el camarín de la Virgen vascongada, y esta Reina de la misericordia sonreía de placer, gozosa de haber devuelto por fin la dicha al hogar donde tanto su augusto nombre se invocaba.

IX

El luto por la terrible catástrofe del Cantábrico ha tomado, como todos los lutos españoles, y tal vez más que ningún otro, un aspecto completamente cristiano, severo, impregnado de fe creyente, que al desvelarse por resarcir y remediar las quiebras materiales ocasio-

nadas en los cuerpos, no olvida tampoco el mirar por el eterno descanso de las almas.

Este consolador aspecto se echa de ver de un modo especial en el mismo teatro de la desgracia. Por Bermeo, Lequeitio, Ondárroa y Elanchove han ido pasando, desde el Nuncio de Su Santidad, Mons. Vico, junto con los nueve Prelados españoles que se hallaban entonces celebrando las fiestas de Begoña, hasta las más insignificantes familias que se encontraban de veraneo por aquellas alegres y fresquísimas playas, y todos, al hacer sus visitas a las familias de los náufragos, iban guiados por el mismo impulso. Llevaban en sus manos el óbolo que remediase las desgracias del cuerpo, y en sus labios la frase de resignación cristiana que consolara y animara su espíritu.

Ni un periódico, ni un artículo ha salido con ninguna nota discordante. Es que en estas tragedias, que tienen por actores a los espíritus de la muerte y del infortunio, la fe cristiana se impone: todos somos creyentes, porque sólo en la creencia en Dios y en sus ocultos pero amorosos designios se encuentra la palabra, la expresión consoladora que llegue hasta la herida abierta en un alma y la cicatrice con su mágica virtud.

Ya no quiero, amado lector, narrarte por menudo la hermosa al par que triste función de Begoña en sufragio de los náufragos, toda vez que ya puedes figurarte lo imponente que ella sería, y veo que para ti pierde sin duda algo de su tristeza cuando diriges tus ojos hacia el presbiterio y ves a Juan Miguel y a Clara rodeados de sus hijos, vertiendo lágrimas de dolor por la muerte de sus amigos, mezcladas con llanto de consuelo por la merced recibida. Ya no quiero describirte la entrevista de Juan Miguel con el Monarca de España, y lue-

go con su regia esposa, y después con su augusta madre, teniendo que repetir una y varias veces, siempre con frases llenas de espíritu cristiano, la misma interesante relación. Si Juan Miguel te contara esta entrevista, de fijo que no se olvidaría de recalcar bien la frase del Rey, dejada caer como al azar en medio del diálogo:

—Y dime, Juan Miguel, ¿cuánto costaría una lancha como la que has perdido en la galerna?

—De tres a cuatro mil pesetas, señor.

—Bien, prosigue, que me ha interesado tu relato.

Sólo, y para concluir, deseo poner una nota, que ha sido la nota final de la famosa catástrofe de Agosto: la misa celebrada en Bermeo en sufragio de los náufragos. ¡Qué buena madre es nuestra patria, que aún sabe poner, velando los sepulcros de sus hijos, a la cruz del Redentor, agitando sus alas sobre los que aquí quedamos el ángel de la resignación, y temblando sobre los labios de la Iglesia bendita el canto del *Dies irae!*

A escuchar este canto sagrado se congregan hoy no sólo el vulgo, no sólo el sacerdocio, sino la espada del guerrero, la toga del letrado, el cetro de sus reyes.

Bermeo está ya dispuesto para recibir a su Monarca, que viene desde Miramar para asistir a los funerales. El piadoso Obispo de la diócesis está hace ya mucho tiempo en Bermeo, porque no sabe separarse de sus hijos cuando los ve llorar.

Como se había anunciado de antemano, los funerales se iban a celebrar en la iglesia de Santa María, la más capaz de todas las del pueblo.

El templo estaba decorado artística y severamente para el fúnebre acto. Las paredes aparecían cubiertas con negras colgaduras. En el centro se había colocado un severo catafalco, a cuyo derredor corría una maro-

ma enlazada a rotos mangos de remo, adornada con salvavidas, aparejos, anclas y otros atributos de la marina. En la parte superior aparecía una pequeña traínera, desmantelada y rota, que parece flotaba perdida y náufraga sobre un mar formado con gasas azules y blancas. En la parte baja podía leerse esta inscripción, escrita en euzkera y castellano:

LOS BERMEANOS A SUS HERMANOS

13 DE AGOSTO DE 1912

Al lado del Evangelio aparecía el sitio del Monarca, y en su fondo campeaban las armas reales.

En el puerto, haciendo los honores a los náufragos, estaba el cañonero *Mac Mahón*, y haciendo círculo al derredor suyo las naves de Bermeo que pudieron salvarse de la galerna, escoltadas por un sin fin de vaporcitos y barcas de los puertos vecinos. Todas ellas parece que lloraban a sus hermanas las naves perdidas en el Cantábrico, ostentando su bandera a media asta y cubiertos sus mástiles con negros crespones.

A las doce apareció el automóvil de D. Alfonso, y detrás el del ministro de Hacienda y el del infante don Felipe.

Atravesaron las calles del pueblo; un inmenso gentío se agolpaba a las puertas, a las avenidas, a los balcones, pero ni un aplauso, ni un ¡viva!, ni una señal de júbilo. Las casas estaban todas cubiertas con gasas y paños negros, y en muchas de ellas se improvisaron altares en los balcones, donde se alzaba un santo Cristo de talla alumbrado con dos cirios de cera amarilla.

El Obispo comenzó la misa con desacostumbrada tristeza.

Allí estaba Juan Miguel, y allí estaba Clara. ¡Tenían tantos por quienes rezar! Rezaban por Félix, rezaban por Fidel, rezaban por todos sus amigos de la infancia, que descansando entre las pardas lomas de los mares, parece que dejaban su reposo unos momentos para oír las sentidas plegarias de la Iglesia y consolar a sus pobres e inconsolables huérfanos que llenaban a veces de suspiros las naves del templo.

Al alzar el Prelado la Sagrada Forma en sus manos, un silencio solemne y austero tendióse sobre el ambiente del templo, sobre las altas arboledas de la plaza, sobre el mar, que adoraba a su Hacedor con el murmullo de sus olas; yo creo que se tendió el mismo silencio triste y melancólico en aquellos momentos sobre toda España, que se unió al sacerdote, y levantando también sus manos al cielo clamaba como una madre que reza por sus hijos:

—¡Señor, Señor, perdona los pecados de los pobres náufragos, y recíbelos a todos en el ósculo santo de tú infinita y eterna bienandanza!





ÍNDICE

PRIMERA PARTE

PREMISAS

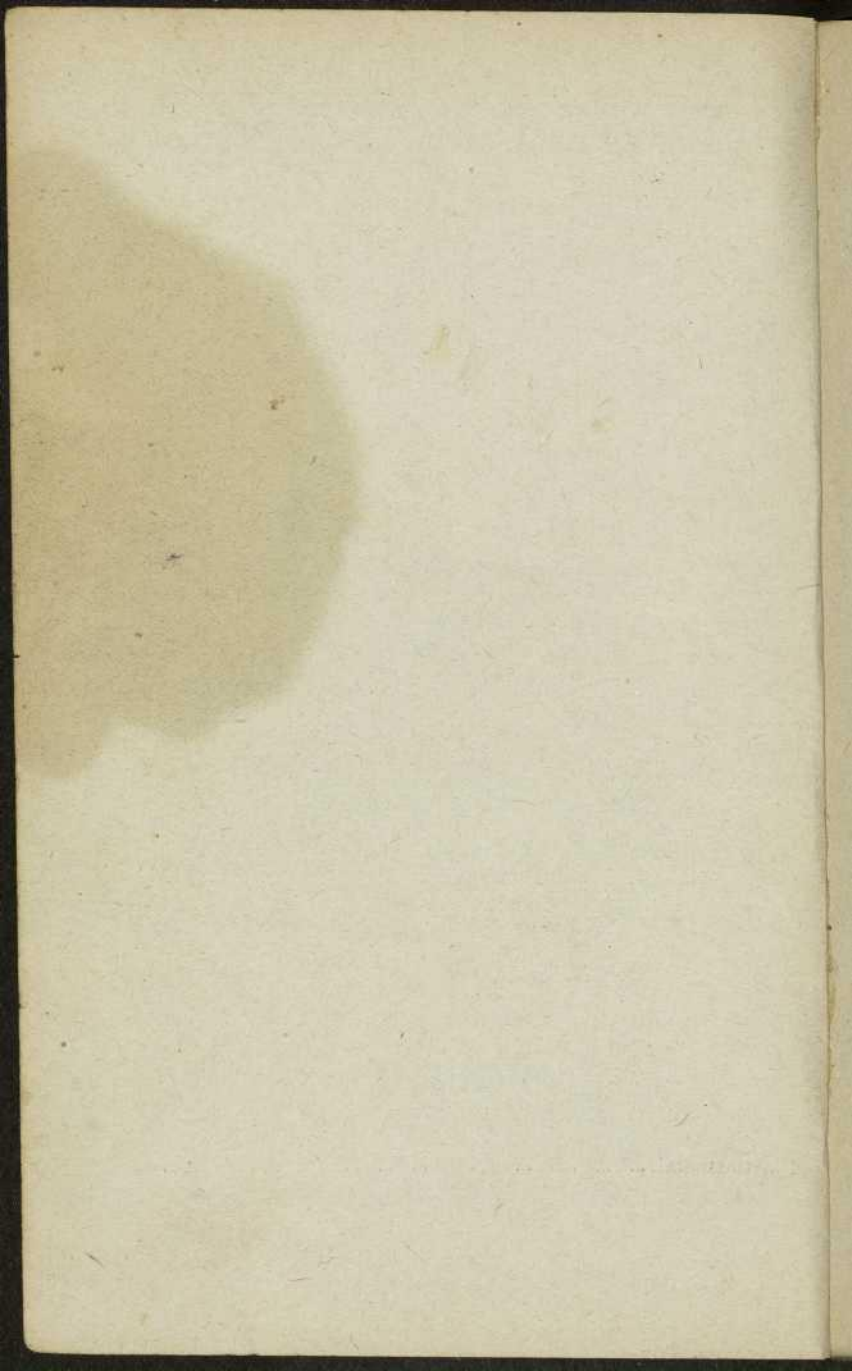
	Págs.
Capítulo I.—De vacaciones.....	7
» II.—Menudencias.....	22
» III.—Más menudas todavía.....	36
» IV.—Ya no son tan menudas.....	52
» V.—Horas de tregua.....	66
» VI.—¡Por fin!.....	74
» VII.—Entre dos aguas.....	91
» VIII.—Haciendo equilibrios.....	105
» IX.—El salto mortal.....	120

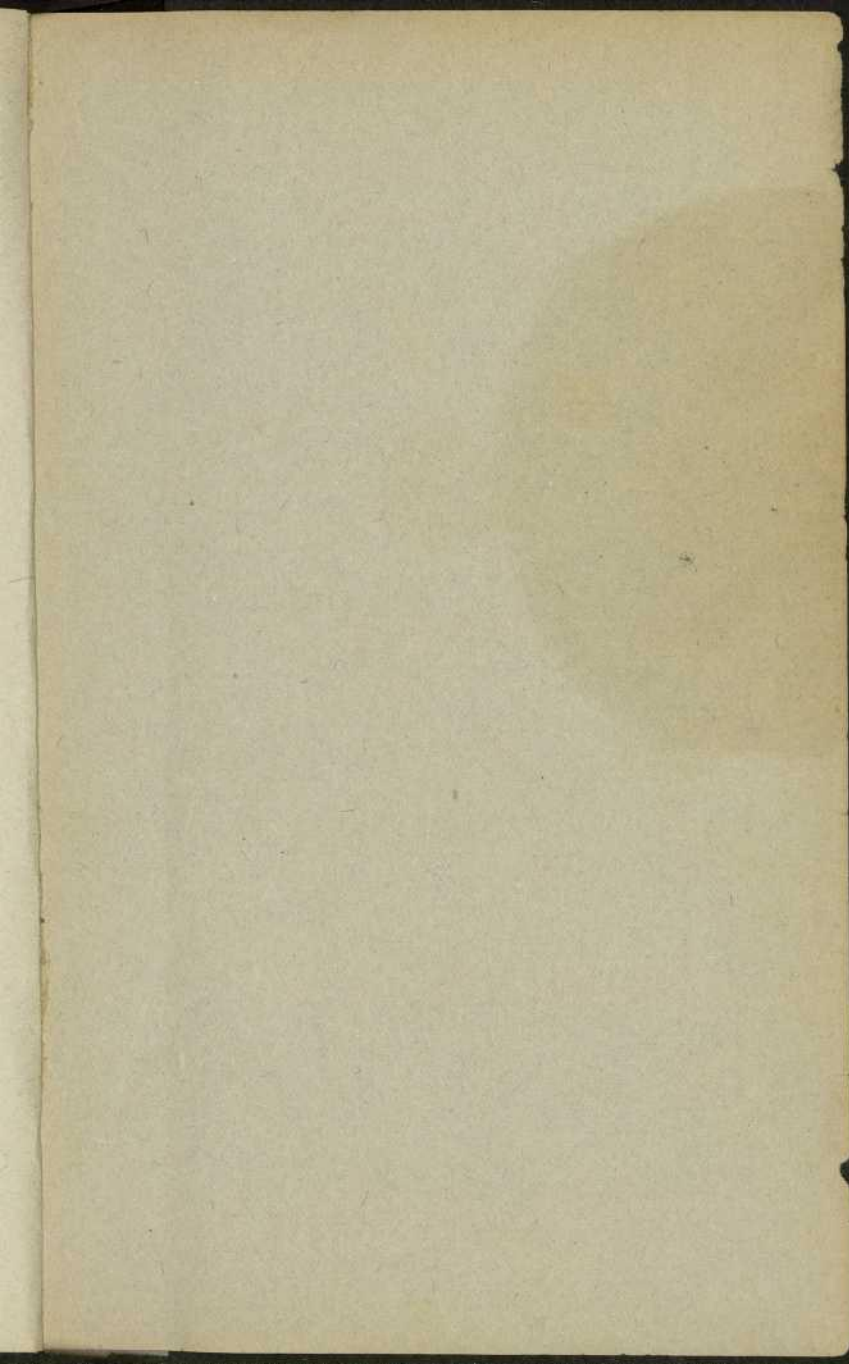
SEGUNDA PARTE

CONSECUENCIAS

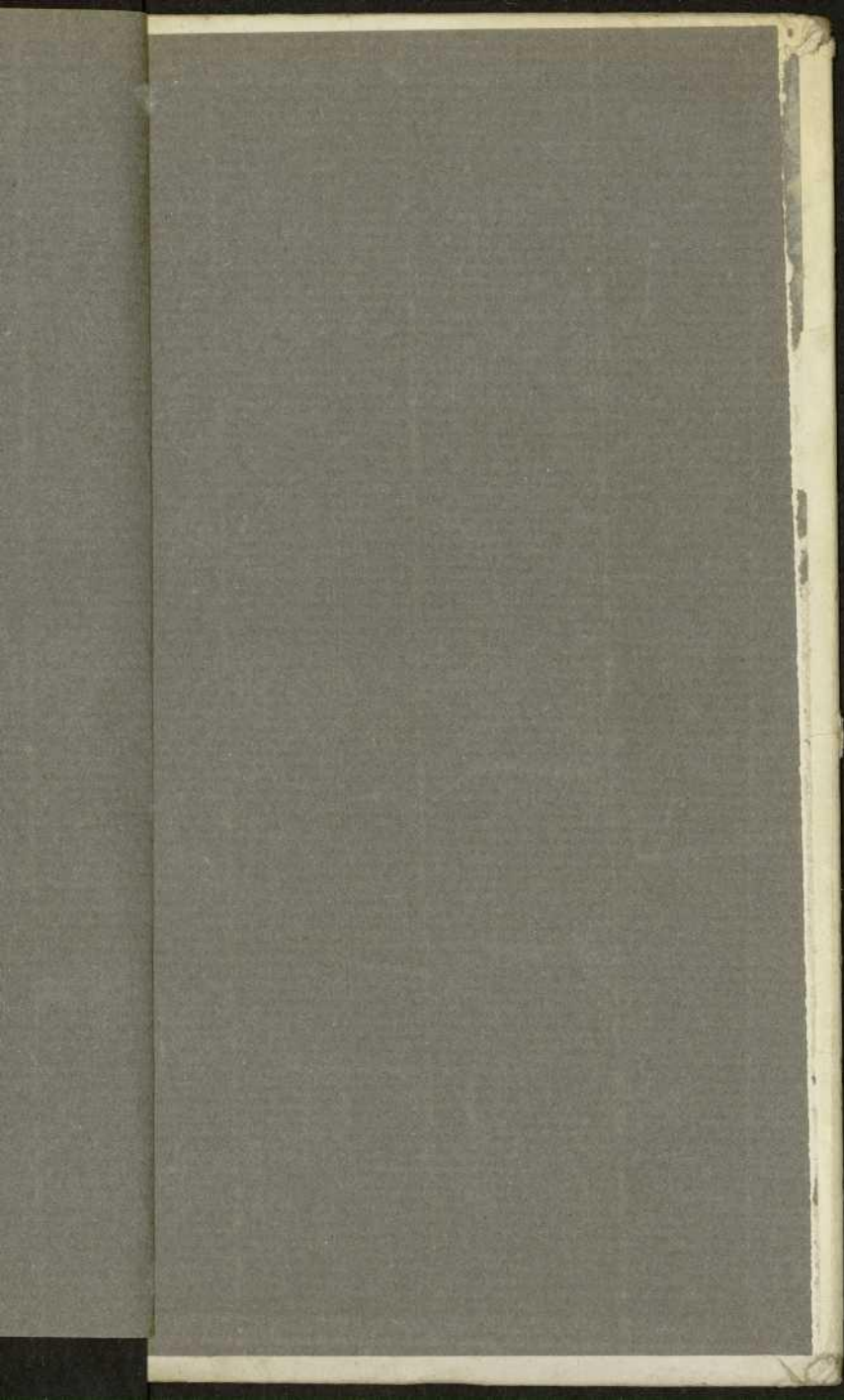
» X.—Hacia el fondo de la charca.....	139
» XI.—Desde el fondo.....	157
» XII.—Desde el mismo sitio.....	175
» XIII.—¡Visiones!.....	193
» XIV.—Apariencias que engañan.....	204
» XV.—La maldición de una madre.....	215
» XVI.—Transición.....	228
» XVII.—El que a hierro mata.....	240
» XVIII.—Un paso más.....	256
» XIX.—La última lucha.....	271
» XX.—El padre espiritual.....	286

¡LA GALERNA!.....	297
-------------------	-----











TIPOGRAFÍA CATÓLICA
SAN BERNARDO, 7

18612